



*Kate
Bustial*

Mi **JEFFE** *es...*
¡Un Highlander!

Más **sexo** y
brilli-brilli en
las **Highlands**



Mi jefe es un highlander

Kate Bristol

Primera edición en formato digital: Febrero 2020
Título Original: Mi jefe es un highlander
©Kate Bristol, 2020

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

A las maravillosas chicas del grupo de Facebook

Las Chicas Brill-brilli de La Juani.

¡Sois las mejores!

CAPÍTULO 1

Por las Highlands, con Manolo

—¡Manolo! No hay mal que por bien no venga. Todo irá bien. ¡Siempre positiva, nunca negativa!

Bel Roig alzó el brazo con el puño en alto, en un gesto triunfal. Por fortuna, nadie vio el golpe que se dio contra el techo del seiscientos de su abuelo. Se miró el puño enrojecido y observó tras los cristales empañados. Ni un alma en kilómetros a la redonda. Eso significaba que no podía pedir ayuda, pero que tampoco nadie la había visto hacer el ridículo.

—¡Ay! ¡Manolo! —Se quejó, viendo el clima en aquella inhóspita carretera de las Highlands.

Manolo no era un ser vivo, era su coche, su máspreciado tesoro después de su querido gato Misifú, al que había dejado al cuidando de su amiga Taylor en el apartamento que tenía alquilado en Edimburgo.

Bel acarició el volante con mimo y una vez más miró como las gotas de lluvia se precipitaban con estruendo contra los cristales de su querido Manolo. Era una reliquia familiar que le regaló de su abuelo y Bel se lo había traído desde España hacía poco más de cinco meses. Había sido un viaje extraordinario por Cataluña y Francia, atravesando parte de Inglaterra hasta las Highlands. Un viaje de ensueño que siempre recordaría. Le encantaba conducir aunque, a veces, sobre todo en sus pesadillas, se olvidaba de hacerlo por la izquierda.

Le encantaba recorrer la carretera con Manolo, por eso, en su semana de vacaciones, había decidido hacer realidad uno de sus sueños de adolescente, perderse por las Highlands escocesas en busca de unas buenas vistas, ya fueran los maravillosos bosques, los lagos ancestrales o los indómitos highlanders de las novelas románticas que podrían morar por esas tierras.

De momento no había ningún *mazizorro* a la vista, y con la que estaba cayendo no era de extrañar. El diluvio universal se precipitaba sobre ella y sobre los pobres brazos del limpiaparabrisas, que parecían querer quitar las cataratas del Niágara, sin demasiado éxito.

—¡Tú puedes, Manolo! —animó al coche—. Es una tormentita de nada. En veinte minutos estaremos calentitos en Inverness, delante de una chimenea, con una rica taza de chocolate caliente. —O al menos ese era su sueño.

Pero ¿a quien pretendía engañar? Estaba siendo muy optimista, como siempre. Y es que a Isabel, si algo la caracterizaba, era intentar sacar el lado bueno a las situaciones. Aunque, en ese momento, poca experiencia positiva podría sacar de estar en medio de la nada, sola con Manolo, pasando frío y rezando para que la tormenta amainara y así poder continuar su viaje a más de diez kilómetros por hora.

Bel era una persona extremadamente alegre y positiva. De espíritu sensible, y corazón de artista, le iba el rollo *new age*, vestía en plan *hippie*, era vegana, y consideraba que una buena sonrisa atraía a las buenas vibraciones, más aún en los momentos más críticos. *Eres una perroflauta de manual*, eso solía decir su madre. Pero después de tomar varias bocanadas de aire, se dijo que no, que no podía sacar nada positivo de eso. ¿O sí?

—Por suerte no hay... —En ese instante, y como si alguien desde arriba la hubiera escuchado, un relámpago surcó el cielo y en dos segundos un descomunal trueno la hizo cerrar los ojos, muerta de miedo— ¡Mecachis! —soltó, pisando el freno y haciendo que Manolo se parara en seco.

Si algo no podía soportar Bel eran los rayos y truenos. Y... que la gente se acostara con los calcetines puestos. Manías que tenía una.

Un nuevo relámpago, con su correspondiente trueno, la hostigaron a ponerse en marcha. No iba a quedarse allí sola sin avanzar ni un minuto más.

Pisó de nuevo el acelerador y Manolo pareció protestar. No le gustaba conducir en esas condiciones, pero no había otra opción. Además, hacía tiempo que no disfrutaba de su coche. En Barcelona siempre usaba el transporte público y desde que había llegado a Edimburgo iba al trabajo en bicicleta, olvidando así al pobre Manolo.

Siguiendo la estrecha carretera, delimitada por un pasto verde, Manolo se esforzaba en enfiar la empinada cuesta que lo llevaría más cerca de su destino. Los truenos hacían tambalear al pobre seiscientos, que se movía de un lado a otro, como si un T-Rex lo estuviera empujando con el morro para comerse la golosina que había dentro, igualito que en Parque Jurásico.

Los relámpagos seguían cortando el cielo a su alrededor, dejando a Bel ciega por momentos, como los flashes de los paparazzi, cuando perseguían a sus amigas *celebritys* que venían a tomar café todos los días, en la cafetería en la que estaba trabajando en Edimburgo. Evidentemente, ser camarera era un trabajo temporal. Ella era una artista, pintora para más señas y estaba dispuesta a revolucionar el mundo del arte. Solo necesitaba un poco más de confianza en sí misma, y un mecenas que también creyera en su obra.

Su pasión por la pintura tampoco estaba desconectada de ese viaje que había emprendido dos días atrás. Siempre había deseado unas vacaciones en las inspiradoras en las Highlands para que ese encanto influyera en sus pinturas, y su sueño se estaba haciendo realidad.

¿Querías vacaciones? ¡Pues toma vacaciones!

Otro trueno más y Bel chilló hasta desgañitarse.

—¡Oh! No quiero moriiiiiiir...

Temblaba de pies a cabeza, pero no estaba dispuesta a dejarse llevar por el pánico. Pronto llegaría al castillo reconvertido en hotel, no muy lejos de Inverness. Pero a causa de la tormenta, o quizás no, el GPS de su móvil había dejado de funcionar y ahora conducía a ciegas, casi literalmente debido a la gran cantidad de agua que impactaba contra el seiscientos. Pero seguiría esa carretera aunque condujese a diez kilómetros por hora, porque a algún sitio la tenía que llevar...

—No te preocupes, Manolo —dijo—, ya lo decía el abuelo... ¡Eres irrompible! Seguiremos adelante y tus llantas de goma nos protegerán de los... ¡Aaaaah! —Volvió a gritar presa del pánico, porque en ese mismo instante la tierra tembló, como si el tiranosaurio acabase de patear el suelo.

Bel habría jurado que Manolo había despegado por unos instantes las ruedas de la carretera para después caer sobre ella, como un balón. Luego se escuchó un rugido que, de súbito, fue a menos, y el coche pareció toser. Al poco tiempo empezó a detenerse.

—¿Qué? —gimoteó, Bel—. ¡Oh, no, no, no!

No podía creérselo, eso no estaba pasando.

—Por favor, no me hagas esto, Manolo... ¡Pero si tú sobrevivirás a mis nietos! ¿Verdad?

Pero Manolo pareció burlarse de ella, cuando en el punto más alto de la cuesta se quedó parado, como un peso muerto, sacudido por el frío viento de otoño.

Giró la llave, pero el motor de Manolo ni se dignó a rugir.

¡Se había quedado atrapada en mitad de las Highlands con Manolo!

En un momento de lucidez, después de varios minutos sin que Manolo se moviera, decidió hacerlo ella.

—Vamos allá. Saldremos de esta.

Frente a Bel se veía una empinada cuesta, solo tenía que empujar un poquito a Manolo, y todo lo que había subido, tendría que bajar... Quizás con la velocidad que cogería en punto muerto, Manolo podría volver a ponerse en marcha.

Pero si salía se empaparía toda. Así que... quizás, con un poco de arte podría intentar que Manolo se inclinara hacia delante y bajara la cuesta sin empujones.

Bel empezó a mover el trasero, después el cuerpo de manera que se daba impulso dentro del coche para que su querido amigo se moviera, ni que fuera unos centímetros.

Se agitó violentamente en el asiento, pero nada.

—¡Vamos! —gritó, dándose ánimos.

Manolo pareció hacerle caso, no solo por el viento huracanado de afuera, que milagrosamente soplaba en la dirección correcta, sino por la fuerza que ella ejercía dentro.

—Un poquito más...

Y un poco más y Manolo se movió, pero quizás no lo hizo hacia delante, sino hacia atrás.

—No, no, nooooo... ¡Maldita seaaaaaa!

Manolo bajó de culo a toda velocidad la cuesta que a duras penas había podido subir en marcha. Bel gritaba como una loca en su interior.

Tiró con todas sus fuerzas del freno de mano hasta que, literalmente, se le quedó en la mano.

La pieza se había roto y el freno de pie no era suficiente para disminuir la velocidad que Manolo llevaba.

Siguió gritando hasta desgañitarse con la palanca del freno de mano sujeta frente a su cara.

De pronto, cuando Manolo empotró su trasero contra un viejo y solitario árbol centenario, todo se acabó.

—No me lo puedo creer —gimoteó Bel, al borde del llanto.

Giró su cabeza lentamente y el grueso tronco del árbol parecía haberse incrustado en la parte de atrás de su pobre seiscientos.

Hizo un puchero y los ojos se le llenaron de lágrimas. Estadísticamente lo sucedido era muy poco probable, solo podía echarle la culpa a la mala suerte.

—¡Joder! ¡Pero si no había ni un maldito árbol en dos kilómetros a la redonda!

Definitivamente, las Highlands no eran para ella.

Tan sumida estaba en su desgracia, que no se percató de que había pasado cerca de una hora y había dejado de llover.

Intentó de nuevo arrancar el seiscientos, pero el pobre Manolo no dio señales de vida. Normal, con el golpazo que se había llevado en la parte trasera, igual el motor no serviría para nada. Y luego estaba... Miró el freno de mano sobre el asiento del copiloto y sin pensar estampó su cabeza contra el volante y se echó a llorar.

Perdió la noción del tiempo, pero poco después, más tranquila, volvió su positivismo habitual. Con un suspiro se dijo que quizás alguien tan perdido como ella, pasaría por esa solitaria carretera y podría ayudarla. Pero lo primero, era lo primero: debía colocar los triángulos reglamentarios. Se arrastró a la parte trasera, y tras los asientos encontró lo que estaba buscando. Cual contorsionista, volvió al asiento del piloto y abrió la puerta. ¡Menuda odisea!

Se quedó de pie, con la puerta abierta y respiró el aire puro del lugar. La tormenta había amainado, pero los nubarrones seguían sobre su cabeza. Cuando se volvió con los triángulos en la mano, ante sus ojos apareció una oveja peluda.

—No, no, no, no...

La pobre estaba echada junto al árbol y Bel pensó con horror que quizás la había atropellado.

—¡Nooooo! —empezó a dar saltitos de desesperación, alrededor del árbol—. Esto no puede ser. Por favor, no te mueras ¿vale? —gimoteó— ¡No he matado, ni comido, ningún otro ser vivo con sistema nervioso desde hace cinco años!

De solo pensar que habría podido matar a esa pobre oveja, le entraron palpitations y le costó respirar.

Bel miró a su alrededor y vio que no había ningún rebaño cerca. Quizás la pobrecita se había extraviado, lo que no era de extrañar con semejante tormenta...

—Hola, pequeña —le dijo con voz dulce.

Sitió un enorme alivio al ver que esta estaba viva y que intentaba ponerse en pie. No había sangre por ningún lado, pero sí que el pobre animal hacía verdaderos esfuerzos por levantarse.

Entonces vio el abultado vientre y Bel se llevó las manos a la boca. ¡Casi había matado a una mamá oveja!

—Vamos chica, a ver si podemos encontrar tu granja...

No acabó de decirle las palabras a la pobre oveja, cuando un ruido en la carretera captó su atención. Una *pickup* destartada de color rojo, con más óxido que chapa, se acercaba a ellas.

Por desgracia, la tregua había terminado y caía del cielo una ligera llovizna, por lo que, a pesar del chubasquero, Bel empezaba a calarse hasta los huesos. Para su sorpresa el proceso de empaparse se aceleró, cuando el inconsciente conductor no la vio agazapada detrás del árbol junto a la oveja y...

¡Choff!

—¡Joder! ¡Jodeeeeer! ¿Pero qué coño hace? —Bel cerró los ojos y apretó los puños.

No solía decir palabrotas, pero ese indeseable acababa de sacarla de sus casillas. ¡La había empapado! A ella y a la oveja. ¡De la cabeza a los pies!

El conductor de la ranchera, que circulaba por la estrecha carretera, no se había percatado de su presencia, hasta que, a pesar de encontrarse en el interior del coche con las ventanillas cerradas escuchó sus improperios. Paró el vehículo y dio marcha atrás para quedar justo a su lado. Desde donde estaba podía continuar escuchando la retahíla de insultos de esa mujer, con la boca tan sucia, que podría hacer sonrojar a cualquier granjero de la zona.

Un instinto asesino se apoderó de Bel al ver como el vehículo frenaba a escasos metros. Fulminó con la mirada al vehículo, no así al conductor que aún no podía ver con claridad debido a la lluvia. Pero eso era lo de menos. Le preocupaba más el pobre animal.

¡Dios mío! ¡Casi mata a la pobre oveja!

El animal se levantó de inmediato, como si el baño de agua helada le hubiese avisado de que era hora de moverse. Bel comprobó que estaba bien, aunque la pobre cojeaba. Le palpó la pata trasera y vio que estaba herida.

Bel le dedicó una mirada asesina a la *pickup*. ¿Qué se había creído ese idiota? ¿Acaso era ciego?

—¡Usted! —Bel gritó, furiosa, con el brazo extendido y el dedo índice señalado a la hosca figura que acababa de salir de aquel destartado vehículo—. ¿Se puede saber qué demonios hace?

Y como nada podía ir a mejor, de nuevo el cielo se abrió y descargó sobre ella y la pobre oveja una cortina de agua helada que la caló hasta los huesos.

CAPÍTULO 2

Un loco pelirrojo

El highlander se quedó quieto junto a su ranchera y ladeó la cabeza viendo el espectáculo. La mujer menuda lo estaba amenazando con el dedo índice estirado y, por lo que podía entender, llevaba tal cabreo que no le extrañaría que en cualquier momento intentara arrancarle la cabeza.

Lo que le faltaba a Duncan, una mujer histérica intentando secuestrar a una pobre oveja.

Duncan McDowell se arrepintió de haber parado la furgoneta en el mismo instante que vio como esa mujer, claramente extranjera, de carácter agrio y mal hablada, le gritaba hasta desgañitarse.

Era cierto que había estado sumergido en sus pensamientos y no la había visto, pero casi se le había salido el corazón por la boca al ver lo cerca que había estado de atropellarla.

—¿Me está escuchando? —gritaba la chica —¡Casi me mata, a mi y a mi pobre oveja!

Él tomó aire, dispuesto a gritar más que ella, pero finalmente vació sus pulmones con un suspiro, audible a pesar de la tormenta.

Puso los ojos en blanco.

—¡Por Dios!

—¿Eh? ¡No sea condescendiente. ¡Casi nos mata!

Duncan la miró como si ella fuese un insecto en su chubasquero.

—¿Siempre hace tanto ruido? —preguntó él.

Bel boqueó, intentando tomar aire.

—¿Qué...? ¿qué demonios?

Duncan alzó una ceja que ella no pudo ver. Agradeció que tampoco pudiera ver la sonrisa que provocaba su desaire.

—¿Qué diablos se cree que soy? ¿un electrodoméstico? ¡Yo no hago ruido!

Esta vez sí que Duncan contuvo una carcajada.

Lo que le faltaba en ese caótico día de invierno, una loca en mitad de sus tierras.

Duncan McDowell miró de arriba abajo a la joven insensata que se había puesto en mitad de la carretera, justo detrás de una curva, a perseguir una oveja.

—¿Qué pretendía hacer? —inquirió él.

Su sonrisa había desaparecido, aunque con la capucha puesta, dudaba que la chica pudiera ver su expresión. Hizo sonar su voz dura para que entendiera que estaba enfadado, aunque realmente no lo estaba tanto.

—Yo...

—¿Pretendía robar esa oveja?

Bel lo miró con los ojos como platos.

Estaba indignada y sus mejillas se pusieron tan rojas como dos tomates. Aunque Bel, con la capucha sobre su cabeza, también estaba segura de que él no se habría dado cuenta de su expresión.

—¿Qué narices dice usted de secuestrar? —Bel no se lo podía creer, y señaló al animal entre aspavientos— ¡Mírela! La pobre necesita ayuda y usted casi la atropella.

Él alzó una ceja.

—¿Seguro que he sido yo quien casi la atropella? —Duncan echó un vistazo al seiscientos empotrado contra un árbol y luego volvió la vista a esa mujer, con expectación.

Bel pareció encogerse todavía más. Apretó los labios, sintiéndose culpable de nuevo.

Reconoció que, quizás, había sido ella quien la había atropellado pero..., qué poco caballeroso por parte de ese tipo hacérselo notar. ¡Con lo preocupada que ella estaba por la pobre oveja!

—¡Conducía como un loco! ¡Podría haberla matado! —ese argumento no la convenció ni a sí misma.

Por su parte, Duncan cerró los ojos... y contó hasta diez.

Él había ido a casa de sus abuelos en busca de paz espiritual y reconexión con la naturaleza, para que ahora apareciera esa mujer a joderle el retiro...

—¿Me está escuchando?

—¡Cómo no hacerlo, si no ha parado de gritar desde que me he detenido!

Genial, todo el trabajo de tres días de meditación a la mierda, pensó Duncan.

Soltó aire después de inspirar profundamente.

—¡Pues no haberme intentado atropellar!

Sería atento. Sería amable. Sería un caballero...

—¡Estás peor que una cabra loca! —gritó él.

Furioso y dispuesto a comprobar de una vez por todas si ella estaba bien, se acercó a grandes zancadas a esa suicida que vestía como una mendiga.

—¿Qué hace...? —Bel retrocedió un paso asustada y...—¡No!

Se cayó de culo en medio de un gran charco que se había formado al lado de la carretera.

Duncan se paró en seco.

¡De verdad, esa mujer era increíble!

—¿También me echará la culpa de su falta de equilibrio?

Bel se quitó la capucha de encima de la cabeza y antes de levantarse, palmeó el charco con los puños haciendo que trozos de barro se le pegasen a la cara y sobre el chubasquero verde.

¡Odiaba a ese tipo!

El gigante se paró frente a ella, con las botas de agua hundidas hasta los tobillos.

—¿Va a quedarse ahí mucho tiempo?

Ella quería decirle que se fuera al infierno, pero... su humillación le quitó las palabras. Estaba mojada, completamente, sus bragas nunca volverían a estar secas. Sintió ganas de llorar, pero no quería hacerlo delante de ese ogro.

—Vamos.

El highlander la cogió por debajo de las axilas y la sostuvo en vilo, como si no pesara más que una bolsa de papel.

Ella iba a protestar hasta que sintió que sus pies mojados volvían a tocar tierra ya fuera del charco.

—¿Mejor?

Ella apretó los dientes y lo miró con los ojos vidriosos.

—Puede.

Él suspiró.

—Y ahora... ¿me puedes decir qué demonios haces aquí en medio de la nada, con la que está cayendo?

Bel respiró hondo y volvió a recuperar su maltrecha autoestima.

—Pues como verá, he tenido un pequeño accidente.

Señaló el seiscientos y Duncan se lo quedó mirando por un instante.

—¿Así que ha sido por eso y no por qué intentaras secuestrar a una oveja preñada. ¿No?

Iba a matarle. Si hubiese sido tres palmos más alta, o él más bajo, seguro que se hubiera

olvidado de su credo de hacer el bien, y hubiese intentado atizarle con el freno de mano que tenía sobre el asiento.

¡Vaya pensamiento horrible! Se dijo. Ese hombre sacaba lo peor de ella.

El labio inferior de Bel estaba a punto de temblar.

Ella, que era una mujer extremadamente positiva, que jamás se metía en pleitos y que, en lugar de discutir, intentaba hallar una solución dialogante con las personas. ¿Por qué entonces tenía que aparecer ese pueblerino anormal, a agriarle el carácter y a echarle en cara que había intentado secuestrar a una oveja?

¡Menudo imbécil!

¿No se decía que los highlanders eran de ensueño? ¿Qué era esa mierda? ¡Que le devolvieran sus sueños de escoceses con rodillas al aire! Ese tipo vestía como un esquimal sacado de un barco pesquero mal oliente, con botas de agua sobre unos calcetines a cuadros por encima del pantalón, y un chubasquero amarillo horrible que apenas le dejaba ver media cara. Claro que, con la tormenta sobre su cabeza, apenas podían escucharse sus gritos...

—¡Es usted un palurdo desconsiderado! —Volvió a apuntarle con el dedo Bel.

Duncan sonrió sin proponérselo.

—Vaya... qué amable. ¿Siempre es así de respetuosa con la gente que se para a ayudarla?

¿Cómo podía ser respetuosa? ¡Acababa de tener un accidente, estaba socorriendo a una pobre oveja y ese hombre, después de hacer que se cayese de culo, le estaba hablando de aquella manera! ¡Joder!

—¡Yo soy respetuosa y buena persona! ¿se entera?

Apretó los labios al ver que se acercaba a ella de nuevo.

No lo podía verle bien a causa de la lluvia, pero era un tío altísimo, enorme. Y se acercaba a ella, peligrosamente. Sintió miedo, pero no se achantó.

—¿Qué hace? —soltó ella, poniendo los brazos en jarra— ¿Intenta intimidarme?

Duncan se paró en seco y la miró, indignado.

¡Claro que no pretendía intimidarla! Iba a ofrecerle su ayuda, y llevar a la granja a la pobre oveja perdida.

Cogió aire y suspiró, exasperado.

—¿De donde demonios ha salido usted? —preguntó Duncan, de muy malos modos— ¿Así trata a la gente que se para a ofrecerle ayuda?

Ella no dijo nada por unos segundos.

—Primera noticia que tengo de que me ofrecerá su ayuda —respondió Bel—. Porque desde que ha bajado de la *pickup*, solo me ha gritado y me ha dicho que estoy loca.

—Y tú me has llamado palurdo imbécil.

—¡Y tú secuestradora de ovejas!

—Y tú... deberías callarte y aceptar mi ayuda antes de que te dé una neumonía.

Ella alzó el mentón.

—Pues quizás sí... —respondió Bel, sin saber qué más decir.

Duncan llegó hasta ella.

—Bien... deje que la ayude.

Bel alzó la vista y se encontró con un gigante cubierto con un chubasquero amarillo que le tapaba casi todo el rostro, amén de la que estaba cayendo sobre ambos, que no le dejaba ver a más de dos palmos de distancia. Pero sí pudo distinguir el pelo con un tono pelirrojo... muy sexy.

Genial, golfilla. Así que el palurdo idiota ha pasado a ser un highlander sexy solo porque has visto un mechón pelirrojo, se reprendió. Necesitas un buen polvo. Mira que te tengo dicho que

no seas tan selectiva. Luego te pones cachonda a la más mínima testosterona que arrastra la brisa.

Bel soltó aire y hundió los hombros.

Pero no por eso dejó de observar lo poco que podía ver del rostro de ese hombre. La mandíbula cuadrada y la incipiente barba, también pelirroja, hicieron que sus pupilas se dilataran, solo un poquito.

—*Ho sabia* —soltó Bel en catalán, su lengua materna, pensando que él no la entendería— *Home roig, o puta o boig.*

Algo así que venía a decir que de un pelirrojo no podías fiarte, porque era un puto avisado o un loco.

—¿Ahora quien llama loco a quien? ¿Vas a seguir insultándome o prefieres que te ayude? —masculló él, con voz cavernosa.

A Bel casi se le salieron los ojos de las cuencas ¿Cómo podía ese tío, que parecía no haber salido del pueblo, haber comprendido lo que acababa de decir? Pero no se dejaría impresionar, o al menos, no dejaría que él pensase que la había impresionado.

No las tenía todas consigo, pero se hizo la digna.

—Ya que casi me atropella a mí y a la oveja, lo mínimo que puede hacer es ayudarme.

Él resopló y Bel aguantó la respiración al ver con claridad esos intensos ojos azules que la miraban sin atisbo de pudor.

Es una suerte que tus bragas ya estén mojadas por la lluvia, así al menos podrás disimular que no ha sido por la culpa de este highlander de dos metros.

—Bien, suba a la furgoneta —ese tono de voz imperativo, dicho con esa voz extremadamente grave... A Bel le pareció que se le encendían las mejillas.

Dio un paso hacia la furgoneta, pero el sentido común le hizo preguntarse: ¿Y si era un asesino en serie? ¿Y si la estrangulaba con esas manazas, y luego la descuartizaba y esparcía sus restos por las Highlands? Estaban los dos en mitad de ninguna parte... solos.

—Esto...

Él alzó una ceja y suspiró, perdiendo toda paciencia.

Con el diluvio sobre su cabeza, a Duncan no le apetecía nada seguir discutiendo con esa mujer, aparentemente perturbada.

—¡No tengo todo el día!

Ese vozarrón con marcado acento escocés obligó a Bel a dar un respingo. Luego lo miró con los ojos muy abiertos.

—¡Oiga! —se quejó—. ¿Y por qué tendría que ir con usted?

Duncan suspiró e intentó contar hasta diez.

Pero apenas llegó al número tres.

—Verá, este «palurdo», amablemente le ofrece su ayuda.

Esos modos calmos, con los dientes apretados, no engañaban a nadie:

Estaba enfadado.

—Entiendo.

—¿Entiende? Bien. Pues el palurdo va a tener que llevarla, a dónde quiera que se dirija usted, a menos que prefiera quedarse aquí y dejar que se la lleve una riada, o peor aún, ¡que la parta un rayo!

—¡Eeeeh! —Bel se encogió de miedo, no porque el highlander le hubiese gritado, sino porque sentía auténtico pánico por los rayos—. Eso no va a pasar... —Esto último lo dijo como para convencerse a sí misma.

Pero, como si la fuerza de la naturaleza los hubiera escuchado y quisiese contradecirla, un nuevo rayo surcó el cielo e hizo que las piernas de Isabel se doblaran en dos.

Se llevó una mano al corazón y casi se cae al suelo de nuevo. Si no hubiera sido por los fuertes brazos del highlander, que la sujetaron, así habría sido.

Bel se topó de lleno con su pecho, ancho y duro. Sintió que las fuertes manos del hombre la agarraban por los hombros y, cuando alzó la cabeza por instinto, se olvidó de respirar al perderse en esos ojos azules y brillantes, como los rayos de la tormenta.

Se lo quedó mirando, como hipnotizada por su color y por la calidez que desprendían, algo extraño viniendo de un hombre como aquel, que no había demostrado tener sentimiento alguno.

—Bien muchacha...

Vaya... que voz tan sexy, pensó Bel.

No fue consciente de que contenía el aliento, hasta que sintió que se asfixiaba entre sus brazos. Respiró hondo y se le entrecortó la respiración.

—¿Sí? —preguntó, sin saber muy bien que lo había hecho.

—¿Vas a venir conmigo? Porque es obvio que con ese... trasto —él señaló con la mirada al pobre Manolo—, no vas a llegar a ninguna parte.

¿Trasto? ¿Ha llamado trasto a Manolo?

Bel regresó a la realidad.

Manolo no era un trasto, era su pobre coche que había sufrido un accidente, en el que casi, o seguro, había atropellado a una pobre oveja, y que por desgracia tendría que abandonar porque no sabía como llamar a una grúa.

Bel se revolvió en los brazos del hombre y se apartó de él un paso.

—¿Cómo se atreve? —Pero seguramente a causa del agotamiento la pregunta le salió con un hilo de voz.

Duncan la miró como si no entendiera.

—¿Cómo...?

—Manolo no es un trasto —aclaró—, es mi coche. Necesito una grúa y...

Entonces, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Duncan se atrevió a sonreír y ella empezó a llorar más fuerte.

Vaya, pensó él, estaba agotada. Y por primera vez sintió lástima por la muchacha.

—Vamos, dejémonos de discusiones estúpidas —dijo—. Solo pida disculpas y suba a la furgoneta.

Tras decir aquellas palabras le palmeó el hombro y ella agachó la cabeza, como si fuera una persona obediente.

—De acuerdo...

¿Un momento? ¿Pedir disculpas?

Bel alzó la cabeza y abrió la boca como un pez. Luego, lo atravesó con la mirada.

—¿Pedirle disculpas? ¿yo a usted? —se cruzó de brazos y alzó la ceja izquierda, al tiempo que una sonrisa sarcástica se le pintaba en la cara— ¡Ni pensarlo! ¡Usted...! —lo señaló con dedo acusador—, ¡casi me mata! ¡Soy yo quien aún está esperando sus disculpas! Pero, ¿sabe qué? ¡Métaselas por donde el sol no ha entrado jamás, que ya no las quiero! ¡Y ya me encargo yo de esta pobre oveja, ya que es usted tan desalmado!

Y dicho esto, Bel caminó hasta la oveja, aún con los ojos llenos de lágrimas.

—Anda, cariño, ¿cómo vas a quedarte aquí solita y herida? —le habló a la oveja.

Duncan no podía creer lo que estaba viendo. ¡Esa mujer estaba como una cabra!

—¿En serio intentarás meter a la oveja en un seiscientos? —preguntó, entre sorprendido y

divertido.

Bel lo miró por encima del hombro y lo fulminó con la mirada.

—Ignora a este desalmado, ovejita. Conmigo estarás a salvo —Perforaba con la mirada a Duncan, pero estaba claro que hablaba a la oveja.

—Yo... —Duncan puso los ojos en blanco y después se quedó mirando el cielo inclemente—, solo quería un maldito fin de semana tranquilo. Pero supongo que era demasiado pedir.

Siguió viendo como la chica intentaba alcanzar a la oveja lanuda. Tras el tercer intento de alzarla en volandas, la joven se dio por vencida.

—¿Ya se ha divertido lo suficiente? —preguntó Duncan.

Ella intentó ignorarle.

—No me estoy divirtiendo.

—¿Sabe qué? Yo tampoco —le dijo seco, aunque Duncan debería reconocer que eso no era del todo cierto—. Si ha terminado me ocuparé de mi oveja y de usted.

—¿Su oveja?

Él se encogió de hombros.

—Soy el dueño de esta oveja, de este árbol y de todas las tierras hasta donde le alcanza la vista.

¡Tus cojones treinta y tres!

—¡Y una leche! —soltó Bel.

Él no pudo ocultar su sonrisa mientras meneaba la cabeza, no sabía bien si divertido o enfadado.

—¿Cómo dice?

—¿Que va a ser usted el dueño de nada? —se burló ella— ¿Desde cuándo un indigente es el señor de tan vastas tierras?

Duncan abrió la boca y los ojos, escandalizado y a la vez divertido.

—¿Y usted, con esas pintas, se atreve a llamarme a mí indigente?

Bel lo miró, furiosa.

—¿Perdona? —alargó la última sílaba— ¿Qué tienen de malo mis pintas?

Él entrecerró los ojos y alzó la ceja izquierda, al tiempo que la radiografiaba de arriba abajo.

—No sé por dónde empezar —ironizó él—, por sus zapatos roídos, por el poncho de lana vieja bajo el chubasquero, o por ese gorro con orejas de castor que lleva bajo la capucha.

—¡Son de oso!

—¿Cómo?

—Mi gorro, es un adorable oso.

—Adorable os... —Duncan se mordió el labio para no echarse a reír.

Alzó los brazos al cielo, pidiendo paciencia. Y ella corrió hacia él y se las bajó de un golpe.

—¿Eh?, ¿qué demonios...?

Ella lo miraba presa del pánico.

—¿Qué hace, idiota? ¿Acaso quiere electrocutarse? —Le preguntó Bel, francamente seria—. Estamos en medio de un páramo, con un árbol a nuestro lado y siguen cayendo rayos. ¿Quiere que le alcance uno?

Duncan se la quedó mirando, de pronto enternecido por ese arrebato de protección.

Al parecer, la pobre loca no solo se preocupaba por la oveja, sino también por su bienestar. Eso era algo malo, pues su conciencia ahora no le permitiría abandonarla en medio de aquel camino dejado de la mano de Dios.

—Gracias por su preocupación —valoró—. Y ya que menciona los truenos, creo que la

tormenta eléctrica se va a intensificar.

No hubo acabado de decir esto, cuando tres rayos, a cada cual más espectacular, dejaron encogida por el miedo a Bel.

—¡No, por favor!

—Dicho esto —añadió Duncan—, se acabaron las negociaciones.

—¿Qué? —Bel gritó cuando notó que sus pies se despegaron del suelo para elevarse en el aire — ¡Aaaaaah!

Su visión se nubló al quedarle la capucha sobre los ojos. No podía ver nada, pero sabía exactamente qué estaba sucediendo: El neandertal la había cargado al hombro y avanzaba hacia la furgoneta con largas zancadas. Bel no paraba de patalear y el highlander le palmeó el trasero con fuerza para que se callara.

—¡¿¿Me has tocado el culoooo??!!

CAPÍTULO 3

Haggis escocés

Oh, Dios, ¿qué hago, qué hago? ¿QUÉ HAGOOOOOOO?

Bel sentía que su cuerpo ingrátido se movía a la voluntad del highlander. Escuchó el sonido de sus pies sobre el barro, luego el chasquido de la puerta de la furgoneta al abrirse e, instantes después, se vio propulsada a su interior, donde su trasero chocó con el cambio de marchas.

—Auuuu— aulló Bel, de dolor— ¡Es usted un bruto!

Pero sus palabras quedaron enmudecidas por el fuerte ruido que hizo la puerta del copiloto al cerrarse de un sonoro portazo.

Bel intentó abrir la puerta sin éxito. Al parecer estaba atrancada, así que lo único que se le ocurrió fue abrir la ventanilla y gritar a pleno pulmón.

—¡No deje a mi oveja!

Vio como el fornido cuerpo del hombre se paraba en medio del lodazal y se giraba para fulminarla con la mirada.

Estaba convencida de que él había murmurado algo, pero con la tormenta era imposible saberlo a ciencia cierta.

Bel apretó los labios y cuando él la miró directamente a los ojos, y dejó de respirar. *Está cabreado... muy cabreado.* Cerró muy lentamente la ventanilla, sin perder el contacto visual. Fue incapaz de insultarle nuevamente, de hecho, solo fue capaz de formar con los labios un: *por favor*, mientras se cerraba del todo la ventanilla.

Duncan se quedó mirando por unos segundos a la pequeña mujer sentada en su ranchera. Empapada, helada y con un carácter que ella aseguraba ser dulce, pero que él había comprendido que pertenecía al mismísimo Satanás.

Respiró de nuevo, contando lentamente hasta diez.

Por algún motivo que Duncan no logró comprender, se apiadó de la pobre muchacha y de la oveja.

Como hipnotizada, la oveja se quedó quieta a sus pies, y él consiguió cargársela sobre los hombros, para depositarla en la parte trasera del vehículo.

—¡Cuidado con las patas! —Escuchó que decía la mujer, volviendo de nuevo a cerrar la ventanilla a toda prisa cuando él la fulminó de nuevo con la mirada.

Sin demasiado esfuerzo, Duncan tumbó a la oveja en la parte trasera del vehículo. Le ató las patas para que no se moviera e intentara huir. Si lo hacía se haría daño.

La llevaría a la granja, sin duda la señor O'Callaghan sabría qué hacer con ella. Estaba preñada y era más que probable que se hubiera parado en ese lugar para dar a luz. Quizás no pudiera hacerlo sola y de ahí su lamentable estado. Pero de eso se preocuparía más adelante. Ahora debía ocuparse de otro asunto: Uno con pintas de sin techo y con la lengua muy afilada.

Duncan abrió de golpe la puerta del conductor y Bel dio un respingo en el asiento.

Entró en la furgoneta y cerró la puerta con un sonoro portazo mientras el cielo se oscurecía por momentos.

—Llegaremos en quince minutos a la granja —le dijo él a modo informativo.

Bel tuvo el buen tino de no protestar. Simplemente miró sobre su hombro para ver que la oveja estaba cómodamente instalada en la parte trasera.

—De acuerdo.

Duncan suspiró al preguntarse qué le habría sucedido a aquella exasperante mujer si él no hubiese pasado por allí. Aunque algo le decía que esa chica tenía agallas suficientes para sobrevivir a eso y a cualquier otra cosa que se le pusiera por delante.

Metió la marcha atrás y volteó la cabeza para mirar la carretera. Intentaba maniobrar para irse por donde había venido.

—Gracias.

La voz, casi inaudible de Bel, lo dejó desconcertado.

La miró. Sus manos pálidas reposaban sobre sus rodillas. Estaba encorvada hacia delante y apenas podía verle el rostro con la capucha echada hacia delante.

—¿Qué? —preguntó él, aunque la había escuchado perfectamente.

—Gracias —repitió ella, al echar un vistazo hacia él.

En ese momento, Bel se quitó la capucha, y él hizo lo mismo.

Se quedaron mirándose el uno al otro, con intensidad, reconociendo los rasgos el otro.

Duncan tragó saliva, sin saber qué decir ante el desconcierto que le supuso ver a una mujer mucho más joven de lo que él creía, de piel pálida, aunque sus mejillas, por alguna razón, estaban sonrosadas. Sus labios eran inusualmente carnosos y los ojos de color chocolate y largas pestañas lo dejaron sin aliento.

A Bel le empezaron a temblar las manos. Apretó los labios al sentirse insegura bajo la atenta mirada del highlander: Un hombre alto, sin duda eso ya lo había percibido fuera de la furgoneta. Lo que no había notado, al menos no con demasiada exactitud, era su pelo rojizo, de un color oscuro e intenso. Estaba segura de que la luz del sol le arrancaría reflejos caobas.

Se habían quedado absortos, mirándose en lo que apenas les pareció unos segundos, pero que seguramente fue más tiempo, por la oscuridad del cielo. Bel, sin duda, se había perdido en esos increíbles ojos azul celeste, clavados en los suyos. ¿Sería posible que existiera un hombre así sobre la faz de la tierra?

Soltó el aire que había estado guardando en los pulmones y se obligó a mirar al frente mientras él regresaba la vista a la carretera.

Duncan carraspeó, antes de abandonar la visión de su rostro. Luego clavó la mirada en la carretera, pero supo que ya no podría olvidarla.

—Por cierto —rompió ella el silencio, algo tímida—. Me llamo Isabel Roig.

—Bien, Elizabeth. Yo soy Duncan McDowell.

Ella pensó que añadiría: «señor del castillo y de estas tierras», pero el highlander fue humilde y simplemente siguió conduciendo.

Quince minutos después, Bel seguía con la boca cerrada y los ojos muy abiertos. La lluvia torrencial hacía que no pudiese ver prácticamente nada por la ventanilla, ni a través del parabrisas delantero, y cada vez que el cielo descargaba un rayo, se estremecía.

—¿Falta mucho? —preguntó, tímida, intentando controlar el temblor de su voz.

El highlander la miró de reojo, dando a entender que había escuchado la pregunta. Pero al parecer, pensó Bel, era lo suficientemente tosco como para no responder. Cuando pensó que ya no lo haría, él simplemente señaló a un lado de la carretera.

—No.

La casa era lo suficientemente grande como para ser vista a través del cristal, a pesar de la que estaba cayendo. Era alargada, forrada de piedra y dos grandes ventanas a media altura. Desde el

interior salía una tenue luz, que la hacía más que visible a esas horas de la tarde en las que el cielo ya empezaba a oscurecerse. El humo salía por una de las cuatro chimeneas, dejando claro que el ambiente estaría caldeado.

No muy lejos de la casa, había una estructura de madera de grandes dimensiones. Bel tuvo claro que se trataba de un granero. Lo vio perfectamente gracias a la luz de un potente rayo. Volvió a encogerse en el asiento del copiloto, debido al pavor que sentía hacia ese fenómeno natural.

—¿Estás bien?

Ella asintió, algo avergonzada.

—Debemos sacar a la pobre Maggie.

Él alzó una ceja.

—¿En serio? ¿Le has puesto nombre a mi oveja? —Ella alzó el mentón, ofendida, y lo miró de reojo—. No soy muy partidario de humanizar a los animales.

—Eso es que quizás no eres demasiado humano.

Duncan bufó y tiró del freno de mano tras parar la ranchera frente a la entrada del granero.

—No te muevas —ordenó—. Voy a dejar a “Maggie” en el establo.

Cuando se puso la capucha del chubasquero y bajó del coche, Bel se atrevió a sacarle la lengua, segura de que no la vería.

Ese saco de testosterona... más le valía tratar bien a la pobre Maggie. Lo miró por encima del hombro y a través del cristal que daba a la parte trasera del vehículo.

Duncan sacaba al pobre animal en brazos. No cabía duda de que era un hombre tremendamente fuerte. Sin proponérselo, Bel volvió a morderse el labio inferior y miró con atención los fornidos brazos del pelirrojo.

¡Madre mía! Suerte que la tormenta la refrescaba o hubiese sido víctima de una combustión espontánea.

Cuando Duncan volvió corriendo a la furgoneta estaba de nuevo calado hasta los huesos.

Puso en marcha el motor.

—¿Adónde vamos?

—A la casa, pero si sales y caminas los veinte metros que te separan de la entrada, creo que acabarás más mojada que yo.

Ella asintió cuando él recorrió con la ranchera la escasa distancia que había hasta la casa de piedra. Cuando apagó las luces del vehículo, la puerta se abrió y una mujer de avanzada edad le hizo señas con la mano.

—¡Señor! ¿Qué hace aquí con la que está cayendo? —dijo la agradable señora al verlos bajar.

Bel corrió hacia ella y Duncan le sujetó la puerta para que entrara en el acogedor interior de la casa.

—Hola, señora O’Callaghan.

—Señor, le hacía en el castillo.

¿Castillo? Bel no dijo nada, pero miró a ambos como si estuviera en otro planeta.

—Esa era mi intención, señora O’Callaghan, pero la tormenta me sorprendió en el camino. ¿Está usted sola?

Tras la pregunta, a la que la señora respondió con un leve movimiento de cabeza, Duncan se sacudió de encima el grueso chubasquero y se quitó la chaqueta, que colgó en el perchero, junto a la entrada. Cuando se pasó la mano por el pelo y salpicó de diminutas gotas a su alrededor, Bel se quedó boquiabierta.

—¿Ocurre algo? —preguntó Duncan, mirando su expresión de asombro.

Bel tragó saliva e intentó disimular lo evidente: que se había quedado estupefacta ante el

increíble atractivo de ese hombre. ¿Cómo podía alguien ser tan guapo?

—Nm... No. Todo bien.

—Señorita —dijo, muy amablemente, la señora O'Callaghan—, quítese la chaqueta mojada y caliéntese junto al fuego. Voy a ver si hay algo de ropa seca para usted.

—Es usted muy amable, gracias.

Duncan la miró por un instante, al parecer su invitada sí podía ser dulce y amable con las personas.

—La señorita Elizabeth será nuestra huésped. Mañana llamaré a una grúa para que remolque su coche y yo mismo la llevaré a Inverness sana y salva.

Bel no dijo nada, se lo quedó mirando hasta que él sacudió su cabeza, como preguntándole a que venía su aturdimiento.

—¿Todo bien?

—Sí.

—Será mejor que te des una ducha caliente cuando te traigan la ropa seca, o cojeras una neumonía.

La pobre Bel solo pudo asentir.

—Sí, gracias.

Acto seguido, se encaminó hacia la chimenea, tal y como le había recomendado la señora O'Callaghan. Frente a ésta había dos grandes sillones orejeros, pero le dio pena sentarse en ellos y mojarlos, así que cogió un pequeño taburete de madera y lo acercó al calor del fuego. Estiró las manos y se las calentó, frotándolas entre sí. De pronto, algo cálido y suave le cubrió los hombros. Al darse la vuelta vio esos increíbles ojos azules puestos en ella.

—Esto te calentará —dijo Duncan, con una voz mucho más ronca de lo que ella había esperado—. Está hecha con la lana de nuestras ovejas.

—¿Ovejas como Maggie?

Él cerró los ojos suspirando, sabiendo exactamente que iba a poner algún *pero*.

—Tranquila, las trasquilamos sin descuartizarlas.

Ella puso los ojos en blanco sintiendo un impulso de golpearlo.

—No sé si fiarme —pero agachó la cabeza sonriendo y se tapó con la suave lana de oveja.

Era agradable sentir el calor de las llamas en el rostro y el de la lana sobre su cuerpo.

Cuando miró de nuevo, Duncan no estaba a su lado, sino hablando en gaélico con la señora O'Callaghan, que estaba segura, era irlandesa.

El highlander asentía y la pobre mujer, como si fuera una colegiala, le sonreía embobada con las manos juntas. Seguro que agradeciendo a Dios que al pobre adonis no le hubiera sucedido nada malo. Bel se preguntó si ese hombre causaría ese efecto en todas las mujeres. Era más que probable que así fuera.

Al rato de estar mirando las llamas, sintió como Duncan se acercaba a ella con una toalla en las manos, secándose el pelo.

—Thomas no está. Fue con mis abuelos al castillo. les habrá sorprendido la tormenta, por lo que es probable que no vuelva esta noche.

—¿Y Thomas es...?

—El esposo de la señora O'Callaghan y quién se ocupa del ganado —respondió Duncan.

Bel no sabía si le caería bien el matarife, pues dudaba que las ovejas no fueran para consumo cárnico.

—¿Eso significa que, si algo le ocurre a Maggie, nadie podrá atenderla? —preguntó, preocupada.

—Podría atenderla yo —respondió Duncan con un encanto demasiado acentuado como para que el corazón de la vegana no se acelerara.

—¿Sabes cuidar del ganado? —era una pregunta un tanto tonta, porque con la pinta que tenía de granjero... era más que obvio que sí.

En ese momento se acercó la señora O'Callaghan con una petición:

—Señor, ¿podría hacerme un favor?

—Usted dirá, señora O'Callaghan.

—Ya que Thomas no está y es él quien suele encargarse de estas cosas... ¿Podría traerme del corral una gallina? Les irá bien un buen caldo para quitarse el frío de los huesos.

A Bel se le erizó el vello de la nuca. No solía escuchar las conversaciones ajenas porque era de muy mala educación, pero no lo pudo evitar y cuando escuchó aquellas palabras, abrió los ojos como platos. ¿Iban a matar a una gallina para hacerle un caldo?

Se le escapó un gemido. Inmediatamente se tapó la boca para disimular.

Duncan fingió no darse cuenta y le respondió a la señora.

—No me gustaría darle más trabajo del que ya tiene en estos momentos, así que mejor no se moleste. La señorita Elisabeth y yo cenaremos de lo que haya.

Vio de reojo como la joven suspiraba de puro alivio y a Duncan se le escapó una sonrisa.

—¿Cómo es eso de que no comes carne? —le preguntó, cuando la señora se marchó a preparar la cena.

Ese highlander era muy agudo.

—¿Qué pasa? ¿Dónde te has metido en los últimos veinte años?

—¿Qué pasa?, ¿que ahora es una moda?

Ella lo miró mal, con los ojos entrecerrados.

—No, pero cada día hay más gente en contra del maltrato animal.

—Yo no maltrato a mis animales, los alimento, los trato bien, y...

—Cuando llega la hora... ¡Zasca!

Él se rio, no porque le hiciera gracia matar a sus ovejas o a sus gallinas para consumo propio, sino por cómo lo decía ella, con una indignación que a más de uno le habría hecho plantearse comer frutas y verduras el resto de su vida.

A Duncan le gustaba la forma de expresarse de esa chica, con una mezcla de dulce inocencia y pasión. Gesticulando con las manos, ella lo atraía más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

La señora O'Callaghan regresó con ropa seca para Bel.

—Hay queso y pan en la cocina, también un guiso de ternera, con las verduras de nuestro huerto —comentó, interrumpiéndolos y luego añadió:

—Muchas gracias, picaremos algo después de una ducha caliente —le aseguró Duncan.

La buena mujer asintió.

—Señorita Elisabeth, si me acompaña, le mostraré su habitación, donde podrá cambiarse de ropa y ducharse, si así lo desea.

Bel le dio las gracias y, echando un vistazo a Duncan que la miró sin decir palabra, la siguió hasta el piso de arriba.

—Me temo que estamos en obras —escuchó que le decía mientras subían las escaleras al piso superior—. Ya sabe, cañerías viejas que nos dan más de un dolor de cabeza.

Bel asintió, sin saber que decir.

—Abajo tenemos un aseo, pero de momento, el único baño con ducha está en la habitación de huéspedes, el único dormitorio que no está en obras.

—Entiendo.

—El señor se quedó ahí hace dos noches, cuando vino a visitarnos. Pero el joven Duncan, a pesar de su carácter, a veces rudo, es todo un caballero. No dudo que le cederá el dormitorio.

—Así que de verdad es el señor de estas tierras...

Bel notó como la anciana se reía. Cuando acabó de subir las escaleras se giró para mirarla con una radiante sonrisa.

—Es el nieto de nuestro *laird*. ¿No cree que es muy guapo?

Bel congeló una sonrisa en su cara. Si a ella le parecía guapo o no, era algo que no estaba dispuesta a revelar a nadie.

—Por aquí —indicó, la agradable anciana.

Bel la siguió por el estrecho pasillo. Frente a dos puertas había lonas de plástico cubriendo la entrada. En verdad estaban en obras. La habitación del fondo, cuyas vistas daban al granero parecía ser la única disponible.

Bel se mordió el labio inferior y reprimió una sonrisa en el momento en que la señora O'Callaghan depositaba unas toallas limpias sobre la cama.

—Hay jabón en la ducha, y si necesita algo más solo tiene que pedírmelo.

—Es usted muy amable.

Después de un intercambio de palabras, la mujer la dejó sola.

Bel se quedó mirando la cama de matrimonio que parecía llenar la pequeña habitación. Una sonrisa se dibujó en su rostro, pero al segundo se le borró.

Vaya guarrilla, se amonestó. Estás súper preocupada, por la remota posibilidad de compartir esta cama ¿no?

Alzó una ceja y, después de recoger la ropa seca y las toallas, se metió en el baño.

Mientras se desnudaba y abría el agua caliente, pensó en el highlander que se calentaba abajo, junto al fuego.

Sin duda es un highlander de portada de novela romántica, de las de los ochenta. De esas que nuestras madres tenían que forrar con papel de periódico para que nadie pudiese ver que leían guarrerías en el bus.

El agua caliente empezó a caer sobre su piel, calentándola de inmediato. Pero de solo imaginarse a Duncan McDowell, su temperatura subió sin necesidad de nada más.

¿Dormirás esta noche acompañada de un highlander?, ¿en una rústica habitación con chimenea, en la que sólo hay una cama? ¡Eso sí que es un argumento para una novela romántica!

¡Mis amigas: Taylor y Samantha, van a flipar pepinillos rosas!

Después de la ducha, Bel se sentía como nueva. Se había puesto la ropa que la señora O'Callaghan había preparado para ella. Después de secarse el pelo como pudo con una toalla, ya que no había secador, bajó las escaleras hacia la sala de estar. No podía dejar de recolocarse el pantalón, pues le había dado un chándal que le quedaba grande. La señora O'Callaghan le había dicho que era de su hija, que estudiaba veterinaria en Estados Unidos.

Cuando llegó a la cocina, Duncan estaba poniendo la mesa y la señora O'Callaghan daba vueltas a su alrededor.

—Hola —saludó Bel, algo tímida.

—¡Señorita Elizabeth! —exclamó la anciana, algo estresada. Luego cambió su expresión y le dedicó una sonrisa de amabilidad—. Siéntese por favor, y dé ejemplo para que el joven Duncan haga lo propio.

—Emmm... claro.

Bel miró a Duncan que no había abierto la boca desde que la vio entrar, pero que se había cambiado de ropa, y ahora lucía unos vaqueros -demasiado ajustados para el decoro- y un bonito jersey de lana gris.

Estuvo a punto de carraspear. Se le secó la boca nada más verlo. El cabello de Duncan, al igual que el suyo, estaba húmedo, y unos finos mechones revoltosos caían sobre su frente. Cuando volvió a mirarla con esos penetrantes ojos azules, Bel sintió que la cocina estaba tremendamente caldeada, y no gracias al fuego que ardía en la gran chimenea.

—¿Se encuentra bien, querida? ¿No habrá enfermado? La encuentro un poco acalorada...

Bel quiso morir por el comentario.

—No, estoy bien. Simplemente he puesto muy caliente el agua de la ducha.

La señora O'Callaghan pareció creerla, pero no sin antes echar un vistazo al joven señor.

A Bel le pareció una mujer muy amable pero, al parecer, tampoco le gustaba que otros que no fuesen ella revoloteasen por su cocina.

—Yo me acuesto temprano —dijo la mujer—, pero si necesitan algo, solo tienen que avisarme.

Duncan asintió.

—Descuide, estaremos bien. Y mañana iré al castillo a traer a Thomas si sigue lloviendo.

—Es usted un santo. Que pasen buena noche.

Duncan miró a Bel cuando la mujer salió de la cocina. De repente se sintió algo cohibida por la mirada de él.

—Siéntate, creo que tendrás algo para llevarte a la boca.

Ella se sentó en la silla que Duncan le había señalado, y vio como en varios platos había preparado diferentes quesos, con pan. Y hasta había una ensalada, que como había dicho la señora O'Callaghan, estaba segura de que era con los vegetales de huerto de la casa.

—Esto tiene muy buena pinta.

Duncan no respondió, pero tuvo el buen gusto de sonreírle antes de sentarse frente a ella.

La cocina en verdad estaba caldeada, toda aquella casa olía a hogar y era más que acogedora.

Al volver la vista sobre la mesa, se encontró que las manos de Duncan le habían llenado el plato de comida. Con queso y pequeños tomates con una pinta increíble.

—Gracias —dijo ella.

Luego clavó la vista en la mesa y cuando alzó la cabeza, se encontró de lleno con los ojos azules de ese hombre, que la miraban fijamente. Bel puso cara de circunstancias, y se mordió el labio inferior, para volver a posar la mirada sobre el mantel.

Oh, no... Bel... ¡Te has puesto roja y seguro que se ha dado cuenta! Pero como para no ponerse como un tomate, ¡está más bueno que el pan!

—Y bien, Elizabeth —dijo él con una sonrisa que parecía ocultar algo— ¿Es la primera vez que visitas las Highlands?

Bel parpadeó, no por lo condenadamente sexy que sonaba su nombre inglés en su boca, sino por su actitud amable, y hasta caballerosa.

¡Un momento! ¿Dónde se había ido el pueblerino loco? En aquellos momentos se comportaba como un auténtico caballero escocés. Y hasta... le había dicho que tenía un castillo...

—Sí —respondió ella, algo dubitativa—. Yo no había pasado de Edimburgo. Era hora de visitar el Norte.

—Ajá... —dijo él, mirando como ella volvía a morderse el labio inferior—. Y, ¿qué tal te está resultando la experiencia? —preguntó, con una sonrisa lobuna.

Ella abrió mucho los ojos al ver como Duncan se servía un gran plato de una masa marrón.

—¿Quieres? —le preguntó.

Ella lo miró fijamente, no sabía muy bien si se estaba burlando de ella o no.

—Luce apetitoso —comentó, sin otra cosa que decir.

Duncan no perdió la sonrisa y puso una generosa cucharada en su plato. Bel tocó la masa con el tenedor.

—Vamos señorita Elizabeth, el mundo es de los valientes.

Sin duda le estaba echando un pulso.

Bel elevó el tenedor para llevárselo a la boca, pero lo dejó suspendido cerca de esta. Después de unos segundos, el gigante se rio a carcajadas.

Genial, se dijo, la vegana comiendo carne, ya tiene material suficiente para reírse de mi durante un mes.

—¿Vas a seguir burlándote de mí?

—Nooooo —Duncan alzó los brazos en señal de rendición—. ¿Burlarme de ti? ¡Jamás!

—Te estás burlando de mí.

Él intentó controlarse y carraspeó después de beber un par de sorbos de vino.

—Es simplemente que me pareces muy divertida.

Por alguna razón que no llegaba a comprender, la voz de ese hombre le resultó increíblemente dulce.

Bel apartó la mirada. No era el momento de lanzarle pullas. Prefirió no estropear la relativa paz que había establecido con el pelirrojo loco. Fijó de nuevo su mirada en el montón de carne especiada y cerró los ojos.

No puedo hacerlo.

Después de cinco años sin comer carne, no podía tragarse eso únicamente para demostrarle algo a ese hombre.

Alzó de nuevo la vista y se encontró esa devastadora sonrisa ladeada.

—¿Qué? ¿No te gusta el *haggis*?

—¿Esto es *haggis*? —preguntó Bel, mientras sentía que se le revolvían las tripas. Pulmones, hígado, estómago y corazón de oveja triturado...

Él sonrió, al ver como esa joven miraba con otros ojos las asaduras especiadas que había preparado la señora O'Callaghan.

—Es la hermana de Maggie.

A Bel se le cayó el tenedor mientras el desalmado señor de esas tierras estallaba en carcajadas.

—¡Eres horrible!

Después de secarse las lágrimas que le habían saltado de los ojos, Duncan sonrió.

—Lo siento, no he podido evitarlo.

Ambos se miraron, pero Duncan no pudo dejar de sonreír. Se sintió fascinado por la joven. Era sin duda algo peculiar. Le sorprendía su buen corazón y su dulzura, hasta la forma en que se tragaba los insultos y los substituía por palabras ridículas que ya nadie utilizaba.

Era muy joven, ¿Cuántos años tendría, veintitrés? Como máximo veinticinco. A pesar de su horrenda forma de vestir, era bonita y muy expresiva. Dulce, también.

Duncan tomó un trozo de queso cremoso y lo untó en el pan. Después, con una cuchara le puso miel.

—Toma.

Ella miró lo que el highlander le ofrecía a modo de tregua.

Lo tomó de su mano, rozando sus dedos con los de él al cogerlo. Se miraron en silencio cuando esto sucedió, y Duncan juraría que había visto saltar alguna chispa.

—Gracias.

Duncan untó otro trozo de pan para él, y su mirada se desvió hacia la boca de la muchacha. Uno de sus dedos limpió la miel que le había quedado en la comisura de la boca y él se revolvió incómodo al notar un cierto tirón en la ingle. No es que no supiera comportarse con una mujer, de hecho, su vida sexual era bastante activa, pero debía admitir que la chica que tenía frente a él no era su tipo.

Y sin embargo...

Tenía un pelo precioso, largo hasta la cintura grueso y liso, pero lo más llamativo de todo eran sus ojos de chocolate con unas pestañas tan largas y rizadas que parecían abanicos. No era muy alta y para ser sinceros, era bastante escuálida. Bajo ese enorme chándal, estaba convencido de que sus pechos serían más bien pequeños, le cabrían en una mano... ¡Bufff! Resopló, por el camino espinoso que recorrían sus pensamientos.

—¿Ocurre algo? —preguntó Bel, intrigada.

Él meneó la cabeza sin perder la sonrisa. Estaba molesto, pero sin duda con él mismo. Por comportarse como un colegial frente a su primera cita.

—No —se apresuró a responder. Como no podía decirle que cierta parte de su anatomía se estaba endureciendo como una piedra de torrente, sería mejor distraerse con una amena conversación, mientras llegaba la hora de acostarse.

Acostarse... ¿dónde?, ¿vas a compartir la cama con ella?

Carraspeó.

—¡Y bien! ¿A qué te dedicas? —preguntó a bocajarro, con un tono mucho más elevado del que habría querido utilizar.

Ella volvió a lamerse el labio lleno de miel y Duncan cerró los ojos con fuerza.

—Pues... digamos que soy artista.

—¿Artista? —la miró con los ojos entrecerrados— ¿De esos que tocan la flauta en el metro a cambio de unas monedas?

Había estado a punto de preguntarle si tenía un chucho, pero de ser así estaría pegado a sus faldas. Así que no se lo preguntó.

—¿Esa es la impresión que te doy?

Duncan se encogió de hombros y ella lo imitó.

Estaba más que acostumbrada a que la llamasen por lo que realmente era: una perroflauta. Y se sentía muy orgullosa de serlo.

—La verdad es que tocar en el metro te da muchas tablas. Lo hice alguna que otra vez en Barcelona. Pero no, no toco la flauta, más bien aporreaba la guitarra.

—¿Sabes tocar la guitarra?

—Si tienes una puedo demostrártelo.

Duncan asintió, mientras su sonrisa se hacía más ancha.

La verdad es que le parecía una maravillosa manera de pasar una noche de tormenta mientras una bella joven le cantaba junto al fuego.

—Ojalá tuviera una. ¿También cantas?

—Lo cierto es que lo mío no es la música.

—Entonces, ¿cuál es tu talento? —se interesó el highlander.

—La pintura.

Duncan se la imaginó frente a un lienzo con una camisa holgada y llena de manchas de pintura.

Otro tirón en la ingle.

Y pensó que, hablasen de lo que hablasen, esa mujer le resultaría increíblemente atractiva.

—¿Y qué pintas?

Vio como ella se lamía una vez más el labio inferior después de darle otro bocado al pan con queso y miel.

Duncan se revolvió en su asiento cuando notó protestar su entrepierna.

—Pues... últimamente suelo pintar animales. Aunque los paisajes que he visto me han inspirado. Si de verdad eres el señor de estas tierras, te felicito.

El rio.

—El señor de estas tierras es mi abuelo.

—Ah bueno, entonces tú solo eres el “señorito”.

Duncan la miró con intensidad. Solo por el descaro con que lo miró ella al pronunciar esas palabras, le entraron ganas de borrarle esa sonrisa con un mordisco en los labios.

Carraspeó de nuevo.

—¿Estudiaste bellas artes?

—¿Te ocurre algo? —preguntó Bel, interesada— No haces más que carraspear y revolverte en la silla.

Duncan suspiró, cerrando los ojos.

—Intentaré no volver a hacerlo. —*Maldita bruja*, dijo para sí— ¿Bellas Artes?

—Sí, y luego me especialicé en diseño gráfico.

—Ajá... ¿En qué universidad?

Bel dejó el cuchillo con que había untado el queso en el borde del plato, y lo miró con una ceja alzada.

—Pareces muy interesado en mi vida.

Él asintió.

—Quiero saber quién meto en mi... casa.

Por un momento, Bel contuvo el aliento, pues creía que iba a decir *en mi... cama*.

—Bien, a mi me gustaría saber con quién comparto el techo —*que no lecho*— ¿A qué te dedicas tú, a parte de esquilar ovejas?

Duncan soltó una carcajada. Si alguno de sus conocidos hubiese escuchado ese comentario, tendrían material para reírse de él durante décadas.

—No suelo esquilar ovejas.

—Vaya.

Mecachis, ese tipo es un matarife, o el carnicero del pueblo... ¡Mi gozo en un pozo!

—Ni siquiera me ocupo del ganado —dijo él, sin perder el buen humor—. Pero cuando necesito desconectar, vengo a casa de mi abuelo y doy de comer al ganado y me aseguro de que todo esté en orden.

—¿Tu abuelo es el *laird* del castillo?

—Así es. Pero más que un *laird*, él si que es un granjero de pura cepa.

—Me caería bien. Prefiero a los granjeros que a los señores ociosos.

Duncan asintió.

—No soy un señor tan ocioso como tú te crees.

Aunque no pensaba decirle a qué se dedicaba. De todas formas, si lo hubiera dicho, ella no le hubiese creído.

Bel frunció el ceño y volvió a coger el tenedor. Comió en silencio, chupándose los dedos, algo que a Duncan le pareció de lo más erótico.

Era una suerte saber que había muy pocas posibilidades que sus caminos volvieran a cruzarse. El deseo que sentía por aquella mujer, era demasiado intenso como para no complicarse la vida.

Cuando acabaron de cenar, Duncan se puso en pie y empezó a retirar la mesa mientras Bel ponía los platos en el lavavajillas. Después de las molestias que se había tomado la señora O'Callaghan, era lo menos que podía hacer.

—Me gustaría saber cómo se encuentra Maggie —confesó ella, cuando ya estuvo todo arreglado— ¿Habrá parido ya? Me preocupa su pata lastimada.

—Solo hay una manera de averiguarlo.

Bel lo miró por encima del hombro mientras terminaba de recoger. Lo vio caminar hacia la puerta de la cocina que daba al exterior y ponerse el chubasquero amarillo que había usado anteriormente.

—¿Vas a verla? —Bel se preocupó, por si el highlander volvía a empaparse con la que estaba cayendo afuera. Pero supuso que era la única forma de llegar al establo.

—Ahora vuelvo.

Bel lo siguió.

—Yo también quiero ir —dijo, cuando él iba a abrir la puerta.

—Quédate y sube a la habitación —ordenó—. Vas a resfriarte. Yo te informaré de como está.

Y dicho esto, salió de la casa dejándola plantada frente a la puerta, que el viento cerró de con un fuerte golpe.

Bel se quedó mirando la puerta unos segundos, desconcertada. Ese hombre estaba como una cabra, a ratos se comportaba como todo un caballero, para después transformarse en un hombre tosco y sin modales. Y juraría que, en algunos momentos de la cena, él la había mirado con ojos golosos...

¡Estás soñando!

Soñaba, ¿no? ¿Sería eso posible?

¡Ojalá! ¡Ojalá no fuesen imaginaciones suyas y se lanzase sobre ella como un auténtico highlander de novela romántica!

Suspiró, algo desilusionada. Eso solo pasaría en sus mejores sueños.

Se encogió de hombros y apagó la luz de la cocina. Estaba dispuesta a obedecer y subir a la habitación.

Habitación que no tenía muy claro si compartirían o no...

CAPÍTULO 4

Coitus interruptus

Bel fue al baño y sacó algunas toallas secas del armario, por si él volvía empapado y quería darse una ducha caliente. Antes de cerrar la puerta, vio sobre una balda, algunos enseres masculinos: un cepillo de dientes, espuma de afeitar, y colonia... Una colonia tremendamente cara. Y lo sabía, porque Taylor se la regaló a su pareja, Marcus, y ella estaba presente cuando sacó la visa para pagar.

¡Caray! ¡Con motivo olía tan bien! Se acercó el vaporizador a la nariz y comprobó que, efectivamente, era el aroma de ese hombre. Sí, era el olor de ese tipo, lo había sentido cuando él la cogió en brazos para después lanzarla, literalmente, dentro de su ranchera.

Volvió a ponerlo todo en su lugar y salió del baño.

En la habitación se dispuso a encender el fuego de la chimenea. No le fue demasiado difícil y, cuando las llamas empezaron a calentar el ambiente, se sintió satisfecha consigo misma.

Antes de quitarse las botas y acercarse a la cama, puso otro tronco, que estaba en un leñero, por si acaso no fuese a apagarse. Cerca de la chimenea encontró un mueble *vintage*, con un tocadiscos que le pareció una auténtica pasada. En la estantería de al lado estaban los discos perfectamente ordenados. Sacó uno: *Magical Mystery Tour*, de los Beatles.

Vaya, tiene buen gusto el granjero sexy...

Luego, caminó hacia la cama, y sobre la mesita de noche había un libro: *Poemas de William Blake*.

Al esquilador de ovejas le gusta la poesía romántica. Asintió, mientras acariciaba la tapa del libro. *Interesante...*

Vio que el cajón estaba entreabierto. Se mordió el labio inferior. *No seas cotilla. No es tu casa. No seas...* La curiosidad pudo más. Alargó la mano y metió dos dedos dentro del cajón para abrirlo poco a poco, como si estuviera haciendo una travesura. Entonces... la puerta se abrió de repente. Al mismo tiempo, la habitación quedó iluminada una fracción de segundo por un rayo que descargó toda su furia con un enorme estruendo.

—¡AAAAAH! —Bel gritó, presa del pánico. Bajo el marco de la puerta se dibujó la silueta del enorme highlander.

Bel, muerta del susto, dio un salto, luego un paso hacia atrás, y se tropezó con unos zapatos situados junto a la cama.

—¡Ay! —gritó de nuevo, en el instante en que estaba a punto de caerse de culo.

Pero sus posaderas no llegaron a rebotar contra los tablones de madera. Unos brazos fuertes la sostuvieron.

Los alientos de ambos se entremezclaron, ya que sus bocas quedaron a escasos centímetros de distancia.

Bel respiró hondo, agarrándose a esos fornidos brazos. Apretó los labios para no suspirar. Se perdió en esos ojos eléctricos, de un color azul celeste.

—Hola...

¿Hola? Por decir algo. Realmente quería decirle lo increíblemente irresistible que era en las distancias cortas.

—¿Siempre eres tan patosa?

¿Por qué sería que esa pregunta no sonaba como un regaño? El highlander lo había dicho con

una voz tan irresistiblemente sexy, que ya le hubiese gustado tener a Henry Cavill.

Bel sintió la acuciante necesidad de acariciar esa barba rojiza tan sensual y darle un mordisco en el hoyuelo del mentón. Notó cómo se ponía más roja que un tomate y cómo la excitación calentaba su sangre, que la recorría de arriba abajo.

¡Este hombre me pone súper cachonda!

—No hagas eso —lo oyó decir.

Ella lo miró como si no entendiera, aunque realmente creía entender perfectamente: Él la había pillado con las manos en la masa, revolviendo sus cosas. Estaba claro que le advertía que no debía meterse en sus cosas privadas. Aún así, preguntó para disimular:

—¿Que no haga el qué?

Pero una vez más, ese hombre la sorprendió.

—No te muerdas el labio.

El hombre la miraba fijamente.

Bel sonrió sin poder evitarlo.

—No me estaba mordiendo el labio.

—Te lo estabas lamiendo, que es mucho peor.

Bel sintió que el calor en su rostro se intensificaba. Estaba convencida de que si inspiraba hondo, su respiración se entrecortaría.

—¿Tanto te molesta? —logró decir.

—Me molesta el significado.

El gigante empapado de la cabeza a los pies la estrechó con más fuerza y eso disparó el corazón de la muchacha.

—¿Qué significa para ti que me muerda el labio? —preguntó, sin ser muy consciente de lo que estaba diciendo.

Él la sostenía entre sus brazos y su pecho subía y bajaba con fuerza.

Su descomunal figura ocupaba todo su campo de visión. Ella se apartó despacio, hasta que su espalda tocó la pared, empapelada de papel pintado. No pudo apartar la vista de sus ojos azules, que con esa escasa luz, tenían un fulgor especial.

Duncan dio varios pasos hacia ella, dejándole claro que soltarla no significaba necesariamente dejar que se marchara sin un merecido castigo.

—Veras... —esa voz ronca hizo que las piernas de Bel temblaran—, que una mujer se muerda el labio solo puede significar dos cosas.

A Bel se le dilataron las pupilas al notar el aliento del highlander en su cara. Había llegado hasta ella, y estaba inquietantemente cerca. Intentó mover los labios para preguntar, pero le costó horrores.

—¿Qué signi... significa? —balbuceó.

—Bueno... La primera opción, es que esté viendo algo que quiera comerse.

Ella enrojeció todavía más. Desde luego, era muy probable que, inconscientemente, se lamiera el labio porque quisiera comerse lo que tenía delante. Y ese no era otro que Duncan McDowell.

—Bueno... —respondió ella, tragando saliva—. Es la segunda opción —dijo, asintiendo muy convencida—, sin duda es la segunda.

Porque no podía dejar que él pensara que estaba deseosa de comérselo.

Aunque sí lo estaba. Se moría por comérselo enterito. Una y otra vez, porque estaba convencida de que con un hombre como aquel... repetiría.

—Entonces —dijo Duncan, con una voz cavernosa—, sea la segunda opción.

Duncan puso ambas manos contra la pared, a cada lado de la cabeza de Bel.

Derramó su aliento sobre su mejilla y ella sintió que se le aflojaban las piernas.

El deseo hizo que lo observara sin decir nada y quedó muda por unos instantes, pero finalmente la curiosidad pudo más.

—¿Cuál es la segunda... la segunda opción?

El sonrió, mostrando unos perfectos dientes blancos. Era una sonrisa tan pícaro y sensual que Bel volvió a morderse el labio.

—La segunda... —empezó a decir él, apretando su cuerpo contra el de ella, al sentirse tan increíblemente atraído hacia su boca—, es que quieres que te folle como nadie lo ha hecho jamás.

Ella abrió la boca, intentando tomar aire.

Sin saber muy bien por qué, estaba asintiendo.

—Sí... bueno. Es probable que sea la segunda opción.

¿En serio? ¿De verdad acabas de decir esto?

Iba a retractarse pero al parecer, al highlander esa opción le había encantado.

—Me parece jodidamente perfecto —susurró contra su boca.

Duncan aprovechó para besarla, de una manera posesiva y salvaje.

Notó el sabor de Bel y nada le había parecido tan dulce hasta ese momento. Esa muchacha lo atraía como pocas mujeres lo habían hecho en la vida. Bien, no era su tipo, de esto estaba seguro, o al menos tenía claro que jamás se había acostado con una mujer como ella. Tan... inocente, tan dulce. Sin malicia.

—Llevo deseando probarte desde que la miel de la cena tocó tus labios.

Bel tomó aire mientras se inclinaba un poco más contra Duncan.

¡Ufff! Ella no sabía desde cuándo quería saborearle, pero tenía claro que no pensaba dejarlo escapar hasta hacerlo.

Le llevó los brazos al cuello y se colgó de él, mientras sus labios volvían a ponerse en contacto.

La lengua de Duncan pujó, saboreándola, y sus labios hambrientos le devoraron la boca, atrapando los gemidos que ella producía de forma inconsciente, totalmente rendida a ese beso.

A pesar de que ella se había colgado literalmente de su cuello, las manos de Duncan seguían extendidas contra la vieja piedra. Flexionó más los codos para que entre sus cuerpos no cupiera ni un alfiler. Era tan pequeña, que Duncan había tenido que flexionar sus rodillas y ahora, sus caderas, como si tuvieran vida propia, ondeaban contra ella, esperando que abriera las piernas para poder tocar mejor ese punto de deseo que lo estaba llamando a gritos.

Bel sintió que se iba a desmayar. Le faltaba el aire a causa de aquellos besos apasionados.

Alzó la cabeza hacia el techo de la habitación y él aprovechó para besar, primero su mejilla y después el pulso desbocado de su cuello. Ella tomó aire, sorprendida por esa descarga de placer que estaba sintiendo.

—Dios... estás mojado.

Duncan rio contra su cuello.

—Sí, por tu culpa y la de tu oveja —sonrió contra su mejilla.

—¿Ahora es mi oveja?

Él rio más fuerte. Mordió la suave piel del cuello, mientras sus manos descendían hasta agarrarle las caderas.

Masajeó su trasero y, apretándolo con fuerza, la alzó hasta que sus piernas temblorosas rodearon sus caderas.

—Vaya...

—¿Sí? —preguntó él, acariciando su cuello con la nariz.

—Eso ha sido...

—¿Muy de película?

Ambos rieron.

—¡Ya lo creo!

Duncan la apretó con su cuerpo, aplastándola más contra la pared. Sus bocas se unieron y separaron de nuevo, solo para tomar aire. Bel se deshizo del horrible chubasquero, que cayó a los pies de Duncan, y después se agarró a la húmeda chaqueta de lana de ese hombre. Cuando buscó en su cintura para sacarle el jersey de lana, él la detuvo y sonrió contra su boca.

Bel estaba como loca por tenerlo desnudo frente a ella, quería comprobar si todo lo que se imaginaba que habría debajo de tantas capas, existiría realmente.

Duncan la miró directamente a los ojos, clavando su mirada azul en aquellos ojos de cervatillo deslumbrado. Si algo le quedó claro, es que ella tenía ganas de más. Y para qué mentir, él se moría de ganas de tenerla aún más cerca.

La nariz del hombre rozó su mejilla y sus labios avanzaron hasta el cuello de ella para abrirse sensualmente y morderla como si fuera una fruta madura.

—¿Elizabeth?

Bel intentó abrir los ojos sin demasiado éxito.

—¿Qué?

—¿Me equivoco? —preguntó, juguetón, y sabiendo que ella habría olvidado por completo como habían llegado a donde estaban.

—¿Qué?

—Que si me equivoco.

¡Maldita sea! Ella gimió y le cogió la cabeza con ambas manos. Lo miró, frustrada. ¿De qué le estaba hablando?

—¿En qué? —preguntó.

Él rio al ver su impaciencia.

Genial, pensó Bel, de nuevo esa sonrisa lobuna.

—Ya sabes, en si quieres que te folle salvajemente.

¡Joder, claro que quiero que me folles salvajemente!

No pudo expresarlo con palabras porque... ¡Aaaaah! Se quedó de piedra cuando la fría mano de Duncan se metió entre sus piernas, acariciando primero sus muslos y subiendo despacio hasta meterlas dentro del holgado chándal. Puede que no fuera el atuendo más sexy del mundo, pero Duncan estaba convencido que nada le daría más placer que quitárselo. Pero antes la atormentaría tanto como ella le había atormentado a él con esos labios carnosos que no le había dejado saborear hasta ahora.

Bel se retorció cuando la mano de Duncan tiró del elástico de sus bragas para meter las manos entres sus piernas con más facilidad.

—¡Joder!

Sí, joder, pensó Duncan, apoderándose de su boca mientras empezaba a atormentarla de manera más íntima.

Bel se golpeó la cabeza contra la pared cuando la echó hacia atrás en busca de aire.

Duncan la miró, preocupado, pero al ver su expresión de placer rio, moviendo de nuevo sus dedos, acariciando el punto exacto donde ella deseaba que la tocara.

—Sí, sí... ¡Oh sí!

Pero de pronto, cesó en sus movimientos.

Se quedó mirándola a los ojos, que ella tenía entornados. No borró en ningún momento la sonrisa lobuna de sus labios.

—Vamos...

—¿Qué? —preguntó él, fingiéndose inocente.

—No pares ahora.

Duncan besó el cuello de Bel y deslizó sus labios hasta su oreja.

—Tienes que decirlo.

Bel movió sus caderas.

—Sí quiero...

—¿Qué quieres?

—Que me folles salvajemente.

Como si fuera eso exactamente lo que estaba esperando, Duncan volvió a apoderarse de sus labios.

Que suerte que la cama no estuviera lejos, o la habría tumbado sobre la alfombra para tener ese sexo salvaje que le había prometido. La abrazó por la cintura, y con solo dos pasos la tiró sobre la cama.

En la habitación no había más luz que la de la chimenea encendida. Las llamas rojizas, daban a la piel pálida de Elizabeth, una luminosidad casi mágica. Incitaba a besarla. Deseaba hacerlo, posar sus labios sobre cada uno de los trozos que quedaban al descubierto.

Estaba preciosa y se moría de ganas de estar con ella. ¡Dios! ¿Cuándo fue la última vez que había deseado de aquella manera a una mujer?

Se arrodillo sobre la cama. Su rodillas descansaban a cada lado de las caderas de ella, que lo miraba, expectante.

Se inclinó sobre ella, sin dejar de mirarla, tan lentamente como pudo. Rozó su boca suavemente, para después apartarse enseguida. Bel iba a protestar cuando vio que las manos masculinas agarraban el bajo de su jersey y se lo sacaba por la cabeza. La camiseta mojada siguió el mismo camino.

Inconscientemente, Bel se mordió el labio inferior y Duncan le sonrió, volviéndose a inclinar sobre ella.

—Cada vez que haces eso, me recuerdas lo que quieres que te haga.

Bel asintió sin tan siquiera darse cuenta. Lo miraba extasiada. ¿En serio le había tocado la lotería? ¿Iba a follarse a ese modelo de la perfección?

—¡Jolines! ¡Que suerte tengo! —exclamó, en perfecto castellano.

Él rio y detuvo las manos sobre los botones de su bragueta.

—No sé que significa eso —dijo, mirándola directamente a los ojos con una sonrisa devastadora—, pero espero que no sea nada malo.

Ella meneó la cabeza. No era muy propensa a los tacos y a veces se le escapaban ridiculeces como *jopetas*, *recórcholis*, *cáspita*... pero en ese momento no iba a pensar en ello. Solo pensaría en lo calentita que iba a dormir esta noche.

—Nada malo —le aseguró.

No dijo nada más. No pudo apartar la vista de las manos de Duncan, que sonrió al ver que su atención estaba fija en su pantalón. Y es que para Bel, en esos instantes, nada era tan intensamente erótico como esa parte de su anatomía.

Sin querer atormentarla más, Duncan se desabrochó uno a uno los botones de sus vaqueros. Al desabrochar el último, fue consciente que debería apartarse de ella para poder sacárselos. Y así lo hizo, se puso de pie, viendo como ella se incorporaba apoyándose en los codos, como si no quisiera perderse ninguno de sus movimientos.

Duncan se sacó las botas y los pantalones. Y, para alivio de Bel, también los calcetines. Lo hizo

con parsimonia y quedó totalmente desnudo frente a ella.

—Joder... —Esta vez Bel se olvidó de su norma de no soltar tacos.

Duncan respiraba trabajosamente. Estaba más que excitado, la parte de su anatomía más erecta no dejaba lugar a dudas. Pero todo era culpa de ella, por mirarlo de aquella forma, como si pretendiera comérselo.

—Te toca.

Bel no pudo menos que asentir. Pero tardó demasiado para él.

—Quítate la ropa.

Ella soltó una carcajada. A ese hombre le encantaba dar ordenes.

—¡Sí, señor!

Eso lo hizo sonreír. Y siguió haciéndolo al tumbarse sobre ella y apretar su virilidad contra el vientre caliente de Bel.

Se puso nerviosa al notar el peso de su cuerpo. ¡Señor! Eso era tan grande... Pensó que quizás la magia desaparecería, pero... Duncan volvió a besarla, o más bien a apoderarse de su boca, y ella volvió a arquearse, suplicando que la tocara.

—Tu ropa —volvió a insistir él.

—No puedo hacerlo si me aplastas.

—Entonces, déjame a mí.

Duncan se incorporó y, de un tirón, le sacó los pantalones de chándal. Ella quedó con la boca abierta, incapaz de articular palabra a causa del deseo.

La miró a los ojos, dudando en si quitarle o no la ropa interior, pero cuando su mano acarició el vientre plano de ella y se metió dentro de sus bragas, pensó que podía jugar con su deseo un poco más.

—Lo que estás haciendo no es desnudarme.

Él rio ante el tono de decepción de ella.

—Dame un minuto, te estoy calentando para que no tengas frío.

Bel se arqueó de nuevo. ¿Frío? ¿Cómo podía pensar que una mujer tendría frío, estando él en la misma habitación? En su vida había estado tan caliente.

La cabeza de Duncan descendió sobre ella, besó la suave piel de su vientre y subió hasta que la tela del viejo chándal le impidió acceder a sus pechos. Pero se la subió, dispuesto a ver todo lo que ella tenía para ofrecerle.

Ella rio, al ver que en lugar de sacarle el jersey, lo estiraba sobre sus pechos, tapándole el rostro.

—Vaya, eres una caja de sorpresas.

Se maravilló al ver sus pequeños pechos, sin sujetador.

Bel no podía ver lo que hacía, pero sí sentirle. Notaba el cuerpo caliente, otra vez entre sus piernas, y de pronto, algo húmedo sobre sus pechos. La lengua de Duncan lamió uno de sus pezones y ella se arqueó con más fuerza. Luego, los labios lo apretaron para succionarlo.

—Duncan...

Cuando a Bel se le cortó la respiración y fue incapaz de hilar dos pensamientos coherentes, notó que el highlander le arrancaba las braguitas, dejando que sus cuerpos se pegaran el uno contra el otro, sin barrera alguna, a excepción de la camiseta que tenía sobre el rostro. Era extraño, pero increíblemente erótico.

—¡Dios...! —las palabras de Bel quedaban amortiguadas por la tela— Duncan... vamos...

Él rio contra la tierna carne de su pecho.

—¿Qué?

—¡Desnúdame!

Él rio mas fuerte pero, obediente, le sacó la ropa por la cabeza.

La desnudó mucho más rápido de lo que él se había quitado la ropa.

—¿Qué más? —le preguntó a ella, acomodándose mejor entre sus piernas.

Duncan miró sus pezones sonrosados, erectos para él y los succionó mientras ella se apretaba de nuevo contra él. Movi6 sus caderas en busca de lo que realmente deseaba, pero a pesar de notar su erección palpitante, Duncan no pensaba ponérselo tan fácil.

—Duncan —suplicó.

—¿Qué?, ¿qué más? —Él rio más fuerte—. Dímelo para que esté seguro de lo que deseas.

Empujó la punta de su pene contra la húmeda hendidura.

—¡La segunda opción! —gritó ella, esperando que fuese lo que él deseaba volver a escuchar.

—¿Cual es esa?

Duncan se quedó quieto, parando su peso sobre las manos que tenía a ambos lados del cuerpo de Bel. Dejó de sonreír cuando se perdió en la visión de su rostro suplicante.

Miró sus pechos desnudos, su vientre, sus caderas que lo buscaban desesperadamente.

—Por favor, ahora —suplicó, ella.

Duncan agarró las muñecas de Bel y las inmovilizó sobre su cabeza, se dejó caer cuan largo era sobre ella y, contra su boca, pronunció las palabras más eróticas que ella había escuchado jamás.

—Elizabeth... Voy a follarte salvajemente.

—Sí. Yo quiero que...

Las palabras quedaron flotando en el aire cuando se escucharon pasos acercándose a la puerta de la habitación.

Duncan la miró frunciendo el ceño, y Bel tardó tanto como él en reaccionar. De hecho, no entendió lo que estaba pasando hasta que se escucharon los golpes en la puerta de la habitación.

—Mierda —La protesta de Duncan apenas fue un susurro, pero fue suficiente para que Bel se diera cuenta de que no estaba soñando.

Después de los golpes se escuchó una voz familiar tras la puerta.

—¿Señor Duncan?

Era la señora O'Callaghan.

La buena mujer no podía ser más inoportuna, aún así la voz de Duncan no dejó entrever toda la frustración que sentía en aquel momento.

—¿Sucede algo?

Había interrumpido algo que era mejor que no pasara. Aún así, lamió el labio inferior de Bel, antes de que ella respondiese:

—Señor, no puedo dormir debido a los belidos de la oveja que trajo.

Al escuchar esto, Bel se incorporó de la cama, y Duncan supo que por mucho que la señora O'Callaghan se fuera, la magia se había roto.

A regañadientes, Duncan volvió a ponerse la ropa húmeda, mientras la buena señora seguía hablando tras la puerta.

—He ido a verla, y la pobre está de parto, pero algo anda mal.

—Oh, Duncan... —Bel se vestía también a toda prisa.

Su cara de auténtica preocupación hizo que él pusiera los ojos en blanco, pero aún así, no pensaba desamparar a la pobre oveja.

—De acuerdo, ya voy.

Iba a ser una noche mucho menos placentera de lo que esperaba.

CAPÍTULO 5

¡Rayos y centellas!

Bel estaba parada detrás de Duncan y contenía la respiración a cada belido de la pobre Maggie. Se quedó muy quieta mientras veía como él palpaba su vientre y hacía todo lo posible por atenderla.

Bel sonrió sin poder evitarlo. El bruto highlander, de casi dos metros de altura, estaba agazapado junto al animal y, con suavidad, acariciaba la barriga de la futura mamá. Además le estaba... ¿cantando?

Encantador.

A Bel casi se le parte el corazón. ¡Por Dios! Podría adoptarlo. Era una monada. Y se refería al highlander, no a la pobre oveja.

El hombre que había conocido, actuando como un bruto desalmado, había resultado ser, no solo el hombre más sexy de Escocia, sino que además era un auténtico trozo de pan. Y tan sexy y tan guapo... Y alto, fornido, con los calcetines a cuadros sobre el pantalón para no manchárselo de boñigas... y trataba tan dulcemente a Maggie... Y besaba tan bien, y olía tan bien, y estaba segura de que también foll...

Él giró la cabeza para mirarla y le dedicó una sonrisa al ver que ella abría los ojos como platos y se ponía más roja que un tomate.

Bel se recompuso y carraspeó, rogando interiormente que ese hombre no la hubiese pillado mirándolo con cara de *quiero que acabes lo que has empezado en el dormitorio*.

—Ha llegado el momento —le dijo él, en tono suave.

Bel se acercó.

El corderito estaba a punto de nacer. Aquello era para recordar. Estuvieron cerca de media hora animando a Maggie, Duncan le masajeaba la barriga y cuando el corderito empezó a salir, ayudó a la mamá como pudo.

A Bel se le saltaron las lágrimas cuando finalmente el animal llegó al mundo.

—Es una monada.

Ella sí que era una monada, pensó Duncan, pero se abstuvo de decírselo.

—¡Somos padrinos, Duncan! ¿No estás contento?

Sin poder quitarse la sonrisa de la cara, ella se lanzó sobre Duncan y le dio un abrazo.

El rio, exhausto.

—Sí, estoy tan contento como agotado.

Bel asintió, pero sin parar de sonreír y mirar al cordero.

—Es hora de que dejemos a la madre alimentar a la cría.

Bel asintió. Y no se resistió en absoluto cuando él la tomó del brazo y regresaron de nuevo a la casa.

De nuevo en la habitación, Bel podía escuchar el agua de la ducha correr. No podía apartar la mirada de la puerta del baño. Sabía que allí dentro, ese hombre espectacular, estaba desnudo. Y sin que nadie le frotara la espalda.

Suspiró.

Tampoco podía dejar de pensar en lo que había estado a punto de suceder entre ambos, antes del parto de la pobre Maggie.

Le encantaría seguir por donde lo habían dejado, pero él no había dicho nada al respecto y a Bel le daba mucha vergüenza sacar a relucir el tema. Bueno... ¿qué podía decirle? *¿Te acuerdas que me tenías desnuda en esta cama y estabas a punto de... follarme salvajemente? Pues deberíamos continuar donde lo dejamos, ¿no te parece?*

Evidentemente, no podía decirle eso, pero era exactamente lo que quería que sucediese.

Era tímida. *Claro que eres tímida, y así no llegarás a ninguna parte.* Y tampoco se consideraba una experta en el arte de la seducción y, aunque seguía estando más cachonda que una gata en celo, a lo único que se atrevió fue a mirarlo como si fuera una obra de arte de carne y hueso, cuando salió del baño.

—¿Todavía no te has acostado?

Fue escuchar eso y se metió enseguida en la cama.

—Ya voy.

Se había quitado el pantalón del chándal, y solo llevaba puesta una camiseta y por supuesto las braguitas. No iba a ser tan obvia.

Se colocó mirando a la pared, pero le fue imposible no caer en la tentación de echar un vistazo cuando se acercó a la cama. Lo miró con ojos golosos, como si él fuese una piruleta con sabor a mango y fresa y ella una diabética que no ha probado el azúcar desde los catorce años. Solo llevaba una toalla cubriendo sus partes nobles y dio gracias a Dios de que él no pudiera ver su mandíbula desencajada.

¿Es que no tienes piedad, granjero?

No era capaz de dejar de mirarlo de soslayo. Tenía unos hombros enormes. Y... joder, esos pectorales, y esos abdominales... No eran de ese mundo.

Las llamas de la chimenea acariciaban el amplio torso de piel bronceada, cubierto con pequeñas perlas de agua que brillaban a la luz del fuego.

¡Bel, céntrate! Deja de mirarle. Pasa de esos cabellos húmedos y ondulados que le acarician el fuerte mentón que tiene. Y ese hoyuelo tan sexy y apetitoso... Seguro que esa incipiente barba rojiza me haría cosquillas si...

¡Quien pudiera lamer una a una esas gotitas de agua para después ir bajando por los pectorales, las marcadas abdominales y... después...!

¡Sí, Bel! ¡Dilo, dilo! Y después... ¡Comete la piruleta enorme que tiene entre las piernas! Si es que no tienes vergüenza...

—¿Te encuentras bien? —preguntó él, sacándola de sus tórridas ensoñaciones—. Estás muy roja, ¿no tendrás fiebre?

Ella abrió la boca para contestar, pero su garganta solo pudo expulsar un extraño graznido.

—Lo último que me faltaba, que agarres un resfriado.

—S... sí —logró decir ella, apartando la vista de ese adonis para clavarla en el fuego: Un fuego del mismo tono que su melena, y de esa barba tan sexy...

Negó con la cabeza, para expulsar de su mente esos pensamientos.

—¿Sí?

—Será la fiebre —graznó, y se puso a toser de forma exagerada, para disimular que casi había tenido un orgasmo visual.

—Vamos, tápate —ordenó él, mientras le daba la espalda y se deshacía de la toalla.

Oh, no, no, no... ¡No me hagas esto, Duncan!

Bel no se podía creer la poca vergüenza que tenía ese hombre. ¡Parecía sacado de una novela medieval! El señor del castillo, paseándose en pelotas por la habitación... ¡Genial! *De tener fiebre ya habría ardido en combustión espontánea.*

Suspiró.

Yo no quiero meterme en la cama, ¡quiero la segunda opción! ¡La segunda opción!

Bel se incorporó en la cama, sentándose con la espalda en el cabecero de hierro forjado. Al moverse, el somier hizo un ruido metálico. *Follar en esa cama iba a ser un escándalo. Que no digo yo que vayamos a follar, pero de hacerlo aquí, la señora O'Callaghan y Maggie van a pensar que viene el fin del mundo.*

Al contemplar esa espalda, que bien podría haber esculpido el mismo Miguel Ángel, volvió a morderse el labio. Algo que él no vio porque seguía de espaldas.

Su excitación la ponía nerviosa, así que salió de la cama y se destapó, dejando expuestas sus largas piernas. Las cruzó en plan instinto básico para captar su atención, pero si no se volvía no podría ver esa pose tan sexy.

Carraspeó. Pero la estrategia no dio resultado.

¡Mecachis!

Bel no era capaz de apartar los ojos de sus nalgas prietas. Ni de esa espalda tan... ancha... y musculosa... No, mejor le miraba de nuevo el trasero: *Seeeee... Ese trasero... ¡Es perfecto!*

Cambió la pose a otra que ella pensó que sería más sexy, se soltó el pelo y dio un golpe de melena, por si acaso él se daba la vuelta. Pero para desgracia de Bel, no lo hizo.

Al final pensó que, si no dejaba de mirarlo de esa forma, acabaría lanzándose sobre él cual perra del infierno en celo. *¡Pero por Dios, no es mi culpa!* ¡Ese hombre no tenía ningún pudor, ni un ápice de piedad! ¡Era un demonio que disfrutaba provocándola, poniéndola cachonda!

Duncan se movía por la habitación en pelotas. Bueno, para ser sincera lo que estaba haciendo el pobre hombre, era secarse con la toalla y preparar la ropa que había sacado del armario para ponérsela. Pero... podría hacerlo con movimientos menos sensuales, se dijo Bel. Y es que se movía como si fuese el puto amo de un castillo medieval. *Mmmm, un señor medieval, eso sería un argumento estupendo para una de las novelas de Taylor.* Debería decírselo a su amiga escritora. Ella podría ser una simple criada, a merced del señor del castillo. *¡Bien Bel! ¡Esto es súper feminista!* Pero podría ser que él fuera el señor y ella... una criada asalariada con todos sus deberes laborales y papeles en regla. *Sí, esto está muchísimo mejor.* Después ya veríamos lo ético que resultaría ser que el patrón follara salvajemente a su asalariada, después de las reiteradas peticiones y suplicas de ella. Y si después de todo esto a alguien no le parece feminista pedir sexo a un hombre como Duncan, es que no han visto semejante culo.

Como si quisiera apiadarse de ella, Duncan empezó a vestirse ante la chimenea.

Suspiró, y a Bel le pareció que él la miraba de soslayo, pero no hizo ningún comentario ante su pose sexy.

Bel vio, desolada, como se ponía los pantalones, y el perfecto trasero quedó para el recuerdo. Luego extendió una manta de lana en el suelo y se echó, boca arriba, junto a la chimenea, con el interior del codo apoyado sobre la frente.

¿Qué demonios estaba haciendo? Bel lo miró cuan largo era e hizo un mohín de disgusto con los labios. ¿Qué? ¿no iba a dormir con ella? ¡Pero si la cama era enorme!

¿Eh?, ¿qué haces tan lejos? Mala persona...

Y encima el muy malvado no se tapó con nada, al parecer, el fuego de la enorme chimenea le daba el calor que necesitaba. ¿Es que quería matarla o qué?

Tragó saliva cuando él, ¡alabado fuese el señor! le dedicó una mirada, pero no fue de deseo, sino de interrogación.

—¿Deseas algo?

Joder, ¿que si deseaba algo? ¡Claro que sí! Pero una tenía su orgullo, así que simplemente

siguió respirando después de un escueto:

—No, nada.

Maldita sea, estaba segura de que la había pillado poniéndole morritos, intentando aparentar ser sexy. Así que, evidentemente, sabía lo que ella quería, pero él no parecía estar dispuesto a dárselo.

—Bien, buenas noches.

Bel bufó. ¡Genial! *Pues buenas noches*, pensó. Finalmente, se metió en la cama y se tapó con el edredón de plumas hasta la nariz.

—Buenas noches —respondió, enfurruñada.

Él no contestó, pero reprimió una sonrisa. Aunque había estado disimulando todo el tiempo, no le había quitado el ojo de encima a esa chica descarada. Se había divertido mucho con sus poses y sus expresiones. Era muy graciosa y, aunque ella parecía no saberlo: tremendamente sensual.

Duncan era consciente de que ella lo deseaba, que la había dejado con ganas de más, pero el highlander dudaba si lo de antes había sido una buena idea. No es que se arrepintiese de haberla besado, era un hombre consecuente con sus actos, pero había algo en Elizabeth... Esa chica le gustaba más de lo que Duncan estaba dispuesto a reconocer. Alguien tan dulce como ella podía hacerle perder la cabeza muy fácilmente. Y eso era peligroso.

No solo era preciosa, también era dulce, de sonrisa sincera y sin un ápice de maldad. Un soplo de aire fresco para su frenética vida, donde todos quienes le rodeaban eran falsos y únicamente buscaban de él una buena tajada del pastel. A excepción de su familia, por supuesto. Ellos eran los únicos que lo conocían de verdad.

En cualquier caso, Elizabeth no era la clase de mujer con la que él solía mantener una relación, fuese sexual o sentimental. Ella era una buena chica, no como las modelos con las que solía relacionarse. No es que ellas fueran malvadas y calculadoras, nada de eso. Tenían una relación física sana, pero los dos sabían que no pasaría de allí. Duncan solía aparentar ser frío y, a veces, despiadado cuando veía que una mujer deseaba atraparle en las redes del amor.

Las relaciones serias no eran para él. Y precisamente era así por el tipo de mujeres con quien se relacionaba, pues ellas solían buscar lo mismo. Pero Bel... algo le hacía pensar en la mujer de su primo Taylor, o en su prima Samantha, demasiado espontánea como para ocultar algo. ¿Qué haría Duncan con una mujer como ellas? Con una mujer como Bel, seguramente se enamorar... ¡No! No lo pensaría. No iba siquiera a pensar que ella podría ser algo más que el calentón de una noche. Y maldita sea si no estaba ardiendo por esa mujer.

¡No lo pienses Duncan! No te acerques o acabarás... acabaría echando el polvo del siglo. Se revolvió inquieto y suspiró al sentir la tensión en la ingle.

El sabor de su piel y su olor... Y sus ojos de mirada sincera y del color del chocolate... Y esa forma de morderse el labio, tan sexy y dulce al mismo tiempo... Sí, Duncan deseaba a Elizabeth como nunca había deseado a otra mujer.

Toda la sangre de su cuerpo parecía ir al galope hacia una parte de su anatomía.

Gimió y escuchó como ella se revolvía en la cama.

—¿Te encuentras bien? —la oyó decir.

Menuda pregunta, pensó Duncan.

Claro que no se encontraba bien.

Pero era mejor no contestar. No iniciar algo que, sin lugar a dudas, acabaría mal. Ciertamente, eran como el agua y el aceite. Su vida era un caos, su trabajo no admitía distracciones y Bel no era una chica para un rollo de una noche. Ella valía la pena y Duncan no podía permitirse un talón de Aquiles como ese.

—Sí, todo bien.

—Mmm...

¿Qué significaba eso?, pensó Duncan.

Lo que significaba era que Bel no podría pegar ojo. No dejaba de pensar en ese hombre y en cómo la había besado. En su voz grave y sexy...

Suspiró de nuevo, haciendo que Duncan apretara los dientes.

Afuera no paraba de llover, un viento huracanado aullaba de nuevo, como si el apocalipsis estuviera a la vuelta de la esquina.

De pronto, un rayo iluminó la habitación y Bel se escondió debajo del cobertor. Gritó en el instante que escuchó el trueno. Un trueno, el primero de muchos, que parecían dispuestos a hacer temblar la casa.

—¿Todo bien?

Bel hizo un puchero y asomó la cabeza.

—Ssss... sí. —dijo, en un gemido—, ¿este edredón es de plumas?

Gritó, después de que un horrible trueno hiciese temblar los cristales de la habitación y la hiciese temblar a ella también de miedo.

Duncan procuró no reírse de ella.

—De plumas de ganso y el colchón de lana de oveja —Lo oyó murmurar—. ¿Algún problema?

A pesar de su fría respuesta, Bel se alegró de que siguiese despierto, porque así podría distraerse del miedo conversando con él.

—¿Sabes la horrible tortura por la que pasan esos pobres gansos cuando les son arrancadas las plumas para hacer chaquetas, edredones, y demás? —dijo, como para sí misma—. Y las pobres ovejas, cuando las esquilan deben sufrir un montón...

Duncan arrugó el entrecejo y miró en su dirección.

Le hizo gracia ver la punta de su nariz asomar por el edredón.

—He esquilado muchas ovejas a lo largo de mi vida, y jamás han sufrido ningún daño.

—Igualmente, sufrirán de estrés.

El soltó una carcajada.

—¿Quieres que en verano se asen de calor? Eso sí que es estrés.

Yo sí que tengo calor, bastardo insensible, y no es por culpa del edredón de plumas de ganso torturado...

Bel se tumbó boca abajo y enterró su cara en la almohada.

No respondió. Se arrebujo en el edredón y frunció el ceño. Él continuó hablando.

—Pareces una chica de ciudad. No tienes ni idea de cómo es la vida en el campo.

—Para que te enteres, soy vegana y cultivo muchas cosas, y mi abuela tiene un huerto en Girona.

—Eso ya lo sé.

Bel alzó la cabeza de la almohada y frunció el ceño.

—¿Cómo podrías? ¡No te lo había dicho!

—Que eres vegana. No es que me lo hayas dicho, pero me he dado cuenta.

Ella puso cara de sabihonda, y se dispuso a darle una lección a ese bruto insensible.

—Ser vegana implica mucho más que no comer carne. Ser vegana es un compromiso, una forma de vida. No consumimos nada que venga del maltrato animal.

—¿Por eso te vistes como una mendiga?

¡Oh! Serás... Iba a decirle que era un grosero, pero un rayo iluminó la habitación Bel se tensó a la espera del trueno, que no tardó en llegar.

—Mecachis...

Otro trueno hizo temblar a Bel y hacerle olvidarse de la pulla de ese highlander malvado, que esquilaba ovejas, desplumaba gansos, y ponía cachondas a las chicas para después dejarlas con las ganas.

Aunque a ella no podía engañarla, él intentaba aparentar ser un insensible, pero de eso nada. Duncan había ayudado a Maggie a dar a luz, le había dedicado palabras de aliento al animal, hablándole con una dulzura que jamás pensó que existiría en él. ¡Incluso le había cantado una canción! ¿Podía haber algo más sexy que un highlander cantando en gaélico a una oveja parturienta? ¡Por supuesto que no! Finalmente, Maggie había parido un precioso corderito, blanco como la luna y esponjoso como una bolita de algodón.

No pudo evitar sonreír, al recordar ese momento tan tierno.

—Duncan...

—Duerme, Elizabeth.

—¿Qué le pasará a Bolita de Algodón?

—¡No le pongas nombre!

—Pero, ¿qué pasará con él?

Duncan esbozó una sonrisa lobuna.

—Que la señora O'Callaghan hará más *haggis*.

Bel se revolvió en la cama y le lanzó una almohada a la cabeza del highlander. Cuando él la cogió al vuelo se escuchó su risa ronca y eso la puso aún más cachonda.

Después de un minuto sin escuchar su voz, Duncan la echó de menos.

—¿Querías adoptarlo? —le preguntó, para ver que contestaba.

A ti es a quién me gustaría adoptar... Pero la vida es una mierda.

—Ojalá pudiese —respondió Bel, con voz tristonada y Duncan se la imaginó haciendo un puchero—. Mi apartamento en Edimburgo es pequeño para que viva cómodamente una oveja.

A Duncan le pareció que si el apartamento de esa locuela hubiese sido de un tamaño considerable, se habría planteado seriamente adoptar a una oveja para que viviera en un piso.

Suspiró, sin poder dejar de sonreír.

—Además, a mi gato Misifú no creo que le haga gracia un nuevo inquilino.

—¿Misifú? —rio Duncan, para acallar la ternura que acababa de despertar en él esa jovencita de aspecto dulce y voz melosa—. ¿Qué clase de nombre es Misifú?

¿Se estaba burlando de ella?. Se dispuso a ignorarlo, pero finalmente añadió:

—Pero, podría apadrinarlo. ¿Me dejarías, Duncan?

—¿Quieres apadrinar un cordero?

Me gustaría apadrinarte a ti, pero con Bolita de Algodón me conformo.

—Si con eso puedo salvarle la vida...

—Pero la señora O'Callaghan hace unos *haggis* deliciosos, sería un desperdicio.

—¡Duncan! —protestó Bel, incorporándose en la cama.

Él estalló en carcajadas.

—¡Eres un demonio, Duncan!

—Y tú también —Duncan intentó dejar de reír—. Has estado a punto de comer *haggis* y ahora duermes bajo un edredón de plumas de ganso. Y has comido queso, y te recuerdo que ese es un producto de origen animal. ¡Vaya una vegana de pacotilla!

Se escuchó otro trueno un segundo después de verse el fulgor del rayo. Había caído cerquísima y a Bel le pareció que la cama se zarandeaba como si acabase de saltar sobre ella la niña del exorcista.

—¡¡¡Ahhhhhhh!!! —gritó, aterrorizada.

Se destapó de un manotazo, saltó del colchón como una gimnasta y segundos después estaba echada al lado de Duncan, entre su fornido cuerpo masculino y la chimenea.

—Eh, ¿estás bien? —preguntó él, sorprendido.

Ella temblaba de miedo y tardó en responder.

—¡No! —Bel empezó a llorar—. ¡No estoy bien! ¡Nada bien! ¡Ha caído un rayo sobre la casa! ¿Es que no lo entiendes? —no dejaba de sollozar—. ¡Podríamos haber muerto, Duncan!

Duncan comprendió lo muerta de miedo que estaba la pobre. Temblaba como un flan, y su rostro estaba más blanco que la cal.

—Vamos... no te preocupes, no pasará nada —Ella abrió los dedos de las manos que tenía sobre la cara y lo miró como si no acabara de creerle. Lo vio sonreír. Una de esas sonrisas dulces que parecía que nada tenían que ver con ese highlander de dos metros—. Anda, ven.

Sin saber muy bien como, Duncan la abrazó y ella sintió como un mar de calor la invadía por completo.

La acunó entre sus brazos y unos minutos después, una pierna traicionera de Bel... subió hasta que su muslo quedó sobre sus caderas. Si se giraba un poco, podría ponerse a horcajadas sobre él y...

Duncan gimió. ¿Qué demonios estaba haciendo aquella chica? ¡Volverlo loco! Eso seguro.

Bueno chica, es ahora o nunca. Se dijo Bel, que no es que hubiese saltado sobre él aposta, pero ya que se había dado la circunstancia... Además, ¿de qué tenía miedo? Seguro que no volverían a verse, y él había parecido tan dispuesto a complacerla...

Afuera la tormenta estaba en todo su esplendor y Bel no iba a soportar un trueno más, a no ser que se distrajera con algo. ¿Y qué mejor distracción que un highlander entre sus piernas?

Iba a hacerlo... a ponerse a horcajadas sobre el duro cuerpo masculino. Pero otro rayo lo jodió todo.

—¡Mecachis!

Él rio, pero enseguida sus manos cobraron vida para tranquilizarla. La abrazó y la sitió respirar con dificultad. También podía notar sus pezones erectos, que se percibían a través de la camiseta que ella llevaba puesta.

Su miembro lo traicionó, endureciéndose al máximo. Por eso la agarró y la obligó a darse la vuelta, hasta que quedaron de lado, ella frente a él y él abrazándola desde atrás.

¡Ooooh! ¿Le estaba haciendo la cucharita?

Bel se mordió el labio, aunque no de manera sexy para captar su atención, ya que no podía verle.

—Tranquila —susurró Duncan con voz grave, pero que logró tranquilizar un poco a Bel—. Solo es una tormenta.

—Me... me dan mucho miedo las tormentas.

Duncan notó como Bel buscaba su contacto. Apretó los dientes al notar como el trasero femenino se pegaba a su erección. *¡Maldita sea!* Iba a suceder, estaba convencido de que iba a suceder...

Cuando ella volvió a restregar el culito contra su miembro erecto, la abrazó con más fuerza y se apretó contra ella.

—Tranquila, estás a salvo.

Bel logró dejar de temblar, pero empezó a darle vueltas a la cabeza.

¿A salvo? Estaba... ¿a salvo?

Joder, Bel. Estás en el suelo, sobre una manta, frente a una chimenea de una granja medieval en Escocia, con un highlander pelirrojo de dos metros de alto que te abraza desde atrás...

¡Dios!

Ella se dio la vuelta sobre sí misma y se quedó mirando aquellos ojos azules que la miraban expectantes. Sin saber siquiera qué estaba haciendo, subió de nuevo la pierna y abrazó las caderas del highlander con ella.

—¿De verdad estoy a salvo?

Duncan entreabrió los labios para decir algo, pero se lo pensó mejor, hasta que finalmente soltó algo que no tenía planeado decir:

—Ni siquiera yo estoy a salvo esta noche.

Duncan movió las caderas y ella pudo sentir su enorme erección contra su centro de deseo.

La polla de Duncan estaba a punto de estallar. Elisabeth era la mujer más sexy y dulce que había degustado jamás. Y estaba seguro de que lo estaba provocando a propósito.

Pues le daría lo que buscaba.

Sin mediar palabra, conquistó sus labios carnosos. Ella se revolvió bajo su peso cuando él rodó para situarse entre sus piernas. Moviéndolo como una gata en celo y lo abrazó con las piernas, acercando su sexo al suyo. Tan solo la tela de sus pantalones impedía que él la penetrara.

—Así que quieres más... —le susurró él al oído, después de mordisquearle el lóbulo de la oreja.

—Sí...

—¿Quieres que terminemos lo que empezamos antes?

—Sí —susurró, Bel, retorciéndose entre sus brazos— Quiero que... —La frase se cortó con un gemido, cuando él movió enérgicamente las caderas.

—¿Qué?

—Que... quiero que me folles salvajemente.

Él sonrió contra su cuello. ¡Dios! Él también quería.

—Pero ahora me apetece follarte muy despacio...

Duncan le metió las manos por debajo de la fina camisa y acarició con los dedos los pezones erectos.

—¡Oh, Duncan! —gimió Bel, cuando él empezaba a repartir pequeños mordiscos por su cuello.

—Suplícame —Esta vez era él quien le mordía el labio inferior.

Le quitó la fina camisa y dejó sus pechos al descubierto.

—Por favor...

Satisfecho por el momento, conquistó uno con la boca y succionó, al punto que ella gemía. Mientras tanto, con la otra mano iba recorriendo la fina y tersa piel de su vientre, hasta su sexo.

Sintió el fuerte latir del bombeo de la sangre en su polla al notarla tan mojada.

Metió un dedo en la resbaladiza cavidad.

—Estás muy mojada. ¡Joder! Esto me pone muy cachondo.

Lo retiró para volver a introducirlo en su interior, mientras ella arqueaba las caderas y se mordía el labio para no gritar.

Con el pulgar buscó su clítoris mientras miraba su expresión de total éxtasis.

—¿Te gusta? —preguntó, con voz ronca.

Ella alzó las caderas en busca de más.

—Joder... sí.

El rio, volviendo a introducir un nuevo dedo.

—Te gusta, ¿verdad, gatita? —dijo, succionando de nuevo el pezón erecto, mientras iba trazando círculos en su clítoris, con el dedo.

—S... sí —logró decir, Bel

Él sonrió y siguió bajando, cubriendo de besos su piel.

Al llegar al ombligo se detuvo.

—Eres una caja de sorpresas —dijo, mirando el piercing de su ombligo—. Es súper sexy.

Jugueteó con él y continuó descendiendo.

Poco a poco fue bajándole las bragas y cuando se las sacó, ella no sabía en que planeta se encontraba. Sintió un intenso calor cuando él le abrió las piernas y empezó a lamerla ahí abajo.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Bel, cuando sintió la lengua del highlander lamiendo su clítoris, despacio, muy despacio...

Él le metió un dedo, y luego dos, sin dejar de chuparle y succionarle el clítoris.

Bel movía las caderas a cada punto más rápidamente. No podía dejar de gemir, a penas era capaz de respirar.

Cuando estaba a punto de correrse, enterró los dedos en su pelo y acarició sus mechones rojizos.

Duncan abandonó su sexo para frustración de ella.

—¡No! ¿Qué haces?

Él empezó a subir de nuevo, escalando su cuerpo. Se detuvo en sus pechos y ella empezó a revolverse.

—Oh, Duncan... Eres muy cruel...

Duncan sonrió y se hizo sitio entre las piernas de Bel.

—Tranquila, esta vez voy a follarte.

—¡Oh, sí!

—Elizabeth...

—¡Hazlo! ¡Salvajemente!

Él sonrió contra su boca y sin más preámbulos la penetró con fuerza.

Atrapó con un húmedo beso el grito apasionado de Bel, mientras su miembro entraba por la resbaladiza cavidad.

Entraba con fuerza, pero retrocedía despacio, muy despacio, Haciendo que el roce fuese más placentero, dejando que ella acompasara sus caderas al ritmo lento que él marcaba.

—¿Así?

Ella se abrazó al ancho de su espalda, incapaz de dejarlo marchar.

A cada invasión, Bel gemía contra la boca de Duncan y se frotaba contra él. El highlander aumentó el ritmo, haciendo que Bel perdiera la cordura. Sus embestidas fueron cada vez más fuertes, llegando a lo más profundo. Ella gritó al alcanzar el orgasmo, pero él no se detuvo. Sintió que la tensión de Bel no se había marchado del todo, lo abrazaba con sus piernas y se retorcía pidiendo más.

Duncan abandonó sus labios y se puso de rodillas, la agarró por las nalgas y la colocó sobre él. Ella empezó a mover las caderas, como si estuviese galopando sobre un potro salvaje.

Duncan sonrió. Elisabeth era preciosa, sus ojos de chocolate brillaban de deseo, y sus labios entreabiertos expulsaban sensuales gemidos a cada embestida. Sus blancos y pequeños pechos, de pezones erectos y rosados, se movían al ritmo de sus caderas. El pelo largo y liso le llegaba casi a rozar las nalgas y se desparramaba como una cascada por sus hombros de piel blanca y las llamas de la chimenea dibujaban reflejos azulados en los mechones.

—Joder, eres preciosa —jadeó Duncan, para después besarla con pasión.

Bel estaba a punto de correrse de nuevo. Ese hombre tenía un don para el sexo, la acariciaba y la besaba de tal forma que... Que...

—¡Joder! Voy... voy a correrme, ¡Duncan! —jadeó, cuando logró despegar los labios de los

suyos —¡Oh, Duncan!

—Sí, nena, sí... ¡Oh, Dios!

Duncan notó como las paredes de su vagina se contraían contra su miembro a causa del orgasmo. Le apretó las nalgas, atrayéndola más contra él. Notó como temblaba. Volvió a tumbarla contra el suelo y no dejó de moverse en su interior, pero esta vez bajó el ritmo, sintiendo como ella se relajaba por un instante.

Empezó a besarla muy despacio, mientras su miembro entraba y salía muy despacio de su interior. Le lamió el labio inferior, para después ofrecerle su lengua que ella aceptó sin dudar. El beso se fue haciendo cada vez más húmedo.

—¿Quieres descansar un poco?

Ella escuchó la voz de Duncan como entre brumas. Él ya no estaba en su interior, pero podía notar la erección contra su vientre.

Ella negó con la cabeza. ¿Como era posible que le hubiera regalado dos orgasmos y él siguiera como si nada?

—No, quiero que disfrutes tanto como yo.

El sonrió contra su boca y le dio un beso largo y dulce.

—Tranquila, es lo que estoy haciendo.

Bel no estaba muy convencida, pero en ese momento, la instó a darse la vuelta. Bel rodó sobre sí y se quedó boca abajo mirando las llamas en la chimenea. Duncan estaba a su espalda y notó como le separaba las piernas, arrodillándose entre ellas.

—Ven aquí —Duncan acarició sus caderas y tiró de ellas, hasta que la puso de rodillas, de tal forma que él podía disfrutar de su precioso culo y su sexo húmedo.

Con ambas manos le acarició la espalda hasta tomarla por las caderas. Bel contuvo el aliento al sentir como la punta de su miembro entraba en su vulva, húmeda e hinchada... aún palpitante.

Luego, lentamente, otra mano subió hasta su nuca y con una estocada la penetró. Le acarició la larga melena oscura, que azotaba su espalda con cada movimiento.

—Eres... la mujer más... sexy...

—Oh, Dios... ¡Duncan!

El highlander volvió a empalarla salvajemente, al tiempo que ella soltaba un grito de placer.

Bel estaba al borde del tercer orgasmo, sentía la polla de Duncan entrar en su interior. Era grande, gruesa y dura. La llenaba por completo.

A cada acometida el placer se intensificaba. Pero esta vez Duncan no le iba a la zaga.

Podía escuchar los hondos gruñidos del highlander, a cada punto más intensos, y de solo notar sus manos sobre las caderas, el clítoris se endurecía cada vez más.

—Oh, Duncan...

—Sí, Elizabeth...

—¡Más fuerte!

Su buena disposición le hizo sonreír. Y le dio lo que quería.

—¿Así? —jadeó, abriendo los labios mientras intensificaba los embates.

—Oh, sí... ¡Sí! ¡Así! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

Cada embestida de Duncan era un grito de placer de Bel.

Él sujetó con fuerza sus caderas, y con la otra mano agarró la cabellera de ella, envolviéndola en un puño. La obligó a incorporarse de forma que la espalda femenina se pegó a su torso.

Duncan acarició su cadera, pero la mano se fue deslizado por la parte delantera del cuerpo de Bel. Primero acarició sus pechos, apretando sus pezones y haciéndola gemir con fuerza. Ella no podía retorcerse demasiado, pues la tenía bien asida por el cabello. Cuando lo soltó, la agarró por

la nuca y aprovechó que ella ladeaba la cabeza para mordisquearle el cuello.

—Ah, ah, ah... —jadeaba Bel—. Esto es... esto que me estás haciendo es... ¡Súper guay! —susurró Bel, entre gemido y gemido

Duncan rio mientras la empalaba, una y otra vez, a cada punto más y más fuerte. Nunca había escuchado eso de: «súper guay», pero decidió que le encantaba que ella se lo dijera.

—Dime, Elizabeth... esto... ¿también es «súper guay»?

Duncan descendió la mano y le abrió los labios de su sexo con los dedos. Mientras seguía embistiendo desde atrás, trazaba círculos en su clítoris con el dedo, que a cada punto estaba más y más duro. Ella cayó hacia delante aguantando su peso sobre las palmas de las manos y rodillas.

—¡Oh, sí, Duncan! Es... es... lo más guay que... ¡Ahhhhhhh!

Duncan volvió a sentir en la polla y en los dedos el orgasmo de Elizabeth. Él también estaba a punto de correrse, pero fue consciente de que las fuerzas de ella flaqueaban. Cuando la sintió doblar los codos, la agarró por las nalgas para sostenerla.

—Oh, nena... me voy a correr...

Intensificó las acometidas y la empaló con fuerza.

Bel pegó el trasero contra Duncan.

—Sí, Duncan... —Mantuvo la boca abierta, jadeando. Ni siquiera podía hablar.

Él seguía bombeando con fuerza, hasta que Bel lo escuchó gemir. Se detuvo en su interior, y notó las palpitations de su verga dentro de ella. La calidez de Duncan la llenó por completo.

Cuando Duncan se derrumbó sobre el cuerpo sudoroso de Bel, ella ni siquiera protestó.

La abrazó, disfrutando de la suavidad de su cuerpo y del calor de la chimenea. Ambos seguían jadeando. Bel temblaba de puro placer y Duncan, en silencio, le besaba el cuello al tiempo que la acariciaba.

Pasado un buen rato, ella se quedó dormida.

Mientras la abrazaba y escuchaba su pausada respiración, Duncan no dejaba de acariciarle el cabello.

Era preciosa. Esa chica era preciosa, por dentro y por fuera. Y él... ¿acaso él merecía una mujer como aquella? ¡Claro que se la merecía! Y malditos fueran todos aquellos que le habían hecho creer que no.

Vio como ella gemía en sueños. Luego, se dio la vuelta y sus labios dibujaron una tierna sonrisa. La escuchó suspirar. Ella colocó una pierna sobre la cadera de él y soltó una risita musical cuando lo abrazó.

Esos gestos tan tiernos no solo provocaron que a Duncan se le volviese a poner la polla más dura que una piedra, sino también que su corazón latiera con fuerza y empezase a faltarle el aire.

Joder, Duncan... ¿Qué narices es esto que estás empezando a sentir? ¡Se te está escapando de las manos!

Infló los pulmones y expulsó el aire con lentitud. Luego la abrazó y cerró los ojos, buscando un sueño que tardó en llegar.

CAPÍTULO 6

Una llamada inesperada

El horrible sonido de la vibración de un teléfono móvil despertó a Duncan.

Abrió los ojos y enseguida vio que entre sus brazos tenía el cuerpo de una mujer, por supuesto era Bel, que continuaba durmiendo. En algún momento de la noche se habían arrastrado hasta la cama, donde se habían quedado dormidos después de hacer el amor.

Olió su pelo y con una ternura no esperada, le acarició el brazo desnudo. Ella se revolvió, acurrucándose más contra él, como si buscara su calor.

Duncan miró por la ventana, la tormenta había pasado, pero el cielo seguía con sus nubarrones grises a esa hora del amanecer. En la chimenea ya ni siquiera quedaban rescoldos del fuego de la noche anterior, y el ambiente era frío.

Miró de nuevo su teléfono cuando este volvió a vibrar. Ese aparato del demonio por lo visto tenía la intención de insistir. Supo que era el suyo por la dirección del sonido, en el interior del cajón de su mesita de noche, donde guardaba el teléfono de empresa. Miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea y constató que eran las cinco y media de la mañana. Joder, ¿qué habría sucedido para que lo llamasen a esas horas? Además, había dejado bien claro a su secretaria que no debían molestarlo por nada que no fuese importante.

Resopló, frustrado y, con mucho cuidado de no despertar a Bel, se incorporó, se sentó en la cama y abrió el cajón donde su móvil, con apenas batería, marcaba dos llamadas perdidas y algunos mensajes de texto. Mientras desbloqueaba el teléfono, giró la cabeza hacia su compañera de cama. Se quedó unos instantes mirándola y, cuando estaba a punto de apartarle un mechón de la frente, el endiablado aparato volvió a sonar.

Esta vez vio claramente el nombre de su directora de operaciones. Seguramente habría pasado algo con uno de los contratos importantes que tenían pendientes, de lo contrario suponía que no lo molestaría en sus días de retiro.

Se levantó de la cama y salió de la habitación.

—¿Qué pasa, Alexia?

Su cara fue mudando a una expresión que hubiese atemorizado a más de uno.

No habló en mucho tiempo, mientras escuchaba todo lo que ella tenía que decirle.

—Está bien—dijo finalmente, más furioso de lo que quería demostrar—, en pocas horas estaré en Edimburgo. Salgo inmediatamente para allá. Concreta una cita para esta misma mañana. Resolveré el problema o despedazaré a Charles con mis propias manos.

Dicho esto, colgó.

Se quedó un minuto intentando organizar sus ideas. Miró la puerta cerrada del dormitorio y apretó los dientes al ser consciente de que tendría que dejar esa misma mañana a Bel.

Cinco minutos después, tomó las botas y el chubasquero y se fue al garaje donde había dejado su BMW. Del maletero del lujoso coche, sacó su maleta, donde cuidadosamente doblados tenía dos trajes. Pero antes de coger uno, se acercó al establo y allí estaba Maggie con su corderito. Sonrió sin proponérselo, pensando en lo contenta que se pondría Elizabeth al saber que todo había salido bien.

Suspiró al pensar en ella. Sin duda, no podía dejarla así.

Cuando volvió a entrar en la casa, se vistió rápidamente con su traje de marca. Si Bel pudiera verlo con esas pintas, quizás no lo reconocería. Se anudó la corbata y se pasó la mano por la

incipiente barba. No tenía tiempo de afeitarse, pero lo que había sucedido en su empresa era demasiado urgente como para perder el tiempo. No obstante, sí que se tomaría unos minutos para despedirse de Bel.

Subió a la habitación y al abrir, vio que ella seguía durmiendo plácidamente.

Por algún motivo, más relacionado con la ternura que con el sentido común, no quiso despertarla, así que tomó su pluma y un trozo de papel para dejarle una nota:

Buenos días, preciosa.

Espero que hayas dormido bien. Me ha surgido un imprevisto y debo partir en este mismo instante hacia Edimburgo. Te dejo este dinero para que pagues al mecánico cuando repare a Manolo. Debería estar listo por la tarde.

También te dejo mi número de teléfono.

Llárame, quiero volver a verte.

Duncan McDowell.

En el reverso de la nota, Duncan escribió su número personal. De su americana sacó la cartera y dejó unos cientos de libras. Las dejó sobre la mesilla de noche, bajo la nota que le había escrito.

Antes de atravesar la puerta de la habitación, echó un último vistazo a Bel y en su cara se dibujó una sonrisa.

Cuando bajó a la cocina, se encontró a la señora O'Callaghan, preparando el desayuno.

—¿Qué hace despierta, señora O'Callaghan? —preguntó Duncan.

—No podía dormir —lo miró con una sonrisa pícaro, como si supiese lo que habían estado haciendo Duncan y Bel toda la noche—. Así que me he puesto a cocinar. Estaréis hambrientos.

Duncan rio cuando la mujer se puso colorada.

—Por desgracia, debo irme ahora mismo, me tomaré un café por el camino. —La mujer asintió ante sus palabras— Pero, si no es mucha molestia, me gustaría que le subiese el desayuno a la señorita Elisabeth, en cuanto despierte. Le he dejado dinero para que pague la reparación de su coche. Ayer tarde hablé con Daegus, ya debe haber recogido el coche. Dígale que lo traiga esta misma tarde.

—No se preocupe —dijo la señora O'Callaghan, sirviéndole una taza de café, que él tomó de inmediato—. Si me permite decirle algo...

Duncan la miró por encima de la taza.

—¿Sí?

—Creo que hacen una pareja estupenda. Su abuelo estará encantado cuando se lo comente.

—¿Habría posibilidades de que no comentara nada? —preguntó Duncan, con inocencia.

Por supuesto que quería volver a ver a Bel, pero no estaba seguro de si aquello funcionaría. Pero por otro lado, pedirle discreción a la señora O'Callaghan era como pedir a ese tiempo escocés que cesara de llover y saliera el sol.

—Por supuesto que no las hay, señor.

—Por supuesto que no.

Duncan hizo un mohín con la boca, pero después de dejar la taza sobre la mesa, besó la mejilla de la mujer.

—Nos veremos pronto.

—Eso espero, señorito.

La mujer se quedó ahí, mirando como Duncan salía por la puerta con un elegante abrigo negro y un paraguas que no permitiría que se empapase hasta llegar a su coche de lujo.

Cinco minutos después, ya había abandonado el sendero que llevaba a la granja.

Bel se despertó porque tenía frío.

Abrió un ojo y miró por encima del hombro. Tenía el trasero desnudo al descubierto, el resto del cuerpo estaba tapado con el edredón menos un pie, que escondió inmediatamente. Al parecer, se había retorcido como una loca, en busca de un calor que no encontraba.

Duncan había desaparecido.

Suspiró, y escondió la cabeza bajo la almohada.

¿Todo lo de la noche anterior había pasado de verdad? ¡Dios mío, qué hombre! Aún podía sentir esa fuerza entre sus piernas. Joder... Su amiga Samantha iba a explotar de felicidad cuando le contara el meneo que le había dado ese hombre.

Pero, ¿dónde estaría ahora ese highlander? Esquilando ovejas, seguro...

Se incorporó, y miró a su alrededor. La ventana que estaba encima de la mesilla de noche no tenía cortinas y desde su posición, Bel podía ver claramente el cielo gris. No podía ver claramente si llovía, pero el cristal estaba empañado y lleno de diminutas gotas.

Miro el reloj y abrió la boca, sorprendida. ¡Eran casi las doce del medio día! Pero, ¿cómo había podido dormir tanto?

En ese instante, alguien llamó a la puerta.

—¿Señorita Elisabeth?, ¿se encuentra usted visible? —oyó la alegre voz de la adorable anciana, y a Bel se le pusieron las mejillas como un tomate.

—¡Un momento, por favor!

Era normal que la pobre mujer se preocupara. ¿Quién iba a dormir como una marmota hasta el medio día? Al parecer, ella. Y no es que Bel se levantara siempre tarde, más bien al contrario, era muy madrugadora. Pero al parecer, el maratón de sexo la había dejado mucho más agotada de lo que esperaba. De hecho, se preguntaba si podría cerrar las piernas para andar con normalidad.

Bel se puso en pie de un salto y empezó a corretear en círculos por la habitación, como si fuese un cervatillo, en busca de su ropa. Encontró los pantalones del chándal y la camiseta. Cuando se hubo vestido, respiró hondo. ¿Olería a sexo la habitación? Suspiró, sería mejor ventilarla un poco.

Abrió la hoja de cristal de la ventana y un viento helado entro de súbito en la habitación. No se dio cuenta, pero la nota de Duncan se fue volando hasta caer detrás de la mesilla. Los billetes quedaron esparcidos sobre la mesilla de noche y ella no pudo más que parpadear.

—¿Qué coño...?

Pero no le dio tiempo a pensar en ello, pues la señora O'Callaghan volvió a insistir.

—¿Señorita...?

Rápidamente, Bel estiró el edredón y colocó las almohadas.

¡Ya está! Se dijo. Aquí no ha pasado nada.

—¡Ya puede pasar! —anunció, llevándose las manos a la cara.

La señora O'Callaghan entró, cargada con una bandeja, que colocó sobre la cama.

—Le traigo el desayuno... o almuerzo.

Bel rio, avergonzada.

—Sí, supongo que he dormido mucho. Pero no tenía que haberse molestado.

—No es ninguna molestia.

Bel se mordió el labio, antes de preguntar:

—¿Y Duncan?

—El señor se ha marchado esta madrugada. Tenía asuntos importantes que atender. Pero me ha

pedido que la haga sentir como en casa, y que su co...

El rostro de Bel reflejó la decepción, pero se obligó a sonreír a la amable señora.

—Gracias, es usted muy amable —dijo ya, sin atender a la mujer mientras esta le decía que su coche estaría arreglado por la tarde.

Se sentó en la cama y tomó la taza de café que había en la bandeja.

—Si desea algo más...

—Es muy amable, enseguida bajaré.

La mujer asintió.

—Su ropa ya está seca.

Eso era un alivio, pensó Bel, tomando un sorbo de café. Se quedó absorta pensando en Duncan. Así que se había marchado a Edimburgo, y probablemente jamás volvería a verle.

¡Menuda decepción!

Mientras pensaba en lo que había sucedido la noche anterior, en Duncan y el sexo fantástico que ambos habían compartido, sus ojos se desplazaron por la habitación hasta centrarse en el montoncito de billetes sobre la mesilla.

Parpadeó un par de veces, sin saber muy bien a que se debía eso.

Su expresión soñadora fue desapareciendo poco a poco, hasta transformarse en una mueca de puro enfado.

¿Por qué coño un hombre le dejaría un montón de pasta sobre la mesilla de noche, después de una noche de sexo?

¡Iba a matar a ese cabrón!

CAPÍTULO 7

Un cabreo monumental

—¡Había casi dos mil libras!

—Joder, menudos polvos echas.

Bel gesticulaba incontrolablemente mientras les contaba a sus dos amigas lo que le había sucedido esa misma mañana.

—¡No me jodas! ¿Qué puto cerdo hace eso?

Su amiga Sam intentó no reírse, aunque le fue difícil. Taylor, por su parte, la miraba con comprensión.

—Yo le hubiese arrancado los huevos.

—¡Los putos huevos le arrancaré cuando si lo vuelvo a ver!

Tanto Taylor como Samantha se miraron con los ojos abiertos como platos. Sí que debía estar muy cabreada Bel si usaba ese vocabulario malsonante. Ella, que solía regalar joyas como *cáspita* y *mecachis en la mar*.

—A mí tampoco me hubiese hecho gracia —dijo Samantha, comprensiva—. Hiciste bien en largarte.

—¿Y te fuiste sin más? —Quiso saber Taylor.

—¿Qué podía hacer? La pobre señora O’Callaghan no tiene la culpa de que ese bastardo sea un cerdo. Y estaba tan enfadada —dijo, sintiéndose algo culpable—, que agarré mi bolso y me largué de allí.

Ambas amigas asintieron. Pero de pronto, Sam empezó a negar con la cabeza.

—No puedo creer que hayas dejado a nuestro Manolo.

De pronto, Bel se sentó en el taburete de la cocina y estampó su cabeza contra la isleta donde las amigas estaba apoyadas tomando café.

—Acaba de partirse el cráneo —susurró Samantha.

Taylor alargó la mano y le acarició el pelo.

—No te preocupes, llamaremos al servicio de grúas y averiguaremos donde está.

—Pobre Manolo —dijo, reaccionando al fin, y alzando la cabeza—. Estaba tan furiosa que llamé a un taxi para que me llevara a la estación de buses de Inverness y me largue sin mirar atrás.

Ambas amigas intentaron consolarla. Ya encontrarían una solución para saber donde se encontraba Manolo. Pero después de cinco minutos de preocupación, Sam tomó otro sorbo de café y alzó las cejas.

—Volviendo al tema... ¿Estás segura de que ese dinero es para ti?

—Anoche no estaba, te lo puedo asegurar, porque... —Bel dudó al decirlo—, intenté cotillear lo que había en la habitación.

—Entiendo —dijo Sam.

Y claro que entendía perfectamente, ese hombre debía gustarle mucho a su amiga si quería saber cosas sobre él.

—Lástima que haya resultado ser un capullo.

Las tres suspiraron.

—Y ahora que sabemos que el tío es gilipollas... —dijo Taylor.

—Y que te acostaste con él porque te puso muy cachonda... —soltó, Sam.

Bel puso los ojos en blanco, sabían exactamente que le intentarían sonsacar.

—¿Nos cuentas los detalles? —preguntaron las dos, al unísono.

—No hay mucho que contar —pero por la manera en que Bel esquivaba sus miradas, estaba claro que había mucho más que un simple polvo.

En ese instante y como si quisiera salvarla de sus dos amigas, Misifú saltó sobre la mesa de la cocina.

—¡Misifú! ¿Dónde estabas? —preguntó Bel, abrazando a su gato.

Misifú era un gato de angora castrado y gordo, pero de un pelaje tan blanco y suave que parecía de algodón. Bel lo adoraba, pero al parecer Taylor no era de la opinión de que ese gato era una ricura. Ella y Sam habían sido las encargadas de su custodia, al irse de vacaciones.

Sam se puso a reír, pero Taylor puso una expresión de fastidio.

—¿Qué ocurre? —preguntó, curiosa—. ¿Ha pasado algo con Misifú?

—Por este saco de pelo no tienes de que preocuparte.

—¿Ah no? ¿Y eso? —preguntó Bel, algo extrañada.

—Marcus se ha enamorado de él, lo trata como a un divino emperador romano. Ha comprado latas gourmet y se lo lleva a la cama todas las noches.

—Por favor —dijo Bel—, ¿noto algo de celos en ese timbre de voz?

—Intenta follar tranquilamente con una mascota mirándote fijamente.

Bel se puso a reír y ahora sí que se le olvidó el cabreo de primera hora de la mañana.

De repente, una voz tan profunda como sexy, llegó desde su espalda.

—Nadie se porta mejor que mi gatito.

Marcus McDowell se acercó a ellas y besó a Bel en la mejilla.

—¡Hola Marcus! ¿Verdad que es una monada? Pero es mi gato...

—Bueno —dijo él, divertido—, pero... me quiere más a mí.

Bel rio y Taylor suspiró.

—No veo el día en que se largue.

Sam le dio un codazo a Bel.

—Está celosa. Desde que Misifú anda por aquí, mi hermano Marcus le hace más caso al gato que a ella.

Él rio al escuchar el comentario de su hermana y fue a besar a su novia, antes de que lo regañara de verdad.

—No estés celosa, solo tengo ojos para ti.

Como si quisiera captar la atención del hombre, Misifú caminó estirado sobre la mesa de la cocina y se acercó a Taylor, maulló, mirándola fijamente, como si no aprobara que Marcus la estuviera abrazando.

—¿Veis al puto gato?

—¡Taylor! —Se quejó Marcus—. Pobrecito.

Marcus cogió a Misifú y se lo llevó al sofá. Le dio mimos, acariciándole el pelaje mientras el bicho ronroneaba sin parar.

—Llévate a ese engendro de aquí, Bel —le susurró Taylor—. Follo menos por su puta culpa.

Tanto Samantha como Bel se echaron a reír, pero a su amiga no le hizo ninguna gracia.

—De acuerdo.

—Y hablando de follar —dijo Sam—, volvamos al tema: Posturas, duración, medidas...

Bel volvió a estampar la cabeza contra la mesa y suspiró.

—Para eso necesito una copa de vino y no un café. —Eran las cuatro de la tarde, demasiado temprano para empezar a beber—. Y no puedo emborracharme, mañana vuelvo al curro.

—Entonces, mañana por la noche.

Todas pintaron una sonrisa en la cara por la anticipación y miraron a Marcus que las ignoraba, haciendo mimos al gato.

—¡Va a llevarse el gato hoy! —le gritó Taylor— ¿Has oído Marcus?

El highlander sexy no estaba muy de acuerdo.

—¿Tan pronto? —se quejó, Marcus—. No me has dado tiempo a comprar otro gato y darle el cambiazo.

—¿Crees que no me daría cuenta? —soltó, Bel, muerta de risa.

—Vamos, déjame unos días más. Quiero hacerle un *book* de fotos.

Taylor golpeó la mesa con los puños y susurró a Bel.

—¡Un puto *book* de fotos! ¿Es eso normal?

—¡Misifú es mi colega! —Marcus besó al gato en la coronilla y las chicas se desternillaron, menos Taylor, obviamente.

Marcus ignoraba a Bel, que le reprendía con una sonrisa en la cara, mientras el rubio escocés planeaba la sesión de fotos a Misifú.

—Cuando dice una sesión de fotos, lo dice en serio. Le ha comprado un tartán de los McDowell.

—¿Un gato con tartán? Sacaré un calendario gatuno y lo va a petar —Samantha volvía a reírse de su amiga, pero Bel apenas reaccionó.

Al escuchar el apellido McDowell, Bel se revolvió en la silla ¿Sería posible que Duncan y Marcus se conocieran? No, demasiada coincidencia. Había muchos McDowells en el mundo. ¿Y como todo un ejecutivo como Marcus, iba a conocer a un recogedor de boñigas como Duncan?

—¿Cómo te ha ido el viaje? —preguntó Marcus— ¿Llegaste a Loch Ness? Podrías haberte quedado en nuestra cabaña.

Taylor sonrió al recordar todo lo que había pasado entre esas cuatro paredes. Las maratones de sexo y la pedida de mano. Iban a casarse a principios de verano.

—Lo cierto es que me quedé tirada no muy lejos de allí. En un lugar llamado... Dark Bells.

Marcus, que ya había sacado la cámara de fotos, retiró la mirada del objetivo y entrecerró los ojos.

—¿Cómo llegaste allí? —preguntó, curioso—. Eso está en medio de la nada.

—Es una larga historia, pero vale decir que no todos los highlanders son tan caballerosos como tú.

Las chicas rieron y Marcus supuso que había pasado algo.

—¿De qué os reís? —se quejó—. ¿No crees que tu prometido sea caballeroso?

Taylor lo miró con deseo y le guiñó un ojo.

—Mucho —dijo.

Samantha puso los ojos en blanco, desde luego aún no se acostumbraba a que su hermano estuviera tan enamorado.

—Pero dime —Marcus volvió a captar su atención—, ¿con quién te encontraste?

—Al parecer, con el *Señor de las Highlands*. Un tipejo que todo lo que tiene de guapo, lo tiene de arrogante y presuntuoso.

Taylor y Marcus se miraron, sospechando de quién se trataba.

—¿Las Dark Bells? —Taylor alzó las cejas, intentando que Marcus le confirmara algo. Él asintió—. Vaya.

—Sí —dijo Bel, aún molesta—. El “señor” Duncan McDowell.

Samantha puso los ojos como platos y Taylor le dio un codazo para que se callara.

—Ah, vaya.

—Vaya —repitió Bel—. Es el señor de «todo esto, hasta donde abarca tu vista es mío». Y yo que me lo creí. Ese esquilador de ovejas tenía más ego que Tony Stark.

Taylor se puso a reír.

—¿Esquilador de ovejas?

Su amiga se tapó la mano con la boca y Samantha solo podía parpadear.

Habían llamado muchas cosas a Duncan McDowell a lo largo de su vida, pero no esquilador de ovejas, ni recoge boñigas.

—¿Qué? —preguntó, Bel, molesta porque se estaba perdiendo algo importante.

—Por Dios, cuéntame más. ¿Cómo era ese hombre que parece haberte caído tan bien? —preguntó, Taylor.

—No me cae bien, juro que es más probable que me coma un chuletón de ternera, a que no le parta la crisma a ese pelirrojo prepotente e impresentable si vuelvo a verlo.

Taylor y Marcus seguían mirándose.

—Ahora en serio —dijo Marcus—, ¿has conocido a Duncan McDowell?

—¡Ese mismo! —exclamó Bel, sorprendida— ¿Lo conoces?

—¡A duras penas! —fingió Marcus, con una sonrisa de oreja a oreja.

Taylor abrió la boca y le reprendió con la mirada, mientras Samantha se doblaba en dos de la risa.

—Es un pobre chalado del pueblo, que se cree el señor de unas vastas tierras—. Samantha seguía intentando no reír cuando lo dijo.

Bel miró a su amiga, intentando no parecer ansiosa por sacarle información.

—¿Así que está mal de la cabeza?

—Es totalmente inofensivo —se burló, Samantha.

Los tres se iban lanzando miradas, esperando que alguno de ellos acabara con esa broma. Duncan McDowell no era ningún chalado. Era su primo, para más señas, el primo de Marcus que se había hecho cargo de su empresa mientras él se dedicaba a fotografiar gatos. EL HOMBRE, o tiburón blanco, como lo llamaban en el mundo empresarial.

—Marcus...

Taylor quería decirle la verdad a Bel, pero Marcus era más partidario a divertirse un poco.

Algo le decía que, si conocía bien a su primo y a su nueva amiga Bel, estos dos habrían tenido más que palabras en mitad de la tormenta.

—¡Sabía que tenía que decirte algo! —Marcus se puso en pie, dejando a Misifú en el sofá, y se acercó a su amiga Bel— ¡Oye cariño! —se dirigió a Taylor—. ¿Ya le has dicho a Bel que mi primo busca una asistente personal?

—¿En serio?

A Taylor casi se le desencaja la mandíbula y la boca de Samantha iba por el mismo camino.

—Sí, puedo llamarle —dijo Marcus—. Creo que el lunes empieza con las entrevistas. Es algo urgente, su asistente actual se retira la semana que viene.

Las dos amigas no se atrevían a hablar.

—¿De asistente?

Marcus asintió.

—Entre sus muchos negocios, lleva galerías de arte, por lo que está buscando a una persona que sepa de ese tema en concreto. ¿Y quién mejor que tú, Bel? Podría recomendarte.

A Bel se le iluminó la cara.

—Podría funcionar, he hecho de secretaria. Y la verdad... me encantaría dejar de trabajar en el café.

La cafetería donde trabajaba era el lugar donde había conocido a Taylor y a Samantha, pues allí iban cada día, para tomar un descanso de sus obligaciones en la editorial, que estaba justo al lado.

—Entonces, puedo hacerle una llamada —aseguró Marcus.

Bel parecía muy feliz y no se dio cuenta cuando Taylor susurró a los demás:

—Iremos todos al puto infierno.

CAPÍTULO 8

El Tiburón Blanco

Duncan llegó a la oficina a primera hora.

Entró en el alto edificio de oficinas y el portero lo saludó con diligencia.

—Buenos días, señor McDowell. La señorita Alexia ya ha llegado para la reunión especial.

Duncan, molesto, solo gruñó.

—¿Se sabe algo de Charles?

—No, señor, desde el jueves que no aparece por la oficina.

Duncan no dijo nada más, mientras avanzaba por el vestíbulo y se paraba frente al ascensor. El portero volvió a su lugar de trabajo, consciente de que iba a ser una jornada muy dura.

El socio de Duncan no solo había desaparecido, sino que se había llevado con él información privilegiada de la empresa, que haría que se cancelaran más de un contrato con sus socios asiáticos.

—Maldito cabrón —murmuró, furioso.

Ahora se arrepentía de haber hecho el favor a su primo Marcus y haber aceptado hacerse cargo del negocio de compra venta de empresas. Entendía que su primo quisiera dar un cambio radical a su vida, e irse al Serengueti a fotografiar monos, o lo que hubiera por ahí. Pero haber aceptado a su socio Charles en el paquete... el maldito bastardo se la tenía jurada a Marcus, y Duncan ahora estaba convencido de que Charles había abandonado la empresa, llevándose con él algunos secretos que le harían perder millones. Sin la nueva tecnología para hacer reflotar las empresas que habían comprado, era seguro que tendrían pérdidas millonarias, y que las inversiones serían un auténtico fracaso. Además, si esas compañías no salían a flote, sus socios asiáticos no querían comprar las franquicias, ni invertir en la expansión.

—Voy a matarte, Charles —dijo, apretando el botón del piso quince, donde tenía su despacho—. Si te has atrevido a vender esa información al enemigo, eres hombre muerto.

Y ese enemigo no era otro que William Wells.

Si Duncan era apodado El Tiburón Blanco, Wells, ese maldito inglés esnob, tenía el sobre nombre de El Hombre de Hielo.

Era frío en los negocios, e incluso letal. Como Duncan, se ocupaba de adquirir empresas, para dejarlas a pleno funcionamiento y venderlas al mejor postor, asegurándose unos altos beneficios. Pero además, como si sus vidas corrieran paralelas, tenía diversas galerías de arte en Glasgow y Nueva York, así como también una cadena hotelera en diversos países del sur de Europa y el este asiático.

Cuando el ascensor se abrió, Alexia apareció corriendo hacia él.

—Teneos un problema de los gordos —dijo ella.

—Dime algo que no sepa.

Alexia agarró con fuerza las carpetas que tenía entre sus brazos. Era una mujer despanpanante, tan guapa como inteligente. Pero lo que la distinguía de las demás mujeres y hombres de la empresa, era que no le importaba a quién iba a aplastar para cumplir sus objetivos. Quizás por eso había escalado tan rápido en la empresa y es que, aunque desalmada, era extremadamente competente. Cada plan suyo, cada proyecto, estaba calculado al milímetro, por eso cuando ciertos contratos no se firmaron hacía dos días, empezó a sospechar que Charles no estaba enfermo, sino desaparecido por iniciativa propia.

Alexia caminaba junto a Duncan, hacia el despacho.

—Sé que lo del problema de Charles...

—Mataré a ese cabrón —la interrumpió, el Tiburón Blanco.

Ella asintió. Estaba claro que el jefe tenía un humor de perros, pero ¿qué podía hacer? Ella tampoco se había enterado de la desaparición de Charles hasta el día anterior.

—Sí, pero hay algo que debes saber... —insistió.

Duncan estaba tan furioso que apenas la escuchaba.

—¿Cuántos contratos hay sin firmar?

—Tres, pero... lo que quiero decirte...

—¡Ahora no!

Ella siguió a su lado los últimos tres pasos, antes de que los dos alcanzaran la puerta del despacho. Alexia contuvo la respiración y supo exactamente cuándo Duncan se había dado cuenta de quién lo esperaba allí dentro.

La fulminó con la mirada y ella retrocedió un paso.

—Insistió en esperarte.

Hubo unos segundos de silencio cuando ella le pasó las carpetas y él le hizo una señal con la cabeza para que lo dejara solo con su visita.

Cerró la puerta con la mayor tranquilidad que pudo.

El hombre que aguardaba cómodamente sentado en la silla, frente a su mesa, lo miraba con una serenidad, que estaba seguro de que no sentía.

—Es un placer verte —dijo William Wells nada más verlo entrar.

El inglés tenía una actitud despreocupada, como la de un hombre seguro de sí mismo que sabe exactamente qué ha ido a hacer. Y Duncan lo sabía: había ido a pavonearse, y a dejar caer que iba a beneficiarse de la desaparición de Charles.

Con su impecable traje azul oscuro, William tenía un tobillo sobre la rodilla izquierda. Se había llevado una mano a la boca e intentaba esconder una sonrisa de triunfo. Pero la pose le iba a durar poco, pensó Duncan.

El highlander se acercó al escritorio y lanzó las carpetas sobre la superficie.

—Vaya, no estás de muy buen humor.

—Sabes que me provocas subidas de tensión nada más verte, William. Y también sabrás —dijo, colocándose tras el escritorio—, que hoy no es uno de mis mejores días.

El inglés asintió.

—Algo he oído de que has tenido que regresar de tu retiro espiritual. ¿Otra vez ordeñando vacas en las Black Bells?

Duncan se sentó en su elegante silla giratoria y estuvo dispuesto a apretar los dientes y no clavarle un puñetazo en su perfecta nariz inglesa.

—Veo que tu vida sigue siendo tan aburrida que necesitas saber cada uno de mis pasos para entretenerte.

La expresión de William mudó completamente, volviéndose de granito.

—Siguiéndote la pista he llegado a averiguar muchas cosas que han sido de mi provecho.

Algo le decía a Duncan que, una vez más, Wells no hablaba de negocios, sino más bien de su vida privada.

—Si puedes hacer el favor de decirme para qué has venido aquí, podré ocuparme de asuntos mucho más agradables e importantes que tu presencia en mi empresa.

William sonrió, como si encontrara un agradable triunfo en molestar al Tiburón Blanco.

—Solo he venido a decirte que la compañía de Wong no firmará contigo.

Duncan intentó no cambiar su expresión, pero le costó horrores no saltar sobre ese esnob y partirle la cara.

—Y me dirás por qué ¿verdad?

—¡Por supuesto!

William alzó las manos al aire y rio.

—Porque ayer firmó conmigo.

Duncan se puso de pie y lo miró fijamente a los ojos. Pero el inglés no se dejó intimidar. Su sonrisa desapareció tan rápido como había aparecido.

—Dije que iba a despedarte, y es exactamente lo que haré —la voz de William se volvió cavernosa y Duncan apretó los dientes dispuesto a saltarle a la yugular.

—Eres un maldito bastardo. No pienso dejar que tu odio hacia mí hunda mi compañía —Le dijo Duncan.

—No es odio, McDowell.

—Me lo temía —dijo Duncan con desprecio—, así que es envidia. Pues déjame decirte que jamás tendrás nada mío.

William no abandonó la falsa sonrisa ni por un momento, simplemente, sus ojos brillaron, quizás por las maldades que cometería, quizás porque esperaba que su venganza le aportara toda la paz que necesitaba.

—No te equivoques —dijo—. No soy un despreciable bastardo como tú, que siente la necesidad de arrebatarte a los demás lo que es tuyo. Yo no te robaré la empresa, simplemente te hundiré.

—¿Eso crees?

—Sí —respondió Wells, con frialdad—. Y créeme tú: cuando acabe contigo, nadie podrá tenerte envidia, McDowell. Nadie envidia a los perdedores que no poseen nada, más que el fiable respaldo de su padre.

A pesar de que Duncan no movió una ceja, sus entrañas ardían.

La familia de Duncan era rica, pero ese imperio lo había levantado él solito.

Quizás William Wells no lo odiaba, pero él desde luego esperaba ser capaz de hundirlo en la miseria. Lo mismo haría con Charles, pagaría cara su osadía.

—Si no deseas nada más...

—Me retiro —Esta vez sí que la sonrisa de William se ensanchó.

—Nos veremos en los tribunales. Si Charles te ha vendido información privilegiada...

William no lo dejó terminar.

—Prepara tus mejores abogados, aunque dudo que puedas demostrar nada.

Duncan se levantó de la silla y puso ambas manos sobre la mesa. Si con sus palabras no le había dejado claro que debía marcharse, con su gesto desafiante le dio a entender que estaba empezando a perder la paciencia.

—Lo intentaré —le aseguró—. Hay cosas que no hace falta demostrar para que las sepas como una verdad absoluta.

William borró su sonrisa de la cara y apretó ambos puños con fuerza. Sabía que la conversación había pasado al plano personal.

—Cuidado, McDowell...

Pero Duncan no le hizo caso.

—Como decía, hay cosas que simplemente se saben, sin necesidad de pruebas. Por ejemplo: no tienes ninguna prueba de que me acosté con tu mujer y, sin embargo... ¿alguien lo duda?

Era una suerte que estuviera al otro lado de la mesa, pensó William, de lo contrario no habría

podido evitar la fuerza de sus puños.

—Un día sabrás lo que es el dolor de verdad, McDowell. No pienso irme de este mundo sin hacértelo probar.

Dicho esto, se dio la vuelta y con paso decidido salió del despacho de McDowell. No cerró de un portazo, pues allí estaba Alexia aguardando a que él se fuera para poder entrar.

—¿Qué ha dicho El Hombre de Hielo? —preguntó la mujer.

—No calla, pero tampoco otorga —respondió, Duncan—. Estoy más que convencido de que Charles le vendió información privilegiada y les ha ofrecido un nuevo proyecto a nuestros socios... a los que iban a ser nuestros socios asiáticos —se corrigió y a punto estuvo de pegar un puñetazo en la mesa—, pero no creo que sea tan imbécil como para dejar cabos sueltos y que lo atrapemos.

Alexia cerró la puerta tras de sí y se acercó a él con una sonrisa ensayada.

—Concretaré nuevas reuniones con nuestros socios de Asia. Y en asuntos menos importantes, he concertado un par de entrevistas para mañana y que escojas a tu nueva asistente personal.

Duncan no dijo nada más. Se sentó y contempló las vistas de la oficina.

—Acabaré con William o él acabará conmigo. Esta ciudad no es lo suficientemente grande para los dos.

Alexia asintió. Sin duda, la guerra acababa de empezar.

CAPÍTULO 9

Un choque en el ascensor

William salió de ahí hecho una furia. Entró en el ascensor y cerró los ojos, se concentró en su respiración, y en calmar sus ansias de estampar la cara de Duncan McDowell contra su bonita mesa de trabajo.

No pienso dejar que tu odio hunda mi compañía, le había dicho. Él había respondido que no era odio, pero mentía. Le odiaba y despreciaba. Porque él y no otro, había destrozado su vida.

William había creído vivir en un mundo maravilloso. ¿Qué podía irle mal? Había reinado en el mundo de los negocios desde que apenas era un niño. A los veinte años fundó su primera empresa, y había transformado el negocio de su padre en uno de los más lucrativos del país. Había tenido todo lo deseado, y sus planes de futuro a corto plazo se le servían en bandeja de oro. Y, en medio de ese mundo sórdido y falso en el que vivía, creía haber encontrado lo más preciado que un hombre podía tener: Una mujer a la que amaba y que lo amaba. Una mujer para compartir sus éxitos y consolarlo en sus fracasos. Todo lo que alguien como él podía desear se disolvió en el aire como si fuera humo. Porque, si bien era cierto que sus negocios iban mejor cada año, el divorcio lo había devastado.

Quizás desde afuera, la gente pensara que al Hombre de Hielo no le había afectado la ruptura con su esposa. Pero no había sido así.

Saber que ella le había sido infiel con Duncan McDowell, lo destrozó.

Desde el divorcio no se habían vuelto a ver y, aunque más mujeres de las que podía contar iban pasando por su cama, no pensaba volver a enamorarse jamás.

El Hombre de Hielo haría honor a su nombre. Sería como un iceberg, un gran bloque de hielo que pensaba aplastar al Gran Tiburón Blanco, a Duncan McDowell.

La campanita del ascensor lo devolvió a la realidad.

Avanzó un paso casi a ciegas, sin saber que estaba en la planta cuarta y no en la salida. Y fue entonces cuando su cuerpo se topó contra el de una mujer menuda, que salió propulsada hacia atrás por la fuerza del impacto.

—*¡Mecachis!*

William alargó los brazos y, antes de que ella acabara de perder el equilibrio por completo, la abrazó, evitando que cayera de bruces contra el suelo.

—Bien señorita Roig. Mañana tiene su entrevista a las nueve de la mañana. Sea puntual.

Bel se despidió de aquella mujer afable. Le acababa de dar una cita para la entrevista y estaba muy satisfecha al saber que cumplía con los requisitos para optar al puesto.

Se había llevado un formulario para rellenar y lo estaba leyendo cuando llamó al ascensor.

Al abrirse las puertas, Bel apenas había alzado la vista, pero poco después había quedado impresionada ante lo que tenía en frente.

El hombre estaba frente a ella con los ojos cerrados, como si intentara contener todas las emociones que amenazaban con desbordarle. Bel sintió empatía enseguida. ¿Acaso ella no había tenido esa expresión muchas veces? Le sonrió de inmediato, antes incluso de que sus ojos recorrieran su cuerpo de arriba abajo. Desde sus caros zapatos de marca, hasta su impresionante traje azul oscuro. Por una fracción de segundo su mirada se clavó en la delicada hebilla del cinturón y en esa parte donde el pantalón le sentaba como un guante. El delicado chaleco sobre la

camisa blanca le hizo contener la respiración.

Había quedado absorta con la visión de aquel hombre, tanto que, cuando sin abrir los ojos, él había dado un paso hacia adelante y la había arrollado como un tren.

—¡Mecachis!

Bel dejó de respirar en el mismo momento en que esos ojos azul oscuro la miraron con intensidad. Tardó en darse cuenta de que la estaban abrazando. Entonces, vio en su sonrisa ladeada, una mezcla entre diversión y vergüenza.

—Discúlpeme —dijo él, sin perder la sonrisa—, realmente no sé en qué estaba pensando.

Bel le sonrió.

—No se disculpe. A mí me pasa continuamente.

Cuando el hombre se dio cuenta de que no estaban en la planta baja, volvió a entrar en el ascensor sin soltar los hombros de Bel.

—¿Baja?

Ella asintió, y se dio cuenta de que estaba demasiado cerca de él cuando las puertas del ascensos se cerraron.

—Sí.

Rápidamente se colocó a su lado, fingiendo que el choque no la había afectado. Lo miró de reojo y él hizo lo mismo. Le sonrió, sin poder evitarlo.

—¿Trabajas aquí? —escuchó que le preguntaba.

—No, solo he venido a una entrevista.

Él pareció mirarla de arriba abajo y Bel se sintió juzgada.

—¿No le parece un atuendo adecuado? —le preguntó, borrando su sonrisa. En cambio William la ensanchó.

—¿Para una entrevista? —Hizo una mueca al ver sus vaqueros y su jersey de lana con el dibujo de una oveja—. Depende de para qué sea el puesto—. Esa había sido una respuesta elegante.

Bel lo encaró.

—Es para asistente personal del dueño de la compañía. —Eso sí que borró por completo la sonrisa de la cara del hombre. Bel se giró hacia él mientras llegaban al último piso—. Sin duda no lo aprueba. ¿Acaso no cree que tenga los conocimientos suficientes para ser una asistente?

Cuando las puertas se abrieron, William extendió el brazo, dándole paso para que saliera primero. Ya en el *hall*, él le respondió.

—No juzgo a las personas por su aspecto —le espetó—. No soy como el señor McDowell.

Bel lo miró sin saber qué decir. Parecía que ese hombre conocía al dueño de la compañía y no le caía muy bien.

—Entonces... —Bel se miró desde las desgastadas botas, hasta su jersey de lana de oveja—. No me recomienda esto para la entrevista de mañana.

Por alguna razón, esa mujer le pareció especial. Sincera e inocente. McDowell iba a darse un festín con ella, pensó William. Y se vio en la obligación de advertirle.

—Yo le recomendaría buscar otra compañía para trabajar. Y más si dice tener los conocimientos para ser asistente de ese tirano.

Bel tomó aire y se encogió de hombros.

—Actualmente soy camarera, y con mi carrera de bellas artes y diseño gráfico... además del grado de historia del arte, éste me parece un muy buen puesto.

En algún momento Bel empezó a hacer lo que siempre decía que jamás haría: parlotear sin parar con un desconocido. Sin embargo, de alguna manera, el rostro atractivo de ese hombre, sus

somrisas alentadoras y sus consejos, hacían muy fácil entablar una conversación con él.

—Lo siento le estoy entreteniendo.

La verdad era que sí, pero William se olvidó de la reunión que tendría en menos de media hora.

—No se preocupe, ha sido una charla muy amena.

Bel asintió con una sonrisa.

—Lo mismo digo.

—Espero nos volvamos a encontrar ¿señorita...?

—Bel, Isabel Roig. Como habrá comprobado por mi acento...

—Es un acento precioso.

Bel se puso colorada y William volvió a sonreír sin proponérselo.

—Gracias, seguiré sus consejos para la entrevista de mañana.

Se quedaron unos segundos en silencio. Bel le habría pedido el número de teléfono si no estuviera tan dolida con el sexo opuesto, pero... por su caro traje, era un hombre que seguramente poco tendría que ver con ella.

Por su parte, William dudó unos instantes en qué hacer a continuación.

Finalmente se dio la vuelta.

—Un placer señorita Roig, yo soy William Wells.

—Quizás nos volvamos a ver por aquí.

—Yo no apostaré sobre ello —le dijo William, enigmático, mientras su mirada se perdía por el edificio.

Cuando sus miradas volvieron a encontrarse, Bel alzó la mano a modo de despedida mientras alcanzaba la puerta giratoria de la salida.

Con sus pasos largos, William la alcanzó y salieron juntos del edificio.

—Me han impresionado sus conocimientos sobre el arte.

Bel vio como de su abrigo sacaba una tarjeta. Se la ofreció con un asentimiento de cabeza. Ella la aceptó como quien coge un jarrón chino de valor incalculable y tiene miedo a romperlo.

—Yo no tengo tarjeta —dijo, algo avergonzada.

William meneó la cabeza sin darle importancia.

—Si la entrevista de mañana no va bien, llámeme. Quizás pueda encontrar un sitio adecuado para usted en una de mis galerías de arte.

Bel abrió la boca sorprendida, pero antes de poder darle las gracias, el conductor del coche negro que acababa de parar en la entrada, salió a toda prisa para abrirle la puerta trasera.

—Gra... ¡Gracias! —gritó, alzando la mano que cogía la tarjeta.

William se volvió y le sonrió a modo de despedida.

Bel se quedó allí mirando el coche alejarse. Suspiró sin dejar de sonreír. Parecía que ese había sido un buen día.

—¿Y dices que te dio su tarjeta?

Bel sopló su taza de té mientras se echaba hacia atrás en el cómodo sofá de su amiga Samantha, que se sentó junto a ella con su doble café *expresso* en la mano.

—Sí, era un hombre muy elegante. Y condenadamente atractivo.

Bel volvió a pensar en esos increíbles ojos azules, y ese maravilloso pelo azabache.

Por poco suspira.

—¿Y dices que se llama William Wells?

Bel asintió de nuevo sin prestarle mucha atención. Pero ante el silencio de su amiga se dio

cuenta de que estaba pasando algo.

—¿Qué ocurre?

—Bueno... William Wells... ese inglés *mazizorro* con pinta de italiano... es el archienemigo de Duncan McDowell.

Bel soltó la taza sobre la mesa baja que tenía en frente y puso la espalda muy recta para escuchar a Samantha.

—¡Por Dios! Cuéntame. Aquí se masca la tragedia.

Samantha, que no podía resistirse a un buen cotilleo, aunque este se refiriera a su primo Duncan, empezó a hablar.

—Al parecer hace dos años...

—¿Sí?

Ambas amigas se acercaron como si estuvieran rodeadas de gente, en lugar de estar solas en el apartamento.

—La mujer de William se acostó con Duncan McDowell.

Bel se alejó de su amiga con cara de sorpresa. Pero no estaba sorprendida porque una mujer pudiera ser infiel a su marido, sino porque alguien pudiera serle infiel a William Wells.

—¿Por qué? —preguntó, desconcertada— ¿Has visto a ese dios britano? No creo que haya conocido nunca a un hombre con esas espaldas, y... los trajes de marca están hechos para que él pueda lucirlos.

Samantha rio con ganas.

—Muy impresionada te ha dejado si hasta hablas de la ropa que lleva.

—Ya —dijo Bel, encogiéndose de hombros—, es que es perfecto.

Solo había visto en su vida a un hombre más apetecible que él y ese era... Duncan, el esquilador de ovejas.

Suspiró.

No quería pensar en él. Así que volvió a centrarse en la conversación.

—Es muy guapo. Y uno de los hombres más poderosos del Reino Unido, su nombre siempre aparece en la revista *The Economist* por su buen hacer en los negocios.

—Sí, pero me interesa más lo de que su mujer le puso los cuernos.

Samantha asintió.

—A mí también —prosiguió, contándole todo lo que sabía—. Pues resulta que William Wells estaba muy enamorado de su mujer, pero... al estilo Hugh Jackman. Y muchos dicen que se volvió un poco loco desde ese momento.

—¿En qué sentido?

—William siempre fue un hombre generoso y altruista, muy amante del arte, tiene varias galerías en Glasgow y creo que hasta en Nueva York, aunque su actividad económica principal es la misma que Duncan, la compraventa de empresas. Supongo que, a mi modo de ver, los dos son muy parecidos. —Bel supuso que Samantha lo sabría bien, ya que Duncan era su primo—. Pero al parecer, después de que su esposa tuviera su *affaire* con Duncan... se le agrió el carácter.

—Entiendo.

Y de verdad entendía, pensó Bel. Si estaba tan enamorado de su esposa, ¿cómo no se le iba a agriar el carácter al descubrir su infidelidad?

—Ahora le apodan El Hombre de Hielo.

Bel asintió, pero en verdad no le había parecido de hielo. Le había sonreído, y hasta había entablado una afable conversación con ella. Si fuera tan déspota como lo pintaban, no se habría interesado por ella, ni le habría dado su tarjeta.

—Pobre hombre, a mi me pareció encantador.

Samantha hizo un mohín con la boca.

—Si vas a trabajar para Duncan, yo que tú tirarías esa tarjeta. Y no le mencionaría tu encontronazo con William.

Bel se sacó la tarjeta del bolsillo y se la quedó mirando.

—Aún no sé si van a darme el puesto...

Samantha suspiró.

—Créeme... Te lo darán.

Porque si era cierto lo que Samantha sospechaba, su primo querría volver a ver a la chica de las highlands con la que había pasado una apasionada noche de sexo salvaje. Lo que no acababa de entender, era lo del dinero en la mesilla de noche.

Frunció el ceño.

¿Por qué demonios habría hecho eso? Intentaría tener una inocente conversación con su primo en la fiesta de cumpleaños de Marcus.

A Samantha se le encendió la bombilla.

—¿Te ha invitado Marcus a su fiesta de cumpleaños?

Bel puso los ojos en blanco.

—¡Sí! Y quiere que Misifú también asista.

Samantha se echó a reír.

—Tu gato tiene los días contados si Marcus empieza a desatender a Taylor por ese felino.

CAPÍTULO 10

La entrevista

—... Y recuerda que esta mañana tienes las entrevistas para el puesto de tu asistente personal.

Duncan gruñó ante las palabras de Alexia.

Estaba de mal humor, y no porque Mary, su competente asistente de sesenta años se hubiera jubilado, sino porque aún no superaba el que William Wells le hubiese arrebatado tres de sus proyectos.

—Bien, ¿cuantas entrevistas tengo?

—Solo cuatro —informó Alexia—. He eliminado todas aquellas que no tuvieran conocimientos sobre historia del arte.

—Has hecho bien —dijo él, mirando los informes que tenía sobre la mesa, e ignorando a su directiva—. Dentro de dos semanas quiero ir a Glasgow y hacer un *tour* por mis galerías.

—¿Algún motivo en especial? —Alexia alzó una ceja.

—Supongo que ha sido ver a William.

William Wells era propietario de una de las mejores galerías de arte moderno de la ciudad, además de ser el mecenas de muchos artistas noveles. No iba a dejar que, además de adelantarle en el plano laboral, lo hiciera con su gran pasión, el arte.

—He tenido descuidadas mis galerías estos meses. Quiero ver qué tendencias hay, y contactar con nuevos artistas. Además, estaría muy bien programar una noche en que las galerías estuvieran abiertas al público, y hacer que la gente se acercara a la cultura. Necesito volver a mi *hobby*.

Duncan lo llamaba *hobby*, aunque realmente no lo era, para él era su pasión. Y después de lo que había hecho William, no pensaba darle tregua. En el mundo del arte, él era su competencia directa, tanto en Glasgow, como en Nueva York, y no pensaba dejar que ganara terreno.

Alexia asintió, e intentó esconder una sonrisa.

—Perfecto, te acompañaré y veremos qué se precisa para...

—No será necesario —la cortó Duncan con los labios apretados, aún pensando en William—, tendré a mi nueva asistente. Además, necesito que estés aquí y controles que no haya más fugas de información.

Que no haya otros Charles...

Alexia apretó los dientes. Nada le gustaría más que irse con Duncan y tener la oportunidad de hablar de algo más que de trabajo. Pero al parecer, con la nueva asistente no sería necesario.

—Está bien, como quieras.

Duncan seguía pensativo y antes de que ella pudiera despedirse, la retuvo.

—Manda hacer un informe de todas las exposiciones itinerantes de éxito. Quiero tener un buen catálogo para el próximo semestre. Y quizás hacer una gran fiesta cerca de la galería del Macintosh.

—¿A parte de una noche dedicada al arte?

—Así es.

—Por supuesto —dijo Alexia, decepcionada porque Duncan no le prestaba demasiada atención.

—Me encargaré de reservar el hotel para la semana próxima.

—Tampoco será necesario. Que se encargue mi nueva asistente. Hoy zanjaré el asunto.

—Como desees.

Alexia asintió, pero si él la hubiese mirado a la cara, habría notado su enfado.

—Si no hay nada más, puedes retirarte.

—De acuerdo —respondió, apretando los dientes—. Edwin te traerá a la primera candidata para el puesto. Estará contigo en las entrevistas, para que no se alarguen demasiado.

Él asintió sin mirarla, pero cuando escuchó el ruido de la puerta cerrarse, tiró el informe de malos modos sobre la mesa.

Tenía un humor de perros.

Y por mucho que le extrañara, este no era sólo mérito de William Wells, sino de alguien con mucho menos estilo a la hora de vestir. Una vegana deslenguada que había desaparecido sin dejar rastro.

El mismo día en que se había ido sin avisar a Bel de la granja, había llamado a la señora O'Callaghan para saber como andaba todo. La pobre mujer parecía algo desconcertada.

—No sé que decirle señor. El muchacho de los Ross trajo el coche de la señorita, pero ella se fue sin decir nada. Simplemente dejó una nota, dándome las gracias.

—¿Y el coche?

—He encontrado su nota para la señorita, y el dinero para la reparación, así que le pagué. El resto se lo guardo en su mesilla de noche, para dárselo cuando usted vuelva.

—Entiendo.

Pero Duncan realmente no entendía. ¿Cómo se había marchado así sin más? ¿por qué no le había llamado? ¿Y cómo era posible que abandonara a su querido Manolo?

Desde ese instante, en el que supo que la chica había desaparecido, no había podido dejar de pensar en ella. Y ahora en Edimburgo, desde su oficina en lo alto de ese rascacielos, no podía concentrarse en un plan para acabar con William, más bien no dejaba de pensar en Elizabeth Roig.

Jamás había sentido una necesidad tan grande de volver a estar con una mujer tras una noche de sexo y pasión. Pero simplemente había sucedido. A Bel... a Bel quería volver a verla. Qué no daría por desayunar con ella en las Balck Bells, junto al fuego, o en la cocina de la señora O'Callaghan. Tenía la esperanza de que a ella también le apeteciera.

Deseaba hacerle el amor una y otra vez, pero no solo eso era lo que le empujaba a pensar que sería maravilloso coincidir de nuevo con ella. También era por su sonrisa, por los comentarios que le parecían tan tiernos y sin malicia. Lo excitaba hasta lo indecible cuando se mordía el labio inferior.

Y también, porque hacía tiempo que nadie encendía su deseo de aquella manera. Quizás desde... Mejor no recordar eso... Esa mujer le había hecho perder la cabeza, y era la causa de la venganza de William. Estaba pagando las consecuencias de no mantener la cabeza fría...

¿Qué consecuencias le traería obsesionarse con Bel Roig?

Se masajeó las sienes, consciente de que en cualquier momento aparecería una migraña.

Bel vivía en Edimburgo, así que la distancia no sería un problema. ¿En qué le había dicho que trabajaba? Era artista, por lo que le había impresionado con sus conocimientos de pintura vanguardista, pero... sí, trabajaba en una cafetería. Duncan se mesó los cabellos y se acercó al gran ventanal de su despacho. Miró la ciudad y respiró hondo. Si tan sólo pudiera acordarse del nombre de la cafetería... A estas alturas quizás Elizabeth ya estuviera allí, en la misma ciudad que él.

Su mente era un mar de dudas, ¿debería buscarla? ¿Acaso había espacio para una relación sentimental con una chica tan dulce, en esos momentos de su vida?

El sonido del teléfono sobresaltó a Duncan. Apretó el botón y la voz de Edwin, el asistente personal de Alexia, le respondió con su aguda voz.

—Señor McDowell, ha llegado su primera entrevista. Una chica delgaducha, pero que parece

ser inteligente...

—¡Edwin!

Duncan soltó aire mientras cerraba los ojos.

—Está bien, no pretendía influir en su decisión. Solo constataba el hecho de que una vez que hablas con ella, es más lista de lo que pare...

—Edwin...

—¿Sí, señor McDowell?

—Tienes mucha suerte de que las ventanas de este edificio no se abran.

—Ahora mismito vamos hacia allá.

Duncan se sentó en su sillón giratorio y sintió como la migraña avanzaba sin tregua, dispuesto a devorarlo.

¡Tenía una entrevista! ¡Tenía una entrevista en ese lugar! ¡Qué emoción!

Esa mañana Bel había desayunado con Marcus y Taylor. Y el bueno de su amigo le había asegurado que no había nada que temer. Que su currículum era impresionante, y que le daba la impresión que ella era exactamente lo que su primo Duncan McDowell estaba buscando.

Soy lo que buscas, Duncan McDowell. Se repitió para darse confianza.

Edwin, el asistente de Alexia, era quien le había arrancado el currículum de las manos. Literalmente.

Parecía una versión masculina de Miranda Priestli, de *El diablo viste de Prada*. A Bel le encantó de inmediato. No supo si por su mirada de ojos caídos, evaluándola por si debía echarla a los tiburones, o porque parecía que esa pose era justamente eso, una pose para poder sobrevivir en su vida laboral.

—Preciosa, son cuatro las candidatas —le dijo Edwin. Y seguramente lo de preciosa le hubiese sentado mal, si ese hombre no fuera gay, y se lo dijera con toda la inocencia del mundo—. Seguro que al Tiburón Blanco le gusta que sepas tanto de arte.

Dicho esto, se dio la vuelta y empezó a andar hasta el supuesto despacho del tiburón.

Bel empezó a trotar detrás de él y su traje italiano que le quedaba como un guante.

Para la entrevista, Bel había escogido un traje de chaqueta. La falda negra de tubo le quedaba sobre las rodillas y la americana negra de Samantha le quedaba como un guante. Sin duda no podía parecer más profesional y recatada, con la blusa blanca abrochada hasta el último botón bajo la barbilla. Lo único que no creía poder soportar, eran esos zapatos tan incómodos de tacón alto, pero ya se plantearía qué hacer con sus pies una vez hubiera conseguido el trabajo.

—Si no consigues el trabajo, yo mismo me encargaré de llamarte y decirte cuán desdichada eres por haber perdido la oportunidad de tu vida —La miró por encima del hombro y le sonrió—. Si consigues el puesto de asistente, también te llamaré, pues me encantará escuchar tu voz de entusiasmo. Porque claro, no sabrás hasta que ya sea demasiado tarde, que trabajar para el señor *Soy dueño y señor de las Highlands*, es más una vocación que un trabajo. Deberás entregarte a él en cuerpo y alma. Perderás hasta tu vida. No literalmente, no temas, pero sí socialmente. Pobre chica. Olvídate de tener novio, casarte o ser madre mientras trabajes para el tiburón, o querrás tirarte por la ventana de este piso.

Estaba exagerando ¿verdad?

—¿Por qué supones que no tengo novio, estoy casada o soy madre?

Edwin la miró de arriba a bajo.

—No lo sé, chica feliz. ¿Los tienes? No es que me importe. De hecho, no me contestes todavía, lo harás con un gin-tonic en la mano si consigues el trabajo. Si no, no te volveré a ver y me

importará un bledo, querida. ¡Arriboooo! —Exclamó, al llegar frente a la puerta— ¡Toc Toc!

Bel se paró en seco e intentó contener una carcajada.

Ese hombre era todo un personaje.

Llamó a la puerta con los nudillos, y si el tiburón había contestado, Kate no lo escuchó, pero Edwin entró igualmente.

—Nuestra primera candidata, la señorita Isabel Roig, señor —anunció Edwin, entrando como si fuera una pasarela de moda.

Se paró al toparse con la mesa del Tiburón Blanco, a quién no podía ver bien, porque en ese momento estaba con su silla giratoria contemplando las vistas de la ciudad.

Bel entró y se quedó muy quieta junto al excéntrico asistente de dirección. Si conseguía el trabajo, Bel esperaba no volverse como él. Pero aquí lo importante no era Edwin, sino el hombre al que tendría que dedicarse en cuerpo y alma como ya le habían avisado.

Se mordió el labio a causa de los nervios y cuando vio al hombre levantarse de la silla y dar media vuelta para encararlos, Bel estuvo a punto de que se le giraran los ojos y caerse de culo. Lo primero no sucedió, pero lo segundo sí pasó, en el justo momento que intentaba tomar asiento frente al escritorio.

—¡Joder!

CAPÍTULO 11

Mi jefe es un highlander

—¡Vaya! ¡Mujer! Que culazo. ¿El sillón se ha puesto a correr? —Edwin la agarró por el brazo y tiró de ella, sin demasiado éxito para levantarla.

—Yo... yo...

Joder, quería decir que estaba bien, pero ¿cómo hacerlo si no podía apartar la mirada de ese hombre?

Tenía frente a sí al que segundos antes quería como jefe.

No podía creerse que eso le estuviera pasando a ella.

El increíble espécimen masculino, había rodeado la mesa con movimientos comedidos y elegantes, todo ello sin dejar de mirarla como un depredador.

Desde luego, no se había molestado en ir a su rescate, simplemente se había apoyado contra su escritorio esperando que ella levantara el culo del suelo.

¿Cómo? ¿Qué estaba haciendo? No sería una sonrisa lo que había aparecido en su boca ¿verdad?

—Querida... ¿estas bien?

De nuevo la voz de Edwin captó su atención.

—Sí... sí —carraspeó Bel, y se puso de pie.

Debería haberse sentado, pero los sillones estaban demasiado cerca de aquel diabólico escritorio y, de hacerlo, significaría que las partes masculinas más sensibles de ese hombre, quedarían demasiado cerca de su cara.

—Señorita Roig ¿se encuentra bien?

Ya volvían a Bel algunos recuerdos, que en ese momento no era partidaria de recordar. Y todo ello por culpa de esa voz tan masculina y sensual.

Maldita sea.

—Muy bien. A veces soy un poco torpe.

Él tuvo el descaro de ampliar su sonrisa.

¿Cómo demonios se atrevía... se atrevía a ser tan condenadamente sexy? Lo miró de arriba a abajo. Duncan McDowell, el Señor de las Highlands, llevaba unos caros zapatos italianos, tan relucientes que Bel casi podía reflejarse en ellos. ¿Dónde demonios estaban las botas horrendas de agua y los calcetines por encima de los pantalones para no ensuciárselos de boñiga de oveja. Hablando de pantalones... Ese condenado traje, seguramente valía más que todo lo que ganaba ella en un año haciendo de camarera. Y... le quedaba de muerte.

Pero claro, ese hombre, que era perfección pura por fuera, era un condenado neandertal por dentro. Estaba segura de que su carácter irascible no habría cambiado nada. ¿Cómo podía ser la misma persona?

Bel entrecerró los ojos.

—¿Tiene usted un hermano gemelo?

Que diga que sí, que diga que sí...

Pero el highlander meneó la cabeza y, de nuevo, esa sonrisa hizo que a Bel se le aflojaran las rodillas.

Ahora sí tuvo que sentarse.

—Querida, cualquiera diría que te has golpeado en la cabeza, en lugar de en el trasero —dijo

Edwin.

—Estoy bien.

—Entonces, empecemos la entrevista —gritó Edwin, que se notaba a años luz que quería terminar con todo eso.

No así Duncan, que por primera vez en días había recuperado su sentido del humor.

Edwin tomó asiento junto a Bel, cruzó las piernas y jugueteó con su bolígrafo mientras miraba detenidamente el currículum de ella. Duncan no se movió ni un ápice, ni siquiera apartó la mirada de Bel.

—Empecemos por su formación...

Edwin notó algo raro en el ambiente, y después de un corto silencio, mirando a uno y a otro, prosiguió con la entrevista.

—¿Dónde se licenció?

—Verá...

—Hábleme de sus intereses en cuanto a la pintura —les cortó Duncan.

Edwin lo miró extrañado, al ver que quería participar activamente. Por norma general, Duncan solo se limitaba a asentir y a gruñir.

Bien Bel, piensa qué vas a hacer. El primer camino te llevará a esforzarte para conseguir un empleo, que te dará suficiente poder económico como para dejar la cafetería y pintar, que es lo que realmente te gusta. Contras: será como prostituirte. Este pescador de atunes con traje de Armani, ya te ha dejado claro que puede dejarte dos mil libras como si fueras una prostituta.

El segundo camino te llevará inmediatamente a que ni siquiera se planteen contratarte, y por tanto, volverás a la cafetería: capuccinos, expressos...

Pros: vas a sentirte de puta madre cuando le dejes claro que es un bastardo y que a ti no te compra ni Dios.

Bel cerró los ojos y la comisura de su labio se estiró en una especie de sonrisa.

Edwin carraspeó, algo incómodo, ante el silencio de ella y la mirada intensa de Duncan.

—¿No le das una respuesta al jefe?

—Por supuesto —Bel se levantó y sus ojos quedaron a la misma altura que Duncan.

Entonces, inclinando la cabeza a un lado y sonriendo como una loca, concentró toda su fuerza en la mano derecha y...

¡PLAF!

—¡Ohm Dios mío! ¡Una loca! ¡Seguridad! ¡Seguridad!

La mano de Bel se había estampado contra la cara de Duncan, quién aguantó el sonoro bofetón estoicamente.

Edwin retrocedió y se cubrió con la carpeta por si Bel quería ensañarse también con él.

—Voy a llamar a seguridad.

—No lo hagas —le dijo Duncan a Edwin.

—Pero...

—Largo.

Edwin retrocedió más deprisa hasta llegar a la puerta, y cerró tras él, sin poder borrar su cara de desconcierto, al tiempo que contemplaba a su jefe y a la chalada.

—Tienes mucha fuerza para ser tan pequeña.

—Y tu tienes unos gustos muy caros para ser un trasquilador de ovejas.

Él sonrió de nuevo, mientras se acariciaba la mejilla.

—¿Se puede saber a qué ha venido esto?

—¿La bofetada? —Bel se encogió de hombros—. Es lo que suelo hacer en las entrevistas.

—No puedo creer que con semejante técnica solo hayas llegado a ser camarera.

—Y allí me quedaré —le dijo, alejándose un paso—. Puedes venir a tomar un café un día, pero ya sabes que soy muy torpe. Igual tropiezo y lo vierto en esos pantalones de dos mil libras que llevas.

Él meneó la cabeza.

—¿Eso harías, eh?

—¡Oh! Pero bueno, con el dinero que me dejaste en la mesilla de noche a cambio del polvo que me echaste, podría comprarte unos nuevos.

Entonces, la expresión de Duncan mudó.

Su sonrisa desapareció. ¿Era por eso, por lo que estaba tan molesta?

—Elizabeth...

—¡Elizabeth tus cojones! Vuelve acercarte a mí, y te clavo la polla en la pared.

—Eli...

Ella se dio la vuelta y caminó hacia la entrada del despacho. Pero Duncan fue más rápido. Y por supuesto, mucho más fuerte.

La mano de Duncan se apoyó en la puerta, e impidió que Bel pudiera abrirla.

—Como no te apartes...

—¿Me denunciaras?

—Te meteré tal patada en las pelotas que...

—Tendrás que girarte para poder golpearme...

Ella lo hizo y lo enfrentó. Sólo entonces fue consciente de que no había podido olvidar a ese estúpido highlander lleno de barro y con el pelo mojado.

Cuando tomó aire para decirle cuatro cosas, él se acercó más a ella, aprisionándola contra la puerta. Igual hubiese sido un buen momento para pegarle un rodillazo en las pelotas, pero no sería ella quien estropeará semejante material... por si quería volver a utilizarlo en alguna que otra ocasión...

—Será mejor que te apartes.

Él sonrió, una preciosa sonrisa lobuna que la volvió a dejar sin aliento.

—¿Se puede saber por qué demonios estás tan enfadada?

Ella abrió la boca y entrecerró los ojos.

—¿Tienes la santa cara de preguntarlo?

—Así es, me tienes en ascuas.

Ella le puso las manos en el pecho y cuando iba a empujarlo para que se apartara, se desconcentró y se recreó en la dureza de su torso.

Apartó las manos como si quemara.

—Pues verás, no estoy muy acostumbrada a que me traten como a una prostituta. Algo que, sin duda, creíste que era.

Él meneó la cabeza, desconcertado.

—¿En qué momento te di la impresión de que te consideraba una prostituta? Creo que ambos disfrutamos del sexo salvaje esa noche...

Bel apretó los labios.

—No sé... no me acuerdo.

Duncan alzó una ceja.

—Mentirosa —se apretó más contra ella.

Sus labios estaban peligrosamente cerca de los de Bel y ella miró su boca como hipnotizada, hasta que sintió su suave tacto, como un aleteo.

Fue incapaz de resistirse. El muy ladino lo sabía, así que sonrió al apoderarse de su boca y la besó apasionadamente, como aquella noche de tormenta en las highlands.

Las partes más íntimas de Bel se humedecieron, y Duncan no perdió el tiempo. Se puso entre sus piernas y hondeó sus caderas para que ella notase lo mucho que le excitaba.

—Para —dijo Bel.

—Si paro no podré besarte, ni tocarte en los rincones que yo quiero.

Él había parado.

Ya no notaba su contacto y Bel vaciló, sintiéndose de pronto huérfana.

—Bueno...

Antes de que ella pudiera añadir nada más, Duncan volvió a poseer esa boca en la que no había dejado de pensar desde que se separaron.

La mano del highlander buceó por debajo de la falda de Bel y se encontró con unas braguitas de encaje, en las que se colaron sus dedos.

Sintió el erótico jadeo de Bel y se empalmó todavía más.

Acarició con el dedo corazón el clítoris de ella, que echó la cabeza hacia atrás. Duncan sonrió al ver su expresión. Estaba apretando los labios para que sus jadeos eróticos no se escapasen. Pero él tenía precisamente ese objetivo.

—Vamos, dime que me has echado de menos.

Ante el timbre ronco de su voz, Bel lo miró. Entonces, él aprovechó para deslizar el dedo en su interior.

La pierna alzada de Bel rodeaba su cintura, y se apretó contra su trasero.

—Eres un miserable prepotente.

Él soltó una carcajada.

—No, solo soy un hombre que te vuelve loco.

Volvió a besarla y a acariciarla.

A Bel le temblaron las piernas y tuvo que agarrarse a sus hombros para no caer.

—Suficiente —dijo ella, boqueando como un pez—. Estoy muy cabre... cabreada. ¡Joder!

Otro dedo de Duncan se coló en su interior.

—¿Sí? —preguntó él, sonriendo ante cada una de sus reacciones—. ¿Cabreada, por qué?

—Por tratarme como a un saco de carne.

Él le acarició el trasero y pegó su erección donde antes había tenido sus dedos.

—¿Crees que tu me trataste mejor?

—Yo no te di dos mil libras como pago por haber follado contigo.

Duncan se apartó ligeramente y, en su expresión, Bel pudo ver que estaba totalmente desconcertado. Puede que hasta enfadado.

—¿Eso es lo que creíste?

Ella desvió por un momento la mirada, y sintió que tenía algo de frío cuando Duncan dio un paso atrás.

Parecía tan seguro de sí mismo que Bel se encogió de hombros, sin saber qué decir.

—Sí.

Duncan puso sus manos en las caderas y miró al techo. Suspiró, algo enfadado.

—Pues las dos mil libras no eran para ti.

—¡Oh! —Bel no sabía qué decir.

Se quedaron mirándose el uno al otro y, por una fracción de segundo, los ojos de Bel se desviaron hacia el paquete de Duncan, que ahora ya no era tan prominente. Estuvo a punto de sentir pena por eso.

—Yo creía que sí.

—¿En pago al polvo?

—Sí.

—Entiendo —dijo él, sin apartar las manos de las caderas—. Te juro que eres uno de los mejores polvos de mi vida, pero... ¿dos mil libras? Si me considerabas un esquilador de ovejas ¿no te pareció demasiado?

Ella se encogió de hombros, algo avergonzada.

—Pero, al parecer, eres multimillonario.

—Ya lo creo. Pero no pago por sexo.

—Entiendo...

Bel no sabía muy bien qué decir.

Duncan dio un paso hacia ella, y la espalda de Bel se volvió a apoyar contra la puerta cerrada.

—No entiendes, pero lo entenderás —dijo él, poniendo ambas manos a cada lado de su cabeza. Se inclinó ligeramente a la derecha y le susurró al oído— ¿Ves ese escritorio?

Bel giró levemente el cuello y asintió. Era en el que él solía trabajar.

—Sí.

—¿Ves ese sofá?

—Ajá.

Bel vio el sofá de piel, con la mesa baja frente a él. Todo decorando un lado del gran despacho.

—¿Y esos sillones frente al sofá?

—También los veo.

—Genial —dijo Duncan, acariciando su oreja con los labios—. En cada uno de ellos es donde te voy a follar cuando seas mi asistente. Y el sueldo que recibirás, nada tendrá que ver con ello.

—Bel se quedó con la boca abierta y sin saber qué decir—. Eso te lo haré gratis, y tú me lo permitirás, no porque te pague, sino porque desearás tenerme dentro de ti a todas horas.

Si cualquier hombre le hubiera dicho algo así, no se hubiese sentido tan perturbada. La voz ronca de Duncan era única.

—Yo...

Tenía que salir de allí, pensó Bel, antes de que se la follara sobre la mesa, el sofá... los sillones...

—Elizabeth...

No, no, no. No podía dejar que volviera a seducirla. Por culpa de ese hombre se había sentido humillada y, además, por su culpa había perdido a Manolo.

—Me he pensado mejor lo del puesto de trabajo... Así que...

Duncan ladeó la cabeza y le lanzó una sonrisa pícaro.

—Elizabeth.

—Me largo.

Fue tan rápida en salir de allí y cerrarle la puerta en las narices, que Duncan sólo pudo echarse a reír.

—¡Oye! ¡Cenicienta!

Bel corría por encima de la moqueta gris, alejándose del despacho de Duncan.

Se giró al escuchar la voz de Edwin.

—¿Sí?

Era innegable lo acalorada que estaba y, por la cara de Edwin y su sonrisa pícaro, estaba claro

que no creía que fuese por la carrera que se estaba echando, sino más bien porque estaba huyendo del jefe.

—¿Te vas a ir sin decirme qué ha pasado ahí dentro?

—No creo que sea de tu incumbencia.

—Vaya monstruo estás hecha. Apiádate de mi pobre corazón. Necesito saber quién es la azote de tiburones.

—Yo... —Bel se moría de vergüenza, así que dio media vuelta y siguió corriendo hacia el ascensor.

Edwin miró a un y otro lado. La puerta del despacho estaba cerrada y la muchacha acababa de precipitarse dentro del ascensor.

De pronto, el teléfono inalámbrico que llevaba en la mano cada vez que se paseaba por la oficina y se ausentaba de su mesa, empezó a sonar.

Era Duncan.

Descolgó, lleno de curiosidad.

—Edwin.

—¿Sí tibur...? Dígame, jefe.

—Contrata a la señorita Roig. He visto los demás currículums y no es necesario entrevistar a nadie más.

—Como usted diga, señor McDowell.

CAPÍTULO 12

Estrategias

Samantha entró en la cafetería con el *glamour* que la caracterizaba. Llevaba un espectacular vestido ajustado, discreto y elegante, de color negro, pero lo suficientemente corto como para que todos los hombres que allí había volteasen sus cabezas para observar sus espectaculares piernas.

—¡Hola guapi! —le dijo a Bel, en español. Últimamente había estado practicando el idioma para hablar con su amiga La Juani.

Sam dio un coqueto saltito para sentarse sobre el taburete y luego cruzó las piernas al más puro estilo *Instinto Básico*. Depositó el bolso en la barra y su mirada se quedó fija en la cara de Bel.

—¿Me pones un café irlandés? Pero que el whisky sea escocés, porfi.

Bel no pudo reprimir una sonrisa y hasta puso los ojos en blanco por unos segundos.

—¿En serio? —alzó una ceja cuando vertió el licor en el café—. Son las ocho y media de la mañana.

—Por eso mismo, ponle mucha nata. Necesito empezar con energía.

Sam se apoyó en la barra y miró a Bel como si fuese a contarle el secreto mejor guardado de la C.I.A.

—¿Qué ocurre, Samy?

—Me he pasado la noche en vela...

Bel abrió los ojos de par en par.

—¿En serio? —no se lo podía creer, Sam no tenía ni rastro de ojeras—. Pues no lo parece. Estás fantástica.

—La genética, querida.

Ya, pensó Bel. Al fin y al cabo era la hermana de Marcus, y vistos sus padres, los cuatro eran pura perfección.

—Pero mira—: Sam le enseñó el móvil, y Bel ahogó un grito y se tapó los ojos.

—¡Dios bendito, Sam!

Samantha le acababa de mostrar la foto de una enorme y erecta y preciosa poll...

—¿A que mola?

—¿A quién pertenece semejante atributo masculino? —Se rio Bel.

—Ya te lo contaré a su debido tiempo. Por el momento —Sam parecía estar conspirando—, vayamos a lo importante. ¿Qué tal la entrevista con el Tiburón Blanco?

Bel arrugó el entrecejo. Entonces, descargó el contenido del lavavajillas y empezó a secar los vasos como si quisiera abrillantarlos.

—No quieres saberlo —respondió Bel, enfurruñada.

Sam dejó caer la mandíbula, indignada.

—¡Desembucha, mala amiga! —luego cambió la expresión, y sonrió con picardía.

Bel resopló.

—El tiburón, y el pescador de atunes...

Samantha se hizo la *longuis*.

—Tendrás que explicarte mejor, no sé exactamente de qué estás hablando.

—Resulta —dijo Bel, arrojando el trapo y apoyando las manos sobre la barra—, que el Tiburón Blanco de las finanzas, no es nada más, ni nada menos, que el esquilador de ovejas.

Sam parpadeó con la boca abierta.

Su interpretación era de Oscar. Como si ella no supiera que el Tiburón Blanco era Duncan McDowell, su primo, y el futuro señor de Black Bells.

—¡No me lo puedo creer!

—¡Oye! Cada vez hablas mejor el castellano.

—¡Gracias! Me encanta que me lo digas. Pero sigue.

Ella asintió y se acercó más a Samantha, como si se estuviera concentrando para decir algo de lo que dependiera la humanidad.

—Sigue siendo tan... tan... jodidamente sexy...

Sam sonrió, orgullosa.

Es un McDowell, nos viene de familia.

—Pero ¡es un cabrón!

Bueno... Samantha hizo un mohín con la boca. Eso ya juraría que no le venía de familia.

—Continúa.

Sam tomó con la cucharita un poco de nata. Pero no fue consciente que los tíos que allí había, la devoraron con la mirada. Sobre todo cuando ella se lamió los labios y gimió de placer.

—Seguro que lo es únicamente en los negocios —añadió Sam—. En lo personal, es un trozo de pan con mermelada y queso.

Bel hizo una mueca al tiempo que cogía una bayeta y la mojaba en el grifo.

—¿Qué sabrás tú? ¿Acaso lo conoces?

—Marcus sí, son íntimos —No mentía del todo—. Es buen tío. Un poco *paradito* con las mujeres.

—Sam, que me dejó dos mil libras en la mesita de noche, después de... —Bel cerró el pico a tiempo.

—¿Follar como dos salvajes?

—¡Hicimos el amor!

Samantha soltó tal carcajada que no hubo nadie en la cafetería que no se la quedara mirando de arriba abajo.

—¡Por favor! Que mona eres. Pero... Y lo que te gustó, ¿a que sí?

—¡Pues sí! —Bel cerró el grifo de malas maneras—. ¡Fue genial! Pero... ¡Es un capullo!

—Bel, a mi no me cuadra para nada que haya hecho algo así. ¿Qué sentido tiene? Seguro hay algún malentendido.

—Eso ha dicho él. —Bel estaba con los brazos en jarras y pensando en las palabras exactas que le había dicho Duncan—. Pero quizás es que está como los cencerros que le pone a sus ovejas después de esquilas.

Bel limpiaba la barra de forma compulsiva, intentando quitar una mancha que no existía.

—¿Y no le crees?

—Bueno... dijo que fue un malentendido. Y que ese dinero no era para mí.

Samantha se encogió de hombros.

—¡Pues ya está! —soltó, como si se hubiera solucionado el problema—. Si tanto te gusta, ¿por qué no le crees y le das una oportunidad?

Bel la miró con una ceja alzada, al tiempo que recolocaba las tazas de café.

—Te veo muy interesada en que me lo vuelva a tirar.

—Es que me da pena el pobre hombre. Te echó el polvo del siglo y lo has acusado de llamarte prostituta. Vamos amiguita... ¿A ti te parece que un hombre como ese pagaría por tener sexo?

—Peores cosas se han visto por ahí...

—¡La mitad de la población de Escocia MATARÍA por acostarse con Duncan McDowell!

—Shhh ¡Calla! —chistó Bel, cuando toda la cafetería se giró para interesarse por la conversación.

—Y ojo que no he dicho media población femenina. Creo que la mitad de la población en su conjunto intentaría follárselo como si no hubiera un mañana.

—Tú quieres que me despidan.

Samantha asintió.

—Sí, quiero que te despidan para que aceptes el trabajo de tu vida.

Bel seguía sin estar convencida.

—Edwin me ha llamado para que mañana empiece a trabajar.

Sam se inclinó sobre la barra con la mano en el corazón.

—Eso quiere decir que te quiere mañana ahí. Y que no puede vivir sin ti.

Sin mí, y sin echarme un polvo, en el sofá, en la mesa, en los sillones...

—Bel, no seas tonta y hazme caso por una vez. Aclara las cosas con McDowell. Seguro que fue un malentendido.

Bel, en ese momento, se mordió el labio.

—Le di una bofetada...

—¿Qué? —Sam no podía creer que alguien le hubiese dado un bofetón a su primo, y hubiese vivido para contarlo—. ¿Le diste una bofetada al Tiburón Blanco?

—¡Pues claro! ¿Cómo reaccionarias tú al ver a un hombre que te ha pagado por tener sexo con él?

Samantha se encogió de hombros.

Seguramente, si tuviera la apariencia de Duncan, le rociaría el porche con ácido, o le dejaría excrementos con una bolsa ardiendo en la puerta de su casa, pero nunca se atrevería a enfrentarlo física y directamente.

—Bel...

—¿Qué querías que hiciese, darle un beso?

Sam iba a responder que un beso no, pero follárselo sobre la mesa de su despacho... Cuando en ese momento sonó en su teléfono la melodía de *Toma que Toma*, de Furia Gitana. Y empezó a mover los hombros al ritmo de las palmas.

—¡Yo tengo un novio, yo tengo un novio...!

Sam se levantó del taburete y empezó a mover el trasero y los brazos.

Bel se tapó la cara al ver a una guiri intentando bailar flamenco.

—Dios, la Juani te está convirtiendo en un monstruo.

¡Yo tengo un novio que me lleva a la bahía que me dise mía, mía, que me dise que caló!

—¿Quieres parar? —se quejó, Bel mientras se ponía una mano delante de la cara sin poder parar de reír.

Sam, ni caso.

—¡Que caló, que caló tengo! —y un buen meneo—. ¡Que guapa soy, y que tipo tengo!

Cuando hubo terminado de dar el espectáculo, Sam descolgó el móvil y volvió a su pose de *Beyoncé* rubia.

—Es La Juani —informó a Bel, tras guiñarle un ojo—. ¿Qué pasa, *mirarma*?

Vaya acento horrible tenía Sam cuando hablaba español, y más cuando imitaba la forma de hablar de La Juani. Que en la gitana quedaba súper glamuroso, pero en Sam... Parecía que se había tragado una patata.

—Oye paya —empezó a decir la Juani, al otro lado del teléfono—, que el primo del Cortés dice que ya tiene los drones *preparaos*.

—¡Súper! Oye guapi, ni una palabra a mi *brother*, ¿de acuerdo?

¿*Mi brother?*, pensó Bel, arrugando la nariz.

—Claro, paya, que es *Top Secret*... Que no se puede enterar ni *escorlanyárs*, ni la *cias*, mucho menos los servicios secretos *britasnicos*. ¡Por Escocia! —gritó la Juani, al final.

—¡Por Escocia! —Sam alzó el brazo. Todos la miraron, esta vez muy sonrientes.

—Ay paya, que chula la peli de *breishars*. Si me quedo viuda, Dios no lo permita, cuando pase el luto me iré *pallá, pa* conocer a un *hislander* de esos. Que monería, con esos culitos tan blancos que Dios les ha *dao*. Como el que se agencia la reina *franchute* esa, del pelo largo que le arrastraba por el suelo... Que he *mirao* en el grupo del *feisbusc* de las [Chicas Brillanti-brillanti de la Juani1](#), que existe de verdad, por cierto, que *nomeloinvento*, y publican unas fotos *que pa qué*. Unos culitos, unos *pechotes*, unos salchichones debajo de esas falditas a cuadros...

—¡Juani, céntrate! —la interrumpió Sam, que hacía tiempo estaba intentando recuperar el aliento sin parar de reír—. Ni una palabra a nadie sobre los drones.

—¡Me llaman en el barrio Tumba Sellada! Fíjate que un día, la Vane, que es la hija del pastor evangélico de mi barrio... —Sam puso el altavoz, para que Bel se enterase de la conversación. Y las historietas de la Juani eran súper divertidas—, se compró el *satisfacer*...

Bel se tapó la boca y miró a la gente que había en la cafetería, que las miraban como si estuviesen locas perdidas.

Menos mal que no entendían español, y mucho menos la forma tan peculiar de hablar de La Juani, o eso pensaba Bel. Aunque lo del *satisfayer* ya empezaba a ser algo universal.

—... y el *satisfacer* lo tenía escondido debajo del colchón.

Sam ponía una cara de estar pasándoselo en grande, no así Bel, que se empezaba a poner roja como un tomate, porque cuando los clientes se pusieron a reír, sí que vio que esa palabra la entendía toda Escocia.

—Total, que de repente un día el *satisfacer* desapareció, y la Vane no veas qué disgusto...

—¿Y dónde estaba? —preguntó, Sam, súper intrigada.

—¡La abuela se lo robó!

—¡No! —Sam y Bel abrieron mucho la boca.

—Sí, paya. Lo que yo te diga... La abuela llevaba unos días de un contento y nadie sabía por qué. Ahora lo entendemos todas. Estaba ahí, dándole alegría al chichi.

—Te creo —dijo Sam, sin parar de reír. Miró a Bel, y dijo—. Hay una loca vegana por aquí que lo necesita como agua de mayo. Pero que no lo necesitaría si no fuese tan orgullosa.

—Agua de mayo... si hasta te saber refranes y todo. Para flipar.

—¿A quién te refieres? ¿a la catalana esa del gato? —preguntó la Juani.

—¡Hola, Juani! —saludó Bel.

—Hola paya. Pienso venir a Escocia en unos meses, ya tengo el billete y *tó*. Y te daré un par de besos bien *daos*, que mi Samy me habla mucho de ti.

—Juani, oye —dijo Sam—. ¿Qué harías tú si un *highlander* te deja dos mil libras en la mesita de noche después de una noche de sexo animal?

—¡Oye! —se quejó Bel.

—¿Cuántas son dos mil libras? —preguntó Juani.

—Dos mil trescientos setenta y ocho euros con veinte —respondió Sam.

—Joder, paya, qué nivel —respondió la Juani, sorprendida—. Qué calculadora humana estás hecha, ni el *Esteban Jawskins* ese

—No te enrolles y contesta a la pregunta, Juani —insistió Samantha.

—Pos... —empezó a decir Juani—. Depende de cómo tenga el culo de sexy el *hislander*...

—¡Tiene un culo perfecto! —soltó Bel—. ¡Pero eso no se hace!

—Muy cierto. Eso no se hace —respondió Juani—. Pero a lo mejor tiene una explicación. A lo mejor... es un suponer mío, si el sexo era muy salvaje, el hombre pensó que necesitabas ponerte una prótesis pélvica nueva. Y quieras o no, se sentiría responsable.

En ese momento Sam se cayó del taburete mientras hacía esfuerzos para tomar aire.

Joder con la Juani. Bel volvió a llorar de la risa.

—¿Y qué harías...? —Se secó las lágrimas con la pequeña servilleta que había sobre la barra—, si luego te encuentras a ese highlander de culo sexy, en una entrevista de trabajo? Y resulta... ¡Que es tu jefe!

Se escuchó un gran Ooooooh, al otro lado de la línea.

—En ese caso, *miarma*, solo hay dos opciones: O le das de hostias y lo tiras por un barranco —respondió Juani.

Bel sonrió, mirando a Sam.

—¿O? —preguntó, Sam, que ya sabía que iba a escuchar otra de sus elocuentes respuestas.

—¡Agenciármelo otra vez!

—¡Claro!

—¡Pos sí! —respondió la Juani—. Que una no le hace ascos a un *breishars* con el culo blanco y con sorpresita bajo la falda. Y ¿quién sabe?, igual me da dos mil trescientos setenta euros más. ¿Es que somos tontas o qué? No todo va a ser amor en la vida.

—Muy bien, Juani. ¡Así se habla!

—Claro mujer, *gustico pal* cuerpo y *calé pa* la cartera —respondió Juani.

—¿No es eso un poco machista?

—¿Machista de qué? Que si el *hislander* cree que si no te paga no te lo ibas a beneficiar por dinero, es su problema. Con lo solidarias que seríamos nosotras, altruistas y voluntarias con esos sables escoceses. ¡Son tontos!

—Pos... ahora que lo dices...

Las amigas volvieron a reírse. La Juani era todo un espectáculo.

—Oídme payas, que tengo que colgar porque la Rosi no deja de mandarme *guasaps*. Hemos *quedao pa* ponernos mucho brilli-brilli, ya que esta noche nos vamos al club del barrio a recordar viejos tiempos y a ponernos ciegas de *pollas de negro*.

—¿Qué? —preguntó, Bel, alucinando.

—¡Te lo contará Sam! ¡Adiosito! ¡Besitos, besitos, besitos!

Cuando la Juani colgó, Bel miró a Sam.

—¿Qué es una polla de negro y para qué necesitas tú drones?

Sam cambió de tema.

—Te lo contaré en la próxima marcha nocturna. Ahora a lo importante. Aceptarás el curro, sí o sí. Recuerda que te recomendó mi hermano y es una súper oportunidad para ti.

—Me sigue costando pasar por alto lo de las dos mil libras.

—Bel, ¿no te ha dicho que pasta no era para ti? Acepta el curro y averiguarás para qué era.

—Pues... —Bel empezó a dudar.

—Tema solucionado —la interrumpió Sam—. Aceptarás el curro, dejarás de servir cafés y podrás invertir tus ganancias en tu arte.

Bel la miró con una sonrisa triste y Sam le pellizcó la mejilla.

—Te convertirás en una pintora famosa. Y ahora, hablemos de lo importante: El cumple de Marcus. Porque vendrás, ¿a que sí?

—Sí, necesito distraerme de todo lo que me ha pasado y...

Entonces, el teléfono de Bel empezó a vibrar. Estaba escondido sobre la nevera metálica donde guardaban las bebidas frías. Vio un número desconocido, y tuvo que cogerlo, porque quizás era alguna otra oferta de empleo que la liberara de trabajar para Duncan.

No tuvo esa suerte.

—Buenos días, azota tiburones, soy tu futuro mejor amigo.

Bel entrecerró los ojos, conteniendo el aliento. Lo soltó con una sonrisa al darse cuenta de quién era.

—Edwin.

—El mismo, querida.

Samantha la miró, sin perder detalle.

—¿Quién es?

—El tipo que me ha entrevistado —susurro Bel, mientras ponía una mano sobre el teléfono para que Edwin no la escuchara.

—¿El trabajo es tuyo?

Antes de que Bel pudiera contestar a la pregunta de Samantha, llegó la confirmación desde la otra línea.

—El trabajo es tuyo, querida —Bel cerró los ojos. Hubiese sido mucho más fácil si no se lo hubieran dado y no tuviera que elegir qué hacer—. Verás querida, me encantó tu técnica. Estoy por darle un buen rodillazo en la entrepierna, a ver si me sube el sueldo. Por lo visto, a ti la bofetada te sirvió.

—Por favor...

Bel se quería morir de la vergüenza.

—Empiezas mañana a primera hora. Pásate por recursos humanos para firmar el contrato antes de venir a verme.

—Pero...

—O ven a verme, y te acompaño. Así me pones al día sobre esa tórrida relación que hay detrás del puñetazo.

—Yo...

Está claro que no iba a dejarla hablar.

—Ven a las ocho en punto. Te esperamos impaciente. ¡Besis!

Edwin colgó, sin darle opción a Bel de replicar.

—¿Qué ha pasado? —Samantha se inclinó sobre la barra, expectante.

—Creo que empiezo mañana.

—¡*Toma que toma, que toma ta!!*

¡Socorro!

La cabeza de Bel se desplomó sobre la superficie brillante de la barra y Samantha elevó los brazos al cielo, en señal de triunfo.

CAPÍTULO 13

Mi jefe es un highlander

A las ocho de la mañana Bel se presentó en la oficina.

Entró en el edificio y el conserje le dio un pase especial, que debía usar para pasar los tornos. En el ascensor, reflexionó sobre si ir primero a recursos humanos, a ver a Edwin, o a hacer de tripas corazón y plantarse frente a Duncan para dejar claro que aquella era una relación estrictamente profesional. Nada de meterle mano bajo la falda.

Bien podrías haberte puesto un traje pantalón, pero no. Falda y americana. Luego, quéjate, pero sabes que te encantaría que volviera a meter su gran mano bajo tu falda y subir hasta la entrepierna para meterte...

¡Ding!

En el ascensor sonó el timbre de la campanita, anunciando que se abrían las puertas. Sin apenas ser consciente, había llegado a la planta quince, dónde estaba el despacho de Duncan y también se encontraría con Edwin.

Suspiró al salir. Quizás sería mejor ver a Duncan primero, pero Edwin apareció de la nada, con un teléfono inalámbrico en la mano.

—Querida, te estaba llamando.

Bel se paró cuando vio que ese torbellino de hombre avanzaba a toda prisa. Sus pies se movían como si no tocaran el suelo sobre la moqueta gris.

—Llegas tarde.

—Faltan cinco minutos para las ocho —se quejó ella.

—Sí, pero el jefe ya está aquí. Por lo que llegas tarde. Procura llegar antes que el Tiburón Blanco. No le gusta que le hagan esperar. Y no estaba de muy buen humor esta mañana cuando ha preguntado por ti.

La verdad es que me importa un soberano pimiento, quiso responderle, pero se mordió la lengua. Ya pagaría su mal humor con quién correspondía.

—Así que... ¿Dunc... el señor McDowell ha preguntado por mí?

Edwin sonrió como lo haría un gato que acaba de zamparse un canario. Estaba seguro de que ahí había una historia digna de mención.

—Sí... —suspiró, como si eso fuera una tragedia—. Qué pena chica, con lo bien que me caes.

Edwin estaba arrastrándola hacia el despacho de Duncan.

—Me lo dices como si fuera a morir.

—Es probable que mueras... de humillación.

—Esas no son palabras demasiado alentadoras para mi primer día de trabajo.

—¡Lo sé! —dijo él, fingiéndose triste— ¿Por qué crees que me das tanta pena? El Tiburón Blanco está despedazando a todo el que se acerca a él. Ha llegado prácticamente al amanecer y ha pedido que le avisemos cuando llegues.

—¿A mí? ¿por qué?

Edwin puso los brazos en jarras.

—Eres su nueva asistente. Supongo que quiere café.

—¿Café?

—Sí chica, llévale café. Y no te eches a llorar cuando te dé su primer mordisco.

Bel cerró los ojos, era pensar en los mordiscos de Duncan y se le humedecían las bragas, pero

no se lo iba a contar a Edwin...

—No voy a dejar que me muerda.

—Eso ya lo veremos —susurró Edwin. Se paró frente a una amplia mesa, fuera del despacho de Duncan.

—Esta será tu mesa. Para comunicarse, el escualo suele usar el interfono, pero si está muy cabreado, sus gritos se escuchan desde mi despacho, que está... por ahí. Pero si me necesitas mejor llámame por teléfono —agitó el teléfono inalámbrico delante de su cara—. Nunca estoy en mi mesa. Uno se entera mejor de los cotilleos y de lo que pasa en la empresa, si se mueve.

Bel asintió, mirando el que sería su nuevo puesto de trabajo. Sobre la mesa tenía todo lo necesario, ordenador, pisapapeles, bolígrafos... todo el material de oficina necesario para cumplir con sus funciones.

—Todo lo que necesita una buena secretaria —dijo, más para sí misma que para Edwin.

Entonces, una figura apareció a su lado.

—Secretaria no —dijo la mujer que se había parado a su lado—. Asistente personal.

Edwin hizo una mueca al ver a la mujer.

—Ella es *Cruella de Vil*, quiero decir Alexia Carrington. Mi jefa.

La aludida entrecerró los ojos.

Bel se fijó en ella. Era una mujer despampanante. Muy elegante. Llevaba un vestido rosa palo, que le llegaba por encima de las rodillas. Iba peinada con un elegante moño en la coronilla. Su maquillaje era suave, excepto sus labios de un rojo intenso. Muy hermosa, algunas modelos matarían por parecerse a ella.

—Que bueno que lo recuerdes, y que sepas que puedo despedirte en cualquier momento.

Edwin miró a Bel y meneó la cabeza.

—No podría hacer nada sin mí, Cruella.

Cuando la mirada de Alexia lo atravesó, él se encogió.

—Ve preparándola para sus funciones. Por lo pronto, te hemos ayudado un poco y ya hemos reservado el hotel para vuestro próximo viaje la semana que viene.

—¿Viaje?

—A Glasgow —dijo Alexia. Por algún motivo estaba algo molesta con ese asunto, claro que Bel no podía saber que era por puros celos—. El señor McDowell y tú os iréis el viernes y volveréis el domingo.

—¿Yo también? —preguntó sorprendida, Bel.

Edwin asintió.

—Por supuesto, eres su asistente. Deberás llevar la agenda y anotar todo lo que el señor McDowell te diga, a bien de poder garantizar el éxito de las siguientes exposiciones no permanentes.

Bel asintió. Un viaje con Duncan... y visita a las galerías de arte de Galsgow. ¡Dios mío! Que emocionante sonaba. Pero Bel no tenía muy claro si podría sobrevivir una semana junto a Duncan.

Suspiró.

—¿Algún problema? —inquirió, *Cruella de Vil*.

—Ninguno.

—Bien. —Alexia la miró como si fuera un mosquito insignificante—. De tenerlo, habla con Edwin, aunque no estamos aquí para enseñarte. Si no eres competente, te largas.

Alexia dio una vuelta sobre sus tacones de aguja y se marchó por el pasillo acristalado en la dirección opuesta al despacho de Duncan.

—Vaya —dijo, sin poder creer la actitud de esa mujer—. Ahora entiendo por qué la llamáis

Cruella de Vil, aunque a mí me recuerda más a Medusa.

Edwin soltó una carcajada.

—Me caes bien Elizabeth. Creo que este es el comienzo de una gran amistad.

Ella le sonrió hasta que centró su mirada en la puerta del despacho de Duncan.

Con un movimiento rápido, Edwin llamó a la puerta del despacho y la abrió de par en par. Acto seguido, la empujó y desapareció, corriendo pasillo abajo.

—¡Suerte, *milady*!

Bel trastabilló y casi se cae de bruces, pero como no podía ser de otra forma, unos fuertes brazos la sujetaron.

¡Toma cliché romántico!

—¿Qué haces? —dijo molesta y deshaciéndose de su abrazo— ¿Estabas esperando detrás de la puerta para ver si me metía otro batacazo al entrar?

Se escuchó un gruñido, y Bel entendió que igual sí que estaba de mal humor. Lo miró a esos penetrantes ojos azules. Vale... estaba de muy mal humor.

—Llegas tarde —le dijo, secamente—. Así que iba a ver qué demonios hacías.

Bel se indignó.

—No llego tarde. Son las ocho.

—Y tres.

Primera nota mental: Es un obseso del control. No llegar nunca tarde, a menos que quieras perder la cabeza.

—¡Dios me perdone! ¿Tres minutos tarde? ¡Por favor, que alguien llame a un guardia!

—No bromeo —dijo él, muy serio—. En el trabajo no bromeo. Así que siéntate y empieza a tomar nota.

Bel se puso muy erguida y avanzó hacia la silla que estaba frente a la mesa del jefe.

Era consciente de que había dejado la puerta abierta, pero como no podía ser de otra manera, escuchó un sonoro *click* cuando esta se cerró. *Duncan, sin duda quiere intimididad. Se puso roja y algo nerviosa de la emoción. Por poco pone los ojos en blanco. Muy bien, perra en celo. Te recuerdo que tu nuevo jefe es insoportable, además de un maldito engreído estafador. Porque... no decirte que era un tipo elegante con un despacho en lo alto de un rascacielos, además de más rico que Creso... eso en mi mente es... ocultamiento de la verdad. Vamos, mentir de toda la vida.*

—¿Me estás escuchando?

Duncan aún no se había sentado, estaba de pie, tras la mesa, mirándola como si fuese ella la que estuviera loca. Vio como agitaba la mano en el aire hacia ella.

—Sí, te escucho... —corrigió—: Le escucho señor McDowell.

¡Que va! No le estaba escuchado. ¿Como podría concentrarse con él delante? Ese trabajo iba a ser una tortura. No lo había pensado bien antes de aceptar.

—Vamos a ir a Glasgow la semana que viene. Toma notas.

Ella asintió enseguida y antes de que él pudiera decir nada, se abalanzó sobre el escritorio y agarró un folio en blanco. También cogió la estilográfica favorita de William para tomar apuntes.

—¿No vas a traer una libreta y tu propio bolígrafo?

Bel miró la estilográfica, y supuso que costaría más que seis meses de alquiler.

—Esto... voy a por...

—¡Déjalo! Apunta.

Ella obedeció sin rechistar.

Duncan se paseó por delante de los amplios ventanales que dejaban ver una impresionante vista

de la ciudad. Pero a Bel lo que menos le interesaba en ese momento eran esas vistas, pues tenía otras mucho más interesantes.

—Estaremos del martes al domingo. Quiero visitar nuestras galerías, y algunos museos, creo que tienen unas exposiciones itinerantes que, seguramente, me interesarán para la siguiente temporada en la galería que tengo en Londres.

—¿Tienes una galería de arte en Londres?

—¿No has hecho los deberes?

A Bel le avergonzaba tener que admitir que no. No se había preocupado mucho por averiguar quién era Duncan McDowell, para ella era el esquilador de ovejas, y no se había parado a pensar cuántas galerías tendría, ni qué cantidad de obras de arte movería al año de un lado a otro.

—Me pondré al día en un *periquete* —dijo en un perfecto castellano.

—¿*Perique*...? Está bien déjalo. No tengo tiempo para tu jerga de española.

Ella se mordió el labio y Duncan dejó de pasearse. Al darse cuenta de cómo la estaba mirando, ella carraspeó e hizo como si anotara algo súper importante, cuando realmente solo estaba dibujando un perrito.

—Bien, ¿lo tienes todo?

—Hotel, reserva en un restaurante caro, cita con el señor Harold McKintosh el viernes por la noche. Ver todas las galerías y museos... Lo tengo todo.

Duncan la miró de arriba a bajo y después sus ojos se quedaron quietos sobre la boca de ella. Se había llevado su estilográfica a la boca.

—¿Sabes cuánto cuesta esa estilográfica?

Ella agrandó los ojos.

—No —contestó, medio asustada y mirándola fijamente.

—Demasiado como para que la mordisquees. ¡Dámela!

Bel alargó el brazo enseguida para devolvérsela a Duncan. Cuando se puso de pie, no se volvió a sentar. Era hora de hacer una sutil retirada.

Pero de sutil, nada.

Se enredó con sus zapatos de tacón, que odiaba a muerte, y cayó de rodillas sobre la moqueta.

En lugar de ayudarla, Duncan puso los ojos en blanco y suspiró.

No sabía qué demonios iba a hacer con esa mujer.

Bel salió del despacho, como los toros en los encierros de San Fermín: a toda leche.

Cerró la puerta tras de sí, y sólo en ese momento, se dispuso a tomar aire profundamente. Luego lo expulsó y sintió como la tensión la abandonaba poco a poco.

No podría aguantar ese ritmo por mucho tiempo. Ese hombre iba a acabar con ella y con sus nervios. No estaba acostumbrada a que alguien le afectara tanto.

—¡Muchacha!

Bel soltó un grito que hizo girar la cabeza a varios de sus compañeros, que estaba sentados a lo largo del amplio recinto.

—Edwin, ¿qué demonios haces?

—¡Oh perdona! Menudos humos. Solo estaba preocupándome por ti.

—¿Tú preocupándote por alguien?

Edwin se llevó una mano al pecho y abrió la boca mientras parpadeaba vivamente.

—¡Perdonaaaa! *Uiiiggg*, qué insufrible. Tomo nota, cuando salgas acalorada del despacho del jefe no te hablaré en las distancias cortas.

Bel se indignó todavía más.

—¡No he salido acalorada!

Edwin la miró de una manera que le hacía entender que se había puesto roja como un tomate. Pero, ¿qué culpa tenía ella si Duncan sacaba su lado más oscuro... y más sexy? Porque no había podido dejar de pensar en sexo, desde que había visto, en ese despacho, su silueta recortada a contraluz.

—Bueno chica... ¿qué necesitas? Cuéntaselo al bueno de Edwin. Si el Tiburón te pide algo extremadamente difícil, siempre podrás contar conmigo. Siempre que no sea nada sexual.

—¡No me pedirá nada sexual!

Bel estuvo a punto de golpearlo con la grapadora que estaba sobre su mesa.

—De a cuerdoooo... qué susceptible eres —dijo, con una sonrisa—. Bien, ¿qué te ha pedido?

—Que reservara el hotel, un buen restaurante... lo típico de una secretaria.

—Asistente perso...

—Lo que sea. Pero de todo eso ya se ha encargado la señorita Alexia.

—Mmmm... —Edwin asintió vehemente y se acercó más a ella—. Me caes bien *golpeatiburones*. Creo que tu trabajo aquí, hará la oficina mucho más interesante. Y por ese motivo... te aviso que la señorita Alexia está loquita por nuestro escuela preferido.

Bel parpadeó sin decir nada. ¿Cómo podría abrir la boca y articular palabra, si se había quedado muda de la impresión... y de celos?

—Alex... Alexia...

Edwin asintió.

—Hace casi dos años que trabaja aquí, el mismo tiempo que lleva intentando cazarle. Pero sin éxito. O eso creo...

Bel asintió sin perder detalle de lo que decía.

—Vaya...

—No creo que salgas viva de aquí si empezáis con vuestros juegos eróticos intramuros.

Esta vez sí que Bel lo golpeó con la mano abierta sobre el brazo.

—No hay juegos eró... —bajó la voz, pero su tono siguió siendo alto— ¡No hay juegos eróticos!

—Ajá. ¡Tierra llamando al infierno! ¡Tierra llamando al infierno! —Edwin hizo como si llamara con la mano. Con el meñique estirado y el pulgar en su oído—. Diablo 326, encantado de saludarte. Que dice aquí mi amiga, que la temperatura no aumentó ayer en la entrevista porque los dos estuvieran calientes como perras. No, no... no. Sí... ajá. Exacto. Debéis haber abierto la puerta del infierno en el despacho del señor McDowell. De aquí el acaloramiento de la nueva secretaria. No por juegos eróticos con el jefe, no, no, no. ¿Célibe? ¡Por supuesto! Relación estrictamente profesional. ¡Arregladlo!

Bel lo miró apretando los labios. Lo hizo para no soltar una carcajada.

—Eres un cínico de mierda.

—Lo sé, y por eso me querrás mucho ¿verdad?

Bel le dio una palmada en el trasero cuando él se dio la vuelta.

—¡Oh! Mi culito sin dueño te lo agradece.

Entonces Bel se rio, pero antes de ponerse tras su mesa, se le encendió la bombilla.

—¡EDWIN!

—¿Qué quieres, chica *golpeatiburones*?

—¿Qué haces este fin de semana? —preguntó, con una amplia sonrisa en la cara.

—¿Yo? —Edwin se hizo el interesante—. Tengo la agenda llena de eventos. Soy un hombre muy solicitado por mis amistades, sobre todo los fines de semana.

La miró de reojo y Bel le sonrió.

—¿Por qué, azote de escualos blancos? ¿Tienes alguna propuesta indecente para mí?

Bel le guiñó un ojo.

—¿Te apetecería pasar el fin de semana en un castillo escocés?

Al ver la cara que ponía Edwin, la carcajada de Bel se escuchó por medio edificio.

—Madre mía chica, que bien nos vamos a llevar.

—Entonces estás invitado. Lleva tu maleta a la oficina el viernes, nos pasarán a recoger.

Edwin se frotó las manos.

—¡Que misterio!

—Te encantará —dijo Bel. Y en serio lo pensaba. Estaría bien desconectar de todo, después de una semana tan dura.

Que bien le sentaría poder desconectar y divertirse, sin tener que ver a Duncan durante todo el fin de semana.

CAPÍTULO 14

¡Me habéis engañado!

¡Al fin libre!, pensó Bel.

Un par de pasos más y ya estaría fuera de la oficina, sin jefe que aguantar durante todo el fin de semana. No pensaba despedirse de Duncan. En otro trabajo, por supuesto eso era impensable, pero aquí su jefe era Duncan McDowell... y Bel no estaba preparada para enfrentarse a ese hombre cara a cara por voluntad propia.

Cada vez que se encontraban solos en el despacho, saltaban chispas entre ellos.

Bel era muy consciente de su mirada. Al igual que él lo era de su presencia. Pero desde la primera vez que se vieron en aquella misma oficina, habían guardado las formas. No había habido manos masculinas subiendo por debajo de su falda y metiéndose en sus bragas.

Se abanicó con la mano. Entraba en combustión de sólo pensarlo.

—¡Chica divina!

La voz de Edwin desde el otro lado de la sala hizo que se volviera.

Eran las tres en punto. Hacía poco más de cinco minutos había llamado a Edwin para anunciarle que lo esperaba abajo, en la entrada. Y de allí... ¡al castillo de los McDowell! El de Marcus, no el de Duncan. *Supongo que en Escocia, McDowell es como García en España*. Pero le hubiese encantado restregarle al gran señor de las Highlands que ella tenía un amigo que también tenía un castillo.

Edwin avanzó raudo y veloz con su *troller* fucsia y un fular a juego.

—Nos vamos al paraíso, *milady*.

—Eso haremos —rio divertida—, pero corre, que ya deben estar esperándonos.

Realmente a Bel no le importaba llegar tarde, lo que le preocupaba era que Duncan saliera de su oficina y la pillase huyendo.

Y eso fue exactamente lo que pasó.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, también lo hizo la del despacho de Duncan. Unos penetrantes ojos azules la miraron interrogantes, pero Bel no esperó a que la llamara, de hecho, sí lo hizo, pero Bel entró precipitadamente en el ascensor, como si no se hubiera dado cuenta de ese hecho.

Una vez dentro del cubículo, las puertas se cerraron tras Edwin, que la miraba entre sorprendido y curioso.

—¿Acabas de escaquearte de tu jefe?

Ella hizo también oídos sordos a las palabras de su compañero de trabajo, mientras el ascensor descendía a la planta baja. Y siguió ignorando su interrogatorio hasta ver a Samantha, Marcus y Taylor esperándoles con sus coches deportivos último modelo.

—¿Preparados? —gritó Samantha, con los brazos al aire.

—¡Listos! —Taylor hizo lo mismo.

—¡Ya! —gritó Bel, que corrió a abrazarlas.

Empezaron a dar saltitos en el mismo sitio mientras se abrazaban.

—¡Yo también quiero! —Gritó Edwin.

Se abrazó a ellas y siguieron saltando mientras Marcus se tapaba la cara con una mano.

—¿Podemos irnos? —dijo el highlander demasiado sexy—. Creo que aquí nos conocen.

Bel volvió en sí.

—Sí, vamos. —No quería que su jefe saliese y fastidiase la fiesta.

—¿Vamos a ir en estos cochazos?

Samantha asintió, mirando su porche.

—Tú y Bel, conmigo. Dejad a los tortolitos ir solos. Sé el camino.

—¡Vamos! —gritaron al unísono.

El trío feliz se subió al coche y dejaron a Taylor y a Marcus despidiéndolos desde la acera, con la mano en alto.

Taylor dejó de saludar y miró a Duncan con intensidad, pero sin borrar su falsa sonrisa.

—¿No le has dicho a Bel que esperábamos a tu primo?

Marcus negó con la cabeza.

—No, no se lo he dicho —se encogió de hombros—. Pero tampoco le he dicho que he secuestrado a su gato y que también se viene con nosotros.

Cuando Bel llegó a *Black Bells*, frunció el ceño en la última parte del camino. Esos lugares le eran familiares, pero no le dio demasiada importancia, ya que pensó que el paisaje de las Highlands debía ser siempre el mismo, precioso y monótono.

Si Edwin no la hubiera distraído con su cháchara, seguramente se habría percatado que habían pasado por delante del árbol donde estampó el culo de Manolo, por la granja de la señora y el señor O'Callaghan, y que en la bifurcación ponía, en un pequeño cartel de madera: *Black Bells*.

Cuando Samantha llegó a la explanada frente al gran castillo, paró el coche sobre la grava y Bel salió de la parte trasera con la mirada puesta en la fachada de piedra gris. Por poco se le cayó la mandíbula al suelo, metafóricamente hablando, pero le faltó bien poco para que fuese literal.

—¿En serio? —preguntó Bel, admirando las vistas.

Edwin le recolocó la mandíbula en su sitio con el dedo índice.

—Es para morirse ¿verdad? —¿Que castillazo tenéis! Estaba encantado de haber aceptado la invitación de Bel.

Samantha se rio.

El castillo era formidable, de piedra negra, dando honor a parte de su nombre. Se alzaba majestuoso sobre una loma de verdes prados, junto a un lago impresionante de aguas profundas, sobre el cual, la estela negra de aquella maravilla arquitectónica medieval, se reflejaba en sus aguas, de un azul oscuro, casi negro.

Bel sonrió, imaginando que allí podría morar un *kelpie*. Lo rodeaba una muralla de unos quince metros de altitud, rodeada de un foso que contenía el agua del lago. Un puente levadizo recientemente reformado presidía la entrada principal y la dejó alucinada. ¡Aquello era como viajar en el tiempo! ¡Era increíble! ¡Seguro que hasta había un fantasma y todo!

—Sabía que Marcus era rico, pero esto... esto es... demasiado.

—Rico es poco, créeme, pero este castillo no es de Marcus—informó, Sam—. Es de mi abuelo. Papá tiene una gran propiedad del siglo XVII, y Marcus la casucha en el lago. Yo soy la pobre de la familia, pero como soy tan mona me dejan ir a todos lados sin avisar.

Edwin y Bel se rieron.

—A mí me parece todo súper TOP —Edwin estaba tan impresionado como Bel.

—Vais a flipar cuando os lo enseñe por dentro —Samantha les dijo que dejaran las maletas dentro del coche, luego irían a por ellas. Primero quería enseñarles la planta baja—Lo cierto es que mi abuelo Angus y su tercera esposa residen aquí todo el año.

—Estoy deseando conocer a tu abuelo.

—Sí, es un tipo genial, te encantará.

Bel dejó de admirar el castillo y empezó a caminar detrás de Samantha, con Edwin pisándole los talones.

Con la gravilla por poco tropieza. Se había puesto zapatos de tacón alto para ir a trabajar, una idea de Taylor, que a ella no le acababa de convencer. Menos mal que en el coche llevaba ropa más cómoda y unas chanclas, por si se le rompía un tacón... esperaba tuvieran tiritas por si se abría la cabeza. Esperaba no torcerse el tobillo. Edwin, sabiendo exactamente cuál era su preocupación, le ofreció el brazo, caballeroso.

—Venga morena, agárrate a mi brazo.

—Eres todo un caballero, Edwin.

—Lo sé.

Antes de llegar a la entrada, se pararon en seco, viendo como del interior de la casa salía toda una tropa de lacayos con tartán, rodillas al aire y gaitas. Las mujeres vestían de negro con un chalequito hecho con la misma tela del tartán y un gorrito a juego.

Cuando las gaitas empezaron a tocar, Bel se llevó las manos a la boca para que no se le viera la cara de asombro.

—¿Pero, esto que es?

—El recibimiento de la nieta favorita del abuelo.

—O sea... tú —conjeturó, Edwin.

—No hay otra —rio Samantha por lo bajo.

Los tres se quedaron ahí escuchando la conmovedora canción.

—Este fin de semana promete.

—¡Esto es la leche! —gritó Bel, al borde de la euforia.

—Pues no te queda nada, monada —dijo Samantha—. Las fiestas de Marcus son legendarias, aunque no tanto como las mías.

Cuando la canción hubo acabado, los tres aplaudieron y escucharon llegar al otro coche. Cuando se detuvo, Taylor y Marcus salieron de su interior.

—Os habéis perdido la canción de bienvenida —les gritó Bel.

Samantha buscó a alguien con la mirada y contuvo el aliento expectante, pero entonces, vio como Taylor negaba con la cabeza y articulaba con la boca, algo parecido a “*viene en su coche*”.

—¡Entremos!

Ahora quién llevaba la voz cantante era Marcus, que estaba muy emocionado.

Entraron en el salón principal, y Bel quedó más que flipada. La sobria decoración no le quitaba encanto al lugar. Sobre sus cabezas colgaba una lámpara gigante de hierro forjado que pendía de un techo de tres pisos de altura. Había un ventanal enorme y las paredes de piedra oscura estaban cubiertas con tapices del siglo XVI. No había allí ni un solo elemento moderno, excepto una cabina de DJ con una impresionante mesa de mezclas y una bola de discoteca colgando de la lámpara. Eso seguramente habría sido idea de Samantha.

—¿Cuándo empieza la diversión? —preguntó Bel, emocionada.

—Marcus nos ha prohibido el alcohol hasta las seis de la tarde —Se quejó Samantha.

—Si empezáis a beber antes, desconectareis y ya no llegareis a mi fabuloso discurso.

Taylor rio ante las palabras de Marcus. La última vez que había querido hacer un discurso para su aniversario de mes número seis, se había caído redondo del sofá al suelo. No es que este fuera soporífero, pero... tenía razón al prohibirles la bebida antes de las seis.

—Será mejor que deshagamos las maletas y nos preparemos para la noche que nos espera —dijo Taylor—. He traído un vestido rojo corte sirena, con pedrería en la cintura, y un escote de infarto a la espalda.

—Y por supuesto... —le dijo Bel a Marcus—. Tú irás guapísimo.

—Como siempre —respondió el aludido, haciendo reír a todos.

—Llevará el tartán con los colores de su familia, rojo blanco y verde. Estaba súper elegante cuando se lo mandó hacer a medida.

—Oye —Bel se refirió a Marcus—, déjame decirte que esto es...

—Alucinante, lo sé —se apresuró a responder Taylor —yo me quedé en éxtasis la primera vez que vine.

—No solo tú —soltó Marcus, antes de darle un beso de película—. Cuando quieras le hacemos otra visita al *office*.

—¡Marcus! —protestó Taylor, de repente roja como un tomate, al recordar el día de la inauguración del sello editorial *Sexy Orgasmic*.

—Tienes razón, nuestra invitada aguarda.

—Oh, no pasa nada, vosotros a lo vuestro —soltó Bel, con un poco de envidia sana.

Qué puta mierda es estar enamorado.

De pronto, una voz atronadora los interrumpió:

—¡¡¡MARCUS!!!

—¡Abuelo!

Samantha dio un par de saltitos, muy emocionada. Los dos fueron a tirarse a los brazos del abuelo.

Este hombre más que un abuelo parece sacado de la serie Vikings... ¡Por la virgen, si hasta lleva tatuado el cuello!

El “abuelo” era un tipo la mar de atractivo para su edad. ¿Cuántos años tendría? Desde luego, podría pasar por el padre de Marcus. Era pelirrojo, alto y musculoso, llevaba el pelo atado en una coleta y la barba como un vikingo, o como un highlander. Éste era el auténtico “señor del castillo y de todo lo que abarca tu vista” y no el *esquilador de ovejas*. Bel suspiró al recordar a Duncan. Se enfadó consigo misma, porque en cierta manera... lo echaba de menos.

—¿Cómo está mi chico y mi nieta favorita?

—Estamos bien.

—¿Todo está a vuestro gusto? La señora Flint se ha esmerado para que no falle nada en tu cumpleaños. Me ha parecido maravillosa la idea de que todos paséis el fin de semana aquí.

—Muchas gracias, abuelo —Marcus le dio dos palmadas en la espalda, a las que el señor McDowell correspondió de la misma manera.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llames abuelo? —atronó el señor del castillo, no porque estuviera enfadado, pues sonreía afablemente—. Vas a espantarme a las chicas guapas.

Marcus agarró de la cintura a Taylor. Medio en broma.

—Esta ya está pillada.

Samantha le dio un beso en la mejilla.

—¿Dónde está Margaret? —La mentada era su tercera esposa y, al parecer, no estaba en el castillo en esos momento.

—Se ha ido a un refugio de *yogui* a hacer posturas raras.

—Yoga abuelo.

—Lo que sea —dijo él, haciendo un gesto de desdén con la mano—. Yo me quedaré aquí, festejando el cumpleaños de mi nieto.

Samantha asintió.

—¡Di que sí abuelo!

—¿Ella puede llamarte abuelo? —se quejó, Marcus.

—Yo siempre puedo hacer o que quiera hermanito. ¿Aún no te has dado cuenta?

Marcus puso los ojos en blanco mientras su abuelo reía.

—Bien... ¿quién es esta bella dama que tenemos aquí?

Por la forma en que Angus lo dijo, Bel se puso colorada sin poder evitarlo.

—Ella es Bel Roig y también está pillada —le informó Marcus.

—Pero no por mí —aclaró Edwin.

Angus miró a Bel con una sonrisa encantadora a la par que seductora.

—Ni por nadie.

Bel se adelantó a aclarar la situación.

—Angus McDowell, para servirla—. El señor de *Black Bells* hizo una elegante reverencia al tiempo que tomaba la mano de Bel y se la llevaba los labios para besarla.

¡Toma ya! Eso sí que es elegancia y seducción.

En ese momento, Bel se sintió como una princesa de cuento de hadas.

—Isabel Roig. Un placer —dijo, a punto de hacer una reverencia.

—El placer es mío. No todos los días uno puede disfrutar de la presencia de tan elegante y delicada flor.

—Gracias por el cumplido, es usted todo un caballero.

—Eso intento aparentar —le guiñó el ojo y Bel se ruborizó de forma encantadora—. Por su acento percibo que no es usted de por aquí. ¿No es así, Elizabeth?

—No, no lo soy —respondió, de pronto enfurruñada, al recordar la forma que tenía ese diablo de Duncan de llamarla por su nombre en la variante inglesa. Quién, por cierto, compartía el mismo apellido que el señor del castillo, y de Marcus... Empezó a pensar que tal vez fuesen parientes, pero de inmediato desechó esa posibilidad, Taylor no habría tardado en contárselo... ¿o no?

—Catalana, ¿verdad?

—¿Cómo lo ha sabido?

—Digamos que tengo el oído muy fino para los acentos.

Angus McDowell también saludó a Edwin y les aseguró que los invitados no tardarían en llegar a cuentagotas, pero que sobre las siete de la tarde, aquel lugar sería un hervidero de gente, risas y alcohol.

—Estoy deseando ver a Dunca...

—¡Síiiiiiii...! —Samantha lo cogió por los hombros—, el pequeño Duncan...

—¿Pequeño?

—O grande —La voz de Samantha sonaba muy extraña—. ¿Qué tal si nos vamos a deshacer la maleta y descansamos un poquito antes del fiestón?

Taylor miró a Marcus. Ambos tenían los ojos abiertos como platos. ¡Por qué poco! Aunque el abuelo tenía razón, los invitados estaban a punto de llegar. Tarde o temprano, Bel se daría cuenta de la encerrona que le habían hecho, y debían empezar a pensar en un plan para ponerse a cubierto cuándo el carácter de la española les hiciera saltar en mil pedazos.

Bien... El fin del mundo llegó antes de lo esperado.

—Buenas tardes, lamento el retraso.

—¡Oh, Duncan! Justo ahora hablábamos de ti.

Bel dio media vuelta sobre sus tacones y miró la entrada principal por la que se acercaba la imponente figura del highlander.

—¡No puede ser! —susurró.

Edwin se llevó una mano al corazón y retrocedió unos pasos.

Samantha hizo lo mismo y Bel se dio cuenta de que ahí estaba pasando algo muy gordo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

Pero Duncan ignoró la pregunta de Bel y abrazó a su abuelo. Ella miró desconcertada a unos y a otros. Clavó su mirada en Marcus y contuvo el aliento.

—Estoy viendo nuestro asesinato en tres, dos... —le susurró Marcus a su novia.

Taylor le dio un codazo.

—No deberíamos haberle mentado. Esto no nos lo va a perdonar.

—A mi me perdonará porque soy el cumpleañosero que quiere más a su gato que a ella. Pero tú —la señaló con el dedo—, eres su amiga traidora. Creo que voy a deshacer las maletas.

Taylor agarró la mano de Marcus y no dejó que se fuera solo.

—Edwiiiiin... —canturreó Samantha—, ven conmigo. Quiero que me des tu opinión sobre mi vestido de esta noche.

Cuando Bel quiso darse cuenta, todos habían desaparecido, a excepción del encantador abuelo y ese demonio de ojos azules de las Highlands.

—¿Ya conoces a esta encantadora mujer? —Por cómo había formulado la pregunta Angus McDowell, estaba más que claro que quería emparejarlos.

—Sí, Bel y yo somos viejos conocidos.

Ella se mordió el labio para no gritar.

—Nos conocimos...

—No muy lejos de aquí.

Bel asintió y pensó que era cierto. Estaba segura de que el paisaje era demasiado familiar como para no haber estado antes ahí.

—De hecho —continuó Duncan—, no hace tanto Elizabeth tuvo un accidente en nuestras tierras. Pasó una noche inolvidable en casa de la señora O'Callaghan.

—¡Oooh! —Se maravilló el abuelo—. ¿Fue esa noche de tormenta en que Thomas tuvo que quedarse aquí? La señora O'Callaghan vino a la mañana siguiente para contármelo todo.

Bel se quedó tiesa como un palo.

—¿Todo?

—Lo de tu accidente de coche —En la sonrisa pícaro del viejo se veía algo más.

Ella quedó convencida de que Angus McDowell había sobreentendido que Duncan y ella habían pasado la noche juntos.

—¡Oh, Dios!

Se apretó el puente de la nariz y deseó que se la tragara la tierra.

Ignorando su estado, el abuelo continuó hablando con Duncan, quien no apartaba la mirada de Bel.

—Hijo, ¿por qué no enseñas a Bel nuestro castillo?

—No será nec...

—Al menos, indícale su habitación. La habitación azul.

Duncan entrecerró los ojos y le sonrió. La habitación azul estaba en el ala de la familia. Nadie que no fueran Samantha, Marcus o él se alojaba allí. Algo le dijo que el abuelo tenía puesta la mira sobre Bel Roig y que la quería para su nieto.

Pues no hacía falta que se preocupase demasiado por eso. Duncan también la quería para ella.

—Por supuesto, abuelo—se dirigió esta vez a Bel—. Deja que te lleve al dormitorio.

Y con esas palabras, a Bel se le doblaron las rodillas.

—Ya puedes largarte —le gritó Bel, mientras caminaba a toda prisa por el largo pasillo de alfombra roja.

Estaban en la planta superior, y el amplio pasillo, por un lado daba a grandes ventanales con unas vistas privilegiadas sobre el lago, y por el otro se encontraban las puertas blancas de doble hoja por dónde se accedía a los dormitorios.

—¿Por qué te enfadas conmigo? He dicho que te acompañaría a tu dormitorio, no que te llevaría a la cama.

Bel se paró en seco al escuchar esas palabras y lo señaló con un dedo acusador.

—Creo que ya es suficiente, no podemos seguir jugando así.

Duncan estaba de buen humor. Algo que no era del todo habitual, pero cuando Elizabeth se enojaba, él tenía la tendencia a sonreír más ampliamente.

—Este es tu dormitorio.

Duncan le señaló la puerta frente a la que se habían detenido. Bel miró a su derecha y entró en la habitación. Iba a darle un portazo en las narices a Duncan pero, antes de poder hacerlo, se quedó fascinada con lo que se encontró ante sus ojos.

—¡Vaaaaya!

—¿Te gusta? —preguntó, Duncan—. Era la favorita de la abuela, la primera esposa de Angus. A Samantha siempre le ha recordado a ella y por eso no quiere usarla. Se pone demasiado melancólica. Creo que el abuelo ha decidido que a ti te gustaría.

—¿Gustar? —dijo Bel, todavía en *shock*—. ¡Es una pasada!

Tenía una amplia cama de matrimonio con dosel. La cómoda era un mueble antiguo que ya le hubiese gustado tener a la mismísima reina de Inglaterra, la alfombra, a pesar de no ser nueva, era de unos vivos colores y entramados clásicos. Y por lo que veía en las paredes, un bonito y sutil papel pintado con filigranas doradas, ya entendía por qué la llamaban La Habitación Azul.

Duncan sonrió con ternura.

Se acercó a Bel y, sin esperar que ella se diera la vuelta, se inclinó sobre su hombro y le susurró al oído:

—Mi habitación es la de al lado.

Vio claramente como se le erizaban el vello de la nuca.

—No te he pedido esa información —La voz de Bel apenas fue un susurro.

—No hace falta salir al pasillo para entrar en la mía, ¿ves esa puerta? —señaló una puerta difuminada con el papel de la pared—. Va directo a mi cama.

Bel se dio la vuelta y lo empujó mientras Duncan reía a carcajadas.

Lo siguió empujando hasta que lo sacó al pasillo.

—¡Ni en tus mejores sueños *esquilaovejas*!

Cuando cerró de un portazo, Bel aún podía escuchar las carcajadas de Duncan.

CAPÍTULO 15

Reunión en el baño

Las siguientes dos horas pasaron rápido.

Bel se había acicalado con esmero, pero mientras se pintaba la raya de los ojos con el *eyeliner*, se repetía una y otra vez, que no era para dejar boquiabierto a Duncan.

Cuando bajó, hizo algo ya habitual en la estancia en esa casa: quedarse con la boca abierta.

La gente se estaba desmelenando. Aún era temprano, apenas las siete de la tarde, pero una cincuentena de personas, a las que se iban sumando las que entraban elegantemente vestidas por la puerta, estaba bailando como si el mundo fuera a acabarse. Algunos iban seriamente perjudicados a causa de la ingesta de alcohol, pero parecían divertirse.

Bel vio al abuelo Angus hablando con Marcus y Taylor. Cuando la vieron, la pareja puso cara de póquer.

Pequeños traidores, pensó Bel. Estaba claro que esos dos sabían perfectamente que Duncan, el esquilador de ovejas, también era el primo multimillonario. Aún recordaba las palabras de Marcus: *eres exactamente lo que está buscando mi primo*.

¡Cabrón!

—Nos está mirando —dijo Marcus sonriendo y sin apartar la vista de Bel.

—¿Crees que el abuelo sabe...?

—Duncan me ha confirmado que sí. Pero no ha hecho falta decirle nada. El viejo zorro tiene una vista de lince y no se le escapa una. Y la ha puesto en la Habitación Azul.

—¡Oh! El maravilloso Angus quiere que Bel sea nuestra cuñada.

—¡Menudas Navidades pasaríamos!

Los dos se quedaron mirando a Bel de nuevo.

—Va a matarnos —dijo Taylor.

—Eso ha sonado a una afirmación.

—Es una afirmación contundente.

Bel se encaminó hacia ellos, quienes intentaron aparentar normalidad y no salir corriendo.

—Feliz cumpleaños Marcus —dijo Bel, en un tono de enfado—. Qué bien que tu primo, el esquilador de ovejas, haya podido venir a felicitarte.

—¿Mi primo? —Marcus abrió la boca en una “O” perfecta— ¿El esquilador de ovejas? ¡No me digas que es la misma persona que te rescató en la carretera!

Esa última frase borró la falsa sonrisa de Taylor del rostro y golpeó con su mano el pecho de su novio.

—Déjalo, nos ha pillado.

—Pero, ¿por qué demonios no me dijisteis nada?

—Es que fue una historia muy bonita... y queríamos participar en el reencuentro —Taylor hizo un puchero.

—Borra esa expresión. No te creo nada.

—¡Mira! —Marcus señaló tras ella—. Ahí está Duncan.

Bel se dio la vuelta para buscarle con la mirada, pero no lo encontró por ninguna parte.

—No lo veo...

Cerró el pico al ver que sus dos amigos habían desaparecido.

Suspiró y pateó el suelo. Por suerte, todo el mundo estaba demasiado ocupado pasándose bien, como para prestar atención a una pobre infeliz cabreada.

Bel sintió que alguien la golpeaba al pasar por su lado.

—¡Edwin!

Su querido amigo llevaba la corbata en la frente y era el cabeza de la conga. Samantha saltaba detrás de él con una copa de champán en la mano, que ya estaba vacía.

—¡¡¡Esto es una fieeeeesta!!! —gritó, en un perfecto castellano.

La Juani estaría muy orgullosa de ella.

—Madre mía... la que se va a liar aquí.

—Corrección: ¡La que voy a liar yo! —Samantha acababa de hacer acto de presencia. Se había desmarcado de la conga para hablar con Bel.

Como siempre, su aspecto era impecable, lucía un vestido color crema con un escote escandaloso y una falda muy corta. Una boa de plumas sintéticas le rodeaba el cuello (Rosalía había hecho de las suyas con su guardarropa) además ¡llevaba guantes a lo *Marilyn Monroe*!

Sin lugar a dudas, el *glamour* tenía nombre y ese era: Samantha McDowell.

Los gruesos labios estaban embadurnados de Passion Fruit, pues alguien acababa de cambiarle la copa y Sam dio un buen trago de *Möet Chandon* sin dejar rastro en el fino cristal.

Bel supo de inmediato que no era la primera, ni la segunda, ni la tercera. Afortunadamente, los Manolos que lucía en los pies eran a prueba de torceduras.

—¿Por qué vas tan borracha tan temprano?

Enseguida Bel se arrepintió de hacer esa pregunta cuando los ojos de Samantha se llenaron de lágrimas.

—¿Pero qué demonios te pasa?

—Que estoy enamorada ¿vale? Y no me hace caso.

Bel se acojonó y le dio unos golpecitos en la espalda.

—Vale... ¿quieres contarme de quién?

—¿De quién va a ser? ¡¡¡Del poli *buenorro*!!! —gritó.

Bel se encogió de hombros. ¿Debía saber quien era?

—Primera noticia.

—No hablo de él. Me pone triste —dijo ella, dando otro trago—. Era un amor, hasta me enviaba fotos de su cosita.

—No sé si quiero saberlo.

—Y yo de mis tetas. Son unas tetas muy bonitas... ¿Por qué no ha querido volver a verlas?

—Sabes que no deberías mandar fotos guarras por el móvil. Podría colgarlas en internet, o empapelar tu vecindario con ellas. Quizás sea un perverso y...

—¡Es poli! ¿Qué parte del *poli buenorro* es lo que no has entendido?

Vale, vale... Samantha iba muy pedo, estaba enamorada y muuuuy despechada.

—¿Y por qué te has acordado de él?

—Porque he visto unas espaldas anchísimas y creía que era él —dijo Samantha, apuntando la copa hacia ninguna parte—. Pero es imposible que esté. Su número ya no existe.

—Hay que resignars...

—¡Que coño voy a resignarme! —grito, alzando los brazos—. La Juani va a ayudarme. Seguro que el primo del Cortés encuentra su nuevo número. Seeeee —cuanto más lo pensaba más buena idea le parecía a Samantha en sus delirios de alcohol— Llamaremos... *operación la una y cuarto*.

Bel intentó no reírse.

—¿Qué significa? Y que conste que lo pregunto con miedo.

—Es que tenía una polla preciosa y se le torcía hacia la derecha cuando...

—La, la, la, laaaaa...—Bel se tapó los oídos— ¡No quiero saberlo!

—Voy a hablar con Juani, ella me hará un plan de ataque en un periquete. Igual podemos usar sus nuevos drones.

Antes de poder decir una palabra Samantha la agarró del brazo y la arrastró tras ella.

—Edwin, sígueme.

Su nuevo y feliz amigo las siguió sin perder la sonrisa, ni el cóctel de color fucsia que llevaba en la mano.

—¿Adónde vamos? ¿Es secreto? ¡Me encantan los secretos!

—Vamos al baño —gritó Sam.

—De acuerdo, llevé tres de estos, yo también necesito mear —dijo Edwin.

—Supongo que al no ser un bar los baños son unisex.

Samantha empezó a gritar.

—Seeee... ¡Baños mixtos! ¡Baños mixtos!

Edwin no tardó nada en unirse a ella.

Desde luego, tengo que empezar a beber como si no hubiera un mañana.

—Ahí está Taylor —dijo Sam, viéndola salir del baño.

Allí la música no era tan estridente, pero había la misma gente repartida por los rincones. Unos dándose el lote, otros simplemente hablando a las plantas. Eso se había desmadrado.

Todas entraron en el espacioso baño. A parte del váter, y dos lavamanos, tenía una gran bañera de hidromasaje.

—Podríamos haberla llenado de champán —valoró, Samantha—. El abuelo lo hacía en sus mejores tiempos.

—Esas fiestas debían ser la leche.

—Esta no está nada mal —le contestó Taylor a Edwin a quien empujó para que acabara de entrar y así poder cerrar la puerta.

—Esto se ha convertido en un baño de tías, no sé si debería estar aquí —dijo Edwin mirando alrededor.

—¿Qué más da? ¡Eres gay! —dijeron Taylor y Samantha al unísono.

—¡PERDONA! ¿De donde demonios habéis sacado eso? ¿De mi impecable gusto por la ropa? —se señaló de arriba abajo y Samanta reparó mejor en sus pantalones pitillo con los tobillos al aire, su impecable camisa Armani y la corbata de motivos geométricos fucsias y verdes.

—Menudo estilazo.

—¡Ya lo sé! —dijo, fingiéndose ofendido—. No por eso soy gay. ¡Me tenéis hartos con lo de ser gay! —protestó, pero de pronto miró a Samantha y se acercó a ella que estaba sentada en el váter, sobre la tapa bajada—. Desembucha ¿quién es ese poli *buenorro*? ¿y está tan *buenorro* como su nombre indica?

—Sí, por favor, ¿alguien puede explicarme quién es el poli *buenorro*? —insistió Bel.

Entonces, Samantha hizo un puchero.

—Sí, háblales de McGregor —dijo, Taylor. Caminó hacia Sam e intentó evitar que se bebiera el agua de un jarrón que había sobre el lavabo.

—Vale, me quedo igual. ¿Estabas interesada en alguien? Pero si siempre estás en el chat de citas.

Samantha rompió a llorar.

—¡Mentí! ¡Él era mi chat de citas! Hablaba con él —hipo—. ¡Ese estúpido de Patrick! —

gimoteó— ¡Lo voy a matar! Me ha dejado por una marimacho pelirroja.

—¿Pero no decías que habías perdido el teléfono? —preguntó Edwin.

—¡También es una posibilidad! Después de verlo del brazo de una pelirroja... quizás perdió mi número.

—Madre mía, niña. Estás fatal —Edwin le acarició la cabeza como si consolara a un terrier—. Déjame ver una foto al menos, así sabré de qué hablamos.

Samantha la buscó en el móvil.

—¡Mira!

Edwin acercó la cara a la pantalla y se alejó haciendo un aspaviento.

—¡De su polla no, de él!

—Perdona, las tengo mezcladas.

—Patrick McGregor es el policía *buenorro* —informó Taylor, con cierta desgana. Llevaban un par de semanas hablando solo de ese tema. Ya era hora de que se enterara más gente para poder ayudar a Samantha, que no estaba para nada acostumbrada a sufrir un desengaño.

—Mira... es este.

Le pasó el teléfono a Edwin y efectivamente, vio a un tipo *buenorro* del brazo de una pelirroja.

—Vaya melones tiene la pelirroja. Está tremenda. Y esos gemelos. Chica, esta tipa hace pilates a diario. Te lo dijo yo. Una no tiene este culo con tres sesiones a la seman...

—¡Edwin! —le amonestó Taylor— ¿No habíamos quedado en que esta noche eres gay? Deja de hablar de tías *buenorras*, que me das yuyu.

—Perdona, solo pretendía ser un amigo sincero.

—Ahora necesitamos más el alcohol que la sinceridad.

—Cálmate, Samantha. Se te va a correr el rímel.

—Haz caso a Taylor —pidió Bel, dulcemente—. Si no dejas de llorar vas a parecer un mapache.

—¡Es Passion Fruit! ¡Todo mi maquillaje es Passion Fruit! ¡No se va con agua! ¡Se va con...!

—¿Con semen?

Las tres amigas miraron a Edwin como si fuesen a matarlo. Él se encogió y se hizo muy pequeñito. No soy gay, no sé con que se va el Pasión Fruit.

—¡Con agua miscelar y crema desmaquillante! —lloró Sam.

—Perdona por no saberlo, lagartona.

—A ver, vamos a calmarnos todos —Bel intervino, básicamente para que Sam y Taylor no desollasen vivo a su nuevo amigo. Al fin y al cabo, Sam era una highlander y... bueno, todo el mundo sabe que los highlanders son un poco bestias y no quería ver al pobre Edwin con dos dientes menos en un baño rodeado de chicas—. Vayamos por partes...

—¡Sí, por partes, como Jack el Destripador! —chilló Sam— ¡Debería desmenuzar a ese cabrón por hacerme ilusiones con su polla erecta. Y a esa pelirroja con tetas de silicona también.

—A mí me parecen muy naturale...

—¡Cállate! —gritaron todas al unísono.

Hubo unos segundos de silencio antes de que Bel preguntara.

—A ver, Sam, ¿qué relación tienes con Patrick McGregor, alias “*poli buenorro*”?

—¡Ninguna! Todavía, pero... ¡Es que me mola!

—Ajá... te mola... ¿pero...?

—¡Pero me mola un montóooooon! —Sam rompió a llorar de nuevo.

Taylor puso los ojos en blanco, y Edwin se apresuró a secarle las lágrimas con papel higiénico.

—Vale: Patrick McGregor, alias *poli buenorro* te mola un montón. ¿Y qué?

Sam sorbió por la nariz e hizo un puchero.

—¿Cómo que y qué?

—¿Es tu novio? ¿Os habéis besado? ¿Habéis...?

—¿Bailado el mambo horizontal sobre una superficie plana? —preguntó Edwin, muy interesado.

A Samantha le tembló el labio inferior.

—No.

—¿No, qué? —volvió a preguntar Bel—. ¿No es tu novio, no os habéis besado o no habéis...?

—¡NO, NO Y NO! —Aclaró Sam, hecha un mar de lágrimas—. Solo nos vimos una vez, cuando Taylor intentó incendiar su apartamento. Y después otra de lejos, cuando iba del brazo de la *striper* tetona.

—¿Incendiaste tu apartamento?

Edwin miró a Taylor con renovada curiosidad, pero esa era otra historia y no iba a contarla ahora.

—¿Entonces...?

—Y entonces... —Sam parecía una niña pequeña a la que le han robado la piruleta. Negó con la cabeza—. Averigüé su número de teléfono. La Juani me ayudó con no se quién que tiene acceso a no se qué archivo policial mundial... y me habló de un *pentáculo*...

—¿*Pentáculo*? —la interrumpió Bel, extrañada— ¿No habrás querido decir, el pentágono?

—Ella dijo *pentáculo*... debe ser un club o algo. Y... —empezó a hipar—, dijo algo de que también tenían dreones.

—¿Dragones?

—Drones, Edwin.

—¡Ah! Ya decía yo.

Bel estaba muy confusa. Pero Taylor parecía tenerlo muy claro. Abrió la boca de par en par y la miró como si hubiese cometido el peor de los delitos.

—¡No me lo puedo creer, Sam! —le gritó—. ¿Has contratado al primo del Cortés para vigilar a Patrick?

—¡Pues sí! —confesó, Samantha.

—¡Patrick es poli!

—¡Y un calienta coños! —soltó, muy enfadada—. Vale he perdido un poco la cabeza. Pero si nadie se entera, podré volver a fingir que soy normal.

Edwin se tapó los ojos con las manos.

—Tan guapa, y tan loca.

Sam le ignoró.

—El gitano hacker me consiguió su teléfono privado. Y desde entonces nos habíamos *guasapeado*.

—Y os mandáis fotos guarras —confirmó Edwin.

—¡Samantha! —la reprendió Taylor— ¡Es un agente de Scotland Yard!

—¡Scotland Yard! —exclamó, Edwin.

—Ya sabes, como los perretes de dibujos japoneses de Sherlock Holmes —dijo Bel—. Eso tiene nivel Samantha. Has troleado a la poli.

Edwin empezó a dar saltitos lleno de emoción.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó, alucinado— ¡Una *milenial* que conoce Sherlock Holms! ¡Milagro, milagro! ¡El mundo no se va a la mierda!

—¿Qué tiene de raro? —Bel se cruzo de brazos— ¡Seis episodios fueron dirigidos por el gran

maestro del anime! ¡AMO a Miyazaki!

—¡Te amo!

—¿Podéis centraros, putos frikis? —dijo Taylor—. Necesitamos saber si en cualquier momento van a meter a Sam en chirona.

Taylor cogió a Sam por los hombros y la miró muy seriamente.

—Óyeme bien, Sam. Hoy es el cumple de tu hermano. No irás a fastidiarle la fiesta, ¿verdad? Nada de fisgar en los archivos de Scotland Yard, ni drones, ni pentágonos. ¿Ok?

Sam cabeceó, como una niña buena.

—Vale. No llamaré al primo del Cortés, ni buscaré al poli buenorro.

—Ni a la exuberante pelirroja de los melones.

—Ni a la exhu... ¡oye! —exclamó Sam, ofendida.

—¡Dilo, Sam!

—Vale, ¡no la mataré!

Edwin se quedó petrificado.

—¡Escuchad!

Todas se quedaron en silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó, Taylor.

—Suena *I Want to Break Freeeeeeee* —dijo Edwin.

—¡Vamos a bailar! —Bel estaba tan contenta como él. Algo raro, después de todo lo que había escuchado, y la tarde que le había hecho pasar Duncan.

—¿Alguien tiene una aspiradora? —chilló Edwin, a lo que Bel respondió:

—¡Eres súper gay!

—¡Que nooooo!

Cuando Sam y Taylor se quedaron solas en el baño, a la pobre Samantha se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas.

Su amiga la abrazó.

—Joder... igual necesitamos una sesión de las chicas brilli-brilli al completo.

CAPÍTULO 16

El Hombre de Hielo y el Tiburón Blanco

A las nueve de la noche la fiesta ya era un desfase total.

Marcus no dio su discurso, ni siquiera se atrevió a intentar vocalizar. En algún momento de la fiesta había desaparecido con Taylor, seguramente en algún recóndito lugar del castillo, lo más probable en el *office*, donde podrían rememorar viejos tiempos.

Por su parte, Sam había dejado de beber y ahora estaba apoyada contra la pared, hablándole a una planta, ya que al salir de baño, no tardó en aburrirse de la charla friki de esos dos lunáticos que no dejaban de hablar de dibujantes de cómic japoneses y de dramas coreanos. Bel y Edwin se habían hecho uña y carne y bailaron toda la noche.

Parecía mentira, pero la nueva asistente personal de uno de los magnates más *buenorros* de Escocia, había podido beber tanto que alcanzó el punto de borrachera de sus amigos, como diría ella: en un periquete.

Cuando Edwin se animó a empezar otra conga, Bel se desternillaba de risa, sosteniendo una copa vacía. La dejó sobre una de las mesas auxiliares, dispuestas para la ocasión, y sintió que tras de sí a un camarero, que le ofreció un cóctel.

—Gracias —dijo, con entusiasmo.

Pero cuando alzó la vista y vio al hombre que acababa de servirle la copa, se olvidó de respirar.

Tragó saliva y parte de la borrachera se le fue.

—Buenas noches.

Duncan llevaba más de media noche observándola. Llevaba un vestido precioso, de color azul, corte imperio. No tenía un escote muy pronunciado, y la falda caía graciosamente al final en una cola que parecía flotar cuando ella caminaba. El pelo suelto, tan solo adornado con una bonita diadema. Estaba pasada de moda, pero a ella le quedaban bien hasta los harapos. Y en los pies calzaba unos tacones increíblemente altos que, de seguro, no iban a aguantar toda la noche.

Se había prometido a sí mismo que no intervendría en la floreciente amistad entre ella y el personaje de la oficina: Edwin.

Jamás se había considerado un hombre celoso, al contrario, él odiaba profundamente los celos y sus terribles consecuencias. Pero cuando se trataba de Elisabeth, su corazón le daba un puntapié al raciocinio y empezaba a comportarse como un jodido medieval.

Así que sí, admitiría que estaba algo celoso. Le había ignorado toda la noche y el asistente personal de Alexia había acaparado toda su atención. Pero por Bel era capaz de esperar paciente en un rincón hasta que se diera cuenta de que él existía. Debía aprovechar ese fin de semana para hablar con ella y explicarle que lo del dinero había sido un desafortunado malentendido.

La vio reír cuando Edwin empezó de nuevo una conga por todo el salón. Pero la sonrisa de Duncan se le congeló en la cara al ver quién le estaba ofreciendo otra copa.

Apretó la mandíbula.

Nada, ni nadie, le harían perder los nervios.

Jamás.

¡Tus cojones treinta y tres!

Cuando se trataba de Elisabeth, su auto-control se iba a la mierda.
Esta vez acabaría con William.

—¿Qué hace aquí señor... Wells?

—Veo que me recuerda, señorita Elisabeth.

—Bel para los amigos —le guiñó un ojo. Le caía bien ese guaperas, aunque parecía un poco estirado y se tomaba las cosas demasiado a pecho. Pero como iba borracha y el guapo inglés le sonreía, ella fue todavía más amable— En esta fiesta todos somos amigos ¿no es así?

—Así es.

A William le caía muy bien esa chica. Parecía sincera y sin dobleces. Y si algo apreciaba en esa vida William Wells, era que las mujeres fueran sinceras y leales.

Bel dejó de sonreír cuando, por el rabillo del ojo, vio la figura de Duncan McDowell, yendo directamente hacia ellos.

—Al parecer, unos son más amigos que otros.

William también reparó en que Duncan no estaba de buen humor. Algo que lo congratuló bastante.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Duncan a bocajarro, agarrando a Bel por la cintura.

Ella miró la mano del highlander en su cadera y se desplazó para alejarse de él. En la mirada del pobre esquilador de ovejas hubo un instante de profundo dolor, y eso también la lastimó a ella.

Pobrecito.

—¿Y tus modales, Duncan? —preguntó Bel.

—Los pierdo cuando le tengo frente a mí.

El guapo y aún más elegante inglés dejó escapar una sutil sonrisa de sus cincelados labios y miró a Duncan como si fuese un simple insecto al que es imperativo aplastar lo antes posible para que no se propague una plaga de roba esposas.

—Es el cumpleaños de Marcus, ¿recuerdas?

—¿Y no recuerdas tú que acordamos evitar coincidir?

William acotó esa sonrisa cínica.

—Sí —le respondió al highlander—, me acuerdo perfectamente de los desperfectos de nuestros encuentros. Pero es casa de tu abuelo. No hagamos destrozos.

Bel los miraba, primero a uno, y después al otro, como si estuviese asistiendo a un partido de tenis.

—Esto... —Bel era pacifista y no iba a permitir que se matasen. ¡Menudo desperdicio sería eso!— Deberíamos tranquilizarnos.

Los dos hombres la ignoraron.

—Elisabeth, no te metas —le dijo Duncan.

—¿Vas a decirle lo que tiene que hacer?

—Nadie me dirá lo que tengo que hacer —le dijo Bel a William—. Y ahora, seamos civilizados.

William asintió, dispuesto a complacerla.

—Marcus me invitó a la fiesta, Duncan. Como sabrás, continuamos con nuestra amistad. Hasta vengo de cacería, de vez en cuando, con tu abuelo.

—¿Cacería? —Duncan sonrió como si hubiese triunfado— ¿Has oído Bel? Caza.

William la miró, extrañado.

—Bel es vegana.

—Sí, lo soy.

—Es admirable. Yo he reducido considerablemente el consumo de proteína animal, pero soy incapaz de renunciar a ciertos placeres —dijo William, mucho más sobrio que cualquiera que estuviera en esa fiesta.

—Y cazas.

—Sí, y me como todo lo que cazo.

—El hombre ha sido cazador desde tiempos inmemorables. Hoy en día, es de admirar que un hombre al que le gusta la carne sea él mismo quien cace para comer. Si los que comen carne tuvieran que matar y destripar, seguramente habría muchos más vegetarianos —soltó, bel, para sorpresa e indignación de Duncan.

—Estoy de acuerdo.

—¡Venga ya! —Exclamó Duncan— ¿En serio? ¿Qué bien que cace? ¿Eso dices?

—Bueno...

—¡Increíble! —Duncan estaba dolido.

—Vaya, parece que su jefe se enfada si no piensa o dice lo que él quiere que diga —William sostuvo la mirada de Duncan, quien estaba deseando darle un puñetazo en todo el hocico.

Ambos se miraron como si se estuvieran retando.

—Creo que me iré si...

—No te preocupes Elizabeth, estoy cansado y me retiro. Espero vernos mañana en el desayuno.

—Más bien será un *brunch*.

—Hasta mañana, entonces.

William ignoró la cara desencajada de Duncan y guiñó un ojo a Bel, que le sonrió encantada.

—Hasta mañana, Elizabeth —fingió poner la voz de un criado de cinco años.

Bel lo miró fijamente mientras cruzaba los brazos sobre su pecho. Se iba a apoyar en la mesa alta, pero era tan inestable que se tambaleó y Bel casi se cae de bruces si no es por la mano de Duncan, que la sujetó a tiempo por el codo.

Volvió a erguirse con total dignidad y carraspeó hasta que pudo hablar.

—Vaya, vaya, vaya, —puso una sonrisita cínica en su cara, pero la mar de encantadora.

Cogió una de las copas que Duncan le había traído.

—Elizabeth...

—Hemos pasado de esquilador de ovejas a empresario. Y ahora pasamos de empresario a... el puto camarero.

Bien, estaba visiblemente borracha.

—No soy el camarero —la interrumpió Duncan—. Y lo de la copa era una excusa para venir a hablarte.

Luego había visto a William y se había olvidado que una de las copas que había dejado sobre la mesa era para Bel.

—¿Sabes qué? He cambiado de opinión. Estás demasiado borracha.

—¡Como todos! ¡Aquí no hay ni uno sobrio! Tu prima está hablándole a las plantas de tetonas pelirrojas.

Duncan frunció el ceño.

—Déjalo, solo he venido a arreglar las cosas, no a empezar otra discusión. Deja de beber.

Ella lo miró sorprendida. ¿Cómo se atrevía a darle órdenes?, ¿y cómo se atrevía a llamarla Elizabeth, con esa voz tan jodidamente grave y sexy?

Ese maldito highlander la miraba con esos ojos eléctricos y azules... y sabía que la ponía muy

cachonda esa mirada tan sexy.

Sí, vas a caer como una perra y te lo vas a follar. A la mierda tu orgullo. Si es que no aprendes...

Le tocó la solapa del esmoquin con una mano. Era tan condenadamente sexy.

¡No! ¡Atrás Satanas! No sucumbas.

Apartó la mano y se lo volvió a pensar mejor.

Estaba increíblemente guapo y elegante, con los colores de los McDowell. Y esa incipiente barba pelirroja le hizo recordar...

¡Y una leche, Bel! ¡Ni de coña sucumbas a su rostro de infarto! ¡Estás enfadada! Él es un cabrón que te dejó un fajo de billetes sobre la mesilla de noche. Aunque me dijese que no eran para mi... no se si creérmelo.

—Me llamo Bel —puntualizó—. Y no tengo nada más que hablar contigo. *Bon voyage!*

Lo miró con cara de asesina y le entraron unas ganas terribles de tirarle el contenido de su copa a la cara, pero por respeto a Marcus y a su fiesta de cumpleaños, se contuvo. Además, ella era una dama, pensó, sonriendo con suficiencia.

—¡Señor McDowell! —los interrumpió Edwin, antes de escabullirse y dejar a Bel “sola ante el peligro” —Un placer verlo, pero me tengo que ir a por más champán.

—Pero si ni siquiera puedes mantenerte en pie.

—Sí bueno... ya encontraré un hombre fornido que me suba por las escaleras. ¿Quieres que intente subirte por las escaleras *milady*? Pareces necesitarlo.

Bel no podía parar de reír.

Duncan cerró los ojos, pidiendo paciencia.

—Creo que deberías retirarte —dijo Duncan, cogiéndola del brazo.

—Yo creo que deberías dejar de incordiar y retirarte tú. Eres un amargado aguafiestas.

Las palabras de Elisabeth le dolieron más de lo que Duncan estuvo dispuesto a reconocer. Así que endureció la expresión.

—Pues disfruta de la fiesta —respondió, enviando sus planes de hablar con ella para limpiar su nombre, al infierno—. Y ahora, si me disculpas, me retiraré. Lo último que necesito es que la gente se descontrola y empiece a pegarme bofetadas como alguien que yo me sé.

Dicho esto, dio media vuelta dispuesto a marcharse.

Ella no se lo permitió.

—¡Espera! Espera...

Duncan la miró con la ceja izquierda alzada cuando ella le agarró del codo y lo arrastró hacia uno de los arcos situados bajo la escalera. Allí el ruido de la música era audible, pero permitía tener una conversación sin necesidad de gritar.

Esa sobrenatural mirada azul la atravesó como las partículas de una bomba nuclear y por poco le provoca un orgasmo instantáneo.

—Dios... voy muy pedo.

Se dobló en dos, ¿por qué ese hombre tenía un efecto tan afrodisíaco en ella?

—¿Elisabeth?

—*Mecachis*... lo que quiero decir —dijo haciendo un puchero— es que lamento haberte pegado.

Duncan se quedó quieto, como si no pudiera creerse que la muchacha fuese a disculparse.

Fue el momento en que paso un camarero y Bel agarró uno de los cócteles fucsias de la bandeja.

—¿Vas a seguir...?

—Solo para darme ánimos. Es difícil hablar contigo sobria —reconoció, dando un sorbo a su

cóctel—. Siento haberte pegado en la entrevista.

Él se atrevió a sonreír y Bel alzó el dedo índice.

—Peeeeero... Te merecías esa bofetada.

Duncan torció el gesto.

—¿Esa es tu manera de pedir disculpas? ¿Y por qué me merecería que me pegaras?

Bel bufó.

— ¡Sí, lo lamento! Y sí, te lo merecías.

¿Serás idiota?, ¡no me mires así!

—¿Puedes explicarme eso? —preguntó, sin entender nada.

—Por supuesto. Yo en realidad... —dio otro trago al cóctel de ron— lo siento por mí.

Genial, no entiendo nada, pensó Duncan. Si esa era la manera que la española tenía de pedir disculpas, estaba claro que las relaciones diplomáticas no iban a llegar demasiado lejos.

—Pegar está mal, y me avergüenza haberlo hecho.

De pronto, Bel alzó una ceja y después otra y las fue alternando con una sonrisa de lo más diabólica.

Vale, es la hija de Satán.

—Vengaaa... ¿no vas a perdonarme?

—Puede.

—¿Depende de algo?

Bel se acercó a él, le puso las manos sobre el pecho y Duncan retrocedió un paso hasta tocar con la espalda una de las columnas de piedra.

—Depende... —Duncan se perdió en la mirada inocente de Bel Roig ¿Qué tendría esa mujer que lo volvía del revés? —No estoy acostumbrado a que me golpeen las mujeres, y que me sermoneen.

Bel se irguió todo lo dignamente que le permitió su borrachera.

—Estás muy acostumbrado a mandar, señor del castillo —Bel estiró los brazos y casi se cae, suerte que los brazos de Duncan estaban ahí para ella— Dime en serio, ¿todo esto es tuyo señor McDowell?

—Duncan, si no te importa.

—Esquilador de ovejas.

Él sonrió. Y ella, sin saber muy bien cómo, acercó los labios a los de Duncan.

—Hueles tan divinamente bien...

Él parpadeó y ya no pudo borrar su sonrisa de la cara.

—¿Sabes que tu hueles también muy bien?

Ella lo empujó.

—Lo dices porque quieres que te perdone. Pero... olvídalo. No será tan fácil.

Duncan suspiró.

—Es hora de irse a la cama.

—¿Vendrás conmigo?

Los brazos de Bel rodearon el cuello de Duncan.

—¿Quieres que vaya contigo a la tu habitación?

—Podría perderme...

Duncan rio y a Bel le encantó sentir como su risa retumbaba en su pecho.

—¿Me dejarás arrojarte?

Bel asintió, pero de pronto, como si un jarro de agua fría se hubiese vaciado sobre su cabeza, se dijo que tenía demasiado orgullo para meter a Duncan nuevamente en su cama, y mucho menos

después de cómo la había tratado.

—He cambiado de opinión.

Él frunció el ceño al ver que se apartada, algo enfadada.

—Tienes todo el derecho, pero ¿es por algún motivo en especial?

Bel intentó meditarlo.

—¿Qué? ¿El señorito no está acostumbrado a que le den un no por respuesta?

—¿Quieres que te conteste a eso?

—No, mejor cállate, señorito.

Seguro que Duncan no había conocido muchas mujeres que se resistieran a sus encantos.

—Al parecer, te gusta recordarme que soy el señorito del castillo. Parece que te molesta.

Ella se encogió de hombros.

—No me molesta, pero... ¡Yo que sé!

—Estás molesta porque Marcus te engañó. Y no supiste deducir que Duncan McDowell y Marcus McDowell eran primos.

Ella apretó los labios, dispuesta a guardar silencio ante esa obviedad.

—¿Cuál es mi apellido, Elisabeth? —preguntó, como si ella fuese una niña pequeña.

—McDowell.

—Exacto, el mismo que Marcus, y el mismo que mi abuelo, el *laird* de los McDowell. No puedo creer todavía que no hayas captado la relación, solo tenías que sumar dos más dos.

—Dis-cul-pa —respondió Bel, moviendo graciosamente la cabeza en plan egipcia cada vez que hacía un parón en cada sílaba—. Pensé que serías, no sé, descendiente de un villano, o un limpiador de cuadras venido a más.

Limpiador de cuadras venido a más, repitió Duncan para sí. Estaba seguro que, a más de uno de sus socios y empleados, les hubiese encantado ver cómo esa mujer le llamaba recogedor de mierda de caballo.

—Ya sabes, en la época feudal, todos los siervos y los villanos adoptaban el apellido del “señor” del castillo. Y no el primo de un caballero como Marcus.

Si las miradas pudiesen atravesar, sin lugar a duda, Bel se habría partido en dos.

—¿Acabas de llamarme villano y siervo?

—Puntualizo. No un villano cualquiera. Sino un *Súper-villano*. Y desde el momento en que me dejaste dos mil libras por mi súper polvo, te has convertido en mi *archienemigo*. ¡Rata inmunda... animal rastrero... engendro del infierno... adefesio mal hechoooooo!

Bel se puso a cantar la canción de Paquita la del Barrio. Seguro que él no entendía ni papa de esa jerga del español, ni sabía quién era la gran Paquita la del Barrio, pero esa canción siempre le hacía sentirse mejor consigo misma.

—Bel...

—Me trataste como a una furcia —volvió a deprimirse—. Con lo encantador que habías sido con el queso.

—¿Qué queso?

—La cena, cuando me untaste queso en el pan y le pusiste miel... Fuiste súper mooono —dijo esto último en castellano.

—¿Mono? ¿Eso es algo bueno?

Ella asintió.

Duncan suspiró.

—Bel, ¿cómo voy a explicarte las cosas?

Negó con la cabeza, y no pudo evitar sentirse horriblemente culpable. Sabía que Bel se hacía la

dura, pero que tenía una magdalena de chocolate por corazón y que estaba terriblemente ofendida con él, por creerse algo que nada tenía que ver con la realidad.

La miró, y vio sus preciosos ojos de chocolate a punto de desbordarse a causa de las lágrimas. Cuando se ponía nerviosa, se mordía el labio inferior y...

Y... no era muy romántico, pero a él se le ponía más dura que una piedra.

Pero no era el momento ni el lugar para pensar en el sexo, al menos, no estaba seguro de que fuera lo correcto si antes no se explicaba. Debía dejarle claro lo sucedido. Y cuanto antes, mejor.

Tenía que decirle que lo había malinterpretado todo. Que le había dejado una nota, con su número de teléfono, donde le explicaba que ese dinero era para pagar la reparación de Manolo. No iba a permitirse el perderla, al menos como empleada. De ninguna manera. La quería trabajando para él.

—Mira, hagamos una cosa —empezó a decir—. Este súper-villano va llevarte a tu habitación, te dará las buenas noches y mañana desayunará contigo en el comedor.

—¿En el comedor o en la cama? —dijo ella, intentando parecer sexy y no una súper borracha.

—Eres entrañable —le dijo Duncan, acariciándole la mejilla.

Bel contuvo el aliento y cerró los ojos por un instante, disfrutando de su aroma y su calor.

—Me estás distrayendo —dijo ella.

—No, solo quiero darte una explicación de lo que ocurrió.

—¿Por qué habría de escuchar tus explicaciones? —lo miró con la nariz alzada.

—¿Porqué eres buena persona?

—¿Y tú qué sabes de buenas personas, Duncan?

Al menos lo había llamado Duncan y no McDowell. Era un comienzo. Así que sacó su arma secreta:

—Por favor...

Bel se mordió el labio inferior de nuevo, a ver ese bello rostro, que ahora lucía la expresión del gato de Shrek. Sonrió como si acabara de ver al mismísimo ángel Gabriel descender del cielo.

—De acuerdo.

CAPÍTULO 17

Una gran fiesta de cumpleaños

Subieron las escaleras en silencio, dejando atrás la música y los gritos eufóricos de algunos invitados. Mientras Bel ascendía cada peldaño con esos terribles tacones, Duncan rezaba para que no cayese y se abriese la crisma. De pronto, Bel se paró en seco.

—¿Qué ocurre? —preguntó Duncan, preocupado.

—Me duelen los pies.

Entonces, en el rostro del highlander apareció un tierna sonrisa.

—Debería haber traído mis chanclas.

—No necesitas chanclas —dijo Duncan—, me tienes a mí.

Bel frunció el ceño ante sus enigmáticas palabras, pero enseguida supo qué había querido decir.

La alzó en brazos y ella pegó un grito. Estaban en medio de las altas escaleras y por el alcohol o por lo que fuera sintió un agudo vértigo.

—No tengas miedo.

—Eso es más fácil de decir, que de hacer —Bel se agarró al cuello de Duncan. Estaba dispuesta a no soltarlo.

Mientras Duncan la subía en brazos, ella miró las paredes de piedra, extasiada por toda la historia que debía tener el castillo de los McDowell.

Al llegar arriba, Bel se relajó por el hecho de que ya no pudieran caerse por las escaleras.

Mientras avanzaban por el pasillo que daba a las habitaciones familiares, Bel observó los cuadros antiguos que colgaban de las paredes.

—¿Qué haces? —dijo ella al darse cuenta de que Duncan estaba sonriendo— ¿Te burlas de mí?

Él negó con la cabeza.

—Ni mucho menos.

Podría haberle dicho la verdad, que sonreía de puro deleite por tenerla entre sus brazos. O porque era la mujer más dulce que hubiese conocido nunca, pero prefirió guardar silencio. Habían avanzado mucho en su relación, al menos ella ya lo hablaba sin insultarle, y no estaba dispuesto a ceder terreno en ese aspecto por decirle que ella le hacía mucha gracia.

La habitación de Bel estaba a medio pasillo, pero al fondo se podía acceder a la terraza de la torre del homenaje.

—¿Quieres que te enseñe unas vistas espectaculares?

Bel separó la cabeza de su hombro y lo miró con los ojos entrecerrados.

—Espero que no estés hablando de tu pene.

Duncan soltó una carcajada y a punto estuvo de dejarla caer.

—¡No! No me refería a eso. Justo aquí se encuentra la terraza de la torre. Es un lugar muy bonito ¿quieres que te lo enseñe?

¡Dios! Era como si le hubiese propuesto comerse un gran helado de chocolate con nata y virutas de chocolate. ¿Cómo podía resistirse?

—¿Tengo que andar mucho?

Él sonrió.

—Yo te llevo.

—Entonces vale.

Cuando entraron en la torre y a los pocos pasos abrieron la puerta que daba a las almenas, a Bel

le salieron chiribitas en los ojos...

Dios, mío, si no fuese porque es pelirrojo, esta imagen podría ser bien una secuencia de Juego de Tronos y Duncan Jhon Nieve asomándose por el muro. Solo falta que aparezca un dragón.

—Este castillo, como te he dicho antes, pertenece a mi familia desde... —su voz la sacó de sus imaginaciones—. En fin, desde hace mucho tiempo.

Bel rio.

—No tienes idea cuándo se construyó este castillo.

Él la dejó en el suelo sin dejar de sonreír.

—Ni la más remota. Las historias del abuelo comenzaban con: *Erase una vez, hace mucho, mucho tiempo, en el castillo McDowell...*

Bel rio cuando una imagen de los pequeños Duncan, Marcus y Samantha se le apareció. Debían haber sido muy felices en ese castillo repleto de lugares donde esconderse.

—No sé su año de construcción exacta, pero se que lo mandó erigir William Douglas, conde de Angus —continuó, Duncan—, y sirvió como fortaleza señorial por más de tres siglos.

—¿El conde de Angus? —preguntó, Bel, asombrada—. ¡Qué chachi!

Duncan sonrió. Era tan bonita cuando se emocionaba... Y cuando soltaba palabrejas raras en español.

—Como ya habrás podido observar, tres de sus impresionantes murallas dan al lago, sobre el acantilado, y la cuarta: al foso, lo que convierte el castillo en inexpugnable.

Bel no sabía si se refería al castillo, o si a que la inexpugnable era ella, dado su cambio de expresión. Aunque no le faltaba razón, ella era inexpugnable para él, pues no pensaba dejarse seducir mientras no se disculpara por haberla abandonado esa mañana después de la tormenta.

Lo dejó seguir hablando, porque era tan *friki* que le pirraban esas cosas de castillos escoceses, condes y dragones y no porque su voz grave fuese tan increíblemente hipnótica, e hiciera que se le erizara el vello de los brazos y la nuca. En definitiva, que la ponía cachonda.

—Lo que no impidió que la fortaleza fuese el escenario de cruentas luchas. Fue sitiado en varias ocasiones debido a su estratégica posición. Durante uno de esos sitios, casi fue derruido por el mismísimo Oliver Cromwell. Incluso la reina María Estuardo se alojó en él, allá por el mil quinientos sesenta y seis, más o menos.

—Es el escenario perfecto para rodar una serie histórica. ¿A que sí?

Tu sonrisa es tan bonita, pensó Duncan.

—De hecho, aquí se rodó un capítulo de Los Tudor.

Ahora se enfurruñaba. Joder, qué bonita era cuando arrugaba la nariz...

—Mentiroso.

—No, es en serio. Mi abuelo siempre alardea de ello.

Duncan dejó de mirar al horizonte, para observar de nuevo el bello rostro de Bel. Tenía la boca abierta de la impresión, y las mejillas encendidas, seguramente a causa de la emoción, o por el alcohol, que aún hacía que sus ojos brillaran, o quizás esto último fuese a causa de la fresca brisa. El aire había azotado su cara y un mechón rebelde se había desprendido de su diadema, para rozarle graciosamente la nariz. Ella se lo apartó en un gesto muy sensual y a Duncan se le cortó la respiración.

Y es que a Bel le fascinaban esas cosas. Uno de sus *hobbies* favoritos era visitar castillos medievales.

—Tú y tu familia... —empezó a decir Bell—. ¿Sois descendientes directos de los condes de Angus?

—Pues...

Ese mechón...

—¡Menuda pasada! —lo interrumpió, Bel—. Yo tenía un tío abuelo que su abuela era prima quinta de la duquesa de Mont Fort. Así que puedes llamarme lady Bel.

Él soltó una carcajada atronadora y se dobló en dos, pero Bel se quedó con los ojos muy abiertos, pues no entendía qué tan gracioso era lo que había dicho.

—¡Es verdad!

—No lo dudo, lady Bel.

—Mi familia no procede de la nobleza —confesó Duncan—. ¿No te acuerdas?, soy solo un súper-villano.

—Mi archienemigo favorito —Reconoció Bel con una sonrisa. Pero pronto la borró— Lo que me recuerda lo mal que me caes, Duncan McDowell.

—¿No vas a perdonarme?

—No has hecho mucho para merecerte mi perdón.

Él se acercó un paso más, cubriendo la distancia que los separaba.

—No me has dado la oportunidad de explicarme, ni de decirte lo mucho que lamento lo que ocurrió después de aquella maravillosa noche de...

Él vaciló.

—¿Sexo salvaje? —Se atrevió a aclararle ella.

Él asintió con su sonrisa lobuna.

—Eso suena maravilloso —Se inclinó y sus labios rozaron los de Bel, que alzó el mentón y con los ojos cerrados le ofreció la boca para que la besara. Él se contuvo y con su nariz acarició la de Bel—¿Y sabes lo que es maravilloso?

Le dio un tierno beso en su parpado izquierdo, y después fue el turno del derecho. Ella movió ligeramente la cabeza en señal de negación.

—Tú eres maravillosa.

Su voz, grave y pausada, nunca dejaba de seducirla. Resultaba muy romántico... y excitante.

A Bel se le doblaron las rodillas y estuvo a punto de caerse, si no fuera porque encontró unos fornidos hombros en donde agarrarse.

Duncan, decidido, inclinó la cabeza para apoderarse de sus labios. Pero no hay castillo sin fantasma ni *petarollos*.

—¡Al fin te encuentro! ¡Duncan! Es... Bueno, resulta que...

Pero Marcus y Taylor lo interrumpieron.

—¿Qué sucede?

—Mejor ven a verlo tu mismo, pero necesitamos tu ayuda para que Samantha no destruya el castillo —dijo Taylor.

—Acaba de colgarse de una lámpara.

CAPÍTULO 18

Juegos en las Highlands

¡Riiiiiiiiiiiiing!

Bel separó su cara de la suave almohada y la notó húmeda. Había estado babeando sobre ella. Se la quedó mirando por un instante, totalmente desconcertada. Hasta que el dolor de cabeza la devolvió a la realidad y tiró el despertador al suelo, después de apagarlo de un manotazo.

Se dio la vuelta en la gran cama y extendió el brazo... nadie. No había nadie.

Suspiró, como si hubiese descubierto una desagradable sorpresa.

¿Qué había pasado?

Abrió un ojo y se dio cuenta dónde estaba. En su habitación. En la Habitación Azul, donde el generoso señor del castillo la había alojado. ¿Y Duncan? Se incorporó. Y barrió toda la habitación con la mirada. El otro lado de la cama estaba hecho, por lo que no había dormido ahí, ni en el lado de Bel tampoco, pues la cama estaría mucho más desordenada.

Volvió a soltar un bufido y se hundió en el colchón.

Había puesto el despertador por algo, y ese algo era William Wells con el que había quedado la noche anterior para desayunar.

Le caía bien el inglés. Pero en verdad, de quién estaba totalmente colada era de Duncan McDowell. Pero que le atrajese Duncan no era motivo suficiente para despreciar a William. Además, estaba segura que él no querría nada con ella. Era amable y correcto con todo el mundo.

Eso no te lo crees ni tu, bonita.

Salió de la cama, dispuesta a acallar su voz interior y se fue directa a la ducha. Se vistió unos vaqueros y una camiseta blanca con un suéter de punto. Iba muy sencilla, para nada arreglada, no fuese que William se imaginara cosas que no eran.

Cuando llegó al comedor lo vio solo, al parecer, la mitad de la población del castillo había decidido no levantarse temprano, y la otra mitad directamente estaba en coma, como Samantha, a quien Duncan y Marcus tuvieron que descolgar de la lámpara del salón central.

—Buenos días.

—Buenos días, Elizabeth.

Podía llamarla Bel, pero la verdad era que le gustaba escuchar el nombre de Elizabeth con ese acento inglés. Y a Duncan, con ese marcado acento del Norte.

—¿Qué tal acabaste la noche?

Ella se puso a reír.

—Mucho mejor que algunos que yo me sé. Fue muy divertido.

Él asintió. No perdió su buen humor en ningún momento, pero Bel pensó que lo que realmente quería saber William era si había terminado enredada con Duncan.

Comieron amigablemente, hablaron un poco de todo, de economía, del tiempo, de qué había visto Bel de Inglaterra y Escocia... Esquivaron temas peliagudos, como Duncan y su animadversión que seguramente era provocada por un tema que tenía que ver con negocios o mujeres.

Bel se limpió la boca con la servilleta y se echó hacia atrás en la silla.

—Ya no puedo comer más.

William le sonrió.

—¿Quieres dar una vuelta para bajar la ingesta de calorías?

Ni siquiera vaciló.

—Por supuesto que sí. Aún nos faltan temas de conversación, como la caza de ballenas...

—O la disminución drástica de las liebres y conejos en tu país.

Bel soltó una carcajada.

—Vamos, entonces.

Salieron al exterior. Los increíbles jardines, con el lago y el pequeño bosque a un lado de la propiedad, hacían de ese lugar algo mágico.

—¿A qué te dedicabas antes de trabajar con Duncan?

Los dos avanzaron por el sendero, tranquilamente disfrutando del día soleado.

—Era camarera, en una cafetería donde van los trabajadores de un par de bloques de oficinas. Allí conocí a Samantha. Es fácil hacerse amiga suya.

—Ya me lo imagino —rio William.

—Pero realmente mi trabajo es pintar, o debería decir mi pasión.

—¿Eres pintora? —Se sorprendió William.

—Sí, creo que Duncan me contrató principalmente por mis estudios de arte.

Si William creyó que había sido por otra cosa, no lo demostró, pues parecía bastante interesado en lo que le estaba contando acerca de su arte.

—¿Y qué pintas?

—Animales.

Él asintió.

—Por supuesto.

—Pero es un arte muy mío. Algo conceptual, incluso un poco abstracto a veces.

Bel se emocionó hablando de sus pinturas. Le describió la que ella estaba más orgullosa. Había pintado una maravillosa oveja, con un paisaje verde y azulado.

—Creo que es del que estoy más orgullosa, lo pinté nada más llegar a Edimburgo. Y fue como una premonición, pues la oveja se parece mucho a Maggie.

—¿Maggie?

—Una oveja con la que tuve un pequeño accidente. Ese día conocí a Duncan.

Si eso molestó a William, no lo demostró.

—Me encantaría ver alguno de tus cuadros.

—Pues el de “oveja sobre fondo verde y azulado”, que voy a rebautizar como Maggie, es el único que está expuesto.

William pidió más información mientras se reía con Bel y su entusiasmo por pintar animales en lugares extraños o que significaban mucho para ella.

—Fue una exposición amateur, en una pequeña galería-café. En las afueras de Edimburgo... en el Royal-friki.

William rio, porque sabía dónde era.

—¡No! ¿En serio lo conoces?

—Sí, me encanta estar al tanto de todo lo que se refiere al arte en Gran Bretaña. Incluso en Francia. Dentro de un par de semanas tengo que volar a París, hay una convención de galeristas en un hotel de mi propiedad, y cada uno va a exponer una obra.

—¡París! Suena súper-mega emocionante.

William se contagió del entusiasmo de Bel y empezó a contarle todo lo que tenía previsto. Para cuando se dieron cuenta de que estaban muy lejos del castillo, ya era prácticamente medio día.

—Deberíamos volver —dijo ella.

William estuvo de acuerdo, pero siguió disfrutando de su compañía y conversación en el

camino de vuelta.

Cuando llegaron al castillo, William se disculpó porque tenía asuntos que atender. Pero no pasó mucho tiempo sola. Faltaba media hora para que sirviesen la comida, pero las chicas brilli-brilli con Edwin incluido, remoloneaban en el salón contiguo.

Taylor se aguantaba la cabeza cuando ella entró por la puerta. Extendió el brazo hacia el cielo en señal de saludo y al instante volvió a bajarlo. Se había puesto unas gafas de sol y un jersey amplio de lana de oveja. Unos vaqueros ajustados con varios rotos en las rodillas y unas botas de piel sintética de color negro. Samantha tenía mucho más glamour, como siempre, pero su aspecto no era el de la reina de la fiesta. Hablar con las plantas y colgarse de lámparas habían hecho mella en ella. Llevaba unas gafas de sol e intentaba sujetarse la cabeza que de seguro le iba a estallar en cualquier momento.

—¡Hola Bel, querida! —Edwin la saludó, con la característica dulzura de Marilyn Monroe en Con Faldas y a lo Loco.

—¿Has dormido bien? —preguntó, Taylor.

Bel asintió.

—Muy bien.

—¿Sola? —La voz de Samantha, por lo general potente y segura, sonó como un graznido de cuervo.

—¡Madre mía! Está fatal.

—Dejadme morir en paz.

Todos los presentes se rieron, incluso Bel, que la abrazó en un gesto de cariño.

—Nuestra pobre diva.

Edwin y Taylor se miraron entre sí.

—Bel, pensaba que después de estar en medio del fuego cruzado, tendrías el aspecto de una mujer que le ha pasado un tráiler por encima —apuntó, Taylor.

—Yo también pensaba eso —Sam se quitó las gafas de sol, y Bel gritó espantada.

—¿No te has desmaquillado?

—¿Para qué? ¿tengo que arreglarme para alguien en especial? Todos los invitados son mi familia, gays, o no me interesan.

—Espero estar en la última categoría —dijo Edwin, ofendido—. Aunque tampoco comprendo el motivo, la verdad. Bonita, soy un partidazo.

Samantha se lazó hacia el otro lado del sofá y ahora abrazó a Edwin.

—Tienes razón y ¿sabes qué? Por eso, a las cuatro de la tarde, vamos a ver todos los juegos que ha organizado el abuelo para festejar el cumpleaños de Marcus.

—¿Hay juegos? —preguntó Bel, intrigada.

—Tíos sudorosos, medio en pelotas, jugando a rugby —Taylor puso el pulgar hacia arriba, en señal de que aquello iba a ser todo un espectáculo.

—Duncan y Marcus participarán.

—¡Aaaah! —Edwin fingió un desmayo—. No se hable más, quiero ver eso. Sólo espero que William también participe. Si ponen a mi jefe y a ese hombre esculpido por Lucifer en bandos opuestos, tendremos unas visiones que nunca olvidaremos.

Bel recordó la tensión entre ambos y no podía estar más de acuerdo.

—Tú también podrías participar —Le dijo Taylor a Edwin.

Él sonrió.

—Soy gay, ¿recuerdas?

—Vaya gilipollez, como si los gays no participasen en los *highlands games*.

—A ver, vosotras también podríais...

—¡Ah! No —dijo Samantha—. Es nuestro privilegio ver hombres con las rodillas al aire y culos blancos. Ya nos bastó el haber tenido que perdernos la diversión durante siglos. ¡Que pringuen ellos!

Samantha sacó el programa que su propio abuelo había diseñado para esa tarde y se lo pasó a Edwin, que leyó en voz alta:

—Tirar de una cuerda... no, gracias. No es para mi y mis delicadas manos. —Bel se tapó la boca para no reír. Las demás intentaron contener la risa con distintos métodos—. Lanzamiento de tronco... Si reina, ahora me voy yo a poner a tirar troncos cual leñador de Ohio. ¡Ni hablar! Carreras de montaña, no me apetece vomitar lo que bebí anoche. Lanzamiento de martillo, no soy Thor, aunque ya me gustarían esos abdominales. Tendré que conformarme con ser Tony Stark.

—De autoestima vas sobrado.

Edwin fulminó a Taylor con la mirada.

—Ya le gustaría a ese amarse como yo me amo. Pero sigamos... Lanzamiento de piedra, eso se lo dejo a los trogloditas. Lanzamiento de fardo, paso, que me lleno de paja el traje de Armani. ¿Lanzamiento de haggis? Obviamente, NO.

—Veo que solo nos interesará el partido de rugby.

Después de echarse unas risas y picotear más que comer, las chicas salieron a ver lo que el abuelo había preparado. El señor del castillo estaba pletórico dando un discurso. Y en algún momento Bel pensó que gritaría: ¡QUE COMIENCEN LOS JUEGOS DEL HAMBRE! Pero no fue así. Aunque la rivalidad entre uno y otro equipo fue tal, que bien podría tratarse de una lucha a muerte.

—Marcus ha puesto a Duncan y a William en equipos contrarios... —dijo Taylor, al ver la alineación.

Marcus se había puesto con Duncan, así que quizás después de todo, no fuera tan amigo de William, pero al ver a esos dos hombres sudorosos darse la mano y abrazarse con el pecho desnudo, Bel pensó que el único que no le caía bien el inglés era a Duncan.

—Madre mía, me encanta este juego. ¿Llevan algo bajo el kilt? —La risita característica de Edwin llenó el ambiente de buen rollo— ¡Moveos! ¡Vamos!

Las chicas se partían de risa con Edwin, pero Bel no le escuchaba, estaba demasiado concentrada mirando a Duncan que, como el resto del equipo iba con el pecho al aire y moviéndose con agilidad sobre el campo improvisado. Pero cuando vio como William le quitaba el balón y corría hacia la línea de tanto, le animó con todas sus fuerzas.

—¡Vamos Will! —soltó, Bel.

Duncan, furioso, corrió más rápido hasta tirarse sobre él y rodar los dos por el suelo. Sus miradas asesinas hicieron que Edwin se tapara la cara.

—Es un partido amistoso, ¿no? Saldrán vivos, ¿verdad?

Taylor asintió, pero vio en su cara que no estaba muy segura de ello.

Una hora más tarde el partido terminó con un hombro dislocado, una ceja rota y tres labios partidos.

Bel sintió que se le saldría el corazón del pecho cuando los jugadores alineados tuvieron que tenderse la mano con deportividad. Por suerte, tanto William como Duncan fueron caballerosos y la cosa no fue a más que el lanzamiento de miradas asesinas.

Cuando Marcus se reunió con ellas, se fue directamente a Taylor, la alzó del suelo abrazándola

fuerte.

—¡Te odiooo...! Voy a tener que ducharme.

—¿No te gusta tu hombre sudoroso?

—Me gusta mi hombre limpio.

—Ven... —Marcus le susurró algo al oído y Taylor se rio, agarrándole la mano y tirando de él.

—Chicas, nos vemos luego.

Sam y Bel asintieron y Edwin también, consciente de que Taylor iba a ser muy feliz en la siguiente hora.

Bel dejó de mirar a sus amigos cuando Duncan pasó cerca de ella, en dirección al castillo.

Estaba súper sexy, lleno de barro hasta las orejas... A penas se distinguía un centímetro de piel sin mancha... no le importaría meterse en la ducha con él para dejarlo limpio y reluciente.

—Edwin llamando a Bel, Edwin llamando a Bel... por favor, salga de la órbita de Marte y vuelva a la Tierra.

Bel le dio un codazo.

—No sé qué insinúas.

Luego fue William quien entró en su campo de visión. Le dedicó una amplia sonrisa.

—Lo has hecho muy bien.

—He escuchado que me animabas.

Eso había hecho y por poco Duncan le arranca la cabeza.

—Por supuesto —De pronto, lo miró de arriba a bajo— Estás... —alzó una sola ceja—. Estás hecho una pena.

William se rio a carcajadas y fue la primera vez que Bel lo vio tan contento. Eso la hizo reír también a ella.

—Será mejor que me dé una ducha. Luego te buscaré para despedirme.

—¿Te vas?

—Por desgracia tengo que salir pronto hacia Londres. Trabajo —dijo esto último como si ya fuese un hábito.

—Si no te veo, ha sido un placer coincidir contigo.

—Seguro nos volvemos a ver. Pero si hoy no te encuentro para despedirme, te deseo una feliz estancia.

—Tendré una feliz estancia, no lo dudes.

Bel se dio la vuelta y vio a Duncan parado tras ella.

—¿De dónde sales?

Seguía tan sucio como William. No había entrado en el castillo para asearse, pues al ver que el inglés se acercaba a Bel, no pudo evitar cambiar el rumbo y reunirse con ellos. No quería que estuviesen a solas ni un segundo. No se fiaba de que William no la utilizara para vengarse de él.

—Puedes largarte, cuidaré muy bien de ella.

Duncan le pasó el brazo por encima del hombro a Bel y ella se revolvió. No por su olor a sudor, sino porque, claramente, estaba marcando territorio, un territorio que no le había dado permiso para entrar.

—No le hables así a William, ha sido muy amable conmigo.

—Seguramente quiere algo de ti.

Bel pateó el suelo con el pie derecho y apretó los puños.

—No puedo creer que digas eso.

—Déjalo —intervino William—, se cree que todos los hombres son como él.

—¿A caso no es llevártela a la cama lo que quieres?

Bel abrió la boca ofendidísima y alzó la mano para acallar la protesta de William.

—Y si así fuese, ¿a ti que narices te importa? —soltó Bel, indignada—. Duncan McDowell, eres un déspota insoportable.

—Solo protejo tu honor.

Ella se quedó sin palabras. ¡Estaban en el siglo XXI!

—¿Y tú tienes la cara dura de hablar de honor? —dijo William, incrédulo.

—¿Tienes algo que decirme, inglés? —Soltó Duncan—. Eres un desgraciado que solo piensa en vengarse de mí.

—No lo negaré ni por un instante.

—¿Y dime, Will, en esa honorable y merecida venganza entra el seducir a mi única debilidad?

—¿Cómo te atreves, McDowell? —Will estaba indignadísimo.

—No sé que está pasando aquí —Bel se puso en medio de los dos—, pero esto se acabó. Será mejor que lo dejéis. No quiero que le amarguéis el cumpleaños a Marcus, ni os avergoncéis más. Si tenéis asuntos que resolver, hacedlo sin meter en medio a los demás.

Tanto Will como Duncan estaban enfadados y ofendidos, pero Bel no iba a seguir aguantando sus peleas de críos.

—Aquí os quedáis.

Dicho esto, se fue andando a gran velocidad. No pensaba quedarse ahí ni un minuto más.

CAPITULO 19

Perdida en las Highlands

Todo hubiese sido genial, si no se hubiera perdido otra vez en medio de las Highlands.

—¿Por qué demonios me tiene que pasar esto a mí? —Bel pateó el suelo y estuvo a punto de llorar cuando vio que el sol se ocultaba, y lo que había sido un maravilloso día soleado, se había transformado en una tarde que anunciaba una noche de tormenta. Por el este se avecinaban nubarrones negros y no estaba muy segura de poder llegar al castillo antes de que éstas descargaran el agua sobre ella.

Siguió andando por el bosque, y casi grita de alivio al toparse con una carretera lo bastante generosa como para que pasara un camión.

Seguramente alguien pasaría y podría pedir ayuda.

Se había perdido en realidad, pero no estaba dispuesta a reconocerlo. Sólo se había despistado un poco. Y... no encontraba el camino de vuelta.

Así mismo, empezaba a ponerse nerviosa, ¿y si se ponía a llover? La cosa no tenía pinta de permitirle llegar para la cena. Pero por suerte, alguien la echaría de menos e iría a buscarla. O esa era su esperanza.

Se palpó el bolsillo trasero y volvió a sacar el móvil. Apuntó con él al cielo, pero... sin cobertura. Estaba a punto de llorar.

Volvió a meterse el teléfono en el bolsillo, y se sentó en una piedra del camino, bajo un árbol. Mientras no hubiese tormenta no tenía de qué preocuparse. No iba a partirle un rayo, ¿verdad?.

Se abrazó a sí misma. Sin andar, empezaba a tener un frío de la leche, pero le dolían los pies y necesitaba un descanso.

No tardó en seguir rumiando sobre el “Señor de las Highlands”. “Mi única debilidad” Le había escuchado decir. Bel metió la cabeza entre sus manos. ¿En serio era su única debilidad? ¿Empezaba a sentir algo por ella? Estaba claro que la deseaba, pero... ¿Le gustaba para algo más que sexo espontáneo?

Bel, por muchas vueltas que le diera al coco, no era capaz de comprender su forma de actuar. Odiaba a William, eso estaba claro, pero ¿había dicho eso para que el inglés lo escuchara y hacerle rabiarse, o realmente estaba preocupado porque William la lastimara?

Su highlander cabezota...

Duncan se comportaba de forma fría y despiadada con todo el mundo, era tosco, de pocas palabras y miradas intensas. Pero, cuando Maggie había parido, él la había ayudado con tanta dulzura... Y cuando habían hecho el amor en la granja, aquella noche de tormenta, él... había sido tan... dulce e intenso, al mismo tiempo...

¡Mierda, Bel! ¿Quieres dejar de pensar en él? ¡Eso no se va a repetir!

¿Era eso lo que realmente quería?

Se mordió el labio inferior.

Jolines, es que... se sentía tan insegura con ese Duncan de traje caro y mirada despiadada... Ella quería al Duncan esquilador de ovejas, el que parecía sacado de un pesquero de atunes, después de faenar dos meses en alta mar. El que se ensuciaba los calcetines con boñiga de vaca. Echaba de menos a ese hombre, que le había hecho el amor frente a la chimenea. A pesar de ser la primera vez juntos, había sentido tantas cosas... Habían congeniado tan bien.

Luego, la cosa había cambiado. ¡Dos mil libras! ¿Qué coño había querido decirle con las dos

mil libras, si no era para pagar sus servicios? ¡Bel apretó los puños y se puso a patalear!

Él era desconcertante. Su forma de actuar, era desconcertante. Una vez más pensó que había encontrado a su esquilador en la fiesta, cuando volvió a perderse en esos ojos tan, tan, tan bonitos, azules, eléctricos, que la miraron como si el mundo estuviese a punto de acabar... La había llevado a pasear por el castillo y había vuelto a ver esa preciosa sonrisa, su risa grave y que parecía tan sincera... Y después...

Oh, después... él había peleado con Will, le había dicho que ella era su único punto débil...

¡Es un puto tarado! ¡Eso es lo que es!

Bel se puso en pie con ánimos renovados, y empezó a caminar sin un rumbo fijo. Volvió a mirar el teléfono, y vio que no tenía cobertura, además, tenía un dos por ciento de batería.

—*Molt bé, noia ximple*². Ya has vuelto a perderte en la tierra del señor de las highlands... — pensó, en voz alta.

Pero no servía de nada lamentarse, no iba a dejar de estar perdida por eso, así que siguió caminando mientras imitaba la voz de Dory, de la película Buscando a Nemo:

—Sigue andando. Sigue, andando. Sigue andando, andando andandoooooo...

Siguió caminando durante una hora más y, al ver que la oscuridad hacía imposible ver el horizonte, y como ya sabía que estaba sola como una rata, empezó a llorar a moco tendido.

Se sentó bajo un árbol y siguió llorando hasta que... reconoció el lugar.

Era exactamente el mismo lugar donde se había estampado con Manolo y había atropellado a Maggie.

Maggie... Por cierto, ¿cómo estaría? ¿y Bolita de Algodón?

Bel se encogió de hombros y sonrió, feliz.

—¡Al buen tiempo, buena cara, Bel! —soltó, mientras hacía una posturita a lo *Power Rangers* — ¡Vamos a ver a la mamá oveja, solo tienes que seguir la carretera, ya te sabes el camino! ¿No?

Por supuesto que no estaba nada segura de poder encontrarlo, pero no había dado muchas vueltas en la furgoneta de Duncan, así que seguramente daría con la casa de la señora O'Callaghan, donde estaría la chimenea encendida, y un buen plato caliente sobre la mesa para ella.

Pero el universo no se puso de su parte, para variar.

Y empezó a llover.

—¡Mierda fritaaaaaaa!

Y, como si el puto destino se estuviese riendo de ella, apareció la apestosa *pickup* del esquilador de ovejas.

—¡No me lo puedo creer!

Cuando vio a Bel, el corazón de Duncan empezó a latir de nuevo.

Cerró los ojos por un segundo y golpeó el volante. ¿Qué demonios se creía que hacía esa mujer? ¿Cuántas horas habría andando hasta llegar hasta allí?

Duncan frenó la furgoneta a la altura de Bel, que se abrazaba tiritando de frío. El alivio al verla en esas condiciones le duró poco, y una inmensa rabia afloró. Detuvo la camioneta y salió hecho una furia.

En la soledad del páramo solo se escuchó el portazo de la furgoneta y un gruñido de Duncan que pareció sobrenatural.

—¡Maldita loca zarrapastrosa! —le gritó a Bel, al tiempo que se iba acercando a ella con grandes zancadas.

—¡Oye! —exclamó, ofendida.

—¿¡Qué!?!—Duncan estaba fuera de sí. Muerto de preocupación.

—¿De qué vas? —Se enfadó ella— ¡Tú eres el loco! ¡Y el zarrapastroso! —señaló sus calcetines a cuadros por encima del pantalón—. Has vuelto a vestirte de esquilador.

—Quizás porque he tenido que meterme en el bosque y buscarte por todas partes. Hasta en una granja de cerdos. ¡Pensé que te habían devorado y escupido los dientes!

—Tampoco habrían tenido tanto tiempo para devorarme... —dijo Bel, con la boca pequeña.

Él ignoró eso, y la agarró del brazo. Sin mediar respuesta, la arrastró, literalmente, hasta la camioneta.

Cuando estuvieron dentro, la miró, furioso.

—¿Tienes idea de lo que has hecho?

—Me he perdido, es cierto.

—¿Sabes la que has liado? ¡Hemos llamado a la policía! ¡Llevan toda la tarde buscándote!

—Oye, que solo fui a dar un paseo y me perdí. ¿Es eso un delito?

—Mierda, Elizabeth...

Bel miró a Duncan, que había apoyado la cabeza en el volante. Parecía realmente exhausto y... aliviado.

Su mano voló al hombro de Duncan y lo apretó con cariño.

—Estoy bien.

—¡Por poco me muero, pensando que te había pasado algo!

Eso la dejó sin palabras.

Joooo, ¿por poco se muere de la preocupación?

—Pues qué lástima... —fue lo único que se atrevió a decir Bel, y de inmediato se arrepintió, porque él la miró con esos ojos brillantes de preocupación.

—Eres una irresponsable y una egoísta. No debería haberme preocupado por ti.

Duncan arrancó el vehículo.

Bel quiso decirle que lo sentía, que había sido todo un detalle que se preocupara y fuera a buscarla, pero estaba avergonzada y solo agachó la cabeza.

Llegaron a la granja familiar en silencio. Los O'Callaghan no estaban, habían ido a pasar el fin de semana a Londres.

—¡Baja!

Duncan salió del coche, pasó por delante de la camioneta y al ver que Bel no bajaba, le abrió la puerta y le gritó.

—¡Baja y métete en casa! ¡Y date una ducha, si no quieres pillar una neumonía!

—¿Y a ti qué narices te pasa? —se quejó ella, al borde de las lágrimas— ¿Qué demonios te importa?

Duncan apretó los dientes y aunque había jurado contenerse, le fue imposible.

—¡Me importa! ¡Maldita sea! —bramó el highlander, mientras la lluvia caía sobre él.

Joder, Duncan...

No tuvo tiempo de replica, pues él la tomó de la mano y la llevó hasta la casa.

La chimenea estaba apagada, pero cuando le soltó la mano, empezó a preparar el hogar.

¿Por qué tienes que ser tan jodidamente sexy cuando estás empapado y me dices que te importo?

Como Bel ya se sabía el camino, subió las escaleras y entró en la habitación en busca de toallas. No solo ella estaba empapada, sino que Duncan debía también estar pasándolo mal. Le cubrió la chaqueta mojada con la toalla.

—Será mejor que te seques.

—Ve a darte una ducha mientras yo termino aquí —le dijo él, sin apenas emoción en la voz. Bel sabía que se estaba conteniendo.

Pero no quiso rechistar. Se dio una ducha de agua caliente, hasta que sintió que el frío abandonaba su cuerpo.

Por su parte, Duncan se metió en la cocina y caminó hasta el teléfono fijo. Con la tormenta, su móvil también se había quedado sin cobertura. Logró llamar a Marcus y le dijo dónde estaban.

—Sí —informó—, la muy irresponsable estaba perdida, caminando por la carretera que va a la granja.

—Menos mal, se lo diré a Taylor y a los demás. Están muertos de preocupación.

—¡Voy a cargarme a esa zorra! —escuchó a Edwin, que gritaba de fondo.

—Diles que se tranquilicen. Estamos bien, pasaremos la noche en la granja de la señora O'Callaghan.

Marcus estuvo de acuerdo y, como el ambiente no estaba para bromas, no hizo ninguna. Solo añadió:

—Espero que arregléis las cosas.

Duncan aún estaba con el teléfono en la mano cuando Bel entró en la cocina. Al verla, colgó y se sentó en una silla. Se llevó las manos a la cabeza, se apartó el pelo de la cara, y el agua le chorreó por el cuello, pero le dio igual.

—Debes ir a ducharte tú también, o cogerás una pulmonía.

Él se la quedó mirando.

Estaba desconcertado. Y aterrado, a partes iguales. Y ahora ya no era por el miedo a no encontrarla en medio de la oscuridad, sino por lo que sentía por ella.

Joder, había tenido tanto miedo a perderla... Si le hubiese sucedido algo, habría sido por su culpa. Porque se había marchado tras la discusión con Will. Una discusión que él no debería haber provocado.

Pero cuando la había visto caminando por esa carretera bajo la lluvia, Dios... De nuevo, todo a su alrededor había cobrado sentido. ¡Incluso le habían entrado ganas de llorar de puro alivio! Joder, ¿qué cojones le estaba pasando?

Estás enamorado. La quieres, y solo la has visto cuatro veces en tu vida. ¡Eres un jodido imbécil, Duncan!

—¿Duncan? —escuchó la voz de Bel, que se había acercado a él.

El corazón le dio un vuelco al verla tan cerca. Eso lo cabreó.

—¡Qué! —bramó.

Bel se encogió. Pero no se dejó achantar.

—Ve a ducharte. Cuando acabes podremos cenar y luego ir a ver a Bolita de Algodón —Lo dijo con toda la inocencia del mundo, como una niña que pide su regalo de Navidad.

—Joder Bel... eres única.

Duncan hundió los hombros. Y se dejó convencer.

En menos de media hora, reapareció en la cocina, duchado, con un jersey de lana blanco y unos vaqueros. Se secaba el pelo con una toalla y Bel tuvo que apartar la vista para no sonrojarse. Estaba realmente sexy.

—¿Qué haces?

—La cena.

De algún modo, Bel había encontrado macarrones, y botes de tomate en conserva, pimienta, sal, margarina vegetal, y hasta picó una cebolla que le hizo volver a llorar.

—Siéntate.

Duncan ya no quiso discutir más por ese día y se sentó a la mesa. Sonrió, muy a su pesar, cuando Bel puso el plato frente a él. Lo probó con cuidado y se sorprendió de lo bueno que estaba.

—Muchas gracias —le dijo Bel, cuando se sentó frente a él.

—Eres tú quien ha hecho la cena.

—Sí, pero tu me has salvado la vida —Se quedaron mirándose a los ojos un largo tiempo, hasta que Bel volvió a hablar—. Soy consciente de que me hubiese congelado allí fuera, y que era probable de que me hubiese vuelto a perder.

Duncan tragó saliva.

—Nunca vuelvas a dejarme así.

No lo dijo con un tono enojado, sino con un dolor que a Bel le llegó al corazón.

—De acuerdo.

—Ahora quiero ver a Bolita de Algodón y a Maggie.

Duncan estaba bebiendo agua después de la cena y casi se atraganta.

Él alzó la vista, y la miró, como si no acabase de creerse que la tonta del bote acabara de decir eso.

—¡Está lloviendo a mares!

—Por un poco más que me moje, digo yo que no pasará nad...

—¡No vas a salir con la que está cayendo, Elizabeth!

Duncan le sostuvo la mirada y ella apretaba los labios de una manera muy cómica. Finalmente, él cerró los ojos.

—Vas a esperar a que me duerma para salir, ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Por qué no me extraña?

Bel se encogió de hombros y en sus labios afloró de nuevo una gran sonrisa.

Entonces, echó a correr como si estuviesen jugando al pilla-pilla.

—¡Bel!

Pero ella no estaba dispuesta a que él la atrapara. Abrió la puerta de la casa y salió fuera.

—¡Virgen Santa, dame paciencia! —clamó, Duncan, antes de ir tras ella.

CAPÍTULO 20

¿Qué tendrán las noches de tormenta?

—¡Elizabeth!

Duncan la vio frente a la puerta abierta del granero. Estaba lloviendo a mares, pero no habían caído muchos rayos, por lo que supuso que lo que había paralizado a Bel delante de la puerta había sido otra cosa.

Bel no podía reaccionar. La lluvia caía sobre ella. Tenía los puños apretados, temblaba. Mantenía los ojos muy abiertos.

Frente a ella estaba Manolo. En el interior del granero. Rodeado de paja. La carrocería no tenía ni un solo rasguño, y el rojo del coche estaba reluciente, recién encerado. Un lazo gigante de raso y de color verde lo envolvía.

Le entraron ganas de llorar y sorbió por la nariz.

Cuando Duncan llegó junto a ella, la tomó del brazo y dieron un par de pasos, dejando fuera la tormenta.

Los ojos de Bel no podían apartarse de Manolo.

—¿Dónde están Maggie y Bolita de Algodón? —su voz carecía de emoción, pero fue lo único que se atrevió a decir.

—La señora O'Callaghan ha hecho *haggis*.

Estaba tan impresionada, y tan desconcertada, que no se podía creer lo que estaba viendo. ¡Su Manolo estaba ahí!

Entonces parpadeó.

—Mentiroso. No ha hecho *haggis* —sollozó, Bel.

Duncan fue a abrazarla.

—¡Claro que no!

Pero lo que él no sabía era que Bel no lloraba porque se hubiese creído que habían sacrificado a Maggie y su Bolita de Algodón, sino porque el supervillano y archienemigo le había arreglado el coche y le había puesto un lazo. ¿Por qué? ¿Acaso no era el hombre más insensible del planeta?

Miró a Duncan con las lágrimas resbalando por sus mejillas.

Él sonrió y le acarició ambas mejillas con las palmas de las manos. Enmarcó su rostro y le sonrió.

—No llores. Están con las demás ovejas, en el campo.

Bel asintió, pero enseguida parpadeó para despejar sus lágrimas.

—¿Con la que está cayendo? —preguntó Bel, indignada —¡Bolita de Algodón tendrá frío y Maggie débil, tiene la patita rota!

Duncan sonrió.

Esa jovencita no tenía la menor idea de lo que era la vida de campo, era una chica de ciudad sin manual de instrucciones. Pero eso a él le producía una inmensa ternura. Era dulce, inocente y buena. Así que decidió dejarse de rodeos, e ir al grano, antes de que alguien los interrumpiese otra vez, o hubiese un terremoto, o cayese una bomba nuclear...

Sin apartar la mano de la suya, se acercó aún más a ella.

—¿Hay algo más que quieras preguntar?

Bel, ante las palabras de Duncan, elevó un brazo y su dedo índice señaló a Manolo.

Él sonrió, encogiéndose de hombros.

—Las dos mil libras te las dejé sobre la mesilla de noche, y llevaban una nota.

Ella parpadeó.

—¿Qué? ¡No la vi! —exclamó, incrédula— ¿Qué decía la nota?

—Un par de cosas.

Ella le golpeó en el pecho.

—¡Ay!

—No es el momento de hacerte el interesante, señor McDowell.

—Está bien —sonrió, al verla tan enfurruñada—. La nota decía que lamentaba tener que irme por una urgencia y entre otras cosas que... las dos mil libras eran para que pudieses reparar a Manolo.

Se hizo el silencio mientras Bel asimilaba todo lo que significaba aquello.

—Tuve que marcharme por asuntos personales y por eso no me despedí. Dormías tan profundamente... Por supuesto, te dejé mi número de teléfono...

—¡No! —Bel se tapó la cara, horrorizada.

—Sí. Y obviamente, expresé un sincero deseo de volver a verte.

—Oh... ¡Soy la peor persona del mundo! —Bel se mordió el labio inferior y Duncan resopló.

—No lo eres... y no hagas eso —esta vez su voz no sonó a orden, sino a súplica.

—¿Que no haga el qué?

Suspiró.

—Da igual.

Se hizo el silencio entre ambos. Bel solo podía escuchar el latido de su corazón y la lluvia, aunque... de pronto sonó un trueno y Bel se precipitó en los brazos de Duncan.

—Como en las películas —dijo Duncan.

La abrazó con fuerza. Bel había buscado refugio entre sus brazos y él la meció tiernamente. Si Edwin le viera... Sonrió y después besó su coronilla. Le encantaba el olor de su pelo. No supo cuantos minutos estuvieron así, pero sonó otro trueno y Bel lo abrazó con más fuerza, tensándose de nuevo.

—¿Tienes miedo?

Él se llevó una mano de Bel a los labios y se la besó con delicadeza.

Notó como ella temblaba y supuso que era a causa de la lluvia que había caído sobre ellos.

—No tengo miedo si estás conmigo, Duncan.

Eso fue más de lo que él pudo soportar. La envolvió de nuevo entre sus brazos y la besó sin reservas.

No fue un beso urgente, empezó tierno... sensual. La sintió gemir contra su boca. Se había puesto de puntillas para poder acceder mejor a ella.

Las manos de Bel cobraron vida, lo asió por las solapas de la chaqueta y tiró con fuerza hacia abajo. Quería sentir no solo su boca, sino su cuerpo contra ella, dándole calor.

—Te vas a enfriar —dijo, en un tono jadeante—. Estás empapada.

—No tiemblo de frío —le confesó ella—. Pero sí... —le dio otro beso en los labios—, vamos... quiero que vuelvas a hacerme el amor delante de la chimenea.

Eso fue más que suficiente para que Duncan perdiera el control.

Volvió a besarla, pero esta vez con urgencia, como si fuese la primera vez que deseaba tanto a alguien. Había estado con muchas mujeres en su vida y no podía decir que en sus relaciones faltara pasión, pero... ninguna era Bel. Ella era especial, adictiva.

Sus labios sabían a fresas y su aliento a menta.

Cada vez que gemía contra sus labios, Duncan escuchaba el latido de su corazón en los oídos.

Ella lo dejaba sordo para escuchar nada más, y ciego para ver a nadie que no fuese ella. Se movía con su inocente sensualidad.

—Me vuelves loco, Elizabeth.

Notó como ella sonreía contra sus labios. Luego saltó sobre él y enroscó sus piernas en su cintura. Era tan pequeña, de una apariencia tan frágil... qué equivocado había estado la primera vez que la vio. Bel era fuerte, un vendaval, pura energía.

—Te deseo, Duncan...

Y él a ella.

No se creía capaz de llegar hasta la casa y hacerle el amor delante de la chimenea. Empezó a andar hasta que sus cuerpos chocaron con una pila de paja.

Sin mediar palabra, Duncan se inclinó sobre las dos balas de paja y el cuerpo de Bel quedó reclinado sobre ellas. Él la cubrió con su inmenso cuerpo.

—Duncan —gimió su nombre contra su boca.

—¿Qué?

—Ya no tengo frío.

Ambos se rieron, y el highlander volvió a besarla mientras, con las manos, le acariciaba las mejillas. Su cara estaba hecha un desastre, restos de rímel y lápiz de ojos dibujaban líneas, causadas por la lluvia y las lágrimas.

—¿De qué te ríes? —preguntó Bel, al escuchar el tintineo de su risa.

Él negó con la cabeza.

—De nada. Eres preciosa.

Mientras, hizo que sus labios descendieran por el rostro de Bel hasta el cuello, sus manos tampoco se quedaron quietas. Fueron descendiendo hasta la cintura, dónde le alzó el jersey.

Bel contuvo el aliento al sentir el frío que reinaba en el granero, y Duncan gimió al ver sus pezones erectos. Estaban ahí, suplicando que los acariciara... que los besara.

Bel no llevaba sujetador, no lo necesitaba, sus pechos eran pequeños, y eso le resultó tremendamente sensual.

—Tienes unos pechos preciosos.

Ella soltó una risita y se los tapó.

—¿Qué haces? ¿Por qué te cubres?

—Si parecen mandarinas...

Él soltó una carcajada.

—Me encantan las mandarinas.

—Tonto... —Bel se puso roja como un tomate y se mordió el labio inferior. Duncan cambió de súbito la expresión. La miró como el lobo feroz miraría a caperucita.

—Pienso darme un buen festín.

Le sacó la prenda por la cabeza. Y enseguida hizo descender su cabeza para besárselos con pasión.

Bel arqueó la espalda e intentó tomar aire con la boca abierta, soltando unos jadeos eróticos que iban al compás de los lametones y las succiones de Duncan. De pronto, sintió como sus manos y dedos ocupaban el lugar de su boca y lengua. Sintió como la pellizcaba, como tiraba de ellos. Por un instante Bel creyó que se correría sin que apenas la tocara en ningún otro sitio.

—¿Te gusta?

Ella jadeó de nuevo. Intentaba hablar, pero no podía.

Lo que sentía era demasiado intenso.

Cuando hubo terminado con los pechos. Duncan supo que aún quedaban muchos más lugares de

Bel que quería saborear. Con ambas manos colocadas a cada lado de su cintura, empezó a descender, repartiendo besos por la blanca y fina piel. Se detuvo en el piercing, y notó como ella se arqueaba y hundía los dedos en su melena.

—Voy a comerte entera —dijo, mientras le desabrochaba los vaqueros, manchados de barro, lluvia—, pero antes voy a desenvolver este bombón...

Bel rio hasta el instante en que él le besó el pubis. Contuvo el aliento.

—Espera —dijo.

—¿Por qué?

—Quiero que tú también te desnudes —sonrió pícara, pues eso de dar ella las órdenes empezaba a gustarle.

Él la miró con intensidad. Y sin apartar los ojos de los suyos, sonrió. Esa sonrisa lobuna que seguro hacía temblar a más de uno de sus inversionistas.

Duncan empezó a quitarse la chaqueta de cuero. Bel se sentó, y lo miró con su cara de gata, dispuesta a darse un festín. Ese hombre era un Dios de la belleza, un auténtico highlander de novela romántica.

De su pelo mojado caían gotas de agua que se deslizaban por su cuello y hombros. Él, poco a poco y sin apartar la mirada azul de ella, empezó a desabrocharse la camisa, botón a botón, muy lentamente.

Mientras su imponente pecho, cubierto por un vello rojizo y sensual, iba descubriéndose ante ella, Bel no pudo evitar morderse el labio. En ese momento Duncan paró todo movimiento y su expresión se volvió hambrienta.

—No pares.

Él se acercó de nuevo a ella, inclinándose y haciendo que la espalda de Bel volviera a posarse sobre las balas de paja.

—Dilo otra vez.

—No pares.

Duncan jamás la había mirado con tanta hambre.

—Eso es lo que quiero que me digas cuando esté dentro de ti.

La piel de Bel pareció arder en combustión espontánea. Se puso roja y de pronto los truenos ya no la asustaban y el frío que reinaba, no la afectaba para nada.

Con unos movimientos enérgicos, Duncan acabó de arrancarse la ropa. Se quitó la camisa al completo y el impresionante torso del highlander quedó al descubierto. Parecía esculpido por un maestro renacentista, era increíblemente perfecto. Anchos bíceps, poderosos hombros, marcados pectorales y...

—¡Oh, Dios bendito! —soltó Bel, cuando él se hubo deshecho de los pantalones y ropa interior.

Bel no podía apartar la mirada de su perfecta erección.

—¿Te gusta lo que ves, pequeña *sassunach*?

—Oh... sí. —A Bel se le entrecortó la voz.

Bel estiró la mano, algo tímida, pero dispuesta a tocar esa piel satinada.

Lo deseaba como nunca había deseado a un hombre. Tenía que hacerlo suyo, poseerlo... Se moría por saborearlo, metérselo en la boca y...

Los pensamientos dieron paso al acto y, sin mediar palabra, se deslizó por encima de la superficie de paja hasta quedar de rodillas ante él.

—¿Vas a hacer lo que creo que vas a hacer?

Bel sonrió sin responderle, pero cuando empezó a lamer el glande, la respuesta fue más que clara.

—Sssí... ya... ya veo que lo vas... a hacer.

Notó como el poderoso highlander se tensaba y lo escuchó gruñir. Bel miró hacia arriba y vio la expresión extasiada de Duncan, mirando al techo del granero, tensando los músculos de sus brazos cada vez que apretaba los puños. Las manos de él avanzaron hacia su cabeza, como si quisieran tocarla, hacer que siguiera el ritmo que él deseaba. Pero no la tocó. Lo que ella le hacía con la boca, era perfecto.

—Dios mío, nena.

Su voz gutural y llena de deseo la excitó.

Succionó con más fuerza. Luego pausaba el ritmo para retirarse lentamente y lamerlo de arriba a bajo. Se lo metía en la boca y succionaba, de nuevo despacio, luego con más ánimo.

Al sentir que él contenía el aliento con los puños apretados, se sintió realmente poderosa. Duncan rechinó los dientes.

—Me vas a matar...

Ella no respondió, pero lo miró a los ojos de forma tan sensual que Duncan estuvo a punto de correrse.

—Para... —pidió él, sin demasiada convicción— ¡Oh, Dios! Para.

Bel no obedeció, ahora era ella quien llevaba las riendas de la situación. No iba a detenerse hasta que él estuviese a punto de correrse...

Y eso hizo, lamió, chupó, trazó sensuales círculos por ese perfecto glande.

El miembro palpitaba, estaba más duro que una piedra, todo su perfecto cuerpo vibraba como las cuerdas de un violín. Lo tenía a su merced, y eso la ponía muy cachonda.

—No... espera. —Duncan la miró directamente a los ojos y agarró la nuca de Bel— Para.

Duncan ejerció fuerza sobre su cuello, no la dejó avanzar y se quedó de rodillas ante él viendo como cerraba los ojos y luchaba contra el orgasmo.

Pasaron los segundos y, con la misma mano que sujetaba su nuca, él tiró de ella y se apoderó de sus labios en un beso apasionado que hizo que las rodillas se le doblaran.

—Has sido terriblemente mala, Elizabeth.

Ella rio y hasta ronroneó, satisfecha por sus palabras.

—¿Y vas a castigarme?

Duncan sonrió.

—No, voy a recompensarte.

La giró, al darse la vuelta, el pecho de Duncan se apretó contra su espalda. Y una mano del highlander la sujetó del cuello, mientras la otra descendía sobre sus pechos, su abdomen... hasta llegar a su objetivo. Un dedo se introdujo en ella y el instinto de Bel fue doblarse en dos a causa del placer. Sus manos se apoyaron contra las balas de paja y Duncan le hizo avanzar un paso.

Le abrió las piernas sin demasiada delicadeza y eso la excitó aún más.

—Dime cuánto lo deseas.

Bel rio.

—Dilo.

—Mucho... —gimió, al sentir como la polla de Duncan acariciaba sus nalgas, para luego avanzar hacia la hendidura mojada y estrecha, que iba ensanchándose a medida que avanzaba su miembro— Duncan...

—Dime.

—Me estás matando.

Los labios de él le besaron el cuello, mientras su mano fuerte seguía ahí, impidiendo que ella se inclinara del todo hacia delante.

—Voy a hacer que te corras Bel. Vas a correrte como nunca antes.

Ella hubiese jurado sin que él lo dijera, que eso iba a ser exactamente lo que pasaría.

Sintió como la penetraba despacio. Las paredes de su sexo se abrieron para él, y cuando estuvo totalmente dentro, a Bel se le olvidó hasta respirar. Pero eso no fue nada comparado con lo que vino después. Duncan se retiró de su interior, para volver a entrar. Y lo hizo con fuerza y seguridad.

Bel gritó y sus puños se cerraron sobre la paja cuando Duncan volvió a embestir una y otra vez.

—Duncan...

—Ponte de rodillas —la cortó él.

La ayudó a ponerse sobre las balas de paja y Bel quedó a cuatro patas, totalmente expuesta para él. Sintió la fuerte mano de Duncan en su cadera, que tiraba de ella hacia atrás con cada envite.

Aumentó el ritmo hasta hacerlo frenético.

—Voy... me... me voy a correr.

—Esa es la idea —Duncan gimió de una manera muy erótica. Aunque estuviera controlando la situación, no lo podría seguir haciendo por mucho tiempo. Lo supo cuando Bel se retorció. El orgasmo fue fulminante, sintió como su vientre se tensaba y estallaba en mil pedazos. Duncan siguió bombeando en su interior, muy consciente de los espasmos de Bel, que envolvían su polla y lo hacían apretar los dientes. Él también iba a correrse, y lo hizo cuando los brazos de Bel le fallaron y acabó tumbada sobre la bala de paja. Quedó exhausta mientras Duncan salió de su interior y esparció su semilla por encima de sus niveos muslos.

Se tumbó a su lado. Bel lo miró mientras él le limpiaba su esencia de sus nalgas, con un pañuelo.

Metió su rostro en el hueco de su cuello y sonrió.

—Tenemos que ducharnos, u oleremos a estiércol de caballo.

—Esas palabras son las que una dama desea escuchar, después de que un caballero la haya montado a conciencia.

Él la besó en los labios y el sexo de Bel volvió a palpitar.

—No soy un caballero, y quiero volver a demostrártelo.

Esa promesa fue más que suficiente para que Bel se vistiera a toda prisa y corriera de la mano de Duncan hacia la ducha.

CAPÍTULO 21

¡Mi novio es un highlander!

El sexo en la ducha había sido genial, pero nada comparado con montar sobre Duncan frente a la chimenea.

Bel galopó sobre él como una valquiria.

Duncan movía las caderas al ritmo que ella marcaba, le encantaba el sexo con ella.

Con las manos le agarró las nalgas para apretarla más contra sí. No estaba lo suficientemente dentro de ella.

—Dios —gimió—, viviría entre tus piernas.

Bel rio, acariciando su torso desnudo. Las llamas de la chimenea le daban un aura sobrenatural. Parecía un guerrero de otros tiempos.

Bel se echó hacia atrás, posando las palmas de sus manos sobre las rodillas de Duncan. Movía las caderas adelante y atrás. Sus preciosos y pequeños senos se movían con cada golpe de cadera y su perfecta melena de color azabache desprendía gotitas de agua, todavía húmeda por la ducha.

Duncan deslizó las manos por la cintura y empezó a ascender hasta alcanzar los senos. Los pezones estaban duros, y los pellizcó a ambos al mismo tiempo.

—¡Oh!

Él soltó una carcajada.

—¿Te gusta?

Ahora la que rio fue ella.

—¿Hay algo de lo que me haces que no me gusta?

En ese momento, los labios de Elizabeth expulsaron un gritito encantador cuando la pellizcó más fuerte.

—¿Qué es lo que más te ha gustado?

Ella lo miró con los ojos entrecerrados por el placer, a través de sus espesas pestañas.

—Esto me gusta mucho.

Duncan volvió a pellizcarle otra vez el pezón y ella se arqueó todavía más.

—Sí —quedó con la boca abierta.

Duncan no podría aguantar mucho más si ella seguía haciendo eso. Se incorporó para poder abrazarla y la besó apasionadamente. Aumentó el ritmo de sus embestidas y ella le mordió el hombro.

Estaba a punto de correrse, cada vez la tenía más dura, y el interior de Bel era suave, y sus paredes vaginales se contraían de la excitación.

—Joder Elizabeth...

Ella gemía a cada movimiento que hacía, y para él eso era música para los oídos.

—Me voy a correr, nena.

—¡Y yo! —gimió Bel— ¡Ah! ¡Duncan! Sí, sí.

—Oh, nena... Dios...

Duncan hacía todo lo posible para no correrse antes que ella, pero le estaba resultando una tarea hercúlea.

No sabía si podría aguantarse. Por fortuna, ella se corrió al tiempo que pronunciaba su nombre. Disminuyó el ritmo a medida que las oleadas de placer bajaban de intensidad.

Bel empezó a moverse con lentitud, pero Duncan seguía pensando que moriría de un momento a

otro, jamás había sentido un placer tan tortuoso, que le impidiese el orgasmo.

Entonces, Elizabeth se deslizó sobre él y, sin dejar de mover las caderas, empezó a comerle la boca de tal forma que todo el cuerpo del highlander se tensó.

—Eres maravilloso.

Bel lamía los labios de ese highlander como si estuviese comiéndose el helado más rico del mundo. Con la punta de la lengua acariciaba el labio inferior de Duncan, luego se lo mordía, le metía la lengua, y jugaba con la suya para después volverle a morder el labio. Él se habría muerto de placer en ese mismo instante, si no fuese porque Bel aumentó el ritmo de repente.

—¿Qué haces? —preguntó él, sintiendo que volvía a perder el control.

—Hacer que te corras —respondió ella, con una sonrisa—. ¿Acaso voy a ser la única en disfrutar del sexo contigo?

Dios... ¿como podía decirle que nunca había disfrutado tanto con nadie?

—Ven aquí, y déjame acabar a mi manera, si es lo que quieres.

Duncan la abrazó, con ella aún a horcajadas sobre él y le dio la vuelta, tirándola sobre la manta que tenían en el suelo, frente a la chimenea.

—Elisabeth...

—Duncan...

Él la besó en el cuello y gruñó, mientras empezaba a moverse de nuevo. Bel cruzó las piernas a la altura de los tobillos y lo abrazó con fuerza. Pero los embates de Duncan eran tan intensos que se sintió como una muñeca desmadejada. Tuvo que abrir más las piernas para dejarle entrar hasta el fondo, como él quería.

A pesar de la noche de sexo, Duncan seguía duro como una piedra y ella tan mojada que...

—Me encanta como te mueves —le susurró al oído—, lo sexy que eres, y... tus grititos. ¡Dios! Me encanta como te contraes contra mí...

—¿Polla?

Él rio y como castigo le dio un mordisco en el brazo, luego movió la cabeza hasta que su boca llegó a la altura del pezón y lo succionó.

Bel gritó, presa del éxtasis.

—Mmm... esos grititos.

—¿Grititos?

Bel lo abrazó y su mano derecha descendió hasta la nalga desnuda de Duncan y la apretó con fuerza.

—Adoro sentir como te mueves dentro de mí.

Él aumentó el ritmo, metió la cabeza en el hueco de su cuello y aspiró su aroma. Por su brusquedad, cualquiera diría que follaban como salvajes, pero el sexo con Bel era algo más. Era hacer el amor, porque cuando estaba sobre ella, y su mente se vaciaba de todo, solo había un pensamiento que sobrevivía, y era el que ella era lo mejor que le había pasado nunca.

Duncan notó como Elisabeth se corría, porque su sexo empezó a contraerse de tal forma que no pudo soportarlo más.

—¡Oh, Duncan! ¡Oh, Dios...!

A los pocos minutos, las dos figuras estaban tendidas frente a la chimenea, abrazadas a la luz del fuego.

—Esto es maravilloso —Bel tenía la cabeza apoyada contra su ancho pecho y trazaba movimientos circulares con sus dedos.

—Sí lo es, pero...

—¿Ahora vienen los peros? —Bel abrió los ojos, que tenía entrecerrados.

—No te enfurruñes.

—¡No me enfurruño!

Duncan intentó no reír y le dio un par de sensuales besos antes de mirarla a los ojos.

—Pero deberíamos hacer pública nuestra relación —se puso muy serio y Bel no supo muy bien si estaba entendiendo lo que él quería decir.

—¿Quieres decir... que quieres que sea algo oficial?

Duncan asintió.

—Los empleados deben comunicar a la compañía cualquier relación personal.

Ella contuvo el aliento.

Bueno, quizás él solo quería curarse en salud, y era mejor decir que mantenían una relación personal... o sexual ¿Eso significaba que iban a ser novios?, o ¿solo amantes?

Bufó, porque estaba muy confundida.

—Dios mío. ¡Mi jefe es un highlander!

—Sí, soy tu jefe —rio él— y un highlander. A quien por cierto le debes dos mil libras...

—¡El pobre Manolo!

—... que se te descontarán del sueldo.

Bel enterró el rostro en el pecho de Duncan. Iba a pagarlas con mucho gusto. Había recuperado a Manolo y tenía el mejor novio... amante del mundo.

Cerró los ojos y se quedó dormida con la caricia de la mano de Duncan en su cabello.

Si había algo malo en salir con su jefe, ya lo pensaría mañana.

La semana pasó más bien rápido. Entre las bromas de Edwin y los encuentros sexuales en el despacho de Duncan, Bel no podía decir que no fuese divertido ir a la oficina a trabajar. Y aunque a Edwin le pareciera que solo follaban en el despacho de Duncan, este se tomaba su trabajo muy a pecho.

—¿Todavía no has firmado la hoja para administración?

—¿De verdad tenemos que decir mediante un parte informativo que estamos follando? —Bufó Bel.

—No sabrás por casualidad a cuanto asciende una multa por acoso sexual ¿verdad?

Ella hizo un puchero.

—Edwin me ha oído gritar, no creo que nadie se trague que me asedias sexualmente.

—Hablabas de mí.

Duncan rio. Y Bel estuvo a punto de tirarle la grapadora.

—Yo no te acoso.

—Me distraes —le dijo él una mañana— lárgate y déjame trabajar.

—Eso ha sido muy romántico —dijo ella haciéndose la ofendida y caminando hacia la puerta.

—No te olvides de preparar la maleta, nos vamos a Glasgow.

Y así era.

Está bien, no es un fin de semana romántico con mi novio propiamente dicho, pero seguro que tendremos tiempo de follar y ver cuadros. Bel estaba emocionadísima.

Debió mirar por donde iba, pero su cabeza andaba en otra parte, y por eso no vio venir a Alexia. Se dio un fuerte choque contra ella, pero la mujer debía hacer halterofilia o algo por el estilo, porque no retrocedió ni un milímetro, mientras que Bel se estampó contra la pared, yendo a parar después con el culo en el suelo.

—¿No crees que deberías mirar por donde vas?

—Yo... yo... —Bel cerró la boca cuando una sonrisa malévola apareció en el rostro de Alexia, que seguía mirándola desde lo alto de sus tacones, ideales con ese vestido negro sin mangas y chaqueta de raya diplomática.

—Ten más cuidado. Piensa que estás de prueba y por muy apegada que estés al jefe, eres solo una empleada más. Cualquier fallo y a la calle ¿Has entendido? —Fue lo último que dijo antes de darse la vuelta y dejar bien claro que no la quería en la empresa. Pero... ¿por qué? Ella era una simple asistente, jamás le quitaría el puesto.

Bel ya había estado antes en Glasgow, había ido al museo de Mackintosh, y a algunas de las galerías que visitarían. Pero eso fue antes de que supiera que esas galerías estaban relacionadas de alguna u otra forma con Duncan McDowell. Mientras él conducía, Bel buscaba en internet las diferentes exposiciones permanentes e itinerantes que encontrarían en esas galerías. Deseaba impresionar a Duncan, aunque claro, el highlander era muy difícil de impresionar.

Como se iba repitiendo a sí misma, no era un viaje romántico, sino de trabajo. Se comportaría de forma profesional, pero pensaba disfrutarlo al máximo.

—El *google maps* me dice que el hotel está relativamente cerca —dijo Bel.

Duncan conducía su propio coche último modelo, y seguía las instrucciones del GPS. En diez minutos llegarían a su destino.

—Deberías decirle a Edwin que te pase información de todas nuestras galerías.

Ella sonrió, muy orgullosa de sí misma.

—Me las sé todas.

Duncan le sonrió sin apartar la vista de la carretera.

—Que bien. Acuérdate que debes memorizar todos las exposiciones y cuadros por orden cronológico. Así te será más fácil elaborar los informes y ayudarme cuando te lo pida.

Reinó el silencio.

¿Qué coño?

—¿Debo saberme todos los nombres de los cuadros de memoria y su fecha exacta?

—Y evidentemente, el nombre del autor, y por su puesto, las fechas en que van a estar expuestos.

Bel tragó saliva.

Era broma ¿no? Pero... Duncan no sonreía.

De pronto la miró y soltó una sonora carcajada.

—Es broma —dijo Duncan— Deberías haberte visto la cara.

Ella abrió mucho la boca y luego lo miró, indignada.

—¡Eres cruel!

Él hizo caso omiso de su preciosa carita sonrojada y sus ojos de chocolate que irradiaban una sincera indignación. Porque se la habría comido a besos. Y ese no era el momento ni el lugar. Ya se daría un festín en el hotel.

—Sería un detalle que conocieras las exposiciones, pero no te haré un examen oral de cada una de nuestras obras. Eso sí, te presentaré algún que otro artista, que espero recuerdes, porque realmente tienen mucho potencial.

—De acuerdo —convino Bel.

A medida que el hotel estaba cada vez más cerca, Duncan no le quitaba los ojos de encima a Bel.

Se la comería allí mismo si estuviera seguro de que no iban a detenerlo por escándalo público. Sin duda, ella habría sucumbido a esas miradas si no fuese porque quería comportarse de la forma

más profesional posible. Quizás mañana, en público, aún guardaría más las distancias, ya que seguramente su chica vegana, querría parecer toda una profesional en el mundo del arte.

Quizás por eso Bel ignoró deliberadamente a Duncan, cuando él sonrió de medio lado y se lamió el labio, dando a entender las ganas que tenía ese lobo de comerse a la dulce e inocente ovejita.

Por fortuna, llegaron al hotel antes de que ese depredador saltase sobre ella.

—Es aquí.

Duncan siguió la dirección que Bel decía y entró en el parquin del hotel. Era un edificio moderno, de grandes ventanales y por lo que veía de la recepción, lleno de plantas y fuentes de agua.

—Buena elección. Es muy elegante.

Ella se encogió de hombros, porque no era mérito suyo, si no de Alexia. Pero esa mujer le caía tan mal, que cometió la maldad de anotarse ese tanto.

—Gracias.

Después de aparcar, Bel corrió hacia la recepción, quería tener las llaves lo antes posible para que el jefe no tuviera que esperar.

Cuando Duncan empezó a caminar por el enorme *hall*, Bel ya estaba dándole a la campanita. Y cuando llegó a su lado, ella estaba más pálida que una mortaja.

—¿Cómo dice?

—Lo lamento, señorita Roig, pero no hay ninguna reserva a nombre de Duncan McDowell...

—Pero... pero... Debe haber un error.

La mujer de detrás del mostrador lo volvió a comprobar.

Bel iba a desmayarse. Pero de pronto se le encendió la bombillita.

—¡Oh!, ¿podría estar entonces a nombre de Alexia Carrington?

Duncan la miró.

—¿Por qué iba a esta a nombre de Alexia? —preguntó.

Ella lo miró por encima del hombro y se mordió el labio.

—Porque... fue ella quien hizo la reserva.

Duncan alzó una ceja de desaprobación y Bel pareció menguar en tamaño.

—Por favor, compruébelo —le rogó a la recepcionista.

Una terrible ansiedad se anudó en el pecho de Bel, mientras veía como la recepcionista tecleaba el nombre que acababa de decir en el ordenador. Era como si una enorme serpiente se le enroscase en el cuello y le impidiese respirar.

—Se reservaron dos habitaciones —insistió, Bel, casi sin voz.

—Lo lamento, pero no —respondió la mujer—. No hay ninguna reserva a nombre de Alexia Carrington, ni a nombre de Isabel Roig y tampoco a nombre de Dunc...

—¿Está segura de que ha escrito bien el apellido?

La mujer la fulminó con la mirada.

—Sí señorita. —Bel estaba desesperada, pero que la interrumpiesen le sentó muy mal a la recepcionista—. Lo he escrito bien.

—¿Hay alguna habitación libre? —preguntó Duncan, con una voz de hielo.

Bel iba a morirse. Duncan estaba tras ella, y la recepción empezaba a oler a azufre. Podía sentir su respiración, helada, en la nuca. Iba a morir... moriría asesinada por su jefe. Estaba a punto de conocer al auténtico Tiburón Blanco...

—No —respondió, la antipática mujer, que era incapaz de apiadarse de la asistente personal más inútil del mundo.

—No se preocupe —intervino Duncan, molesto con la recepcionista, por ser tan dura con Elisabeth. Por supuesto, Bel pensó que con quien estaba cabreado era con ella, y con toda la razón del mundo—. Iremos a otra parte. Gracias por su amabilidad.

—Hay una convención artística esta semana, y todos los hoteles de la zona están llenos.

Ya sabían que había una convención, quiso decirle Bel, pero apretó los labios y se calló.

—Descuide. Encontraremos algo. De nuevo, gracias por todo.

El tono de voz de Duncan fue duro, y Bel sentía como la energía había abandonado su cuerpo.

—Lo... lo... lo... ¡*losientomuchísimo!* —soltó ella, de carrerilla, con los párpados inundados de lágrimas—. Es que... —*Alexia me dijo que se encargaría ella*, quiso decirle pero no se atrevió—. Ahora mismo haré una llamada y preguntaré qué puede haber sucedido... A lo mejor...

—No la molestes, son las dos de la madrugada —la interrumpió, Duncan.

A Bel se le cayó el alma a los pies, pues pensó que lo que él estaba queriendo decir era que no eran horas de molestar a Alexia por un error suyo.

Duncan la tomó de la mano. En realidad, Duncan no deseaba que Bel contactara con Alexia, para evitar que esa mujer se regocijase de su ingenuidad. Estaba seguro que lo había hecho a propósito. Alexia tenía un sentido del humor muy retorcido a veces. Porque le había tendido una trampa, estaba seguro. Y la ingenua de Bel había caído como lo que era: una principiante.

—Encontraremos algo.

—Lo siento un montón... —se excusó Bel, compungida—. No volverá a suceder. ¡Lo juro!

Duncan asintió.

—Vamos al coche, haremos otra reserva en un hotel desde allí.

Sí, pero decirlo era mucho más fácil que hacerlo.

Una hora después, Bel pateaba el suelo del automóvil.

—No me lo puedo creer ¡Ni una habitación libre en todo Glasgow!

—Será mejor que bajes la categoría de los hoteles —dijo él, mirándola con la expresión más severa que logró fingir.

Por dentro, El Tiburón Blanco, se estaba divirtiendo de lo lindo. Verla con esa carita de preocupación... la pobre, era más ingenua... Nada que ver con la clase de personas con las que él estaba acostumbrado a tratar. La mayoría eran unos trepas capaces de cualquier cosa para ascender o bien hacerle la pelota. En cambio, Elisabeth era sincera, bienintencionada y arrebatadoramente sexy. Y esos eran los principales motivos por los que empezaba a colarse por ella.

—Claro... A ver... —A Bel le temblaban los dedos cuando abrió la dichosa aplicación— Este está libre. Y tiene recepción 24h. Voy a llamar.

Tampoco hubo suerte, y Bel ya empezaba a sospechar que tendrían que pasar la noche en el coche, hasta que escuchó como alguien golpeaba el cristal de la ventanilla.

Duncan frunció el ceño, pero después puso cara de *poker*, cuando Bel bajó la ventanilla y él sonrió al guarda de seguridad del aparcamiento.

—Buenas noches. No pueden estar aquí si no son clientes del hotel.

—Perdimos nuestra reserva e intentamos encontrar otro hotel cerca.

El hombre se tocó el ala de la gorra.

—Vaya, va a ser un poco difícil encontrar habitación en un hotel de esta categoría —Pero algo hubo en los ojos del hombre—. Pero...

—¿Pero? —Le preguntó Bel, esperanzada— ¿Conoce usted algún lugar que tenga habitaciones libres?

El hombre asintió.

—Es el hostel de mi hermana. Pero es muy religiosa... y solo admite a parejas casadas.

—Será estupendo, mi esposa y yo solo necesitamos una cama donde pasar la noche.

Vaya, vaya, pensó Bel. El plan del fin de semana había pasado de dormir en dos habitaciones separadas y ser jefe y empleada, a pasar a ser marido y mujer en una cómoda cama de matrimonio.

—Esto... —Bel no sabía muy bien qué decir.

—Tengan —dijo el hombre, dándoles la tarjeta—. Yo llamaré para avisar que van.

Duncan asintió poniendo el motor en marcha. El hombre se alejaba hablando por teléfono.

Cuando Bel subió la ventanilla y miró a Duncan, este negó con la cabeza, dejando claro que no quería hablar del tema.

Llegaron a la pensión.

Sí, es súper cutre, pensó Bel. Pero mira el lado bueno de las cosas: Si Duncan no te despide hoy, es probable que ya no lo haga.

La puerta se abrió con un ruido electrónico que desbloqueó la puerta. Duncan la abrió y pasaron a un interior enmoquetado, con unas escaleras estrechas que llevaban al entresuelo.

Bel se lo pensó mejor al entrar en la recepción. Cutre no era la descripción principal, aquello era un atentado al buen gusto.

Había un cartel enorme que rezaba: *Hostal Amor Escondido*, y un corazón, todo en letras luminosas que se encendían y se apagaban a un ritmo que a un epiléptico le habría provocado una crisis. Y Bel estaba más roja que las luces de neón.

Era horrible. Parecía un puticlub. Y la mujer entrada en carnes que estaba en la recepción, a parte de vestir horriblemente e ir pintada como un payaso, tenía unas zarpas que si la hubiera visto la Rosi, habría entrado en crisis. Además, roncaba como una osa.

—¿Qué horas son estas? —farfulló, cuando Bel hizo sonar la campanita del mostrador.

—Dos habitaciones, por favor —soltó Bel, en un hilo de voz.

—¿Sois los que venís de parte de mi hermano? Ya le dije que solo nos queda una doble.

—Entonces, una doble.

—¿Vas a quererla por horas o toda la noche?

—¿Cómo dice? —Bel estaba horrorizada.

Pero... ¿no le había dicho el vigilante que su hermana era muy religiosa? ¡Eso era un hostel de citas! Pero ¿qué podía decirse de un lugar que se llamaba “Amor Escondido”?

Al ver que Bel estaba a punto de sufrir una apoplejía, Duncan intervino.

—Perfecto señora.

Duncan soltó un billete de cien libras, y la señora no protestó. Les dio la llave. No sin antes mirarlos de arriba a bajo.

—Cuarto piso —dijo la turca—. Y el ascensor está roto, tendrán que subir por las escaleras.

Bel tenía las mejillas como las de Heidi cuando acababa de subir los Alpes suizos. Solo que le faltaban las cabras, y ese que cargaba detrás con las maletas no era Pedro, sino un highlander archimillonario que, seguramente, estaría más cabreado que el mismísimo abuelito.

Entraron en la habitación, encendieron la luz y Bel se arrepintió de haberlo hecho. Las paredes, llenas de humedades, estaban recubiertas de un papel pintado que había perdido su color original hacía años. Había una única cama. Una cama con una horrorosa colcha estampada de flores. El papel de la pared era rojo pasión y las lámparas tenían trozos de plástico que simulaban cristalitos rojos. Al encenderse aquello sería espantoso. La moqueta del suelo estaba ennegrecida con un manchurrón en medio que parecía la escena de un crimen. Y al fondo, había una puerta que

pensó daría al baño. Tenía miedo de entrar ahí.

—¿Acabamos de atravesar las puertas del infierno?

Para sorpresa de Bel, Duncan se rio ante sus palabras.

—No te rías. ¡Aaaaah!

Duncan perdió la sonrisa al escuchar el grito de Bel.

—¿Qué?

—¡Una cucaracha!

Soltó otro grito al ver de nuevo a la cucaracha correr despavorida para esconderse debajo de la cama. Bel se subió en una de las sillas que estaba contra la pared y con el brazo extendido señaló la cama.

—¡Ahí!

Duncan se encogió de hombros sonriendo.

—¿Ahí qué?

—¡Saca eso de ahí!

Duncan meneó la cabeza en señal de negación.

Sin prestarle atención subió la *trolley* sobre la cama y empezó a deshacer la maleta.

—¿De qué te asustas? —dijo él, mientras colocaba su pijama encima de la almohada—. ¿No dices que todos los animales son seres vivos y tienen el mismo derecho que tú y que yo a vivir?

Bel no respondió, apretó los labios con fuerza para no decirle que pensaba de su petulancia.

—¡Duncan! Saca eso de ahí o me largo a dormir al coche.

Él la miró, seguía todavía sobre la silla. Su barbilla le temblaba y sabía que se pondría a llorar en cualquier momento.

—Esta bien, sal fuera. Mataré al dragón por ti —dijo, dándole la mano y sacándola al pasillo—. Pero la próxima vez, no seas tan confiada.

Ella puso cara rara.

—¿Con la cucaracha?

—Con Alexia. Si hubieses hecho tu trabajo, ahora estarías cabalgando sobre mí en una cama de cinco estrellas, en lugar de perseguir cucarachas.

Antes de que ella pudiera replicar, Duncan le cerró la puerta en las narices y se propuso buscar el monstruo.

Cuando cinco minutos después la dejó entrar, ella lo hizo mirando en cada rincón.

—¿La has encontrado?

—Está en la basura. Tiene tapa, así que aunque no estuviera aplastada por mi zapato, no saldría.

Bel se revolvió por el asco y se dejó caer, sentándose en la cama.

—Esto es culpa mía—gimoteó—. No he hecho bien mi trabajo.

—Deja de martirizarte, no es productivo.

—¡Pero mira donde estamos! —alzó los brazos, como si estuviese clamando al cielo—. ¡En un hostel cutre... para amantes!

Él se echó a reír y se estiró sobre la cama. Cruzó los brazos tras la nuca, y cerró los ojos por un momento.

—¿Y no es eso lo que tú y yo somos? —dijo, con un tono sugerente.

Bel se dio la vuelta, y se encontró con la sonrisa de ese hombre, que en aquellos momentos no parecía molestarle lo más mínimo el lugar en donde se encontraban.

—Pues... —Ni se le había pasado por la cabeza definir la relación que tenía con su jefe. Solo que el sexo era espectacular y que... bueno... ¿había dicho amantes?— ¿Únicamente soy eso para ti? —se quejó, indignada—. ¿Amantes?

Él parpadeó varias veces, y luego arrugó el entrecejo.

—Bueno, a menudo foll...

Bel se levantó de la cama, indignadísima.

—Ah, claro, el jefe archimillonario que se folla a su asistente. ¡Típico!

—No es tan típico.

—Eso es lo único que somos tú y yo, ¡AMANTES! ¿verdad?

—Oye, Elis...

—¡Elisabeth tus cojones! —chilló Bel—. Este sitio entonces es perfecto para ti. ¿Fuiste amante de tu última asistente? ¿La llevabas a sitios tan cutres como este? ¿O a los mejores hoteles?

—No... pero a Agatha le gustaba que le regalara flores por su cumpleaños. A las mujeres mayores de sesenta años, parece que les gusta mucho todo esto.

Ella cerró la boca, pero no muy convencida de quedarse satisfecha de ese final de discusión.

—¡Pareces muy contento de estar en un lugar tan horroroso! —soltó ella, enfurruñada mientras se tiraba sobre la cama a su lado.

Él se encogió de hombros.

—No está tan mal, a parte de la decoración y... —vio como otra cucaracha salía de debajo de la cama para meterse en el baño— ... sus adorables inquilinas.

Por suerte, Bel no vio a la cucaracha, pero se la imaginó y dio un saltito que le arrancó una sonrisa a Duncan.

—¡Voy a darme una ducha!

—Espera... —iba a alertarla sobre el insecto, pero para cuando Duncan empezó a hablar, ella ya le ignoraba, cogiendo su ropa de la maleta.

Estaba cansado del viaje y tenía la polla más dura que una piedra de torrente. En realidad, llevaba excitado desde que salieron de Edimburgo. Había fantaseado todo el viaje con hacerle el amor al llegar al hotel, pero al parecer no estaría de muy buen humor.

Llevaba toda la jornada deseando quedar a solas con ella, y ahora se enfurruñaba.

Amantes. Eso había dicho. Que eran amantes. ¿Acaso era algo malo? Arrugó el entrecejo. ¿Tenía que haberle dicho que eran novios? Ya lo hizo el día en que le devolvió a Manolo, pero al parecer, ella no lo recordaba. Y conociendo a Bel... tal vez sí debería de haber insistido con eso... Debían aclarar ese punto lo antes posible.

—Bel...

—Después —le dijo ella, entrado en el baño, dando un portazo.

Duncan cerró los ojos. No creía que ella prefiriera estar con una cucaracha antes que con él.

Uno.

Dos.

Tres.

...

—¡AAAAAAH!

Duncan escuchó un grito en el cuarto de baño, seguido de un golpe seco, que lo sacó de sus pensamientos. Otro grito, cosas cayendo al suelo y otro golpe seco.

Se incorporó sobre sus codos, pensando si debía intervenir o no.

—¿Elisabeth?

Silencio.

—¿Elisabeth?

Temiéndose lo peor, saltó de la cama, corrió hasta el baño. Y al abrir la puerta se encontró a Bel con un pie a cada lado del bordillo de la bañera, en una posición imposible. Se cubría el

cuerpo desnudo con tan solo con una toalla mínima que dejaba entrever uno de sus preciosos pechos.

—Pero, ¿qué haces?

—¡La cucaracha! —gritó, Bel fuera de sí—. ¡La he matado! ¡Me la he cargado!

—¿Eh?

—¡A la cucaracha! ¡Con la pastilla de jabón!

Él descubrió el cadáver aplastado, aún moviendo sus patitas. Era justo decirlo, Bel tenía una puntería de cojones.

—Pobrecita... —soltó, Duncan—. La has matado ¡Asesina!

Ella lo miró con la boca desencajada sin saber que decir.

—¿Y qué querías que hiciera? —Bel parecía muy consternada—. ¿Qué la dejara vivir?, hubiese puesto huevos y...

Él la miró, fingiendo estar escandalizado.

—¿Has asesinado a una futura mamá cucaracha? ¡No!

—¡Duncan! —se quejó, Bel. Se estaba empezando a enfadar de verdad— ¡Cállate! ¡Tú comes Maggies y Bolitas de Algodón!

Duncan intentó no reírse.

—De acuerdo.

—¡Quítala de mi vista! Y deja de burlarte de mí. Quiero bajar.

Duncan asintió con una sonrisa.

—Puedes bajar —dijo él con una sonrisa lobuna—. Está muerta. No te hará nada. Ni se te subirá por el pie, ni pondrá huevos en tu pelo, que llevarás hasta tu casa y entonces tendrás una plaga y...

—¡Joder! ¡QUE LA QUITES DUNCAN! —le dedicó tal mirada de loca, que Duncan obedeció.

—Está bien, ya la quito —dijo, totalmente sorprendido por su mal genio.

Salió del baño. Volvió con una escoba y un recogedor. Barrió al desgraciado insecto y lo tiró por el váter. Mientras estiraba de la cadena, miró a Bel muy fijamente.

—¿Bajas ya?

—¡Friega el suelo! —chilló ella, aguantándose la toalla para que no se le cayera—. ¡Hay sangre!

A Duncan se le cayó la mandíbula al suelo. Estaba fingiendo, el muy payaso, pero se le daba muy bien.

—¿Esas son formas de hablarle a tu jefe? —la reprendió.

Ella lo miró con maldad y horror, a partes iguales.

—¿Ahora eres mi jefe? —arrugó el entrecejo—. Pues, o quitas la sangre del suelo, y... —hizo una mueca de asco— ... esa antenita roja que aún se mueve, o te presento mi dimisión ahora mismo.

—No vas a dejar el trabajo de tu vida por una estupidez semejante.

—¿Apostamos?

Elisabeth siempre iba en serio. Y prueba de ello era el bofetón que le dio el día de la entrevista de trabajo, por aquel desafortunado malentendido

—Eeeh, no hace falta.

Hizo lo que ella quería.

Mientras fregaba el suelo y luego quitaba la antenita de la cucaracha con un trozo de papel, ella lo miraba como si acabase de convertirse en un highlander radiactivo. Y Duncan se dio cuenta de que no lo estaba haciendo porque ella se lo hubiese exigido, sino para dejar de verla sufrir.

Porque no quería verla asustada.

Cuando acabó, empezó a desabrocharse la camisa, botón a botón.

—¿Qué haces? —preguntó, Bel.

—Bueno... después de tanto esfuerzo necesito una ducha.

Ella lo miró intensamente.

—Solo has barrido una cucaracha...

Duncan se encogió de hombros.

—Entonces voy a hacerte pagar por tu insolencia.

—Oh —soltó, Bel, cuando él se bajó los pantalones, y su enhiesta virilidad quedó al descubierto— ¡Eso es trampa!

—¿Trampa? Yo te daré trampa.

Cuando ese Dios griego quedó totalmente desnudo, la cogió por la cintura y la metió en la bañera como si pesase menos que una pluma. Abrió el grifo de la ducha y se colocó tras ella. Con el agua cayendo sobre ambos, Duncan frotó la polla contra su trasero, al tiempo que aprisionaba sus delicados senos con ambas manos.

—Te has portado muy, muy mal, Elizabeth. —Ella gimió, cuando él le lamió el cuello. Luego gritó cuando él mordisqueó el lóbulo de su oreja—. No solo has sido una incompetente al no reservar hotel, sino que, además —deslizó la mano por su cintura, bordeó las nalgas y, desde atrás, le abrió los labios de su sexo con el dedo índice y corazón—, has asesinado a una pobre cucaracha.

—¡Duncan! —gimió, Bel, cuando sintió los dedos del highlander se deslizaron en su interior.

—Y luego me has hecho limpiar la escena del crimen.

Bel gimió, cuando él le acarició el clítoris.

—¡Oh, Duncan!

—¿Te gusta?

—Sí...

—Voy a follarte como en el granero. ¿Te gustó eso?

Ella gimió como respuesta.

—Inclínate hacia delante.

Ella obedeció, expectante. Sabía el placer que iba a recibir de él.

Duncan la empaló desde atrás, mientras el agua se deslizaba por su piel. Bel gritaba con cada acometida y notaba la fuerte respiración de él en la nuca. Lo oía gruñir contra su oído y eso la excitaba cada vez más.

Las manos de Duncan estaban ahora agarrándole las caderas y la atraía contra sí al mismo tiempo que la ensartaba. Bel notaba su polla dura, entrando y saliendo de ella, invadiéndola con fuerza. Por su parte, Duncan sentía las paredes de la vagina de Bel, húmedas, contrayéndose con cada golpe.

Volvió a ascender con las manos y aprisionó sus pechos. Tenían los pezones erectos, y eso lo atrajeron como un imán. Necesitó lamerlos con urgencia.

Cuando salió de ella, la oyó quejarse. Le dio la vuelta y la miró a los ojos mientras la arrinconaba contra los azulejos de la ducha. Le acarició el pelo.

—Eres preciosa.

Y de verdad lo pensaba, con los cabellos negros y húmedos pegados a la blanca piel de su cuello. Sus ojos de chocolate tenían un brillo de excitación que le resultó encantador. Los labios entreabiertos invitaban al pecado...

Y pecó.

Los besó con urgencia, la obligó a pegar la espalda y su trasero, aún más contra a pared. Luego le masajé las nalgas y la alzó del suelo hasta hacer que se enroscara en él.

Se la metió hasta el fondo mientras seguía lamiendo esos labios gruesos y suaves. Ella lo abrazó con las piernas mientras Duncan gemía con cada acometida. Se estaba dando un festín.

Elisabeth lo excitaba como nadie, con su cuerpo pequeño y exquisito. De pechos turgentes y suaves, estrecha cintura y unas curvas que invitaban a la locura, era todo lo que Duncan podía desear.

Abandonó sus labios para succionar un pezón, y notó como la piel de Bel vibraba con sus gemidos.

—Me vuelves loco, pequeña...

Dirimió el ritmo de sus embestidas, y empezó a deslizarse con lentitud en su interior. Así podía sentir como su sexo lo abrazaba y pulsaba de excitación, haciendo que su polla se pusiese cada vez más dura, a punto de estallar.

Entonces, deslizó la mano y con el dedo pulgar empezó a acariciarle el duro clítoris.

—Si sigues haciendo eso me... me voy a correr... —dijo Bel, entre susurros.

—Córrete, preciosa... de eso se trata.

La voz de Duncan era casi tan sexy como la forma que tenía de acariciarla. Trazaba círculos con el dedo, muy lentamente, haciendo que su punto de placer palpitase a cada roce. Notó el goce, concentrándose en el clítoris, y gimió como una gata.

—Oh, sí, pequeña... —la voz de Duncan sonó ronca—. Córrete ¡Córrete!

Duncan sintió el estallido de Bel, en forma de latidos. Sintió en su miembro como las paredes de su vagina le estrangulaban de una forma tan deliciosa que...

Aumentó el ritmo. Movié con más vigor sus caderas y la empaló con fuerza, una y otra vez, al tiempo que una oleada de éxtasis le tensaba los músculos del cuerpo.

Cuando se corrió, Duncan profirió un hondo grito que Bel silenció con un sensual beso.

Estuvieron un buen rato besándose bajo el chorro de agua caliente de la ducha, sin darse cuenta de que la bañera se había desbordado y todo el suelo del cuarto de baño estaba encharcado.

Luego, entre risas, colocaron toallas en el suelo y se dieron juntos un baño relajante.

—Elisabeth —le dijo Duncan, mientras le acariciaba el pelo—. Quiero que seas mi novia.

Lamentablemente había sido un día agotador, y Bel se había quedado dormida en los brazos de Duncan, sin saber que para él, ella era mucho más que una amante.

CAPÍTULO 22

Venganza

No muy lejos de la Universidad de Glasgow y la *Hunterian Art Gallery*, se encontraba la joya de la corona de los McDowell. Su propia galería de arte, que como no podía ser de otra forma, llevaba el nombre de la familia y su logotipo en las grandes puertas acristaladas. Luego fueron al *Centre for Contemporary Arts*, un lugar de arte vibrante que a Duncan parecía encantarle. El primer día fue maravilloso, y la segunda noche, después de encontrar un hotel decente, fue aún mejor.

Los días iban pasando muy rápido. Esa semana había muchas exposiciones, artistas invitados a presentar sus obras y Duncan había querido reunirse con algunos de ellos. Fue toda una experiencia para Bel.

Ya era viernes, cuando decidieron tomarse el día libre y visitar algunas galerías y museos que nada tenían que ver con Duncan.

Cuando paseaban tranquilamente por una de las concurridas calles, Bel se paró frente a una gran sala de exposiciones. Parecía diferente a las demás, de paredes blancas, bien iluminadas, la parte frontal del edificio era de cristal y en las tres plantas se podían ver grandes cuadros expuestos. Un lienzo con una gran mancha de pintura roja y verde llamaba la atención. El cartel gigante rezaba: próxima exposición. Bel reconoció al pintor por su nombre. Franco Cometa.

—¿Qué es esto? —preguntó, absorta en la galería.

—Es la galería de William.

—¡Oh! ¿En serio? ¡Que maravilla!

Bel no preguntó si podían entrar, pero lo miró suplicante. Cuando él no dijo nada, Bel sonrió y subió los peldaños que separaban la entrada de la puerta de la calle.

No estaba preparada para lo que vio. Ni siquiera sabía qué estaba haciendo William ahí.

—William.

El hombre se volvió, con su semblante serio, como siempre, pero al verla su rostro pareció iluminarse.

—Bel, ¿qué haces aquí?

—He venido con Duncan.

Cuando William la abrazó, vio la figura masculina de Duncan en la entrada.

El abrazo amistoso fue el detonante para que entrara. Al parecer, no venía de muy buen humor, pues lo que destilaba en él era una mirada asesina.

—Suéltala —le dijo, acercándose de malos modos.

Bel dio un paso atrás.

—No vais a volver a pelear ¿verdad?

William, mucho más diplomático negó con la cabeza.

—No. Estoy de buen humor.

—¿Ah, sí? —preguntó Bel, con una sonrisa— ¿Buenas noticias?

—¿Tu esposa finalmente ha querido firmar los papeles del divorcio?

Bel miró horrorizada a Duncan. ¿En serio acababa de decir eso? No podía creer que tuviera tan poco tacto.

—No es eso —respondió William, fulminando al highlander con la mirada—. Es por mi nueva obra de arte. Será la pieza central en mi próxima exposición. ¿Deseas verla, Elizabeth? Iba a

llamarte solamente para que pudieras contemplarla.

Ella lo miró, extrañado.

Cuando él tendió los brazos, señalando la parte central de la galería, Bel avanzó hacia esa zona. Entonces, no pudo avanzar más. Los pies no le respondían. Se había quedado totalmente paralizada.

—Bel, te presento a Maggie.

Ella se llevó las manos a la boca y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No puedo creerlo ¿cómo lo has conseguido?

Él sonrió.

—Me dijiste donde estaba ¿recuerdas?

No podía ser. William había comprado su cuadro de la oveja, y ahora la exponía en una de las galerías más prestigiosas de la ciudad.

Duncan avanzó hacia colocarse junto a Bel. Miraba a uno y a otro, desconcertado.

—¿Esta obra es tuya?

Miró el cuadro de la oveja, y no le extrañó lo más mínimo reconocer en él el estilo de Elizabeth. Era luminoso, algo caótico. Pero tenía fuerza... alma. Y ahora, esa pintura era de William.

—No puedes exponer sin su permiso.

—¿Pero qué dices? ¡Esto es un sueño para mí!

Los dos hombres se miraron el uno al otro, mientras Bel se acercaba a su obra y la observaba detenidamente, con una sonrisa en la cara.

—Voy a matarte, idiota —le dijo Duncan a William, con los dientes apretados.

—¿Por hacer feliz a mi amiga?

Duncan apretó los puños y a punto estuvo de darle un puñetazo en la cara.

—Ella no es nada tuyo.

En ese instante, William ensanchó su sonrisa y sus ojos se oscurecieron.

—Solo es una amiga, no me acuesto con tu mujer. Eres un celoso paranoico.

Duncan se quedó sin saber cómo reaccionar. ¿Acaso esas no eran las mismas palabras que le había dicho a William cuando él lo acusó de acostarse con su mujer?

—No juegues conmigo— Duncan No pudo resistirse, se abalanzó sobre él y lo agarró por las solapas —Voy a matarte. Si piensas que vas a usas a Bel para hacerme daño...

—¡Elizabeth! —gritó William, pero sin apartar la mirada de Duncan—. ¿Te ha gustado mi sorpresa?

Duncan soltó a William y lo miró de forma asesina.

—¡Me ha encantado!

Bel daba saltitos, seguía mirando su cuadro. Cuando lo había cedido al café para su exposición, no había sido su intención venderlo, por eso le había puesto un precio tan desorbitado.

—¡Un momento! —de repente, había caído en la cuenta y se volvió hacia Will—. ¿Tú eres quien ha comprado el cuadro?

—Así es.

Duncan tenía los dientes apretados con fuerza. Sabía que si volvía a atacar a William delante de Bel, ella no se lo perdonaría. Y ese maldito inglés lo sabía, por eso estaba jugando con ellos en ese momento.

—William, no puedes gastarte tanto dinero. Te lo devolveré —le dijo, convencida— Para mi es un gran honor que quieras exponer mi arte.

—Tu arte me encanta, y quiero hacer una exposición y lanzarte como artista.

—¡Por encima de mi cadáver!

Los dos se quedaron mirando a Duncan, que se había puesto del color de la granada a causa de la ira que sentía.

—Duncan... —Bel pronunció su nombre, sorprendida.

—¡Vamos! ¿No ves que te está engañando? Solo va a exponer tu cuadro sin talento para vengarse de mí. Desea todo lo que es mío, me ha robado mis proyectos en Asia y decenas de artistas. ¡Compra todo lo que deseo!

Bel parpadeó, porque no sabía muy bien si lo había entendido.

—¿Qué quieres decir?

—William me odia...

—Creo que el sentimiento es mutuo.

—¡Cállate!

Bel dio un respingo. Cuando Duncan tenía frente a sí a William, parecía perder las maneras y el tacto.

—¿Quieres decir, que no puede haber otro motivo para que William quiera exponer mis obras, que el que vengarse de ti?

Duncan la miró incrédulo, con los brazos extendidos.

—No sé... —dijo ella, sin poder creérselo—. Pues ¿quizás porque soy buena en lo que hago?

Duncan abrió la boca, pero no supo qué decir.

William parecía que había ganado la apartada, y así lo parecía por la sonrisa que intentaba ocultar detrás de su mano.

—¡Tú! — Le apuntó con el dedo—. ¡Te voy a matar!

Bel no daba crédito. Cuando Duncan se abalanzó sobre William, el inglés lejos de esquivarle le fue al encuentro.

Duncan fue quien dio el primer golpe, y el segundo. Pero con un gancho de derechas, William hizo que el highlander se tambaleara.

—¡Parad los dos!

Bel estaba horrorizada.

—Sí, para. Esto no es de caballeros...

Al escuchar las palabras de William, Duncan perdió los papeles de nuevo. ¡Ese miserable deseaba darle una paliza tanto como él, pero se hacía el bueno frente a Elisabeth!

—Eres un miserable.

Volvió a golpearle y esta vez William cayó al suelo por el impacto que recibió en la mandíbula. Aprovechando la ventaja, Duncan, le dio otro y de nuevo otro.

—¡Para de una vez! —Ahora fue Bel quien se abalanzó sobre Duncan—. ¡Eres un animal!

Seguridad llegó en ese momento y lo levantó.

—Bel, por favor...

—¡Fuera de aquí! —dijo, roja de ira.

¿Cómo había podido estar tan equivocada con Duncan? Él no sentía absolutamente nada por ella, simplemente era una posesión más. Algo que era suyo. Como un juguete. Y nadie tocaba sus juguetes ¿no?

—Si piensas que William me da la oportunidad de exponer en su galería porque solo quiere vengarse de ti, perfecto, puedes creerlo si te da la real gana. ¡Pero voy a aprovecharla!

—No, Elisabeth —Ambos se miraron, mientras William seguía en el suelo, viendo como se desarrollaba la escena—. No lo hagas. ¡No lo harás!

Bel cerró los ojos y tomó aire, infundiéndose a sí misma una tranquilidad que no sentía. Cuando

abrió los ojos, la mirada que le dedicó a Duncan lo dejó helado.

—No soy nada tuyo, Duncan y, aunque lo fuera, te dejaría igual si me prohibieses exponer con William, o me pidieses que me alejase de un amigo. ¡Eres un neandertal!

—¡Lo hace para vengarse de mí!

Dos fornidos guardas de seguridad se llevaban a Duncan a rastras hacia la calle. Bel empezó a llorar cuando las puertas se cerraron.

¿Cómo puede destruirse un castillo de naipes? Con un simple soplo de aire. Eso era lo que acababa de pasar. Un desafortunado encuentro y sus ilusiones de estar con Duncan habían volado. Pero la única culpable de tal fantasía era ella.

—¿Estás bien?

La voz de William, tranquilizadora, captó su atención.

Cuando alzó la vista, dio unos pasos hacia él y le tocó la cara.

—Estás hecho un desastre, William Wells.

—No hay nada que no podamos reparar.

Bel pensó que eso no era del todo cierto. No podría reparar su relación con Duncan después de lo ocurrido.

Solo va a exponer tu cuadro sin talento para vengarse de mí.

Esas palabras iban a perseguirla por mucho tiempo.

Bel no había podido dormir en toda la noche. No por temor a las cucarachas, que de seguro volvían a campar a sus anchas por aquel hostel, sino porque Duncan no estaba a su lado.

Desde que lo sacaran a rastras de la galería de William, no lo había vuelto a ver. Evidentemente, lo había llamado a la mañana siguiente, después de que se le pasara el cabreo, pero su móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

Después había llamado a Edwin para anunciarle que en su correo encontraría una hoja escaneada con su dimisión. Así se aseguraba que Duncan la recibiera.

—¿Cómo es eso de que nos dejas?

—Dejo el trabajo... —y a Duncan, quiso añadir.

Podía aceptar que la persona de la cual se había enamorado, -porque debía admitir, al menos para sí misma que estaba enamorada-, pensara que ella no tenía talento. Pero no podía aceptar una relación tóxica en que Duncan la controlara, diciéndole con quién o con quién no podía trabajar, o ser amiga. Duncan jamás aceptaría que ella tuviera una amistad con William, y ella no podía consentir que él le dijera qué hacer con su vida.

Se levantó de la cama. Ya eran las siete de la mañana y a las ocho y media había quedado con William para desayunar. Él insistió en hacerle un tour por sus galerías y en explicarle el arte que deseaba exponer en uno de sus nuevos hoteles de París.

Ahora podía trabajar en lo que le gustaba. William Wells le había hecho un encargo de nada menos que quince cuadros y, aunque para ella era todo un reto, estaba segura de que lo lograría.

Solo va a exponer tu cuadro sin talento para vengarse de mí.

Pateó el suelo cuando esa frase recurrente en los últimos días, volvió a su cabeza.

Mientras se vestía, los vecinos del cuarto de al lado empezaron a follar escandalosamente. Bel lo recogió todo e hizo la maleta, no iba a volver a pisar ese antro nunca más. Regresaría esa misma tarde a Edimburgo, y se enfrentaría a... Taylor y a Samantha, de quienes había rechazado las llamadas. No estaba de humor para explicar que lo mejor que podía pasarle en la vida y lo

peor habían convergido en un mismo día.

Tomó un taxi y fue a la galería de William.

—Buenos días.

William la recibió con su traje italiano impecable. Parecía siembre tenerlo todo en su lugar, ni siquiera un pelo de su cabeza estaba donde no debía. Físicamente era como una escultura griega: perfecta.

—Buenos días, William —le dio un beso en cada mejilla y él miró su malera— Hoy vuelvo a Edimburgo.

Él la miró, sin saber muy bien qué decir. Aunque finalmente, Bel entendió ese silencio.

—¿Has decidido no trabajar para mí por lo que dijo Duncan?

Ella meneó la cabeza.

—No, no... es que en Edimburgo tengo mis cosas. Acepto pintar para ti, con la condición de que, si no es lo que buscas, me lo dirás y no insistirás en pagarme algo que no es de tu agrado.

Él asintió, con una sonrisa triste.

—De acuerdo, aunque no dejes que nadie socave tu autoestima. Tienes talento y si alguien no lo ve, él se lo pierde.

Los dos sabían perfectamente de quién estaban hablando; del highlander que había desaparecido después de haberle partido el labio a William y haberle dejado un ojo morado.

—¿Vamos a desayunar?

Bel asintió. Pero aunque se dejó arrastrar por él, no pudo concentrarse en la interesante conversación de William sobre exposiciones y autores locales.

—No puedo creer que Franco Cometa exponga en la galería. Es español, seguro que debes conocer su arte.

Bel tenía la mirada perdida y no respondió. Así que William decidió permanecer en silencio hasta que ella estuviera mejor.

—Quizás el café te ayude.

—Perdón —dijo Bel, consciente de que no le prestaba la más mínima atención.

Bel solo podía darle vueltas a una misma frase mientras jugueteaba con la comida de su plato.

Solo va a exponer tu cuadro sin talento para vengarse de mí.

—¿Me estás escuchando? —Le preguntó William.

Ella lo miró de pronto, como si la hubiesen pillado en falta.

—Yo solo pensaba...

—En Duncan —el tono con el que pronunció su nombre destilaba rencor.

Bel puso los codos sobre la mesa y cruzó los dedos de las manos. Lo miró directamente a los ojos porque quería saber si le diría la verdad cuando lo preguntara.

—William... ¿Me puedes decir por qué os lleváis tan mal?

—Solo es rivalidad en los negocios.

Ella lo miró sonriendo falsamente. Evidentemente no le creyó ni una palabra.

—De acuerdo —dijo él, sintiéndose pillado en falta—, puede que haya algo más.

Hubo un incómodo silencio mientras la expresión de William cambió.

—Digamos que Duncan McDowell pasó de ser mi mejor amigo, a arruinar mi matrimonio.

Bel casi se atraganta con el zumo de naranja.

—¿Qué?

No supo si estaba más sorprendida porque Duncan hubiese sido el mejor amigo de William, o porque se liara con su mujer.

—Dios mío.

William asintió y por primera vez, Bel vio como se le caía la máscara. William no era un hombre duro y seguro de sí mismo. Bueno... en realidad sí lo era. Pero... esa expresión, esos ojos... no había visto a un hombre más vulnerable que él.

—William...

Alargó la mano por encima de la mesa y se la apretó.

—Si en algo tengo que darle la razón a Duncan, es en que... no lo he superado.

Cualquiera superaba eso tan fácilmente. Que la persona que amas te engañe debe ser muy doloroso, pero que lo haga tu mejor amigo...

—No puedo creer que Duncan hiciera algo así.

William suspiró.

—Pues lo hizo, y... quizás tenga una excusa: que ella lo manipuló, que le dijo que era libre, que nos íbamos a divorciar... Cualquiera cosa que venga de mi mujer, puedo creerla, porque ni Maquiavelo sería capaz de semejantes hazañas. No obstante...

Guardó silencio y apretó los puños.

—Él era tu amigo —Acabó diciendo Bel.

Lo entendía. Podía entender ese rencor y la animadversión entre ambos.

Le dolió descubrir que Duncan había sido capaz de hacer algo semejante.

—Y por si fuera poco, ahora tiene a mi mujer trabajando para él.

—¿Cómo?

—Quizás como un trofeo, o un pañuelo rojo que agitar en mi cara.

Bel intentó hablar, pero apenas pudo a causa de la sorpresa.

—¿En la compañía? ¿trabaja en la compañía?

—Así es, seguro debes conocerla. Es su mano derecha.

¿Quién coño era la mano derecha de Duncan? Bel casi se cae de la silla.

—¡¡Alexia!!

CAPÍTULO 23

Solo va a exponer tu cuadro sin talento para vengarse de mí, le había dicho Duncan a William.

Bel miró el cuadro que estaba pintando. Llevaba una amplia camisa blanca con unos vaqueros cómodos, e iba descalza. Sus manos estaban llenas de pintura, de un azul celeste y verde. Delante de ella estaba su última obra inacabada. Todos ellos eran paisajes de Escocia. Un gran árbol junto a una carretera solitaria de las Highlands. Una oveja lanuda cojeando por el páramo. Una pequeña Bolita de Algodón recortada por un cielo gris intenso...

—¡Basta, niña tonta! —gritó Bel al cuadro.

Ya tenía casi terminada la serie que le había encargado William. Casi un mes después tenía su trabajo a punto. Y es que no era para menos, había trabajado como una loca.

Claro que estaba inspirada, porque la inspiración le venía de todos los momentos vividos con Duncan. ¡Si hasta había pintado la casa de la señora O'Callaghan en uno de esos cuadros!

No iba a superar nunca esa ruptura. Nunca.

Todo había terminado antes de empezar y Bel creía que, a pesar de las bromas que Taylor y Samantha hacían para animarla, difícilmente podría dejar de sentirse tan sola y traicionada.

Solo va a exponer tu cuadro sin talento para vengarse de mí.

—¡Oh!

Se daba por vencida. ¡Como si tapándose los oídos pudiera evitar oír esa puta psicofonía en su cabeza!

Solo va a exponer tu cuadro sin talento para vengarse de mí.

Necesitaba beber con las chicas, o mimos de Misifú.

Lo vio en el sillón, ronroneando en mitad de una buena siesta donde seguro que soñaba con los platos *gourmet* que le preparaba Marcus.

Resopló.

Menos mal que Marcus había entrado en razón y le había devuelto al gato bajo la firme promesa que le daría tantos mimos como él le daba. El muy controlador (al parecer, eso le venía de familia), le había mandado por correo express veinte cajas de comida *gourmet* para gatos, de cincuenta latas cada una, que ahora tenía apiladas en la entrada. ¡Como si su apartamento fuese tan grande!

Bel vivía en un pequeño estudio, un *loft* con cocina y barra americana, una cama extra grande y estanterías de libros de arte. Su estudio minimalista debía ser así, porque todo el espacio lo ocupaba con lienzos, pinceles y botes de pintura. Y a parte de su gato, no tenía espacio para nada más.

Caminó descalza, como un *zombie* hasta la nevera y sacó un botellín de cerveza. Suerte que le apetecía beber, pues era lo único que tenía. Tendría que volver a llamar al chino esa noche.

Encendió la tele de plasma, único capricho no relacionado con el arte que se permitía, y se detuvo unos instantes para ver por sexta vez el último capítulo de *Moon Lovers Scarlet Heart*. Sí, era masoquista, pero tenía que llorar y sacar todo lo que tenía dentro. Y ¿qué mejor drama que ese?

Cuando terminó de llorar, se enfadó muy seriamente consigo misma, cogió el mando de la tele y la apagó con rabia. Luego lo lanzó sobre el sofá con tan mala suerte que rebotó y le dio a Misifú que al despertarse le bufó, enseñándole los colmillos y las uñas. Por si fuera poco, el mando cayó

al suelo y se rompió.

¡Mierda! ¡Ahora tendría que comprar uno nuevo!

Si seguía viendo dramas surcoreanos, moriría de deshidratación. Y no podía morir, al día siguiente se iba a París con William.

Se tiró sobre el sofá y volvió a llorar.

¡Sí! ¡París la esperaba!

Era una gran oportunidad para su carrera como pintora y tenía clara una cosa: Aunque su vida sentimental fuese una porquería, estaba dispuesta a triunfar en eso. Por orgullo, o por lo que fuera, pero le daría a Duncan McDowell en toda la cara con su éxito.

Solo va a exponer tu cuadro sin talento para vengarse de mí.

—¡Te odio, Duncan!

Le odiaba por las inseguridades que había despertado en ella. ¿No le gustaba su arte? ¡Pues que no lo mirara! Agarró su cuaderno de bocetos y empezó a ojearlo. Siempre solía pintar animales y paisajes, pero desde que conoció a Duncan, lo había pintado a él.

Miro un par de retratos a carboncillo y cuanto más lo miraba, más se enfadaba.

Intentó hacer un burruño con el cuaderno y, al ver que no tenía fuerza suficiente, abrió la ventana y lo lanzó a la calle. Por suerte, su calle no era nada concurrida.

A decir verdad, se arrepintió en el momento que lanzó su cuaderno, era como tirar su arte por la ventana, cosa que había hecho, literalmente.

Duncan la había machacado con esa frase: *Solo va a exponer tu cuadro sin talento para vengarse de mí.*

Pues si no le gustaba, a ella le encantaba, y aunque estaba hecha una mierda, sí, esos últimos cuadros que había pintado eran los mejores de su carrera.

Arrastrando los pies, se volvió a sentar en el taburete para mirar su cuadro y, paleta en mano, se levantó con renovadas fuerzas para dar brochazos al paisaje. Veinte minutos después, lloraba como una magdalena con cada toque de color.

Pero alguien la sacó de sus ensoñaciones.

Volvió a escuchar el timbre del telefonillo, y rezó para que fuera Samantha con alcohol.

—¿Quién llama? —preguntó, tras descolgar el teléfono.

—Soy yo, Duncan.

Bel colgó y se quedó mirando el aparato.

¿Qué coño quería el desaparecido?

Bel apretó los labios y alzó el mentón. Volvió a descolgar.

—¡Largo! —Y colgó de nuevo.

Esperó medio minuto y él no insistió.

Entonces, su labio empezó a temblar.

Se había ido. Eso era todo lo que ella le importaba.

Se dio media vuelta y volvió a arrastrar los pies hacia el taburete de pintora.

—Maldito patán idiota. ¡Hijo de Satanás! —masculló, al sentarse.

Pasados unos instantes, alguien llamó a la puerta de arriba y el corazón casi se le sale del pecho.

Bel cerró los ojos, intentando convencerse a sí misma de que morderse no era una buena idea.

—No te atrevas a moverte. Quédate quieta.

Duncan volvió a llamar por segunda vez y supo que era él porque la llamó a voz en grito.

—¡Elizabeth, abre!

Miró a la puerta con rabia. Si hubiese sido posible, a Bel le habría salido humo por las orejas.

—No pienso abrir la puerta —susurró.

Pero, ¿y si viene a pedirte disculpas? ¿Disculpas por haber dicho que mi arte era una mierda? Aunque... bien puede pensar lo que quiera. Tampoco es que tengamos que tener los mismos gustos artísticos.

—Pero eres su novia y debería apoyarte.

Ya, pero... estaba muy celoso de William. Seguro que se arrepiente.

—¡Que blanda eres, coño! —Al escucharse decir esa palabrota, se tapó la boca con las manos.

—Elizabeth, sé que estás ahí.

Lo sabe. Sabe que estás ahí.

—No me importa.

Ella se sentó en mitad del *loft*, en posición de meditación, y empezó a expulsar sonidos guturales en la posición del loto.

—¡Oooohmmmmmmmmmm!

—¿Quieres abrir, por favor? —insistió Duncan.

Bel movió el trasero para recolocarse.

—¡OOOooohmmmmmmmmmmmmmmmmmm!

Misifú no la dejó concentrarse, se puso encima y con la cola le hizo cosquillas en la nariz.

—¡OOOOOOOOOHHMMMMMMMMMM!

Abre la puerta. Mirale a la cara y fulminale con tu mirada con súper poderes.

—Sí, el súper poder de dar mucha pena.

O mejor, dale una buena bofetada.

—No vas a volver a pegar a nadie. ¿Te gustaría que te pegaran a ti? La violencia nunca es la solución. No pegar jamás. Chica mala.

Tú ganas. Ve a abrir.

Después de hablar consigo misma, respiró hondo y se dirigió a la puerta. De solo pensar que Duncan estaba detrás, le temblaron las piernas.

Vamos, abre... de una vez. Como si fuera una tirita que tienes que arrancarte.

—¡Abre! Tengo tu cuaderno.

Y así lo hizo.

Allí estaba él. Ese... ese estúpido y arrogante hombre. El hombre más engreído e increíblemente sexy del mundo.

¡Joder!

Sus ojos azules la radiografiaron.

De repente, su expresión se volvió de espanto.

—Has tirado esto por la ventana, y casi me da en la cabeza— Duncan le enseñó el cuaderno y ella se lo arrancó de las manos.

—Qué pena que no te haya seccionado el gáznate.

Él suspiró.

—¿Por qué has hecho... esto? —abrió el cuaderno en una página en la que él aparecía con un bigote y un diente negro y se lo enseñó.

—¿Y a ti que te importa lo que yo pinte o deje de pintar?

—Me importa, porque me importas tú.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla muy lentamente.

—Ya, claro que sí.

—Es cierto.

—¿Por eso no me has llamado en dos semanas?

Él desvió la mirada, pero no retrocedió.

—Lo que quiero decirte, no podía hacerlo por teléfono.

—No creo que quiera escucharte. Es más, no has hecho bien en venir sin haber sido invitado, así que por favor lárga...

Cuando se dio media vuelta para andar hacia la puerta e indicarle que se marchara, tropezó con Misifú y cayó al suelo de culo.

—¡Ay! —se quejó, llevándose la mano a la frente.

—¡Elizabeth! —Duncan se agachó para ayudarla—¿Estás bien?

Ella le negó la mano ofrecida y se puso en pie por sí misma.

—¡Largo! —le gritó, visiblemente enfadada.

—Tienes sangre...

—Pues vete para que pueda curarme.

Duncan comprendió que ella no estaba bien. Parecía que no se hubiese peinado en una semana, tenía unos pelos de loca que le daban un aire sexy, y alguna que otra rasta. Las uñas despintadas de pintauñas, pero sin embargo llenas de pintura. El pijama de unicornios ayudaba a darle un aspecto aún más decadente.

—Elizabeth... ¿Y si te curo el golpe de la frente y hablamos?

Ella volvió a sonreír, sarcástica.

—Duncan... ¿Y si me dejas en paz?

Él puso los ojos en blanco.

La cargó en brazos y la llevó al baño.

Cuando Bel vio que su trasero aterrizaba sobre la tapa del váter bajada, se sintió ridícula, pero aún más cuando Duncan rebuscó entre tampones y compresas, para encontrar el botiquín.

—¡Quieto! Está en el otro estante.

Duncan la miró con una sonrisa en la cara. Cogió el agua oxigenada y las gasas y empezó a limpiarle la herida.

—No es profunda.

—Pues mira, como tus sentimientos por mí.

Él cesó de darle golpecitos con la gasa empapada y la miró fijamente a los ojos.

—Sí que son profundos —dijo él, y los ojos le brillaron como nunca.

Bel carraspeó a causa de la incomodidad del momento. No sabía si creerle o no. Se apartó de él y Duncan le cogió la cara entre las manos. Se acercó peligrosamente a ella.

—¿Qué haces?

—Te estoy curando.

Ella entrecerró los ojos.

—Ibas a besarme.

Él meneó la cabeza en señal de negación, pero siguió acercándose más.

—No.

—Bien, porque no quiero que me beses —Él se alejó de ella, pero volvió a curarle la herida de la frente—. Tampoco quiero volver a trabajar para ti, ni acostarme contigo de nuevo, ni tampoco quiero volver a verte. Jamás.

—¿No te parece infantil la forma en que te estás comportando?

—¿No te parece muy típico de los hombres decir que las mujeres somos infantiles, cuando hablamos de algo que no os conviene?

El suspiró. Dejó la botella de alcohol sobre la mesa y tiró la gasa a la basura.

—Deja que te ponga una tirita en la frente —él casi rogaba—. Me preocupas, Elizabeth.

Ella puso los ojos en blanco.

—Pues yo ya no soy de tu incumbencia. No tenemos nada de qué hablar. No seré la excusa para que tú y William os peleéis como animales.

Duncan guardó silencio, como si las palabras que acababa de escuchar no lo afectaran.

Cuando hubo terminado, susurró.

—Me importas.

Ella lo miró como si no lo hubiera entendido bien.

—¿Qué?

—Que me imp... que te quiero.

Bel agrandó los ojos y se quedó sin palabras.

—¿Qué dices?

—Que te quiero.

Ella se levantó del váter. No podía mantener una conversación seria sentada en un inodoro.

—No te vayas.

Le dijo a Bel, cuando se encaminó hacia el salón. La siguió.

—No me voy, solo quiero sentarme en el sofá.

—Digo a París, no te vayas con él a París

¡Ah! Era eso. Bel cerró los ojos, por un momento se había creído que las palabras “te quiero”, eran de verdad. Pero no, solo era otra táctica para ganar la batalla contra William.

Se sintió aún más herida.

—Quiero que te largues de mi casa, Duncan. Y quiero que sepas que por supuesto me voy a París, porque es importante para mí, para mi carrera, para mis sueños. No creo que lo comprendas, ni que me entiendas. Ese es el verdadero problema. Que no me entiendes.

—Si hay un problema aquí es William Wells —Duncan se acercó y la miró a los ojos—. Respóndeme a esto Elizabeth. ¿Es cierto que te vas a ir con él?

—No tengo por qué responder a eso —dijo enfadada—, pero sí, me iré con él. ¿Tienes algún problema con eso?

La mirada de Duncan no dejó lugar a dudas. Se apartó de ella como si le hubieran lacerado el corazón.

Por supuesto que tenía un problema, y uno bien grande. Elisabeth se marchaba a París con su peor enemigo. ¿No se daba cuenta de que William intentaría aprovecharse de ella?, ¿que la usaría y después la dejaría tirada para vengarse de él?

No, no estaba dispuesto a permitirlo.

—No. No te irás a París.

Bel lo miró asombrada y rio sin humor.

—¿Perdona...? ¡Eres un puto prehistórico!

—Insúltame, dime lo que te de la gana, pero no te vas a París.

Hasta aquí hemos llegado, pensó Bel.

Bel se puso en pie con tranquilidad. Lo miró directamente a los ojos con tal frialdad que Duncan se estremeció.

—Soy una mujer libre, Duncan, soy independiente y soy artista. Me voy a París con William porque es una gran oportunidad para mi carrera, no porque haya algo entre los dos. Y si así fuese, no tengo por qué darte ninguna explicación al respecto. Soy libre. Y no veo lógico, mucho menos lícito, que vengas a mi casa sin ser invitado, entres en ella sin mi permiso, y que encima me digas qué tengo que hacer con mi vida.

—Elizabeth... —Duncan abrió la boca para hablar, pero ella no le dejó.

—No tienes derecho a exigirme nada, incluso si fueras mi novio, no podrías prohibirme a quien ver y a quien no. Aunque de todos modos, si crees que eso te justifica, no eres mi novio, ni lo has sido nunca.

El rostro de Duncan palidecía por momentos, y sus ojos reflejaban dolor. Bel casi cedió. Pero hizo acopio de toda la fuerza de voluntad que tenía y no se dejó convencer. Ya lo había hecho antes, ya había sucumbido ante él y, ¿para qué? Para acabar apaleada emocionalmente. No, eso se acabó.

—Te pido que te marches, Duncan McDowell —dijo sin fuerzas para discutir— Por favor.

Duncan sintió un terrible nudo en el pecho cuando escuchó esas palabras. Pero ¿qué más podía hacer? La decisión estaba tomada.

—Como quieras —Fue lo único que le dijo. Luego, caminó hacia la salida y abandonó el apartamento tras dar un sonoro portazo.

Un portazo que a Bel le terminó de arrancar las lágrimas que hasta el momento había intentado contener.

CAPITULO 24

París y Franco Cometa

Bel no se lo podía creer. Estaba en París, recorriendo las calles con una limusina de lujo que la llevaba, junto a su mecenas: William Wells, a la imponente entrada del *Hotel L'Art de Paris*. Bel por poco se queda con la boca abierta al ver el precioso edificio renacentista que se alzaba hacia el cielo parisién, como si quisiese alcanzar las mismísimas estrellas. Pero Bel sabía bien que las auténticas estrellas, esa noche estaban en el interior de ese hotel, ya que allí se celebraba el evento artístico del año: el *Événement Artistique*.

Con ceremonia, un hombre, perfectamente trajeado con librea roja, abrió la puerta de Bel. Tras asomar las piernas y colocar el tacón sobre la alfombra roja, cual estrella de Hollywood, se sintió como si acabase de hacer su aparición en la gala de los *Oscars*.

—¡Cáspita! —dibujó una o perfecta con los labios, aunque temblaba como una hoja— Esto es impresionante...

Inmediatamente después, por poco se queda ciega. Se llevó las manos a la cara con muy poco glamour, un montón de flashes dispararon contra ella. El motivo no era otro que la aparición de William Wells a su lado.

Nerviosa, como no podía ser de otra forma, se hizo un lío con los tacones al ponerse en pie. Si no fuese por el fuerte brazo de William de donde se sostuvo, hubiese caído al suelo como un saco de patatas.

—¿Estás bien?

Él la miró sonriendo y ella le correspondió el gesto asintiendo.

Bel se quedó suspendida en sus brazos, digna escena de una peli romántica, mientras todos los periodistas soltaban un largo: ¡Oooohhh! Y, el perfecto caballero inglés, con una sonrisa encantadora al más puro estilo James Bond, los saludó a todos, unos viejos conocidos, pero que era preciso mantener a raya, y qué mejor que su porte y distinción para hacerlo.

Entonces empezaron los gritos de los fotógrafos, quienes se volvieron locos, al igual que los periodistas.

Vaya, jamás pensé que William fuera tan famoso en el mundo del arte. Pero así era. Y después de su sonada separación con su mujer, Bel supo que ella el centro de atención.

—¡Señor Wells! ¡Señor Wells! —gritaban los periodistas, especialmente los del papel *puoché*, sin dejar de disparar con sus objetivos— ¿Puede dedicarnos unas palabras? ¿Quién es su bella acompañante? ¿Es ella su nueva pareja? ¿Ya ha superado su ruptura con su esposa? ¿Han firmado el divorcio?

A Bel le horrorizó que le hicieran todas aquellas preguntas al pobre William, pero a este no pareció afectarle. Sin dejar de sonreír, él colocó a Bel en posición vertical en un rápido y elegante movimiento, pero no apartó las manos de su cintura hasta que ella se sintió segura sobre sus tacones.

—Sonríe —le aconsejó. Si huelen la debilidad te harán picadillo.

Ella hizo lo que le pedía, aunque se sintió un poco tonta y no le quedó muy natural el gesto. El elegantísimo Wells, respondió a los periodistas en un perfecto francés.

—Ella es Isabel Roig, una joven promesa en el mundo del arte que en el futuro dará mucho qué hablar. Muy pronto, todo París se rendirá a sus pies, créanme.

—¿Isabel Roig? —empezaron a preguntar, emocionados—. ¿Es española? ¿Es su pareja?

Caminaron por la alfombra roja, hacia la preciosa escalinata que conducía al hotel.

—¿Desde cuándo salen juntos? —preguntaban, sin que William quisiera dar más explicaciones.

William se detuvo en el primer escalón para aclarar, o más bien para dejar en duda si era su pareja o no.

—Lo único que les puedo decir es que para mí es un honor estar acompañado esta noche, por tan carismática artista. Y ahora, si me disculpan, está a punto de empezar el cóctel y me tomo muy enserio la puntualidad.

Se abrieron paso entre los flashes, pero aún debían fotografiarse en el *photocall* una vez entrasen en el *hall*.

Sin embargo, pronto todos los flashes cambiaron de objetivo: acababa de aparecer en la alfombra roja, ni más ni menos que Rosalía, no la cantante, sino la escritora de best-sellers eróticos, y directora general de su propia marca de maquillaje. Pero esta vez su esposo, el ministro de medio ambiente español, no iba con ella. En su lugar, le acompañaba su directora de campaña publicitaria. ¡La Juani!

Las dos españolas salieron con gran arte y glamour de la limusina. Era el doble de larga que la de William, y de un color absolutamente provocador... ¡Rosa!

No faltó el brilli-brilli en sus provocadores atuendos.

Aún en la escalera, Bel se quedó embobada viéndolas saludar a todo el mundo, cual estrellas del celuloide. La Rosi se había enfundado vestido blanco nuclear con una cola de dos metros y un corte en la cadera dejando ver la pierna izquierda, todo engastado de pedrería que soltaba destellos con los flashes de los *papparazi* y estaba dejando medio cegato a todo el mundo. Llevaba el pelo suelto y sus rizos causaban sensación. Ella era la auténtica reina del brilli-brilli.

Por su parte la Juani, como no podía ser de otra forma, vestía de rojo pasión, con un vestido de Valenciaga igualito al que la Reina Letizia llevó en no se qué boda real y el pelo recogido un moño bajo y con florón del mismo color, por si quedaba duda de su duende gitano. Se movía con tal gracia, que dejó a los *paparazzi* totalmente descolocados. Y es que a pesar de que esa noche, lo estrambótico se llevaba, y más de un artista contemporáneo hacía gala de ello, esas dos bellezas habían causado sensación.

Bel estuvo a punto de alzar la mano para saludarlas, como una niña que acaba de ver a sus amiguitas del colegio pero, muy sutilmente, William la volvió a coger por la cintura y acercó los labios a su oído, sin apartar la mirada de los focos y de las cámaras de televisión, que tampoco les perdían de vista a ellos dos.

—Entremos, mi lady —dijo en tono neutro, pero con una expresión que no dejó a los allí presentes la menor duda de que la consideraba de su propiedad—, dejémoslas brillar. Es su momento.

Bel asintió. William era un caballero, sabía que esa noche para La Rosi era importante, ya que quería abrirse paso en el mercado francés con sus cosméticos, y necesitaba algo de publicidad.

—Por supuesto —dijo Bel, dispuesta a entrar sin rechistar.

William no perdió la sonrisa en ningún momento.

—Entonces entremos, ahora que las hienas están distraídas con las bellas leonas.

Bel se sentía cómoda con William a su lado, a pesar de lo que dijera Duncan, ella estaba segura que William Wells no pretendía otra cosa que ser su amigo.

Una vez entraron el gran *hall*, se colocaron ante el *photocall*. Y de nuevo, los bombardearon con preguntas indiscretas. Bel no dejaba de sonreír como una Barbie, y eso que las preguntas eran del todo inapropiadas. William la mantenía asida por la cintura, en un gesto muy protector, el cual agradecía en cierto modo. Pero no podía evitar pensar si lo hacía para que Duncan McDowell

rabiara de celos.

Los periodistas siguieron preguntando, pero William se deshizo rápidamente con unas respuestas amables y ensayadas.

—Lo has hecho muy bien, Elizabeth —William la llamaba por su nombre, en inglés. Pero tenía una forma de decirlo muy diferente a la de Duncan. Pensó en él y se le humedecieron los ojos.

—Gracias, William. Qué bien te mueves entre los periodistas.

William asintió, mientras tomaba de la bandeja de un camarero dos copas de champán.

—¿Sí, verdad? —Ambos rieron—. Pero pronto tendrás que hacer tú lo mismo.

—De momento solo se interesan en mí, porque creen que salimos juntos.

William guardó silencio y ella lo miró como buscando la respuesta a un asunto del que no había hablado todavía.

—Duncan... —vio como se tensaba cuando Bel pronunció su nombre—. Él dice que solo quieres que exponga para ti, para vengarte de él.

William la miró directamente a los ojos después de beber un largo trago.

—Así es.

Bel se quedó petrificada, con los ojos fijos en el hombre que tenía frente a sí y que le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Sí?

—En parte —se apresuró a decir para no hacerla sufrir más—. Me encantan tus cuadros. Y muy a mi pesar, sé que Duncan también ha visto tu talento, pero es un hombre demasiado posesivo como para dominar sus impulsos. Lo que dijo, fue para hacerte daño y que te olvidaras de trabajar para mí.

Bel no supo qué decir a eso.

—¿Tú crees...?

—Eres una gran artista, con un talento poco habitual. Tienes un estilo propio que te hará destacar por encima de los demás —Bel se emocionó ante las palabras de William—. Ahora bien, si me preguntas si me regodeo en el daño que le causo a Duncan McDowell... por supuesto. No he sido tan feliz desde hace años, como lo fui ayer mientras hacía la maleta y pensaba que vendrías aquí conmigo.

Bel intentó hablar, pero no le salieron las palabras por un buen rato.

A William no le interesaba Isabel en el aspecto sentimental, pero sí la consideraba una gran artista, y además, era consciente de que, en algún lugar de Escocia, un tiburón blanco se estaría ahogando en su pecera de whisky al ver las imágenes que esas hienas estaban retransmitiendo en riguroso directo.

Bel volvió la cabeza hacia a entrada y fue consciente de que La Rosi y La Juani habían entrado, por la excesiva atención que recibieron de los invitados. No era para menos, allí donde iban destacaban sobre los demás. Demasiado escandalosas.

—Qué bien que hayan venido las chicas —le dijo Bel a William, ligeramente aliviada—. Empezaba a sentirme un poco...

—¿Fuera de lugar? —preguntó William—. Solo será al principio. Créeme, el mundo del arte es el más elitista y extravagante que te puedas imaginar. Enseguida te acostumbraras a ser un simple observador que disfruta del espectáculo. El reconocimiento a tu arte y tu trabajo, lo disfrutarás a solas con una copa de vino.

—Me temo que hablas por experiencia —le dijo Bel. Y a pesar de tomar nota de esas palabras sabias, sintió un poco de pena por William, que intuía que no tenía demasiados amigos, y mucho menos pareja. Era un hombre solitario, que guardaba su corazón bajo llave, apartado de todos.

Ella no era así, pero de cualquier forma, su éxito no podría compartirlo con Duncan, ya que él jamás creería en su talento.

—Mejor será que entremos en la Sala Magna. El evento está en su apogeo.

Wells es todo un caballero, pensó Bel, mientras caminaba entre exposiciones de su brazo, guapo, de modales exquisitos, elegante... Todo lo contrario que la bestia de Duncan.

Pero para su desgracia era de Duncan de quién estaba enamorada.

Suspiró.

William es perfecto, un elegante gentleman inglés, y no un gruñón esquilador de ovejas. Aunque haga el amor de vicio, te trata como si fueses una más de su rebaño.

De repente, las palabras de William la sacaron de su ensoñación.

—¿Me disculpas un instante? —pidió el inglés, interrumpiendo los pensamientos de Bel, quien dio un respingo.

—Oh, claro. ¿Sucede algo?

Cuidado, Bel. Seguro que este encantador inglés es capaz de leerte la mente. Si tuviese que compararlo con un personaje de serie de televisión, sería Lucifer.

—En absoluto —respondió él, consciente de los nervios de su acompañante—. Es solo que acabo de ver a alguien con quien tengo negocios importantes, y debo hablar con él sobre unos asuntos importantes.

Bel soltó una risa tonta.

—Por supuesto. No voy a acapararte toda la noche.

William le sonrió.

—Enseguida vuelvo —dijo él, tras besarle la mano— ¿Estarás bien?

Si es que no puede ser más mono... Normal que se lleve mal con el vikingote, que solo sabe gruñir, ladrar y esquilar ovejas.

—Por descontado.

Cuando William se fue de su lado y se paró en una esquina para hablar con un hombre menudo y de tez morena, Bel suspiró y negó con la cabeza. Decidió que, a partir de ese momento, dejaría de pensar en el highlander.

Empezó a pasear por la Sala Magna que, como su nombre indicaba, era magnífica. La decoración era exquisita, muy elegante, aunque excesivamente sobria, muy al estilo de William. Pero era lógico, no se debía restar protagonismo a los cuadros, que estaban expuestos en distintos *stands*, con las medidas de seguridad precisas. Bel se dio cuenta de que allí había incluso agentes secretos encubiertos, pues robar cuadros caros al parecer estaba a la orden del día... Y de repente, una extraña idea le vino a la mente, ¿para qué querría La Juani tantos drones?

En ese preciso instante, su pequeño bolso vibró, sobresaltándola.

La Juani le habría dicho llevaba allí dentro un consolador y Bel no pudo evitar sonreír.

Sacó el teléfono móvil y deslizó el dedo por la pantalla. Acababa de recibir un mensaje de Edwin en el *grupo de WhatsApp de las chicas brilli-brilli*, a quién habían metido a por razones obvias: tenía más glamour que todas ellas juntas, y eso era tener *mucho* glamour. Pero por supuesto, chitón, si se lo dijese, el muy engreído se pasaría una semana entera mirándose en el espejo.

Edwin:

Déjame decirte que ese vestido de Aníbal Laguna te sienta como un guante, azote de escualos y actual acompañante de Ice Man, el gentleman más odiado por nuestro neandertal favorito ¡Te ha visto toda Gran Bretaña por la tele! ¡Perra del infierno!

Bel dibujó en los labios una sonrisa, se imaginó a Edwin dando saltitos de emoción.

Bel:

Gracias, mi glamuroso amigo, pero no hace falta que hables del troglodita. Llevo todas estas semanas intentando borrarlo de mi mente. Además, no me puedo quejar, voy acompañada del hombre más elegante del mundo.

Edwin:

Ojalá existiese esa pastillita...

Edwin agregó un emoticono con una carita triste.

Samantha está escribiendo: decía el chat y Bel esperó a que le llegase el mensaje.

Sam:

Hice una gran elección con el vestido, ¿verdad?. Laguna es íntimo amigo mío y me lo recomendó especialmente para ti. Le enseñé una foto tuya y me dijo que te sentaría genial el escote palabra de honor con corpiño de pedrería negra. Es espectacular, te realza el pecho además de darte un toque muy princess. Y la graciosa falda de tul negro con perlas escocesas engastadas te da ese toque de inocencia y virtud que tanto te caracteriza... Y que tan loco vuelve a mi primo...

Bel arrugó el entrecejo y envió otro mensaje tecleando con más fuerza.

Bel:

Dejad el tema del neandertal, porfi, plis. Ahora estoy con William.

Taylor:

Pareces un hadita de cuento, Bel.

Edwin seguía monotemático con Duncan, porque el mensaje de Sam le llegó con retardo.

Edwin:

¿Qué quieres que haga, Bel?

Esta mañana el escualo estaba de un humor perruno.

Me ha mandado hacer veinte fotocopias ¡A mí! Tanto estudio y glamour para acabar haciendo fotocopias. ¡Edwin no hace fotocopias! Como protesta me he fotocopiado el culo... pero luego no me he atrevido a metérselo entre los contratos que me ha pedido. Pero lo he dejado en la fotocopidora para que todo el mundo pueda ver esa obra de arte que es mi pompis.

Bel se dobló en dos de la risa, imaginándose a Edwin encerrado en la sala de fotocopias con los pantalones bajados. Era perfectamente capaz de hacer algo así. Así que envió al chat un emoticono sonriente, de esos que le salen las lagrimitas.

Sam:

No hay huevos, chaval.

Edwin:

Se ha vuelto adicto a la cafeína. Un día de estos le dará un infarto. Si es que ni come, ni duerme, solo bebe café, café y café. Tiene los ojos rojos como un vampiro y acojona... se pasa el día gritando al personal. Alexia está como una leona, un día de estos alguien sale despedido por la ventana.

¡Vuelve, espantatiburones! Te necesito. Si no, moriré de estrés. O me cargaré al neandertal, una de dos. Y el mono naranja me sienta fatal, mi color es el fucsia...

Bel vio que La Juani estaba grabando un audio. No pudo evitar sonreír. La buscó con la mirada por la sala.

La Juani:

Mando un audio, porque no quiero que se me estropee la manicura. Brillis-brillis, dejádmela a mí, que acabo de llegar al hotel de William Wells y traigo *toa* la *astillería pesá*.

Bel no corrigió a la Juani, sabía demasiado bien lo lista que era, y que el uso de esas palabras no eran para nada más que para hacer reír a las chicas brilli-brilli.

Bel grabó otro audio.

Bel:

Juani, aquí te espero, creo que ya te veo, te espero en el *stand* de un tal... Bueno, al lado de la puerta de incendios. Chicas, pasadlo bien pero Taylor, vigila a Sam que o se suba a las lámparas. Edwin, podrás arreglártelas sin mi. ¡Os quierooooo!

Bel escondió el teléfono en el bolso y en ese mismo instante apareció un camarero. Le ofreció un cóctel fucsia y pensó en lo mucho que le gustaría a Edwin. Le dio un sorbo y le encantó el sabor. Empezó a mirar a su alrededor, caminó varios pasos y se detuvo frente a un cuadro completamente blanco con un punto negro que parecía pintado con un boli, justo en medio. Ladeó la cabeza y parpadeó varias veces.

—Hola, señorita. ¿Qué le sugiere la obra?

Bel miró al autor de la pregunta, que por lo visto también era el autor del cuadro.

Era un hombre de mediana edad, rubio y le habría resultado atractivo si no fuese porque vestía un traje de colorines espantoso.

—Pues... —empezó a decir Bel, sin mucha convicción—. Parece la bandera de Japón, pero en escala de grises.

—¡No! ¡No! ¡No! —chilló el hombre, haciendo aspavientos y dando un golpe con el tacón en el suelo. Porque llevaba unas botas de *cowboy* de tacón grueso.

Luego se recompuso, como si nada, y la miró muy serio.

—Pruebe otra vez.

¿Qué pruebe otra vez? Bel se mordió el labio inferior y asintió.

Lo cierto es que Bel no era muy *fan* del *lienzo vacío*, más allá del valor que podría tener la técnica del pincelado, o la falta de él y que, por cierto, ese caso en concreto no tenía nada de especial. A Bel le gustaba el arte conceptual, le fascinaba eso de que el concepto tenía más importancia que el objeto a retratar, también el cubismo, Picasso la fascinaba pero... ¿Un punto

negro sobre un fondo blanco? ¿En serio? Comprendía el movimiento artístico que tuvo lugar en el XIX, concretamente conocía muy bien al grupo de artistas que se hicieron llamar *Los Incoherentes*. Pero, en opinión de Bel, se trataba de un modo de protesta, y especular con algo así, habiendo tanta hambre en el mundo pues...

—A ver... —¿Cómo narices le explicaba a un hombre que vestía con un traje de colorines y pintaba en blanco y negro, lo que significaba su propio cuadro?— ¿Soledad? ¿Introspección? ¿Incoherencia?

El señor se puso más rojo que un tomate. Apretó los puños y empezó a chillar.

—¡Significa absolutamente todo lo contrario! ¡Ese punto negro significa el TODO, y lo que lo rodea, la NADA!

Bel iba a abrir la boca para responder, pero en ese momento apareció...

¡La Juani!

Y por la cara que traía, no le había sentado nada bien que ese tipo tan coloreado le hablase de semejante forma a una de las chicas brilli-brilli.

—*Pos a mí me parece una puta mierda. ¡Ea!* —dijo, aunque con mucho salero.

Bel se llevó las manos a la boca e intentó disimular todo lo que pudo que se estaba riendo. Empezó a toser con disimulo, hasta que se dobló en dos llorando de la risa. Cuando quiso tranquilizarse, se bebió el cóctel fucsia, pero la Juani la hizo reír de nuevo y todo líquido acabó por el suelo y en las botas de *cowboy* del artista. El mismo que cambiaba de color como un calamar, esta vez adquirió un tono violeta y Bel habría jurado que, en cualquier momento, le saldría la tinta por las orejas.

—¡Usted! —él señalaba a la Juani con el dedo índice, como si hubiese visto a la mismísima Lilith reencarnada. Abría y cerraba la boca y a duras penas era capaz de articular palabra.

Bel temió por su salud.

—¿Qué pasa, *miarma*? —atacó la Juani, con *toa* la *astillería*, como ella solía decir—: ¿*De qué tanto drama, colorín colorao*? —El señor cambió del morado a un ligero tono violeta—. ¿Es que este no es un país libre? ¿Es que nos tiene que gustar de *tó*? —La Juani puso los brazos en jarra— ¡*Pos no!* —gritó, haciendo que Bel diese un respingo.

—Pero Juani, si tan siquiera te has detenido a verlo mejor... —alegó Bel, saliendo en defensa del calamar multicolor para intentar mejorar las cosas.

—A ver, chiquilla ¿qué es lo que tengo que ver?

—Pues... —Bel miró al camaleón. Ahora era de color verde.

—*Pos ná*, voy a verlo a ver.

La Juani se plantó delante del cuadro, puso los brazos en jarra y entrecerró los ojos. Bel dudó que viese algo, pues llevaba unas pestañas postizas kilométricas. Pero la Juani lo miró, y lo miró, y lo miró.

—Ajá. Ajá. Ajá —iba diciendo la Juani.

Y cuando lo terminó de mirar, se dio la vuelta muy lentamente y miró al señor del traje de colorines.

—Mi introspección artística *ma* dicho que... —hizo una pausa teatrera—. ¡Que es una puta mierda!

El hombre casi se desmaya.

—¿Cómo puede decir que es una mierda?

—Yo no he dicho que sea una mierda. Yo he dicho que es una puta mierda.

El hombre se llevó una mano al corazón, pero La Juani no iba a detenerse ahora.

—¡Es un puto punto negro sobre un fondo sin pintar! ¡Eso, *miarma*, lo sabe hacer hasta el

churumbel de la Paqui! ¡Un punto negro! ¡Vamos, que no te lo has *currao ná!* ¿Y cuanto vale la cosa esta? ¿mil euros? ¡Pos yo no pagaría ni cincuenta céntimos!

—Juani... Ese cuadro es una obra de arte... —Intervino Bel, para apaciguar al autor—. Vale... Una obra de arte. Perdónela, no sabe de arte abstracto.

—Pero chocho...

—Juani, al pobre hombre le va a dar algo. Vamos a irnos a tomar más cócteles de estos.

La Juani no estaba muy convencida, pero Bel ya la arrastraba, hasta que el camaleón de colorines recuperó el habla.

—¿Cómo se atreve? ¡Seiscientos mil euros! ¡Eso vale mi obra de arte! —chilló el autor, ya de color amarillo.

—¿QUÉEEEE? —La Juani estaba indignadísima. —¡Con seiscientos mil *euracos* pongo alcantarillado en mi barrio de chabolas!

Bel se tapó la cara con las manos.

—Juani, ¿Qué tal si...? —Bel intentó cambiar el rumbo de la conversación, sin éxito, pues a ese señor estaba a punto de darle un *jamacuco*.

—¡Eso no *e* arte ni *e ná!* Eso es... ¡Un *burretacho!*

La Juani tenía mucho más arte que esa cosa, es más, era como la Lola Flores pero en joven y mil veces más guapa, y eso que Lola había sido preciosa y con un salero impresionante. Pero ese hombre solo veía a *la Juani Arpía* e iba a morirse de un momento a otro si no se la quitaban de delante.

Menos mal que apareció Rosalía y con su don para la diplomacia.

—¡Señor Cometa! —sonrió de forma encantadora, al tiempo que le daba un codazo a la Juani en las costillas —¡Cuánto tiempo sin verle!

La Rosi era todo amor y el calamar bajó el tono y el pigmento.

—¿Ese es Franco Cometa? —susurró Bel y buscó a William con la mirada.

Mejor sería desaparecer, o le buscaría un problema al inglés si por su culpa el señor Cometa no quería exponer en su galería.

—¿Sabía usted que mi esposo es un gran admirador de su obra?

Cuando el señor Cometa reconoció a la Rosi, le empezó a temblar el párpado izquierdo.

Bel temió por él, pues estaba a punto de sufrir un ictus. Definitivamente ahí estaba pasando algo muy chungo que Bel era incapaz de descifrar, pero lo urgente en aquellos momentos era encontrar un médico.

—Es Franco Cometa. —Ahora a quien pareció pegarle un ictus fue a la Juani, que se puso roja como un tomate. En cambio, el hombre había perdido todo color.

—Usted es la esposa del ministro... ¡Terrible y espantoso bochorno que me hizo usted pasar! —Cómo gritaba el pobre—. ¡Usted, y su pintalabios Passion Fruit!

Bel abrió la boca de par en par, sin comprender absolutamente nada.

Media Sala Magna se había reunido para disfrutar del espectáculo. Los periodistas habían aparecido de repente como las setas y estaban haciendo fotos y grabando con los teléfonos móviles.

—¡Eso sí que no! —intervino la Juani, señalando al Franco Cometa con el dedo índice— ¿Qué es eso de darle *tó* el mérito al pintalabios de la Rosi! ¡La polla la pinté yo!

En toda la Sala Magna se escuchó un enorme y sonoro: ¡OOOOHHHHHHH!

Bel dio un paso atrás. ¿La Juani había pintado una polla en un lienzo de Franco Cometa? ¡Tenía que salir de ahí!

—¡Seguridad! ¡Seguridad! —gritaba Franco Cometa— ¡Esa loca destruyó mi obra!

Una chica periodista se acercó a Bel, que parecía la más cuerda, y le preguntó:

—Señorita Roig, ¿tiene usted algo que decir sobre este escándalo?

A lo que Bel respondió:

—Esto... yo...

—¡Mentira! —la Juani seguía gritando— ¡La adorné con un pollón *asín* de grande! Porque su cuadro no tenía ni dos pinceladas. No se despeina ni *ná pa* pintar, estafador.

Hubo desmayos y todo.

—¡Deténganla! —gritaba Franco Cometa.

A todo esto, el bolso de Bel empezó a vibrar. Juani la miró de forma rara, pero luego siguió gritando:

—¡La polla es mía! ¡Y gracias a mi ahora esa puta mierda de cuadro vale el triple!

Los periodistas acosaron a Bel y a la pobre Rosi, que intentaba sujetar a la Juani. *¿Ha venido a pintar nuevamente un cuadro de Franco Cometa? ¿Es esto una performance? ¿Sabía que el hombre interpuso una demanda contra el que pintó un pene en su obra? ¿Están compinchados para que a raíz de este escándalo el precio de la obra se dispare?*

El teléfono de Bel siguió vibrando. Vio los cien mensajes del grupo y palideció al ver un video que alguien había subido a internet.

—Dios... esto se nos va de las manos.

Edwin:

Estamos aquí la Sam, la Taylor y yo, con palomitas.

—Cabrones...

Sam:

Twitter está en llamas. Mira en estos *jastacs*: #juanidestrozaobrasdearte #lajuani pintapollasconpassionfruitenelloftdelavelocirraporta #elpollóndefrancocometa.

Taylor:

¿Estas saliendo con William?

Bel grabó un audio respuesta a Taylor.

—Dejadnos en paz, cabronas. Viene seguridad. ¡Dios! La Juani le va a atizar. Hay que parar esto.

Antes de poder dar a enviar el audio, Bel corrió hacia la Juani, que ya se abalanzaba contra Franco Cometa. Le hizo un placaje y la tiró al suelo mientras los guardias uniformados llegaron justo a tiempo de ver como Cometa se llevaba nuevamente una mano al pecho y caía redondo al suelo, con tan mala suerte que su cabeza golpeó su obra de arte y la atravesó haciéndole un agujero.

—¡Dios mío! —Bel miró la escena tirada sobre la Juani, que se había quedado muda al verse aplastada por su amiga— Hay que largarse de aquí.

—*Mu* buena idea, sí señor....

CAPÍTULO 25

Una exposición y mucho brilli-brilli

Bel había vuelto a Glasgow totalmente trastornada por el altercado con Franco Cometa. Su cara, la de la Juani y la Rosi estaban en todos los periódicos. En un principio, Bel pensó que ya no tendría cabida en el mundo de la pintura, después de haber provocado un micro infarto a un artista tan consagrado, pero lejos de esto, su caché subió como la espuma.

William estaba preparando la exposición de Franco Cometa, y la suya en sus galerías de la ciudad. Como buen empresario, había aprovechado el tirón del altercado y había anunciado una reconciliación para el primer día de exposición. Apenas quedaban un par de días para la inauguración y Bel se pasaba todo el día en la galería, ultimando detalles sobre luz y composición de los cuadros expuestos.

En ello estaba cuando vio aparecer a William con un periódico en la mano.

—Ya es oficial, vas a reconciliarte con Franco Cometa en la inauguración.

Bel se puso roja de vergüenza.

—No puedo sentirme peor por haberte hecho pasar ese bochorno en París.

Pero lejos de sentirse ofendido, el inglés le sonrió.

—Fue todo un espectáculo. Me vas a hacer muy rico —le dijo a Bel—. Ahora, en lugar de decorar mis hoteles con tus cuadros, expondrás directamente en mi galería. ¿No estás contenta?

Sí que lo estaba. Era un sueño hecho realidad.

—Estoy muy feliz.

William miró los cuadros, que empezaban a colgarse en las paredes. Le dio la vuelta a Bel y le sujetó los hombros, para que en lugar de verle a él, viera lo que allí estaba sucediendo.

—Tu propia exposición —dijo William, con voz pausada— Es todo un orgullo, Bel.

Ella tragó saliva y le apretó una mano en señal de agradecimiento y amistad eterna.

—Nunca olvidaré lo que has hecho por mí.

—Y yo nunca olvidaré que le provocaste un infarto a Franco Cometa.

Ambos rieron.

—Fue la Juani... que por cierto, está invitada a la exposición.

William asintió.

—Por favor... que no pinte símbolos fálicos en tus cuadros ¿de acuerdo?

—Descuida.

Uno de los operarios, con ayuda de otros tres, estaban trasladando un cuadro a la pared central.

—¿Dónde lo quiere, señorita?

Bel miró el cuadro que estaban transportando y William vio que esa obra significaba más para Bel, que cualquier otra.

—¿Es la elegida para estar en el centro?

—Ella es el centro de todo —dijo, enigmática.

Bel ni siquiera parpadeaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas, cuando vio el cartelito que rezaba: *Maggie*.

De repente, los recuerdos vividos con Duncan afloraron y las lágrimas se desbordaron de sus ojos, no hubo nada que pudiera hacer para retenerlas.

Echaba de menos a Duncan. Tanto, que le resultaba insoportable incluso el reconocerlo. Habría dado lo que fuera por que él estuviera allí y apreciara su trabajo. Pero no estaba, y seguramente

Maggie le parecería una estupidez sensiblera de una vegana loca.

—¿Estás bien? —preguntó William.

Ella asintió. Pero no, no lo estaba. Jamás podría olvidar aquella noche de tormenta en las Highlands.

Maggie fue colgada en el espacio central de la pared blanca. Un espacio reservado, iluminado con gran cariño.

William habló, y pareció expresar a la perfección con sus palabras, exactamente el significado de la obra.

—Es sencillo, pero en este caso, menos es más —dijo—. Las pinceladas son excelentes, exquisitas. Tienes una técnica extraordinaria, Elizabeth. Esa forma de mezclar colores, de dar expresividad a la escena, esa la luz que se refleja en el pelaje de Maggie... Pero no es únicamente la técnica lo que me conmueve de esta obra en concreto. Este cuadro refleja exactamente la belleza exclusiva de la inocencia. Está cargado de sensibilidad, de amor, de pasión —William miró a Bel, con sincera admiración—. Esa obra te representa como artista y refleja el color de tu alma. Y me siento muy afortunado, por tenerla conmigo.

Bel no podía parar de llorar. Las palabras de William la habían emocionado.

—Gracias por tanto. Me alegro de que creas en mí.

Me alegro de que alguien crea en mí, aunque Duncan no.

Al ver por donde iban los pensamientos de Bel, William se vio obligado a hablar de nuevo y disipar todas sus dudas.

—Elizabeth —dijo, con un tono cariñoso—, no voy a negar que la idea de fastidiar a McDowell no me atrajera desde el primer instante en que te vi. Pero no estás aquí porque haya querido fastidiar a Duncan. Sino porque tengo muy buen ojo para el talento.

Ella parpadeó, se sintió mal al ver que William parecía ver tan bien en su interior.

—William...

—Te lo diré de otra manera. No estás aquí por Duncan o por mí, estás aquí por ti. Por tu talento.

Bel iba a abrir la boca para responder, pero Will no la dejó.

—Disfruta de tu obra y del éxito que te mereces. Le dio un golpecito en la barbilla para que alzara la cabeza—. Cabeza alta Bel, siéntete orgullosa.

Dicho esto, William se dio media vuelta y se fue.

Ese hombre era perfecto, ¡perfecto! Maldita fuera si no conseguía buscarle pareja para que volviera a sonreír.

Bel temblaba como una florecilla azotada por un cruel temporal cuando llegó la hora de abrir puertas. William estaba a su lado y empezaron a llegar los primeros invitados a la exposición. Vestida con un elegante vestido negro, Bel sonreía y estrechaba las manos a los recién llegados.

—No estés nerviosa —le dijo William—. Tú sonríe, yo me encargaré de todo.

Mientras veía a William enseñar sus cuadros, ella sostenía una copa de champán. Cuando llegaran las chicas podría relajarse y reír un poco, pero mientras tanto, su único pensamiento era: *¿Él vendrá?*

¿Por qué iba a hacerlo? No le gustaba su arte, no había vuelto a saber nada de Duncan desde hacía dos semanas, cuando se fue a París. ¿La echaría de menos tanto como ella a él?

Estuvo a punto de patear el suelo, pero de pronto, las recién llegadas la salvaron de montar un patético numerito de lloros.

—¡Bel! —Edwin gritó desde la entrada y los presentes se volvieron.

Después vinieron más risas cuando Samantha se desplazó por la galería como una diva y se

echó a sus brazos.

—¡Chicos cuando me alegro de veros!

Los tres se abrazaron y empezaron a dar saltitos.

Edwin la miró de arriba abajo, y quedó sinceramente impresionado. Bel estaba guapísima. Por muy poco que le gustase arreglarse como una *influencer* pija, en el fondo, esa noche, deseaba impresionar a... cualquier... a Duncan. Por eso se había comprado ese vestido tan ajustado, sencillo, pero que le marcaba esas curvas que tanto le gustaban al Tiburón Blanco. En los pies lucía unos zapatos de tacón, de color rojo a juego con su bolso y el color de sus labios. El pelo le caía suelto, porque en su inconsciente pensaba que a Duncan le gustaba más así. Como único adorno y toque personal un solo pendiente con una pluma roja.

—Estás radiante —dijo Samantha.

—Estáis estupendos.

—Lo sé —dijo Samantha.

—Suerte que lo sabes —Edwin usó un tono ácido y la miró de refilón—, porque hacía media hora no te parecía que este vestido semitransparente fuera más que un paño sucio de cocina.

—¡Muérdete la lengua! —le amonestó Samantha.

—Después de tu triunfo en esta exposición, tenemos que hacer noche de brilli-brilli.

—Noche de chicas brilli-brilli —Sam corrigió a Edwin.

—Yo no soy una chica.

—Poco te falta.

Edwin suspiró y alzó la cabeza.

—Debería haberte dejado colgada de una lámpara y llorando por tu poli *buenorro*.

La palabra *buenorro* la dijo en castellano y Bel parpadeó con una sonrisa en la cara.

—Veo que ya usas nuestra jerga.

—Me adapto a los nuevos tiempos.

Bel abrazó a Samantha.

—Después terapia, y si tenemos que provocar un nuevo incendio y acabar en comisaria... yo me apunto.

—Eso será luego —dijo su amiga— Hoy es tu gran noche ¿Cómo estás?

—Pues... un poco nerviosa —respondió Bel, mientras sentía como los zapatos la estaban matando. Debería haber metido unas chanclas *descansapiés* en el bolso—. Pero muy emocionada.

—¿Seguro, preciosa? —preguntó Edwin, un poco preocupado— Pensaba verte llorando por los rincones por Duncan.

—No me importa Duncan... está superado —dijo Bel, pero eso no se lo creía nadie. Y mucho menos cuando casi empieza a llorar después de las palabras de Edwin.

—Que bien, yo estaría hecha un mar de lágrimas después de saber que tiene nueva novia.

—¿Qué?

Bel se quedó en *shock* y Samanta le pegó un puñetazo a Edwin en el brazo.

—¡*Auch*, loba!

—No hagas ese tipo de bromas, idiota.

—¿Es broma? —preguntó esperanzada Bel.

—Sí, por favor —rogó Sam—. No te desmayes.

Entonces, un murmullo se extendió por toda la sala de exposición. Samantha, Edwin y Bel alzaron los brazos y gritaron sin poder contenerse.

—¡Están las chicas brilli-brilli al completo!

Por la puerta entraron la Juani y la Rosi, pero también Taylor acompañada de Marcus. No

podían estar más guapas.

Edwin abrió la boca de par en par y fingió un desmayo al ver a Rosalía.

—¡Madre mía! —soltó, en español, con un acento espantoso—. ¡Pero si es la mujer más divina y espectacular que he visto en mi vida!

Para qué mentir, la Rosi era su favorita. Pero la favorita de Samantha era la Juani, que se abalanzó sobre ella nada más verla.

—¡Chocho! Te he echado de menos. Ya tengo todo *preparao* para nuestra próxima aventura.

Sam le hizo un gesto para que callara, sus aventuras solían acabar más bien en mares de alcohol y algún que otro altercado, por eso era mejor no hacerle mala publicidad a Bel, esa era su noche.

—Edwin —dijo Rosalía—, que gusto conocerte en persona. Creo que tú y yo nos vamos a querer mucho.

Parecía como si el cielo se hubiese abierto para él.

—No tienes idea de lo mucho que significan para mi tus palabras, belleza española —le soltó, tras hacerle una reverencia y besarle la mano como si de una diosa se tratase.

Qué lástima, pensó Edwin, que la Rosi tuviese semejante marido, y semejante séquito (los gitanos del Cortés, y esos daban muuuucho miedo) porque ya le habría tirado la caña a esa preciosidad.

Al ver a Bel, la Juani se abalanzó sobre ella. No la había visto desde el incidente con Franco Cometa.

—¡Ven *pacá*, que te doy un abrazo!

—Juani, no provoques ningún infarto esta noche.

La guapa gitana empezó a reírse con Bel.

—Me han dicho que hoy viene el calamar. Será mejor que me escaquee, por si le vuelve a dar un soplo al corazón.

—Sí, será lo mejor.

Entonces, Bel se quedó muda mirando la entrada, y todas las chicas guardaron silencio. Hasta la Juani pareció ponerse seria de golpe, aunque por lo bajini dijo:

—Parece que ha subido la temperatura.

—Unos diez grados —Edwin se agitó el cuello de la camisa mientras observaba la entrada del highlander.

Duncan McDowell venía impecablemente vestido. A Bel le hubiese encantado verlo con un traje de gala con falda, pero ese traje italiano azul oscuro le quedaba de muerte. La boca se le hizo agua y el corazón empezó a latirle a toda prisa.

—No sé como voy a sobrevivir a esto —dijo a las chicas.

—Pues con la cabeza bien alta —apoyó Samantha.

—No me dejéis sola.

—Por supuesto que no —dijo la Juani, toda convencida. Las demás asintieron en señal de apoyo. Pero cuando Duncan se quedó frente a ella...

...Una puso un pie a la izquierda, otra a la derecha y todas se dispersaron como si hubiese sonado la alarma de incendios.

—Hola, Elizabeth.

Solo cuando habló, Duncan fue consciente de la emoción que lo embargaba. La había echado tanto de menos las últimas semanas que a duras penas había podido dormir. Y a duras penas comer. Sin ella le costaba respirar. Pero, aunque se moría por decírselo, ella se había ido a París con William, y en la televisión se les había visto tan bien juntos...

No era estúpido, y desde que se enteró de la exposición, se había mentalizado para ver a Bel

junto a su peor enemigo. Que en ese momento no estuvieran uno al lado del otro, no lo hacía menos doloroso.

Le dolía el corazón al verla.

Estaba preciosa... En sus cabellos, sueltos, negros, y lisos, se reflejaban las luces multicolores del salón. Sus curvas, que tan bien conocía y tanto echaba en falta, se marcaban de forma exquisita en el vestido negro, que le sentaba de maravilla. Y esos ojos con la dulzura del chocolate y esa forma tan sensual de dejar caer las pestañas. Lo volvían loco.

Pero lo que más amaba Duncan era la sonrisa de Elisabeth. Una sonrisa dulce, sincera, pura e inocente... pero que ahora no lucía en su rostro.

—Espero que tu exposición sea un éxito.

Ella intentó hablar en dos ocasiones, pero no estaba segura de poder hacerlo sin ponerse a llorar.

—Gra... gracias. —dijo, fingiéndose indiferente—. Ha sido un detalle venir, aunque sé que no es el tipo de arte que aprecias.

—Elisabeth...

Ella no parecía muy dispuesta a escucharle. O esa era la impresión que le daba a él. Ni siquiera lo miraba a los ojos.

Añoraba la forma que tenía ella de mirarlo, con una mezcla de deseo y un sexy brillo de pasión, pero también con la inocencia de una joven que se acaba de enamorar. Y esa forma de morderse el labio... Sintió dolor al pensar que nunca más lo volvería a mirar así.

Lo había estropeado todo, se había comportado como un auténtico idiota, dudando de ella, sintiendo unos celos irracionales al creer que ella pudiera tener algo con William.

Como si lo hubiera invocado con la mente, en ese preciso instante William apareció en escena.

—Buenas noches, bienvenido a mi galería, señor McDowell.

Duncan apretó los labios, y Bel miró su mano, porque sabía que era muy probable que también apretara los puños.

—No quiero un espectáculo en mi exposición. Os lo ruego.

Duncan asintió y William se acercó más a ella.

—Cuando terminéis de hablar, quiero presentarte a alguien.

Ella asintió.

—Creo que aquí ya he terminado —dijo, sin mirar a Duncan, que se quedó de pie sin poder reaccionar.

Vio como William le echaba un último vistazo y se la llevaba hacia un famoso galerista de Londres.

Duncan bufó y fue a hablar con Marcus, necesitaba que alguien le animara a seguir cuerdo.

Una hora después, Bel podía volver a respirar. Había hablado con tanta gente y recibido tantas felicitaciones que su cabeza estaba embotada. Pero, a pesar de las distracciones de esa noche, Bel había tenido su mente en Duncan McDowell todo el tiempo y casi se le sale el corazón del pecho al verle parado frente al cuadro de Maggie. Ahora lo buscó con la mirada y lo encontró al otro lado de la sala, hablaba con Marcus y Taylor, pero realmente estaba mirando a William, que reía junto algunos invitados.

—Si las miradas matasen, ya estaría a cuatro metros bajo tierra, querida.

Bel dio un respingo al ver que Edwin se paraba junto a ella y señalaba a Duncan.

—Me da igual lo que haga ese bruto.

—Mientes como una bellaca —dijo Edwin, antes de darle un sorbo a su copa de champagne,

con un estudiado y elegante gesto—. Te lo follarías hasta en la tumba. Y como sigas mirándolo así, igual hasta lo consigues, porque al pobre le va a dar un infarto. .

—Por mi como si se va a freír espárragos.

—No puedes ser tan mala con el jefe, Bel.

—Tu jefe.

Edwin ya no podía más, y puso cara de cordero degollado.

—Bel... bonita... No te imaginas el infierno que es la oficina sin ti. Duncan ha pasado de Tiburón Blanco a Carcharodon Megalodon. ¿Qué digo? ¡Es un jodido Mosasaurus!

—¿Mosa qué? —preguntó, Bel, intrigada.

—Ese que sale en Jurassic Word, y en la piscina se zampa de un bocado a un Tiburón Blanco, como si fuese una sardina.

Bel se encogió de hombros y le dio otro sorbo a su Martini.

—En serio... el tirano ha pasado a otro nivel.

Luego, Bel cogió el palillo con la aceituna y se la metió en la boca. Sin apartar la mirada de Duncan, le dio un cruel mordisco, como si ella fuese el Mosasaurus y la aceituna, la sardinilla apetosa de Duncan.

Edwin hizo una mueca de espanto.

—¿Qué haces so loca? —graznó Edwin. Otra expresión que sin duda había aprendido de la Juani—. Porque, si pretendías parecer sexy...

—¡Cállate Edwin! Quiero saborear mi triunfo —dijo Bel, aunque estaba realmente sensible porque Duncan seguía ahí y no le hacía caso a ella, sino que se dedicaba a matar con la mirada a William—. La exposición ha sido un exitazo. He vendido siete cuadros. Que me darán para comprarme una puñetera casa. Así que... dejadme disfrutar.

Le hubiese creído si no lo hubiese dicho con los ojos llenos de lágrimas.

Menos mal que en ese momento apareció Samantha.

—¿Qué hacéis, chicos? —preguntó, alegre—. ¿Os lo estáis pasando bien?

Bel forzó tal sonrisa, que le faltó poco para que se le descoyuntara la mandíbula.

—¡Súper bien, amiga!

—¿Así de mal? —le preguntó a Edwin, en un susurro.

—En cero coma se bebe todo el alcohol de la degustación. Haz algo, por Dios.

Los dos miraron a Bel, que seguía con la mirada clavada en Duncan.

—Bien, bien, ya no hablaremos más de hombres.

Si Bel asintió a sus palabras, Samantha no lo supo. Miró de reojo a Marcus y le guiñó un ojo.

El plan estaba en marcha.

Samantha vio como Marcus se llevaba a Duncan de allí, y entonces, tras beberse la copa de champán entera, se dirigió a Edwin.

—Cielo, ¿podrías traerme un poco más? ¡Me muero de sed!

—¿Es que ahora soy tu criado? —Ante la mirada satánica de Sam, se vio obligado a obedecer.

—Ooook, McKein... —se paró cerca de ella y le dijo entre dientes—. Luego me lo cuentas.

—Con pelos y señales.

Los dos miraron a Bel, que ya no podía ver a Duncan y se distrajo mirando los cuadros.

—¡Oh no! —Se acercó al cuadro de Maggie y vio el puntito rojo de vendido— ¿Qué? ¿estaba en venta? ¡No puede ser!

Una lagrima rodó por su mejilla. ¿En serio no habían puesto el cartel de *no está en venta*?

—¿Cariño, qué te ocurre? —Samantha la abrazó mientras Bel lloraba a moco tendido.

—Han vendido a Maggie.

Samantha vio como la cara de Bel estaba llena de rímel corrido.

—Cariño... vamos al baño. Tienes una pinta horrible, y Franco Cometa está a punto de llegar para que os hagáis una foto.

Ella se sorbió la nariz y se dejó arrastrar por Samantha.

—Entra aquí cariño y lávate la cara.

—¿Adónde vamos?

Samantha abrió la puerta.

—Entra.

Bel la miró, extrañada.

—Esto... no es el baño.

Samantha la empujó sin ningún miramiento y Bel soltó un grito cuando quedó sola en ese cuarto que estaba a oscuras. Luego, Samantha cerró la puerta con llave, dejando a Bel encerrada en su interior.

—¿Eh, abre la puerta? ¡Samantha!

Con un suspiro de alivio vio que la puerta se abría.

—¿Qué demonios...?

Pero no permaneció abierta mucho tiempo.

—Tú, tiburón. Entra en la pecera —La voz de Marcus la sorprendió y antes de que pudiera salir, un cuerpo le cerró el paso.

Duncan estaba frente a ella y su primo lo empujó hasta que ambos chocaron y cayeron al suelo, uno encima de otro.

—¿Qué?

—Elizabeth.

La puerta se cerró de nuevo, y quedaron a oscuras, tirados aún en el suelo.

—Gritad cuanto queráis, ahora la Juani va a encargarse de la música, así que dudo mucho que alguien os oiga.

Bel no se movió, sentía el calor del cuerpo de Duncan en contacto con el suyo.

—Elizabeth...

Duncan sentía el cuerpo de Bel junto al suyo. Él se había girado ligeramente para no aplastarla y ahora las manos y brazos de ella descansaban contra su pecho. Bel podía sentir el fuerte latir de su corazón.

—Duncan...

—¿Sí? —dijo, conteniendo el aliento.

—Esto está muy oscuro.

Duncan notó el aliento de Bel en su rostro, estaba demasiado cerca como para que su cuerpo no reaccionara a ella. Alzó las manos y con los dedos tocó el contorno de su rostro, apenas les separaba un aliento. ¡Dios, lo que daría por poder besarla!

—No me gusta la oscuridad.

Ya lo sabía, como también que no le gustaban los truenos.

Duncan buscó el móvil en el bolsillo de su americana y lo encontró, aunque para ello Bel tuvo que separarse de él. Al encenderlo, el rostro de ella seguía muy cerca del suyo.

Duncan dejó el móvil en el suelo, con aplicación de la linterna activada, mientras ayudaba a Bel a incorporarse. Cuando se levantaron, los dos se quedaron uno frente al otro.

—Debe de haber un interruptor por aquí —dijo Duncan.

Ella asintió, pero cuando él intentó ir en su busca, Bel lo retuvo cogiéndolo de la mano. Tiró de él y se quedaron de nuevo uno muy cerca del otro.

—Elizabeth... —Duncan tragó saliva.

—¿Te gusta la exposición?

Él parpadeó, intentando averiguar si lo decía porque tenía miedo y quería distraerse con algo, o si realmente quería saber su opinión.

—Elizabeth...

—Dímelo —estaba a punto de volver a llorar— ¿Te ha gustado Maggie?

Él soltó el aire que retenía. Asintió con los ojos cerrados y pegó la frente en la de Bel.

—Me ha encantado Maggie —su voz estaba cargada de sentimiento—. Amo a Maggie.

Y a ti, quiso decirle, pero se lo guardó. No quería asustarla y que le partiera el corazón otra vez.

—Lo dices por decir...

—¿Crees que me habría gustado esa pasta en comprarla si no me gustara nuestra Maggie?

Bel se quedó muda.

—¿Qué has hecho?

Él la tomó de la cintura y sus manos fueron subiendo por la espalda de Bel.

—He comprado nuestra oveja. También quise comprar a Bolita de Algodón, pero no estaba.

De pronto, los brazos de Bel cobraron vida e hicieron lo que hacía tanto se estaba negando a hacer. Abrazó a Duncan con todas sus fuerzas.

—Dijiste que no te gusta como pinto.

Duncan suspiró.

—Dije eso porque odio a William y se me olvidó que esa mentira podría hacerte daño, Elizabeth.

Ella alzó la cabeza y lo contempló en la penumbra.

—Me dolió...

—Tienes mucho talento, y sigo odiando a William, y odiaré el tiempo que pases con él y estés lejos de mí.

Guardaron silencio mientras se fundieron en un abrazo.

—Te he echado de menos...

—Elizabeth —pronunció su nombre con esa voz sexy y ronca que a ella tanto le gustaba.

Tomó su rostro entre las manos y la retó con la mirada azul y eléctrica.

—Puedo ser muchas cosas. Puedo ser un desalmado en los negocios, un déspota como jefe, y un obsesivo insoportable. Pero jamás te haría daño adrede.

Ella sonrió.

—¿Un obsesivo insoportable? ¿Qué te obsesiona?

Duncan deslizó sus manos por encima del sugerente vestido negro.

—Me obsesiona tu cuerpo, tus labios... —la besó—. También a tus preciosos pechos.

Duncan acarició los pechos de Bel y notó como las rodillas le fallaban.

—Esa obsesión me ha hecho follarte como un animal. Puede que parezca una bestia sin sentimientos, pero no soy un mentiroso. Créeme cuando te digo que eres una fantástica artista, maravillosa. Y que te amo.

Bel se quedó muda. No podía ni respirar.

—Me amas. ¿Acabas de decir que... me amas?

Él vio un deje de debilidad en su mirada, y aprovechó la situación.

—Te amo, Bel, desde el primer instante en que te cruzaste en mi camino supe que jamás podría olvidarme de ti.

—Duncan.

—A veces cierro los ojos y te veo empapada, tirada en una cuneta de las Highlands, con Manolo estampado contra un árbol y la pequeña Maggie coja. Ese es mi concepto del paraíso, y todo es por tu culpa.

—Duncan, no mientas. —Bel lo dijo, más que nada para convencerse a sí misma.

Pero el poderoso highlander no iba a renunciar a ella, ahora que percibía que ella aún sentía algo por él.

—Eres la persona más auténtica que conozco. La más dulce, la más buena, la más sexy... —la estaba conmoviendo en serio—. Pero lo que más amo de ti es tu alegría, tu entusiasmo, y tu forma de enfrentarte a los problemas.

Le acarició un mechón de la frente y ella no se apartó, pero su mirada delató que aún se sentía muy dolida.

—Créeme, soy incapaz de soportar la forma en que me miras en este mismo instante.

—Porque me duele, Duncan —dijo ella, temblando— Me hiciste daño.

—Perdóname —volvió a abrazarla con ternura.

Luego, sin darle tiempo a reaccionar, Duncan acercó la boca a la de Elisabeth, y la besó.

En un primer momento, Bel quedó paralizada. Llevaba semanas deseando sus besos y llorando su pérdida. Ahora él aparecía y le decía que la amaba, y que no iba a renunciar a ella. Y la besaba de una forma tan... mágica.

—¿Vas a volver a pegarte con William? —le preguntó ella, apartándose un instante.

—Por supuesto.

Ella intentó golpearlo, pero él la atrapó contra la pared del trastero y la besó con una pasión renovada. Metió la mano por el tajo del vestido y llegó al tanga de seda. Lo apartó para poder acceder a su sexo.

Bel gimió, excitada. Sabía que tarde o temprano volverían a discutir, Duncan se pondría celoso de William, y ella... de cualquier mujer que lo mirara con el descaro con que lo hacía Alexia, pero... no podía renunciar a él, porque estar juntos era algo mágico.

Duncan volvió a besarla y ella se colgó de sus hombros. La alzó, agarrándola por las nalgas y la empujó contra una de las paredes del trastero.

Bel lo abrazó y se restregó contra él. Cuando sintió que las manos de Duncan volaban a la hebilla de su cinturón, ella fue más rápida se lo sacó de un tirón y después le desabrochó el botón y bajó la cremallera.

—Quiero hacerte el amor, Elisabeth.

Ella rio contra su boca mientras le acariciaba el sexo con movimientos muy eróticos.

—¿Quieres follarme, o hacerme el amor?

Él no dudó.

—Quiero hacerte el amor... salvajemente.

Ella rio, arrancándole la americana y desabrochando su camisa blanca.

—Bien, lo estoy deseando.

Él no se detuvo, y aprovechó la oportunidad que ella le brindaba. Se bajó los pantalones y se deshizo de cualquier cosa que le impidiera acariciar la piel de Bel con su cuerpo.

—Oh, Duncan...

Le quitó la chaqueta y le desabrochó la camisa. Acarició sus potentes pectorales y descendió la mano temblorosa hasta alcanzar las perfectas abdominales. El cuerpo del highlander era fuerte y duro. Era increíblemente perfecto, jamás había conocido a un hombre tan sexy.

Sintió que él guiaba su miembro hasta acariciar su hendidura.

La empaló en un golpe seco y duro. Ella gritó en el instante en que sintió su polla invadiéndola

por completo.

Se miraron a los ojos al tiempo que la penetraba.

—Eres preciosa.

Adoraba el rostro de su Elizabeth cuando le hacía el amor. El placer y la sensualidad lo conmovía de la misma forma que lo excitaba.

Bel sintió que su cuerpo se tensaba como la cuerda de un violín. No concebía una vida sin Duncan McDowell, ya fuera el esquilador de ovejas o el Tiburón Blanco. Lo amaba como era, con su cara y su cruz, con sus momentos buenos y malos.

—Duncan, yo también te amo —le confesó, abrazándolo con todas sus fuerzas.

El highlander apoyó ambas manos en la pared para no caer.

—Te amo, Elisabeth.

Ambos rieron, prácticamente no podían ni tomar aire a causa del placer que sentían al estar el uno con el otro.

—Me voy a correr... —dijo él, antes de besar su boca.

Ella gimió contra sus labios y se apretó más contra él.

—Hazlo —gimió ella— ¡Oh! ¡Duncan! Hazlo.

Él aumentó el ritmo de sus acometidas.

Bel podía notarlo cada vez más duro, entrando en ella más fuerte y más rápido. Echó la cabeza hacia atrás cuando se vació en su interior.

Sin salir de ella, la abrazó con fuerza y se la comió a besos.

—Eres preciosa... Te amo, Bel.

Ella lo abrazó, y apoyó la cabeza contra su pecho. Cerró los ojos y sintió su calor.

Pero él le alzó la barbilla y la obligó a mirarlo.

—Elisabeth... —se detuvo unos instantes por la decisión que acababa de tomar—. No me imagino la vida sin ti.

—Duncan...

—Déjame preguntarte algo —Sus ojos color chocolate estaban muy abiertos y quedó fascinado por la expresión de su rostro cuando ella escuchó su propuesta—: ¿Quieres casarte conmigo?

EPÍLOGO

Bodorrio time

Seis meses después

Black Bells lucía engalanado para la ocasión. Preciosas guirnaldas blancas pendían de las almenas del castillo y allí arriba había lacayos preparados para lanzar pétalos de rosas blancas cuando la novia hiciese su aparición estelar dirección a la capilla del castillo.

En el puente levadizo, bajo un arco medieval, estaba la banda de gaiteros esperando la llegada de la protagonista indiscutible: la novia.

También los invitados estaban esperando en la capilla, acompañando al novio que estaba hecho un manojo de nervios. Entre los que se encontraban familiares, personalidades importantes de los negocios y de la política, e incluso actores famosos. Entre todos ellos destacó Rosalía acompañada de su marido Alberto. La española había vendido millones de libros de su última novela: *Brilli-brilli con ansiolíticos*.

Casi todos los caballeros escoceses vestían sus *kilt* de gala, con sus respectivos tartanes con los colores de clan. Las damas lucían exquisitos vestidos y algunas se atrevieron con unas exuberantes pamelas.

Por fortuna, el tiempo esa mañana acompañaba, y lucía un sol radiante, algo extraño en las Highlands.

Había asistido incluso la prensa, que esperaba ansiosa con los móviles y las cámaras de televisión preparadas. El vestido aún era una incógnita que se resolvería en breve y todos estaban muy nerviosos.

Asistían las chicas brilli-brilli al completo. Todas esperaban con ansias la entrada triunfal de la novia que llegaría con ¡Manolo! Engalanado de arriba a bajo.

Rosalía iba del brazo de Alberto. El ministro de medio ambiente español era toda una sensación de la prensa rosa, e iba guapísimo con un chaqué de Armani, pero la reina indiscutible del brilli-brilli era ella, con su espectacular vestido de color rosa y un tocado con plumas de avestruz.

La Juani, que se había puesto un tocado que imitaba a un pavo real en todo su esplendor, había optado por el rojo. Un vestido con enormes volantes en la falda, que realizaba sus curvas de infarto. Iba acompañada por su esposo, el Cortés, también muy observado por las damas por su exótica belleza gitana. Quizás por eso la Juani lo tenía bien asido del brazo.

Samantha, como era de esperar, lucía el vestido más espectacular de todos, de un azul celeste a juego con sus ojos. Sus Manolos de diamantes le daban un toque al más puro estilo *My Fair Lady*. Sonreía radiante porque a su lado había reservado un lugar para su acompañante, que seguramente se habría quedado hablando con William y su... ¿novia? Bueno, ya definirían su relación algún día. Al otro lado del banco, Edwin intentaba no llorar de la emoción. Se secaba de los ojos, sus inexistentes lágrimas con su pañuelo bordado. Con su habitual estilo, causaba sensación con un traje fucsia y pasmina blanca.

De pronto, todos los invitados que esperaban fuera entraron en tropel.

—¡Que viene la novia! —grito Edwin, todo emocionado.

Cuando todos se hubieron sentado, los invitados solo tenían ojos para el nervioso novio y la protagonista de ese día.

Bel tomó del brazo a Duncan, los dos sentados en el banco de testigos, viendo sudar a mares a Marcus.

Cuando la música sonó y todos se pusieron en pie, se escucharon aplausos mientras una emocionada Taylor hizo el paseo por la alfombra roja de la capilla.

—Dime que dentro de poco lucirás así de hermosa —le susurró Duncan.

—Dime que tú no estarás sudando de esa manera —dijo Bel, señalando a Marcus.

Duncan meneó la cabeza.

—Por supuesto que no. Nos casaremos en invierno.

El abuelo, que estaba sentado a su espalda, se inclinó hacia ellos.

—No tardéis mucho, quiero bisnietos.

Bel se echó a reír.

—No me parece una mala idea empezar a practicar —susurró Duncan.

Bel le dio un codazo.

—¿Pensamientos pecaminosos en la iglesia, señor McDowell?

—Siempre y donde sea —le guiñó un ojo.

Taylor avanzó por el pasillo del brazo de su padre. El vestido era elegantísimo. De estilo romántico y primaveral y diseño atemporal, con encaje que decoraba corpiño y mangas, le sentaba como un guante. El escote era redondo y la falda con volumen decorada también con flores bordadas desembocaba en una cola de cuatro metros de largo. Llevaba la larga y oscura melena suelta, adornada con una delicada corona de flores blancas naturales que le daba un efecto fresco y juvenil, pero también muy sofisticado. Iba cubierta por un precioso velo que acompañaba a la cola. Parecía una princesa de cuento de hadas.

—Está preciosa... —susurró Bel, muy emocionada.

Cuando ella y todos los invitados se hubieron colocado en sus respectivos lugares, en el interior de la capilla comenzó la ceremonia.

Fue todo muy emotivo, especialmente las miradas que se dedicaron los novios, pero el momento cumbre llegó antes del *sí, quiero*.

La Juani, que estaba sentada junto a Rosalía, un banco más atrás que los familiares de los novios, se inclinó hacia Bel.

—Ahora viene la parte más chula, *miarma* —dijo sonriente —¡Los anillos!

Y en ese instante apareció...

...Algo que hizo que todos los invitados flipasen pepinillos rosa.

Se escuchó un zumbido, como de moscas gigantes, y todos los asistentes voltearon los rostros, extrañados.

Un dron con escuadrón de tres en la retaguardia, portaba colgado un cojín enorme de color rojo. Era la cosa más rara que habían visto en sus vidas, y se quedaron mudos de asombro porque, sobre el cojín, sentado elegantemente y con una expresión muy ceremoniosa, había una bola de pelo de color blanco.

¡Era Misifú, con los anillos nupciales colgados del collar!

Marcus sonrió, orgulloso. Taylor lo hizo resignada.

—No me lo puedo creer —dijo Taylor. Pero después soltó una carcajada, aquello era lo más original que había visto en una boda.

Bel abrió tanto la boca que por poco se le descoyunta la mandíbula. Duncan rompió en una sonora carcajada. Edwin y William alucinaron y no se atrevieron ni a respirar. Y Samantha miró a la Juani, orgullosa de su obra, pues esto era lo que ambas habían estado planeando en secreto todo este tiempo. Había sido complicado que Misifú se acostumbrase al sonido de los drones,

amaestrar un gato era lo más difícil del mundo, ¡pero lo habían logrado tras muchos meses de práctica!

—¿Así que para esto queríais los drones? —les soltó Bel, muerta de la risa.

Samantha la miró muy seria y profesional

—Misifú era una parte muy importante del plan y se ha portado como todo un campeón. ¡Míralo, si hasta parece que le gusta volar!

—Así que el día del cumple de Marcus, ¿no fue por la borrachera cuando vi a mi gato volando por la ventana?

—Era el primo del Cortés, entrenando —apuntó la Juani.

—Tendré que conocer a ese portento de hombre —apuntó Edwin—, yo también tengo ideas que requerirán de su tecnología para lidiar con Alexia de ahora en adelante. ¡Está que trina!

—Tú y la Juani sois lo que no hay —soltó Bel— ¡Qué peligro tenéis!

—Tranquila, que *pa* vuestro enlace he *encargao* un dron más grande *pa* llevar al Bolita de Algodón. —Bel abrió aun más la boca, miró a Duncan, quien se rascó la cabeza en un gesto como para disimular. La Juni siguió hablando—. Son los *mismíticos* que se usan *pa* vigilar el *pentáculo* y van por control de voz. Solo los puede usar una servidora, porque llevan un programa de reconocimiento facial y de retina, y el dactilar.

—Eres la reina de los drones, Juani —dijo Rosalía.

—*Pos sí, miarma*. Y estoy haciendo un curso de espía. Ya verás, ya...

—¡Silencio! —chistó Edwin— ¡Llega el momento mas emotivo! —Se llevó un pañuelo e hizo como que se secaba una lágrima.

—Yo, Marcus McDougal prometo amarte y respetarte, hasta que la muerte nos separe —dijo el novio, tras colocarle el anillo en el dedo a su amada.

—O hasta que Misifú los separe... —apuntó Edwin por lo bajo, mientras se colocaba el pañuelo en el bolsillo del traje.

Samantha se abrazó a su pareja y él le besó la coronilla.

—¡Es táaan romáaaantico! —no paraba de llorar—, mi amiga se ha casado con mi hermano... ¿No es bonito?

—Sí, ahora es tu cuñada —apuntó, Edwin.

—Puede besar a la novia —oyeron decir al párroco.

Taylor y Marcus se dieron un beso de película, y todos los asistentes aplaudieron, y soltaron vítores. Del techo de la capilla cayeron esta vez pétalos de rosas rojas.

—¡Qué bonito! —dijo Bel, cogiendo uno con la mano y llevandoselo a la nariz, para aspirar su aroma.

Cuando los novios, seguidos de los invitados, salieron de la capilla y entraron los jardines del castillo, donde se iba a celebrar el convite al aire libre, todas las chicas casaderas se colocaron en posición para hacerse con el ramo de la novia. Samantha se lo tomó como algo personal y empezó a repartir codazos con estilo para quedarse con el mejor sitio. Taylor sonrió y le guiñó el ojo. Luego se colocó de espaldas a todas ellas, y lanzó el ramo.

El ramo voló por los aires...

Todas alzaron las manos, como en cámara lenta y las flores cayeron sobre la pamea de la Juani. Pero Samantha le dio un empujón y el ramo volvió a volar por los aires.

En el último instante, Sam saltó como una jugadora de *Voley Ball* pero... Bel se apoyó en los hombros de Duncan y saltó más alto.

¡Y lo cogió!

—¡Mío! ¡Es mío! —gritó Bel, llena de dicha.

Saltó y dio vueltas con el ramo semidestrozado.

Todas rieron por su entusiasmo, hasta que vio aplaudir a un sonriente Duncan, quien la tomó en brazos cuando ella se abalanzó sobre él.

—Seremos los próximos.

—¿Me lo prometes? —le dijo el highlander a su bella Elizabeth.

—Te prometo que siempre te amaré, esquilador de ovejas.

—Así sea.

Duncan la abrazó con todas sus fuerzas y la besó hasta dejarla sin aliento. Jamás se cansaría de esa extraordinaria mujer. Jamás.

—Te amo, Elizabeth.

—Yo también te amo, Duncan.

FIN

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPITULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPITULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[EPÍLOGO](#)

Notas

[←1]

El Grupo de las Chicas Brillí-brillí de la Juani existe de verdad. Podéis uniros pulsando el enlace. *Kate Bristol*.

[←2]

“Muy bien, chica idiota”

Table of Contents

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPITULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPITULO 24
CAPÍTULO 25
EPÍLOGO